

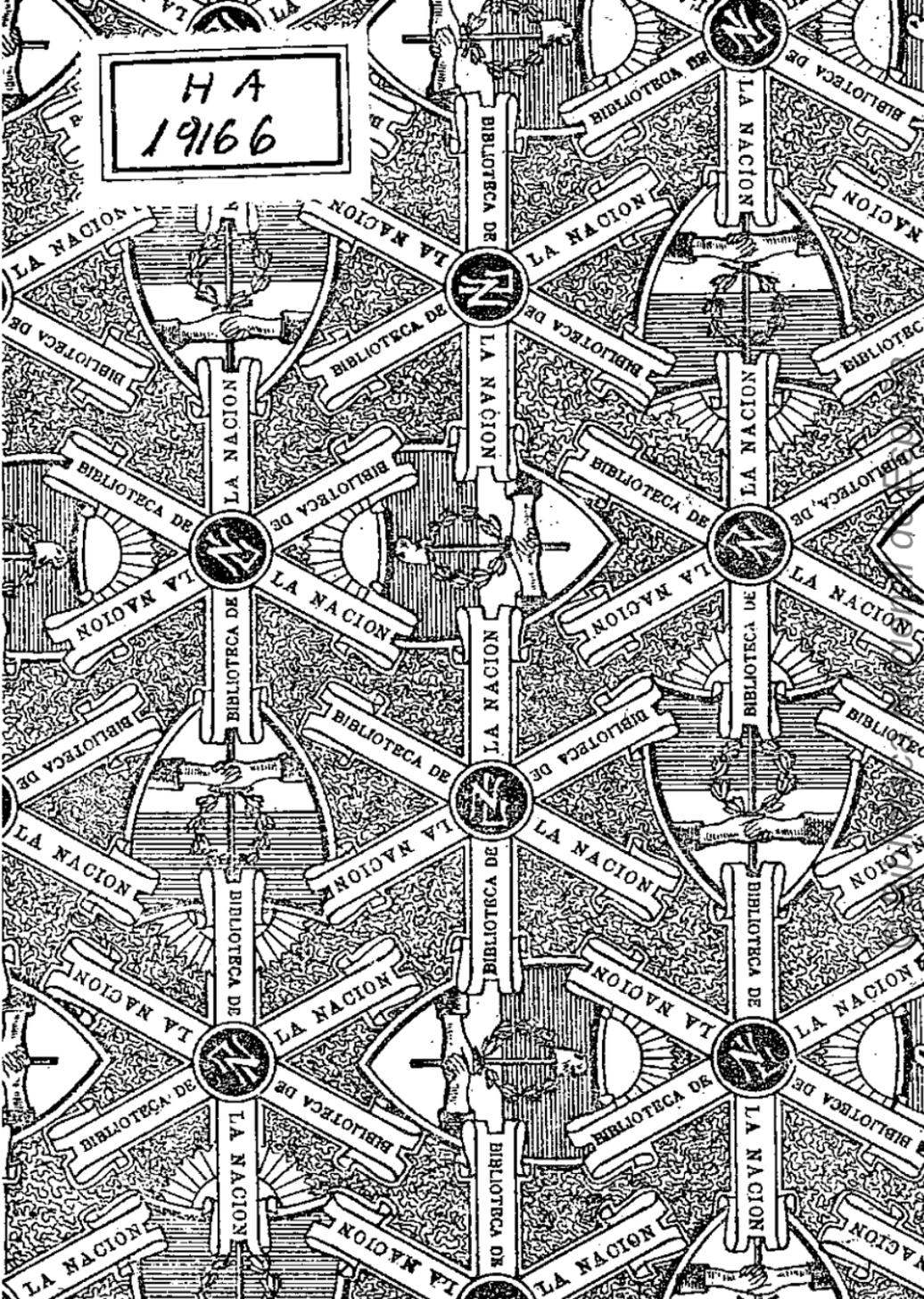
BIBLIOTECA DE "LA NACION"

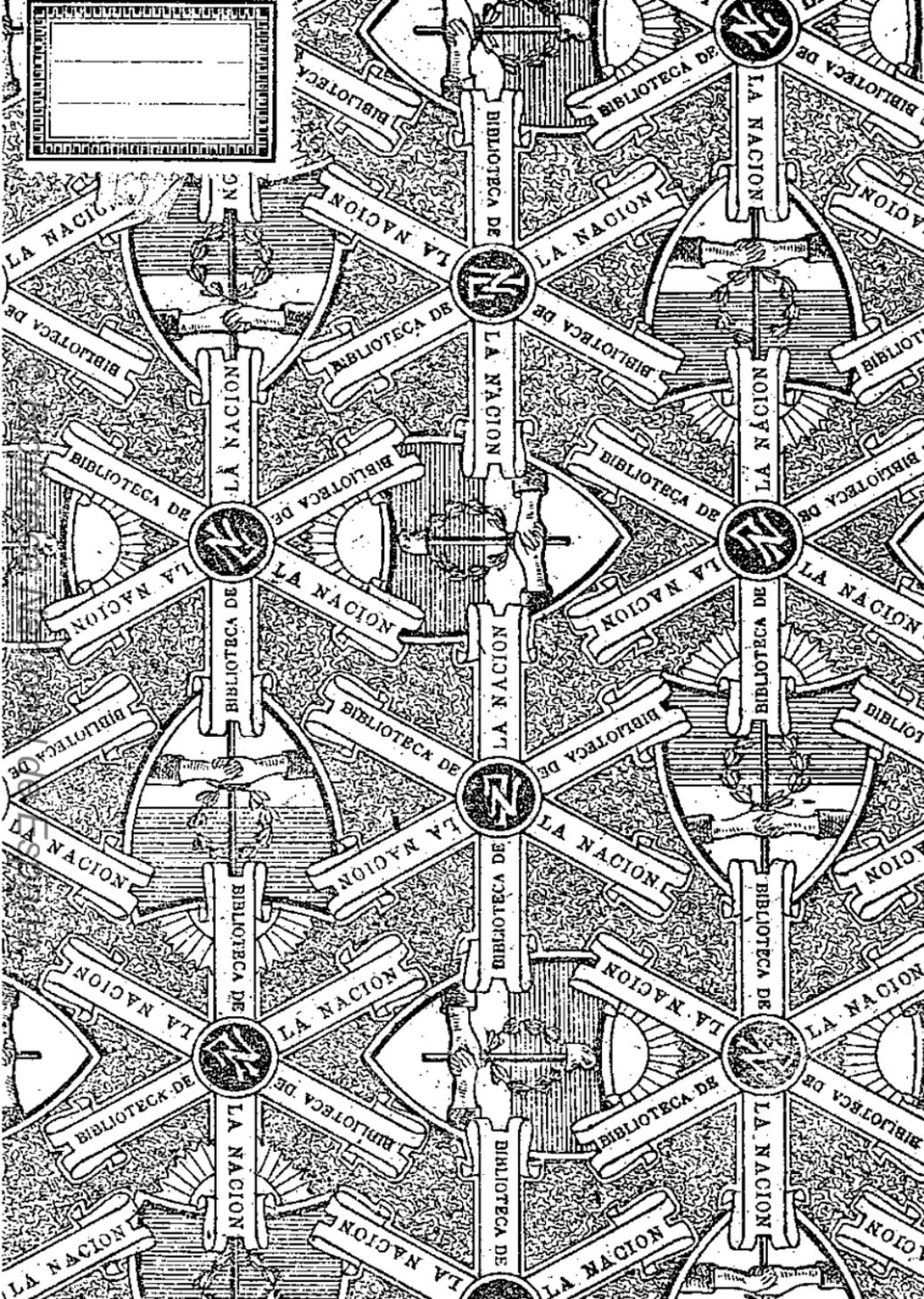
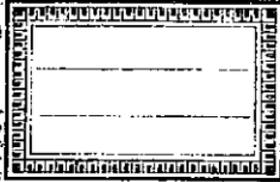
ANUARIO



de España

HA
19166





44
1910

A M A L I A

TOMO III

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

JOSÉ MÁRMOL

AMALIA

NOVELA HISTÓRICA AMERICANA

TOMO III



BUENOS AIRES
1909



W. 1019180

INDICE

	PÁGS.
VII.—Cómo don Cándido se decide á emigrar, y cuáles fueron las consecuencias de su primera tentativa.....	7
VIII.—La guardia de Luján y Santos Lugares.....	17
IX.—Manuela Rosas.....	32
X.—Continuación del anterior.....	44
XI.—De cómo empezó para Daniel una aventura de fábulas.....	53
XII.—El despertar del cura Gaete.....	61
XIII.—La casa sola.....	74
XIV.—Aparición.....	85
XV.—El jefe de día.....	101
XVI.—Continuación del anterior.....	112
XVII.—Patria, amor y amistad.....	121

QUINTA PARTE

I.—Septiembre.....	129
II.—Santos Lugares.....	137
III.—Un vaso de sangre.....	148
IV.—Donde aparece, como aparece siempre, nuestro don Cándido Rodríguez.....	166
V.—Pilades enojado.....	180
VI.—El contrabandista de hombres.....	193
VII.—El jefe de ronda.....	202
VIII.—La ballenera.....	215
IX.—La ronda federal.....	229
X.—Primavera de sangre.....	24
XI.—De cuarenta sólo diez.....	250
XII.—La ley del hambre.....	262
XIII.—El traje de boda.....	271
XIV.—Asilo inglés.....	283
XV.—Mister Slade.....	295
XVI.—De cómo don Cándido Rodríguez era pariente de Cuitiño.....	307
XVII.—El reloj del alma.....	321
XVIII.—El velo de la novia.....	329
XIX.—El tálamo nupcial.....	337
ESPECIE DE EPÍLOGO.....	349

AMALIA

VII

CÓMO DON CÁNDIDO SE DECIDE Á EMIGRAR, Y CUÁLES FUERON LAS CONSECUENCIAS DE SU PRIMERA TENTATIVA.

Pero no bien nuestro secretario privado tuvo un pie en la acera, y otro sobre el alto escalón de la portería del convento, cuando una mujer, con sus gruesos rizos negros en completo desorden, y cuyo gran pañuelo de merino blanco con guardas rojas arrastraba la punta de su ángulo cuatro ó seis dedos más abajo de la falda del vestido, lo tomó del brazo y exclamó:

—¡Ah, qué felicidad! Son los dioses del Olimpo los que me han conducido por esta senda. ¡Oh! ya no tenemos que temer del hado, pues que lo he hallado á usted.

—Señora, usted se equivoca—dijo don Cándido, estupefacto,—yo no tengo el honor de conocer

á usted, ni creo que usted me conozca á mí, á pesar del hado y de los dioses del Olimpo.

—¿Que no os conozco? Vos sois Pílates.

—Yo soy don Cándido Rodríguez, señora.

—No, vos sois Pílates; como Daniel es Ulises.

—¿Daniel?

—Sí, ¿ahora se hace usted el que no me conoce? yo soy la señora doña Marcelina, en cuya casa tomó usted parte en aquella estupenda tragedia en que...

—¡Señora, por el amor de todos los santos, cálese usted que estamos en la calle!

—Pero hablo despacio, apenas me oye usted mismo.

—Pero usted se equivoca. Yo no soy... yo no soy...

—¿Que no es usted? ¡Oh! más fácil le hubiera sido á Orestes desconocer su patria, que á mí desconocer á mis amigos; y sobre todo cuando están en peligro.

—¿En peligro?

—¡Sí, en peligro; se piensa hacer una hecatombe con usted y con el señor don Daniel!—exclamó doña Marcelina levantando su dedo índice á la altura de los ojos de don Cándido; ojos que vagaron del cielo á la tierra, y de doña Marcelina al vestíbulo de la portería.

—Entre usted, señora—le dijo don Cándido tomándola de la mano, haciéndola entrar y sentarse á su lado en un escaño.

—¿Qué hay?—continuó.—¿Qué especies de profecías espantosas y terroríficas son las que salen rápidas y tumultuosas de la boca de usted? ¿Dónde la he conocido yo á usted?

—Contestaré, primero: que conocí á usted una

mañana en casa de mi protector Daniel, y que otra vez lo vi á usted al salir del zaguán de mi casa en aquella noche en que...

—¡ Despacio !

—Bien. Agrego á usted que en este momento el cura Gaete está durmiendo la siesta en mi casa.

—¡ En los infiernos debiera estar durmiendo !

—¡ Despacio !

—Prosiga usted, buena mujer, prosiga usted.

—Durante la comida ha blasfemado contra usted y contra Daniel. Ha hecho brillar en su mano un puñal más grande que el de Bruto ; y, con los furores de Orestes, ha jurado perseguirlos á ustedes con más encarnizamiento que Montegon y Capuleto.

—¡ Qué horror !

—Pero hay más.

—¿ Más que matarnos ?

—Sí, hay más : ha jurado que desde esta noche, él y cuatro más van á espiarlos á usted y á Daniel para asesinarlos donde los encuentren.

—¡ Desde esta noche !

—¡ Oh ! al lado del pensamiento de Gaete es nada este verso de Greon :

«Moriré, morirás, morirán ellos
Todos perecerán...

—¿ Conoce usted la Argia, señor don Cándido ?

—Déjeme usted de comedias, señora—dijo don Cándido pasándose la mano por su frente bañada de sudor.

—No es comedia, es una estupenda tragedia.

—¡ Qué más tragedia que la que pasa, Santo Dios !—exclamó don Cándido.

—Y lo peor de todo es que Daniel y usted serán víctimas inocentes inmoladas á Júpiter.

—¿Inocentes? Yo á lo menos lo soy. Pero veo que en mi destino hay algo de raro, de extraño, de fenomenal. Fluctúo entre los sucesos como un débil barquichuelo á merced de las ondas. ¡Oh, fortuna, fortuna! No tienes tú la culpa, sino yo, yo que abandoné mi profesión, que hoy podía servirme para teñer áncoras de salvación en mis discípulos. Porque ha de saber usted, señora, que yo he sido maestro de enseñanza primaria, y tenía adoptados los mejores métodos: á las ocho se entraba á la clase, á las diez los niños iban al recreo mientras yo almorzaba; mi almuerzo era generalmente puchero, huevos y café con leche, sin vino, por supuesto, porque esta bebida embota las facultades mentales, razón por la cual los ingleses no tienen entendimiento; después duraba la clase hasta la una, hora en que los niños volvían á su casa y yo dormía un poco, no el sueño de ese infernal cura Gaete que debe estar agitado por un enjambre de venenosas serpientes.

—Espacio. Pueden oírnos aquí mismo. Vivimos sobre un volcán, y yo, aunque mujer, soy quizá el ser más comprometido por mis antiguas relaciones y opiniones políticas. ¿Me conoce usted?

—No, señora, ni quiero conocerla.

—Pues estoy comprometida hace tiempo.

—¿Usted?

—Yo. Todos mis amigos han sido víctimas. Acercárame y tener sobre su cabeza la cuchilla del ángel exterminador, es todo una misma cosa. Yo, mis amigos y la desgracia, componemos las tres unidades de la tragedia clásica, según me lo

explicó tantas veces el célebre poeta Lafinur, que sabía que con nada se me contentaba más que con darme lecciones de literatura. No puedo ni hablar con las personas sin que caigan en desgracia inmeditamente.

—¿Y eso me lo dice usted ahora?—dijo don Cándido tomando su sombrero y su caña de la India, que había puesto á su lado sobre el escaño, y preparándose á marchar de prisa.

—¡Deteneos, presunta víctima!—exclamó doña Marcelina.

—¿Yo? ¿Al lado de usted?

—¿Y qué sería de vuestra vida y de la de Daniel si no hubiera yo volado á prevenirles á ustedes el inmenso riesgo que están corriendo?

—¿Y qué será de mí si continúo hablando con usted?

—De todos modos usted ha de morir. Los hados son implacables.

—El diablo es quien se la debía llevar á usted, señora.

—Conteneos, temerario: si no habláis conmigo, morís por la mano de Gaete y si habláis conmigo, morís por la mano de las autoridades.

—¡Cruz!—exclamó don Cándido, mirando á doña Marcelina con despavoridos ojos y cruzando los dos índices de sus manos.

—¡Ah! ¿cuándo no se ha visto á la beneficencia haciendo ingratos?...

—contestó doña Marcelina con esos dos versos de un poeta español.

—Adiós, señora.

—Deteneos. Sólo la necesidad me obliga á llegar á la casa de don Daniel; los dioses me han

hecho encontraros ; ¿ me juráis volar á su encuentro para comunicarle la catástrofe que os amenaza á los dos ?

— Sí, señora, voy á verlo dentro de una hora. Pero ¿ me jura usted, por su parte, no volver á detenerme en la calle, pásame lo que me pase ?

— ¡ Lo juro sobre la tumba de mis abuelos ! — exclamó doña Marcelina, extendiendo su brazo y ahuecando la voz, cuyos ecos se perdieron bajo las bóvedas de la pequeña portería del convento de las capuchinas.

Poco después, don Cándido bajaba á largos pasos por la calle del Potosí, dobló por la de la Florida, tomó por la de la Victoria, y descendió al Bajo por la plaza 25 de Mayo, dejando la fortaleza á su derecha.

Eran ya las tres de la tarde, hora, en invierno, en que los porteños no abandonan jamás su vieja costumbre de salir al sol, sean cualesquiera los sucesos políticos que sus rayos alumbren.

La alameda estaba cuajada de gente. Cinco tiros de cañón disparados por la batería, que desde el principio del bloqueo se había colocado en el Bajo del Retiro, tras el magnífico palacio del señor Laprida que entonces ocupaba Mr. Slade, Cónsul de los Estados Unidos, habían arrebatado de las calles á cuantos las transitaban en aquel momento, y traídoslos para averiguar la causa de los cañonazos.

Esta no era otra, sin embargo, que la que daba lugar todos los días á iguales detonaciones ; es decir, la aproximación á la costa de alguna ballenera francesa que sondaba el río, ó venía á reconocer algún lugar convenido, donde debía atracar bajo la obscuridad de la noche para recibir emi-

grados. De esas balleneras, sin embargo, ninguna fué echada á pique por las tres grandes baterías de la costa; y los artilleros de Rosas se contentaban con ver los estragos que hacían los proyectiles en las agitadas olas del gran río.

Esta vez la embarcación francesa sobre la que la batería del Retiro había hecho sus cinco tiros, fuese por jactancia del oficial que la mandaba, ó fuese que para ello traía órdenes, habíase aproximado, á favor de la creciente del río, casi á tiro de fusil de la Capitanía del Puerto, quedando, por consiguiente, bajo los tiros de la fortaleza y de la batería del Retiro.

Toda la gente se apiñó sobre las toscas del desembarcadero, el peor de todos los de este mundo, porque no han querido hacerlo bueno.

—Vienen pasados—decían unos.

—¡A degüello con ellos en cuanto bajen!—exclamaba Larrazábal.

—El antejo—gritaba Jimeno desde las toscas á los oficiales de la Capitanía del Puerto.

—¡Es desembarco!—gritaban otros.

—Campo, que van á hacer fuego las baterías—decía desde su caballo un *socio popular* que dominaba con su talla toda la multitud, de á pie, de á caballo y de las carretas.

La ballenera, entretanto, abrió de repente la vela tiriana, á doscientas varas de la orilla del agua, y quedó á la capa con sus remos.

Todos estaban á la expectativa.

Pero no era la ballenera sola el objeto de la mirada universal.

A cincuenta varas de la arena sobresalía del agua la negra y lustrosa superficie de una gran tosca, donde no se podía llegar sin haber atra-

vesado esa distancia con el agua hasta la panto-
rilla, cuando menos. Y de pie sobre esa especie de
isla, el punto más cercano á la ballenera, llamó
de improviso la atención de todos un hombre ves-
tido con un largo levitón blanco, con su sombrero
en una mano y una caña de la India en la otra,
que indudablemente había atravesado á pie cua-
renta varas de agua, sin que nadie lo echase de ver,
puesto que sólo por el agua se podía llegar á la
peña.

El era, como el lector conoce ya, nuestro don
Cándido Rodríguez, que al salir del convento con-
cibió el proyecto de emigrar, aunque fuese en una
tina de baño, según él mismo decía en la larga
conversación que llevaba consigo mismo.

—Este es tu día, Cándido—se decía sobre la
peña,—la Providencia te ha traído hasta este lu-
gar. Ea, valor. En cuanto esa embarcación sal-
vadora se aproxime más, corre, precipítate, vuela
sobre ese río y ponte bajo la poderosa protección
de esa bandera.

El miedo, que es el peor consejero de este mun-
do, inspiraba de ese modo á nuestro desgraciado
amigo, que no echaba de ver que á su retaguar-
dia tenía cien ó más jinetes federales, que con un
par de rebencazos á sus caballos habrían llegado
hasta él en dos minutos, al primer paso que diera
hacia la embarcación, como sucedió en efecto.

El oficial de la ballenera paseaba su anteojo por
aquella multitud de más de mil personas que ha-
bía sobre el muelle, y todas las miradas se dividían
entre él y don Cándido, cuando el estallido del
cañón dió sobre todos los nervios ese golpe eléc-
trico que acompaña siempre á la impresión del
sonido violento, y cuatro pirámides sucesivas de

agua, que se elevaron á pocas varas de la embarcación, arrebataron la mirada de todos, que prorumpieron luego en un estrepitoso aplauso al tiro de la fortaleza.

En este momento la ballenera izó su vela, y como para tomar el viento Sur necesitó dirigirse un momento hacia el Oeste, todos creyeron que se venía sobre el muelle, y el primero que participó de esta preocupación fué, desgraciadamente, nuestro don Cándido. Y desplegarse la vela, bajar de la peña, entrar al agua y empezar á andar río adentro con el agua á la pantorrilla, todo fué obra de un segundo.

Pero no bien acababa de poner sus pies en ese improvisado baño, cuando la ballenera viró de bordo y tomó al Este, volando, más bien que navegando, con la brisa del Sur. Y á ese mismo tiempo, mientras don Cándido abría tamaños ojos y cruzaba sus manos, cuatro caballos levantaban nubes de agua, corriendo á gran galope sobre él.

Don Cándido volvió la cabeza cuando ya estaba rodeado de los cuatro verdaderos federales, en cuyos semblantes no pudo adivinar otra cosa nuestro pobre amigo que su última hora.

—Usted se iba—le dijo uno de ellos, alzando sobre la cabeza de don Cándido el cabo de hierro de un inmenso rebenque.

—No, señor, venía—contestó don Cándido, haciendo maquinalmente profundas reverencias á los jinetes y á los caballos, ó más bien, á los caballos y á los jinetes, siguiendo el orden de una rigurosa cronología moral.

—¿Cómo es eso que venía, siendo así que iba usted para adentro del río?

—Sí, mis distinguidos amigos federales; venía

de casa del señor gobernador delegado, de quien soy secretario.

—¿Pero usted iba á alcanzar la ballenera?—le interrogó otro.

—No, señor, libreme Dios; quería acercarme solamente, lo más posible, para ver si la ballenera traía gente de desembarco en el fondo para volver á avisarlo á los heroicos defensores de la federación é incitarlos á triunfar ó morir por el padre de cuantos hijos tiene Buenos Aires, y por el señor don Felipe y su respetable familia.

Una grita estrepitosa contra los franceses y en loor de la federación y de los federales sucedió al discurso de don Cándido entre la multitud de marineros del puerto y carretilleros que se habían acercado, con el agua á la rodilla, hasta el lugar de aquella escena en que todos esperaron ver un desenlace trágico.

El coronel Crespo, el comandante Jimeno, Larrazábal y todos cuantos estaban sobre la pequeña barranca de la Capitanía, no sabiendo lo que pasaba, y queriendo saberlo cuanto antes, dieron tan fuertes gritos é hicieron tan violentas señas á los de á caballo, que uno de éstos hizo subir á don Cándido á la grupa, medio cargado por algunos comedidos entusiastas de los que allí había. Y he aquí que condujeron en triunfo hasta la alameda al impertérito secretario de Su Excelencia, que se había arrojado al agua para observar el fondo de la ballenera francesa.

Inútil es decir todas las felicitaciones que recibió don Cándido. Pero no podemos callar que, á pretexto de estar mojado, el maestro de Daniel se despidió muy pronto de sus decididos amigos, y que, por una reacción natural en su organización,

la debilidad sucedió al coraje artificial con que logró salvarse del peligro que había corrido, y tuvo que entrar á tomar una taza de café en un hotel inmediato á la Capitanía, para poder llegar después á casa de Daniel como pensaba, á echarlo en cara las consecuencias que estaba sufriendo, después de la vida política á que lo había arrastrado, y á prevenirle que la vida de los dos estaba expuesta á ser sacrificada en hecatombe, como decía doña Marcelina.

VIII

LA GUARDIA DE LUJÁN Y SANTOS LUGARES

Era el 21 de agosto.

El refulgente rey del universo descendía con su mano de nácares y oro allá sobre el confín del horizonte que bordaba las planicies esmaltadas de los campos, llanos como la superficie de un mar en calma. Su frente no llevaba esa corona de rubíes con que el cielo del trópico lo magnifica en los momentos de decirle adiós, ni en derredor suyo se abrían de improviso esos espléndidos jardines de luz que irradian fosfóricos en las latitudes del crucero, donde la coqueta Naturaleza se divierte en inventar perspectivas sobre los confines del alba y del ocaso.

Nuestro sol meridional descendía, sin más belleza que la suya propia, sobre los desiertos de la Pampa.

Escuadrones de pájaros salvajes volaban al Oeste, como á alcanzar el sol.

La brisa del Sur hacía ondular la superficie verde de los campos, y agitaba la crin de alguno que otro potro perdido en el desierto, fijos sus ojos en el sol poniente.

Toda la Naturaleza tenía allí ese aspecto desconsolador, agreste é imponente al mismo tiempo, que impresiona el espíritu argentino y parece contribuir á dar temple á sus pasiones profundas y á sus ideas atrevidas.

Naturaleza especial en la América, Naturaleza madre é institutriz del *gaucho*.

Esc ser que por sus instintos se aproxima al hombre de la Naturaleza, y por su religión y por su idioma se da la mano con la sociedad civilizada.

Por sus hábitos no se aproxima á nadie, sino á él mismo; porque el *gaucho* argentino no tiene tipo en el mundo, por más que se han empeñado en compararlo, unos al árabe, otros al gitano, otros al indígena de nuestros desiertos.

La Naturaleza lo educa. Nace bajo los espectáculos más salvajes de ésta, y crece luchando con ella y aprendiendo de ella.

La inmensidad, la intemperie, la soledad y las tormentas de nuestro clima meridional, son las impresiones que desde su niñez comienzan á templar su espíritu y sus nervios, y á formarle la conciencia de su valor y de sus medios. Solo, abandonado á sí mismo, aislado, por decirlo así, del trato de la sociedad civilizada; siempre en lucha con los elementos, con las necesidades y con los peligros, su espíritu se ensoberbece á medida que él triunfa de su destino. Sus ideas se melancoli-

zán; su vida se reconcentra en vez de expandirse. La soledad y la Naturaleza han puesto en acción sobre su espíritu sus leyes invariables y eternas, y la libertad y la independencia de instintos humanos se convierten en condiciones imprescindibles de la vida del gaucho.

El caballo concluye la obra de la Naturaleza: es el elemento material que contribuye á la acción de su moral. Criado sobre él, la inmensidad de los desiertos se limita y apoca para aquél que la atraviesa al vuelo de su caballo. Criado sobre él, se hace su déspota y su amigo al mismo tiempo. Sobre él, no teme ni á los hombres ni á la Naturaleza, y sobre él, es un modelo de gracia y de soltura, que no debe nada ni al indio americano ni al jinete europeo.

Los trabajos de pastoreo á que se entrega por necesidad y por vocación, completan después su educación física y moral. En ellos se hace fuerte, diestro y atrevido, y en ellos adquiere esa desgraciada indiferencia por los espectáculos de sangre, que influyen tanto en la moral del gaucho.

Entre el hombre y el animal existe esa simpatía íntima, esa relación común que tiene su origen en la circulación de la sangre. El gaucho pierde la una y la otra por la habitud de verter la sangre, que viene á convertirse en él, de ocupación en necesidad, y de necesidad en diversión.

Esa vida y esa educación le dan una idea tal de su superioridad sobre el hombre de la ciudad, que, sin esfuerzo y naturalmente, siente por él un profundísimo desprecio.

El hombre de la ciudad monta mal á caballo; es incapaz de conducirse por sí solo en las llanu-

ras desiertas; más incapaz aún de procurarse en éstas la satisfacción de sus necesidades, y por último, el hombre de la ciudad no sabe prender un toro al certero lazo de los gauchos y tiene miedo de hundir un cuchillo hasta el puño en la garganta del animal, y no sabe ver sin agitación que su brazo está empapado en los borbotones de la sangre.

Lo desprecia, y desprecia á la vez la acción de la justicia, porque la justicia viene de la ciudad, y porque el gaucho tiene su caballo, su cuchillo, su lazo y los desiertos donde ir á vivir sin otro auxilio que el suyo propio y sin temor de ser alcanzado por nadie.

Esta clase de hombres es la que constituye el pueblo argentino, propiamente hablando, y que está rodeando siempre, como una tempestad, los horizontes de las ciudades.

Esa clase, empero, tributa con facilidad su respeto y su admiración á ciertos hombres: que son aquellos que sobresalen por sus condiciones de gaucho.

Nada más común en las sociedades civilizadas que malos generales al frente de numerosos ejércitos ignorantes de partido á la cabeza de millares de prosélitos; pero, entre los gauchos, tal aberración es imposible.

El caudillo del gaucho es siempre el mejor gaucho. El tiene que alcanzar ese puesto con pruebas materiales, continuadas y públicas. Tiene que adquirir su prestigio sobre el lomo de los potros, con el lazo en la mano, entre las charcas de sangre, durmiendo á la intemperie, conociendo palmo á palmo todas nuestras campañas, desobedeciendo constantemente á las autoridades civiles y mili-

tares, y burlando y hostilizando día por día cuanta mejora industrial, cuanta disposición y cuanto hombre llega de las ciudades á la campaña.

¡Sin estas condiciones principales es inútil pensar en acaudillar á los gauchos; pero el que las posee y sabe ostentarlas á tiempo, ese es su caudillo, que los conduce y hace de ellos lo que mejor le place!

Ese es el gaucho, y su importancia social y política se comprende en nuestra revolución con pasar la vista, como un relámpago solamente, sobre el inmenso cuadro de nuestra historia.

Las Provincias del Río de la Plata habían llegado á ocupar en la América una extensión y una importancia tal, que, cuando Carlos III se ve forzado á repeler de nuevo con las armas las pretensiones de los portugueses en ellas, y aconsejado á nombrar jefe de la expedición que debía salir de Cádiz al teniente general don Pedro Cevallos, cree de oportunidad y de conveniencia poner su real sello en la cédula que erigía en virreinato las provincias del Río de la Plata, Paraguay, Tucumán, Potosí, Santa Cruz de la Sierra, Charcas y las lindantes de Mendoza y San Juan, creando por su virrey al mismo teniente general Cevallos, que recibe dicha cédula de erección, fechada en San Ildefonso el 1.º de agosto de 1777.

Ya tenemos, pues, descubierta, conquistada, poblada y constituida en virreinato español esa hermosa región de la América meridional, donde la Providencia había decretado la iniciación y complemento de la grande obra que había imaginado en su inefable idea, para la reivindicación de la humanidad ultrajada y de los magníficos destinos

de un mundo, á quien la ambición, la ignorancia y la superstición sofocaban.

La esclavitud de la América, que empezó desde el primer instante de su descubrimiento, fué gemela de una completa revolución en Europa; y por una de esas reproducciones pasmosas que se encuentran en la historia de la humanidad, su libertad lo fué de otra no menos vasta revolución europea.

Los grandes movimientos sociales pueden ser la obra de un solo hombre, de una sola palabra; pero sus consecuencias no pueden ser calculadas, ni contenidas muchas veces por una generación ni por un siglo. Y la reunión de los Estados Generales en Francia estuvo muy lejos de prever que aquélla sería la causa generatriz de la decapitación de una familia defendida por Dios, del derrocamiento de un trono afianzado por los siglos, de la improvisación de una república, de un imperio, del cataclismo universal de la Europa, de la canonización de la filosofía del siglo XVIII, y por último, la causa indirecta de la libertad de las colonias españolas en la América, oprimidas por el poder incontrastable de su metrópoli; pero así sucedió sin embargo.

La raza americana tenía ya la conciencia de su situación desgraciada. La naturaleza meridional no había desmentido su generosidad con la inteligencia de los americanos; y la sangre española, tan ardiente como orgullosa, estaba en sus venas.

Los sucesos de la Europa llegaban furtivamente; pero al fin llegaban hasta ellos. Algunos libros del siglo XVIII, algunos debates de la Convención francesa, algunos periódicos de la República se escurrían de contrabando entre las merca-

derías con que la madre España subvenía á las primeras necesidades de sus hijos; y las ideas, primera semilla de las revoluciones, iban formando y dando nociones exactas á los hombres capaces, sí, pero desapercibidos de las colonias.

La conciencia estaba hecha; el convencimiento estaba hecho; los instintos eran uniformes; no faltaban sino la decisión y la oportunidad.

La Revolución francesa se encargó de eso.

Fernando VII es arrebatado de su pueblo. El trono español queda vacío. Las provincias del reino se dan sus gobiernos respectivos, ó más bien, se gobiernan como pueden entre la tormenta que les sacudía; la capital del virreinato de Buenos Aires quiere darse también sus gobernantes; y bajo ese pretexto que las circunstancias le ofrecían, pronunció la primera palabra de su libertad, el 25 de mayo de 1810.

Ese movimiento fué el iniciador de la Revolución; y con ésta la Revolución del Continente.

Buenos Aires descubre su pensamiento revolucionario, la América entera se electriza con él; y tras el primer relámpago, ahí tenéis bajo los cielos americanos esa tempestad de combates y de glorias, entre la cual estallaban el pensamiento y el cañón, al choque violento de dos mundos, de dos creencias, de dos siglos.

La España disputa palmo á palmo su dominación; y palmo á palmo sostiene, defiende y hace triunfar su libertad la América, en el transcurso de 15 años.

Buenos Aires es en la lucha, y durante ese tiempo, lo que Dios es en el Universo; aquélla está y resplandece en todas partes. Su espada da la libertad ó contribuye á ella en todas partes: sus

ideas, sus hombres, sus tesoros, no faltan en ninguna; y la guerrera y pertinaz España, donde no hallaba un hombre, hallaba un principio; donde no hallaba un principio, hallaba una imitación de Buenos Aires. Las provincias del Río de la Plata eran su ángel malo, cuyo influjo dañoso la perseguía como la sombra al cuerpo.

La España resiste con valor; sangre por sangre se cambia en las batallas, pero la revolución era demasiado inmensa y demasiado sólida para que la España pudiera sofocarla con su mano en el siglo XIX, y la España vencida en la América, la América se hace para siempre jamás independiente.

Pero el pensamiento de Mayo había bebido sus inspiraciones en fuente harto caudalosa para poder conformarse con asignar á la revolución los límites de una independencia política y de una libertad civil solamente. El inició más que todo eso, y por más que eso todo combatieron sus hijos.

Era una revolución totalmente social lo que buscaba. Una revolución reformadora de la sociedad educada por la España de la Inquisición, del absolutismo, y de las preocupaciones hereditarias de tres siglos, en política, en legislación, en filosofía y en costumbres. Y bajo el humo de las batallas que ennegrecía el cielo americano, Buenos Aires marchaba á pasos, por desgracia demasiado rápidos, en la senda de su atrevido cuanto sublime pensamiento.

Sus brazos se extienden por todo el continente, y su inteligencia formula y elabora al mismo tiempo su existencia nueva.

Libre en política, y colonial en tradiciones so-

ciales, legislativas y filosóficas, habría sido una anomalía monstruosa.

Romper con las viejas preocupaciones españolas, en política, en comercio, en literatura, y hasta en costumbres cuando el pueblo se las fuese dando á sí mismo, era imprimir á la revolución el movimiento reformador del siglo; era ponerse á la altura de las ideas de la época; era hacer, en fin, lo que la misma España había de tentar más tarde bajo el reinado de Isabel II.

«Quedarse fijo en su abuelo y en su bisabuelo» para por esa solidaridad de tradiciones paternas darse la mano con la civilización europea, como acaba de pretenderlo no sé qué mal conocedor de nuestra historia europea, que ha escrito no sé qué con el título de *Nueva Troya*, era cuanto se necesitaba para no ser más de lo que fueron el abuelo y el bisabuelo, en tiempos de Carlos III y de su antecesor. Reproducción que, felizmente, la revolución tuvo el buen sentido de no apetecer jamás.

El mejor alguacil del Santo Oficio no habría opinado de otro modo; jurando que era una verdadera herejía no ser el nieto lo que fué el abuelo. Pero sigamos el campo de los vastos acontecimientos que narramos de carrera; y de esta suerte se han de percibir claras y distintas las reproducciones del abuelo y bisabuelo en el nieto, dando sus naturales consecuencias, y las que nacieron del divorcio de esas tradiciones pestilenciales.

En medio del espíritu de las armas, Buenos Aires, esa capital donde se reunían los contingentes de ideas que le enviaban todas las provincias de la Unión, como enviaban á las batallas los contingentes de lanzas, marcha á grandes pasos en el

camino de la revolución social, y todas las tradiciones de la colonia son tumbadas por la mano de la República. Los grandes principios se fundan y se practican á la vez. La República, el Gobierno representativo, el ministerio responsable, el sistema electoral, la libertad de la conciencia, del pensamiento, del comercio; la igualdad democrática, la inviolabilidad de los derechos: todo, en fin, cuanto la revolución europea tenía de más santo, de más social, lo canoniza para sí la revolución del Plata. Y á la luz de este brillante día que se levantaba sobre sus olas, surgieron de la revolución esas cabezas chispeantes de genio que hicieron el honor y la gloria de la República, no menos grandes que el honor y la gloria que conquistaba con sus armas sobre los campos de batalla.

Pero dos grandes principios de resistencia debían encontrarse de frente con la reforma social, y desde sus primeros días se le presentaron, en efecto, disfrazados bajo distintos modos.

De una parte, el sistema de gobierno republicano que la revolución improvisaba, debía resentir los hábitos monárquicos de una sociedad nacida y educada bajo la monarquía absoluta.

De otra parte, la innovación civilizadora debía despertar las susceptibilidades del pueblo colonial atrasado, ignorante y apegado á sus tradiciones seculares.

Y esa reacción franca, ingenua, inevitable, que sucede á las grandes innovaciones sociales cuando se obran sobre pueblos no preparados para ellas, debía estallar y estalló, en efecto, en la República.

De otro lado, la revolución había creado en to-

das las clases de la sociedad sus representantes, su expresión y sus intereses; y la reacción se hizo sentir, primero, en las rebeliones parciales, después, en las distintas pretensiones de provincia, y, últimamente, en el pronunciamiento espontáneo y franco del pueblo semisalvaje de las florestas, restaurando el absolutismo y la ignorancia de sus abuelos y bisabuelos, contra la clase ilustrada de las ciudades, que representaba el principio civilizador.

Ibarra, Bustos, López, Quiroga, de una parte; Rivadavia y los congresales de la otra, no eran sino las peripecias de esa guerra sorda, pero gigantesca, que se disputaba en la República el triunfo de principios y de cosas diametralmente opuestos, como lo eran la tradición colonial y la innovación revolucionaria.

La historia de las revoluciones sociales en el mundo es el tratado de lógica más perfecto: á tales causas han de suceder tales efectos. Y el gran trastorno que sufría aquí el principio monárquico, la improvisación de una República donde no había ni ilustración ni virtudes para conservarla, y la implantación repentina de ideas y de hábitos civilizados en pueblos acostumbrados á la cómoda inercia de la ignorancia, eran una utopía magnífica pero impracticable, con la cual la barbarie daría en tierra, hasta que una enseñanza más prolija, en la escuela misma de las desgracias públicas, crease una generación que la levantase y la pusiese en práctica: tal cosa debía suceder, y así ha sucedido, por desgracia.

Durante las ideas y los hombres se disputaban intereses locales y transitorios en la época en que se constituía la República y al amparo de las

guerras civiles consiguientes, la reacción social tronaba como una tempestad espantosa en los horizontes del Plata; y en un momento en que ciertos malhadados sucesos de nuestra historia tan dramática dejaron desierta la escena, todos los principios reaccionarios de la revolución aparecieron en ella personificados maravillosamente bien en un solo hombre, como sucede siempre en los grandes movimientos sociales, prósperos ó adversos para la humanidad, en que Dios ó el demonio hacen de todas las ideas y de todos los instintos una sola masa en forma humana, cuyo destino es representar el bien ó el mal, según sean los elementos de que se ha formado su vida.

Ese hombre era Rosas.

Rosas, que era el mejor gaucho en todo sentido, que reunía á su educación y á sus propensiones salvajes todos los vicios de la civilización, porque sabía hablar, mentir y alucinar.

La reacción había estallado; y personificada en él, él debía serle fiel, porque el día que le hiciese traición, los sacerdotes sacrificarían el ídolo. Y fiel á su origen y á la misión que acepta, da al gaucho, á sus ideas y á sus hábitos, el predominio de la sociedad bonaerense, luego que se asegura con el triunfo el imperio de la reacción.

Sorprendida Buenos Aires, tiene que soportar esa imposición terrible de la fuerza. Ya no era la cuestión de unitarios y federales: eran la civilización y la barbarie las que quedaron para disputar más tarde su predominio. Entretanto, con la derrota de los unitarios, la civilización quedó vencida temporariamente, porque el mismo partido federal, como representante de un principio político, quedó postrado por el triunfo del caudillo

gaucho, que, tomando por pretexto la federación, echó por tierra la federación y la unidad. Sin embargo, el partido federal sonreía creyéndose vencedor, mientras que legaba á la historia el derecho de acusarlo justa y terriblemente algún día, por haber querido comprar el sacrificio de sus adversarios políticos con la libertad y el honor de su país, entregándolo á manos de un bandido que debía, más tarde, pisar con el casco de sus potros los derechos mismos que buscaba bajo el sistema federal. Porque es mentira que padeciesen un error los federalistas; es mentira que no conociesen á Rosas: Rosas fué conocido desde que tuvo 15 años. A esa edad fué hijo insolente; á los dieciséis, fué hijo huído; más tarde, fué un gaucho ingrato con sus bienhechores; después, fué siempre un bandido, rebelde á las autoridades de su país.

Ese era el hombre que en 1840 se encerraba en los reductos de Santos Lugares, porque marchaba sobre la ciudad el puñado de libertadores que conducía el general Lavalle.

Llevemos la vista hasta los campos de Luján. Y allí encontraremos esa cruzada de valientes, á la indecisa luz de los crepúsculos de la tarde, símil de la indecisa suerte que corrían; todo el mundo á caballo, y el pequeño ejército dividido en dos cuerpos: el primero mandado por el general Lavalle; el segundo mandado por el coronel Vilela.

Estos dos cuerpos iban á separarse momentáneamente; el primero iba á dirigirse hacia el Sur; el segundo quedaba sobre Luján.

El general Lavalle quería conocer primero el espíritu de la campaña al Sur, antes de marchar

sobre la capital. En el Norte no se habían reunido á su ejército sino algunos grupos insignificantes de vecinos, pero las milicias y las fuerzas de línea permanecían fieles al tirano.

Los dos cuerpos de ejército se despidieron dando vivas á la libertad de la patria; de esa patria tan cara para sus buenos hijos, y cuyos campos debían regar bien pronto con su noble sangre.

Los escuadrones marchaban, y todavía los soldados se despedían con sus lanzas y con sus espadas.

El escuadrón Mayo, que pertenecía al segundo cuerpo, entonó entonces el himno nacional, canto de victoria de nuestras viejas legiones, cuyas palabras se escapaban con la vida del que caía al bote de las pujantes lanzas españolas. Y, hasta que allá en el horizonte, cubierto con los oscuros velos de la noche, se perdieron las sombras del general Lavalle y de sus valientes, los soldados del segundo cuerpo permanecieron á caballo.

Después, los legionarios de la libertad encendieron sus fogones para calentar su cuerpo entumecido por el frío de aquel riguroso invierno, mientras que el calor de su alma, entusiasmada, los bebían en la fe, en la esperanza y en los recuerdos santos de la patria.

La noche recorrió su manto de estrellas sobre aquel romancesco campamento, donde no palpita-
ba un corazón que no fuera puro y digno de la mirada protectora de la Providencia. Y sólo esas estrellas podrían revelarnos los suspiros de amor que se elevaban hasta ellas, exhalados por los tiernos pechos de aquellos soldados arrancados por la libertad á las caricias maternas y á las sonrisas de la mujer amada, en la edad en que la vida del

hombre abre el jardín de los afectos purísimos de su alma...

¡ Antítesis terrible ! ¡ A doce leguas de ese lugar en que la libertad velaba con su manto de armiño el tranquilo sueño de sus hijos, un ejército de esclavos dormía soñando con el crimen, á la sombra de la mano de hierro de un tirano !

Seis mil soldados, tendidos entre los reductos de Santos Lugares, estaban esperando la voz del asesino de su patria para abocar sus almas contra los mismos que les traían la libertad. Traidores á su madre común, podían serlo también al hombre á quien vendían sus derechos ; y en el silencio de la noche los campamentos eran patrullados triplemente por partidas que se renovaban cada dos horas. Unas vigilaban la parte exterior de los reductos, otras paseaban alrededor del campamento, y otra patrullaba por entre las carpas de los soldados. ¿ Estaba entre ellas la tienda del tirano ? ¿ La banderola ó el hierro de su lanza la hacía descubrir en alguna parte ? No. Rosas no tenía tienda. De día escribía dentro de una galera, y de noche no se supo jamás su lugar fijo. Fingía echar su recado en tal paraje para pasar la noche, y media hora después, estaba su recado solo con algún soldado que lo cuidaba. ¿ Vigilaba ? No, huía ; mudaba de lugar y de escolta, para que todos ignorasen dónde estaba.

El general Lavalle, entretanto, dormía entre sus jóvenes soldados, con la misma confianza con que había dormido sobre la cama de Rosas, once años antes, cuando fué, él solo con sus edecanes, á hacer arreglos al campamento mismo de su enemigo.

IX

MANUELA ROSAS

Ya que hemos dejado al lector en conocimiento de la situación política y militar, en sus grandes manifestaciones, á la época á que hemos llegado en nuestra historia, es necesario conducirlo ahora á un más minucioso conocimiento individual de los personajes que caracterizan la época, y que han de contribuir al desenlace de los acontecimientos que habrán de fijar la suerte respectiva de los protagonistas de la obra, á que nos vamos á acercar bien pronto.

Manuela Rosas es el rasgo histórico más visible, después de su padre, en el cuadro de la dictadura argentina.

En 1840 ella no es una sombra, sin embargo, de lo que fué más tarde, pero en esa época ella empezaba á ser la primera víctima de su padre y el mejor instrumento, sin querer serlo y sin saberlo, de sus diabólicos planes.

Manuela estaba en la edad más risueña de su vida: contaba apenas de veintidós á veintitrés años. Alta, delgada, talle redondo y fino, formas graciosas y ligeramente dibujadas, fisonomía americana, pálida, ojerosa, ojos pardo-claros, de pupila inquieta y de mirada inteligente, frente poco espaciosa pero bien dibujada, cabello castaño obs-

curo, abundante y fino, nariz recta, y boca grande, pero fresca y picante; tal era Manuela en 1840.

Su carácter era alegre, fácil y comunicativo. Pero de vez en cuando se notaba en ella, después de algún tiempo, algo de pesadumbre, de melancolía de disgustos; y sus vivos ojos eran cubiertos alguna vez por sus párpados irritados; lloraba, pero lloraba en secreto como las personas que verdaderamente sufren.

Su educación de cultura era descuidada, pero su talento natural suplía los vacíos de aquélla.

Su madre, mujer de talento y de intriga, pero vulgar, no había hecho nada por la perfecta educación de su hija. Y, huérfana de madre hacía dos años, Manuela no contaba, en la época que narramos, con otro ser que debiera interesarse por ella, sino su padre; porque su hermano era un bellaco rudo, inclinado al mal, y sus parientes se cuidaban mucho de Juan Manuel, pero nada de Manuela.

Su corazón había sentido dos veces ya la terna serenata del amor á sus cerradas puertas; pero las dos veces la mano de su padre vino á echar los cerrojos de aquéllas, y la pobre joven tuvo que ver los más bellos encantos de la vida de una mujer al través del cristal de su imaginación.

Su padre había decretado el celibato eterno de aquella criatura sabedora de todas sus miserias, de todas sus intrigas y de todos sus crímenes, porque entregaría todos esos importantes secretos con el corazón de la joven.

Ella, además, era un instrumento de popularidad. Con ella lisonjeaba el amor propio del plebeyo alzado de repente á condición distinguida en

la amistad del jefe federal. Con ella transmitía su pensamiento á sus más abyectos servidores. Con ella, en fin, sabía la palabra y hasta el gesto de cuantos se acercaban á comprar con una oficiosidad viciosa ó criminal algún destino, algún favor, algún título de consideración federal.

Su hija, además, era el ángel custodio de su vida; velaba hasta el movimiento de los párpados de los que se acercaban á su padre; vigilaba la casa, las puertas y hasta los alimentos.

Nos acercamos á esta mujer desgraciada en los momentos en que su salón está cuajado de gentes, y ella es allí la emperatriz de aquella extraña corte.

Pero nuestra mirada no puede divisar bien las fisonomías; es necesario acercarse á ellas, porque una densa nube de humo de tabaco eclipsa la luz de las bujías.

Los principales miembros de la Sociedad Popular hacen su visita de costumbre en ese momento. Y fuman, juran, blasfeman y ensucian la alfombra con el lodo de sus botas ó con el agua que destilan sus empapados ponchos.

Allí está, viva y palpitante, la democracia de la federación. Gaetan, Moreira, Merlo, Cuitiño, Salomón, Parra, fuman y conversan mano á mano con los diputados García Baláustegui, Garrigós, Lahitte, Medrano, etc.; con los generales Mansilla, Rolón, Soler, etc., también. Larrazábal, Mañño, Irigoyen, González Peña, conversan en otro grupo, mientras sus esposas, federalizadas hasta la exaltación, rodean á Manuela con doña María Josefa Ezcurra, la comadre de Merlo, la ahijada de éste, la sobrina de aquél; parientas, en fin, de todo género y de toda rama de aquellos corpulen-

tos troncos sobre que reposaba la santa é inmaculada causa federal.

Las paredes de aquel salón tenían oídos y boca para repetir al Restaurador de las Leyes lo que allí se decía; pero no podían tener unos ni otra para el general Lavalle. No había, pues, miedo.

Cada grupo describía á su modo la situación política, pero ninguno disentía en opinión respecto al triunfo seguro del Restaurador sobre sus inmundos enemigos.

Según unos, la cabeza de Lavalle iba á ser puesta en una jaula en la plaza de la Victoria.

Según otros, todo el ejército prisionero debía venir á ser pasado á cuchillo por la Sociedad Popular, en la plaza del Retiro.

Las mujeres tomaban su parte también. Ellas declaraban que las unitarias, madres, esposas, hijas, hermanas de los traidores que traía Lavalle, les debían ser entregadas para cortarles la trenza y tenerlas después á su servicio.

Manuela no hacía sino volver los ojos de uno á otro grupo, oyendo ese certamen del crimen, en el cual todos competían por ganarse el triunfo en la emisión de una idea más criminal que las otras.

Para Manuela esto no era sorprendente, sin embargo, porque la repetición de esta escena le había hecho perder su admiración primitiva. Pero tampoco gozaba con ella, porque en su corazón de veintidós años no podía ser música agradable un coro perpetuo de juramentos y de maldiciones. Además, la costumbre de tratar á aquella gente le había dado el conocimiento de su importancia real, y ella sabía que no tenían para su padre ni aun la noble fidelidad del perro; que no eran otra

cosa que esclavos envilecidos que venían delante de ella á jactarse de un sentimiento que era en ellos, más que otra cosa, la inspiración de sus instintos malos, y de su conciencia sometida al miedo y á la voluntad de su amo.

Pero, en cambio, las demás mujeres gozaban por ella.

La una admiraba la elocuencia de su marido.

La otra renegaba del suyo porque no gritaba tanto como los otros. Pero se contentaba con que todos oyesen que ella había hablado por él.

Y otra, en fin, se envanecía de poder repetir á Manuela las palabras de su marido, que ésta no oía bien entre el tumulto.

Mercedes Rosas, que también hacía parte de la reunión, se alegraba á su vez porque las miradas de los hombres se dirigían á ella á la par que á Manuela, cuando hablaban del degüello y exterminio de los unitarios para defender así la federación, al Restaurador y á los federales, palabras galantes con que los oradores de aquella asamblea cortejaban á las amables damas que allí había.

Y, por último, doña María Josefa Ezcurra gozaba por todos ellos y por todas ellas.

Larrazábal acababa de declarar en alta voz que él no esperaba sino la autorización de Su Excelencia para ser el primero que mojase su puñal en la sangre de los unitarios.

—Eso es hablar como buen federal—dijo doña María Josefa en alta voz.—Por la tolerancia de Juan Manuel se han ido del país los unitarios que hoy vienen con Lavalle.

—Vienen á su tumba, señora—le contestó un hermano federal,—y debemos felicitarnos de que se hayan ido.

—No, señor, no—replicó doña María Josefa.—Al seguro llevan preso; y mejor habría sido matarlos antes de que se fuesen.

—¡Cabal!—gritó Salomón.

—Sí, señor, cabal—prosiguió la vieja.—Y no es lo peor la clemencia de Juan Manuel, sino que cuando él da una orden de prender á algunos unitarios, los comisionados se ponen á papar moscas, y los unitarios se les escapan.

Los ojos de la vieja, chiquitos, colorados y penetrantes, se clavaron en Cuitiño, que, de pie, á dos pasos de ella, arrojaba una bocanada del humo de su cigarro.

—Y no es lo peor tampoco que se les escapan—continuó,—sino que cuando los buenos servidores de la federación les dicen dónde están escondidos, van allá y los mismos unitarios los embaucan como á muchachos.

Cuitiño se dió vuelta.

—¿Qué, se va, comandante Cuitiño?

—No, señora doña María Josefa, pero yo sé lo que me hago.

—No siempre.

—Siempre; sí, señora. Yo sé matar unitarios y he dado pruebas de ello. Porque los unitarios son peores que perros, y yo no estoy contento sino cuando veo su sangre. Pero usted está con indirectas.

—Me alegro que me haya comprendido.

—Yo sé lo que me hago.

—El comandante Cuitiño es nuestra mejor espada—dijo Garrigós.

—Así lo digo todos los días á Peña para que aprenda—dijo doña Simona González Peña, una de las más entusiastas federales, y que ostentaba,

más que su entusiasmo, unas hermosas barbas negras.

—Pero no es época de espadas—observó doña María Josefa,—sino de puñal. Porque es á puñal cómo deben morir todos los inmundos salvajes asquerosos unitarios, traidores á Dios y á la Federación.

—Así es—dijeron algunos.

—El puñal, esa es el arma que deben tener los buenos federales—continuó doña María Josefa.

—¡Cabal, el puñal!—gritó Salomón.

—¡Sí, que mueran á puñal!—repitieron otros, y todos en seguida hicieron este magnífico coro de la federación.

—¡A puñal, pero en el pescuezo!—dijo doña María Josefa relampagueándole los ojos.

—Y que el cuchillo esté mellado; con eso les duele—agregó Gaetan, hombre amulatado y de una figura la más repugnante posible.

—Yo lo que siento es que los serenos tengan fusiles, porque Mariño no quiere sino fusilar á los que llevan á su cuartel—dijo otro personaje de la reunión.

—¡Vaya, si es muy escrupuloso este Mariño! Por eso tuvo tantos miramientos con la viudita de Barracas.

—Ha dicho muy bien la señora María Josefa: el puñal debe ser el arma de los federales, y en adelante yo daré mis órdenes—dijo Mariño queriendo lisonjear á aquella arpía, para que no continuase.

—Que acabe el Restaurador con los que vienen, y nosotros acabaremos con los que están dentro—dijo Garrigós embutido entre su alta corbata, como era su costumbre.

—A la primera orden que nos dé el Restaurador, la primera cabeza que corte yo, se la he de traer á usted, doña Manuelita—dijo Parra.

Manuela hizo un gesto de repugnancia y volvió los ojos á la mujer de don Fermín Irigoyen, que tenía á su lado.

—Los unitarios son demasiado feos para que quiera verlos Manuelita—dijo Torres buscando ponerse de acuerdo con la hija de su padre.

—Así es, pero, degollados, se han de volver muy buenos mozos—contestó doña María Josefa.

—Si á la niña no le gusta ver cosas, yo no le he de traer la cabeza que le he ofrecido—replicó Parra,—pero los hombres, sí; los hombres es preciso que veamos todos las cabezas de los unitarios, sean lindos ó feos—continuó dirigiéndose á Torres;—porque aquí no hemos de andar con gambetas. Todos somos federales y todos debemos lavarnos las manos en la sangre de los traidores unitarios.

—¡Cabal!—gritó Salomón.

—Eso es hablar—dijo Merlo.

—Y el que no quiera hacer lo que los restauradores que han de morir por el señor don Juan Manuel de Rosas y su hija, que alce el dedo—dijo Gaetan.

—Mándeme doña Manuelita, y mándeme donde quiera, que yo solo basto para traerle un rosario de orejas de los traidores unitarios.

Manuela volvió los ojos hacia todas las mujeres que allí había. Buscaba alguna simpatía de sexo, alguna armonía blanda de espíritu, algún signo de resignación que la fortaleciese. Pero nada... nada... nada. Allí no había, en hombres y mujeres, sino fisonomías duras, encapotadas, siniestras. En

esta el odio, en aquella el vicio; en esa la abyección de la bestia, en la otra la prostitución y el cinismo: he ahí cuanto rodeaba á aquella mujer joven en cuyo corazón la Naturaleza no había sido avara, quizá, de afectos tiernos y delicados, pero en el cual la infernal escuela en que la ponía su mismo padre, estaba encalleciendo sus sensibles fibras, al roce de las más rudas y torpes impresiones.

—¡ Sí, todos debemos contribuir á dar un gran ejemplo para que la federación quede afianzada sobre bases incommovibles de diamante!—exclamó el diputado García, con el énfasis y la petulancia que eran habituales en sus palabras.

—¡ Bravo!

—Ese será el día grande de la patria, el día que se apague esta fiebre de libertad que nos devora—continuó el orador.—Fiebre santa que no se apagará sino con la sangre de los esclavos unitarios.

—A propósito de fiebre—dijo Mariño al general Soler, casi al oído, mientras el diputado continuaba su estupenda peroración ante su popular auditorio.—A propósito de fiebre, ¿ sabe usted, General, que el cura Gaete se nos va?

—He oído que está «malo,» ¿ qué diablos tiene?

—Una fiebre cerebral espantosa.

—¡ Hola!

—De muerte.

—¿ Desde cuándo?

—Creo que hace cinco ó seis días.

—¡ Malo!

—¡ En todo el delirio no habla sino de magnetismo; de Arana, de dos que dice él mismo no quiere nombrar, de una porción de disparates!

—¿Y al Gobernador no lo nombra?

—No.

—Entonces puede morirse cuando quiera.

—Sin embargo, era un buen federal.

—Y mejor borracho.

—Dice usted bien, General, y es probable que el origen de su fiebre sea de alguna tranca.

—De todos modos, si Lavalle triunfa, el diablo se había de llevar al fraile á las pocas horas.

—Y á muchos con él.

—¿A usted y á mí, por ejemplo?

—Puede ser.

—Todo puede ser.

—Y no es lo peor.

—¿Cómo, General?

—Digo que es lo peor no podamos asegurar que no triunfará.

—Cierto.

—Lavalle es arrojado.

—Pero tenemos triple número de fuerza.

—Yo he tomado el Cerrito de la Victoria con un tercio de fuerza de la que defendía su altura.

—Pero eran españoles... ¡Pues! Eran españoles. Lo que quiere decir, señor Mariño, que sabían batirse y morir peleando.

—No son menos valientes nuestros soldados.

—Lo sé. Y luego, pueden ser vencidos como lo fueron los españoles, á pesar de su valor.

—Pero la justicia está de nuestra parte.

—Sobre el campo de batalla no hay justicia, señor Mariño.

—Tenemos el entusiasmo.

—Ellos también.

—De manera que...

—De manera que se van á batir, y el diablo sabe quién ganará.

—General, estamos de acuerdo.

—Ya lo sé.

—He querido saber sus opiniones de usted á ese respecto.

—Ya lo sé también.

—No me admira esa perspicacia, General ; usted ha vivido mucho en la revolución.

—Me he criado en ella.

—Pero nunca habría habido en ella un cataclismo peor que el que sufriríamos los federales, si triunfase Lavalle.

—Sería asunto concluido.

—Para todos.

—Especialmente para usted y para mí, señor Mariño.

—¿ Especialmente ?

—Sí.

—¿ Y por qué, General ?

—¿ Con franqueza ? Porque á mí me aborrecen no sé por qué, y á usted por mazorquero.

—¡ Oh !

—Yo sé que no deben quererme.

—Y yo sé que no soy mazorquero, en el sentido de esa palabra.

—Bien puede ser ; pero como no hemos de tener un tribunal que nos juzgue, tendremos que hacernos matar ó emigrar.

—¡ Y la emigración debe ser una cosa terrible, general Soler !—exclamó Mariño moviendo la cabeza.

—Esa es la palabra : yo la he sufrido varias veces, y sé que es terrible.

—Entonces es preciso que todos resistamos hasta lo último.

—¡Quién sabe si podremos contar con todos!

—También tengo esa duda.

—Las defecciones son cosas naturales en todas las revoluciones.

—¡Ah, y los enemigos encubiertos son los peores!

—Los más terribles.

—Pero á mí no se me escapan... Ahí tiene usted uno.

—¿Quién?

—Ese que entra.

—Pero ese es un muchacho.

—Sí, es muchacho de veinticinco años. Todo el mundo lo cree el mejor federal, pero para mí no es otra cosa que un unitario disfrazado.

—Eso no vale nada.

—Ya lo sé, pero es unitario.

—¿Su nombre?

—Bello; Daniel Bello: es hijo de un verdadero federal; hacendado, socio de los Anchorena; y de gran prestigio en la campaña.

—Entonces, está bien guardado.

—El mozo éste es además muy protegido de Salomón; y entra y sale en todas partes.

—Entonces, mi amigo, es preciso saludarlo—dijo el general Soler.

—Sí; pero ya está apuntado—contestó Mariño; y ambos volvieron á los grupos.

X

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Era, en efecto, Daniel Bello el que había entrado en el salón de Rosas; y después de atravesar por entre los concurrentes dando fuertes apretones de manos á derecha é izquierda fué á hacer sus reverencias á Manuela y á las federales damas de su corte.

Daniel llegaba vestido á la rigurosa moda de la federación; es decir, venía de chaqueta, chaleco punzó, grandes divisas y sin guantes. Pero la chaqueta estaba perfectamente cortada, con doble botonadura, y vueltas de terciopelo negro en las mangas; sus botas eran de lustroso charol, su chaleco de rico casimir: sus manos eran delicadas, manos femeninas puede decirse, y su cara la que le conocemos: bella, inteligente y sobre cuya sien pálida caían sus lazos y lustrosos cabellos, más oscuros que sus ojos castaños, que á veces con la luz vivísima de su mirada, parecían ser del gris semiobsuro de los ojos de Cristóbal Colón, según nos los describe el hijo del célebre Almirante. Y todas estas condiciones reunidas eran más que suficientes para que Daniel fuese bien recibido de las damas: damas, por otra parte, que no podían menos de mirar complacidas á aquel hermoso joven que era de los pocos que á esa época usaban el chaleco punzó de la federación.

Y ellas, pues, que sabían la jactancia de las unitarias por los hermosos y elegantes jóvenes que había en su partido, miraban con cierto orgullo á aquél que en el de ellas podía rivalizar en todo con el más bien apuesto unitario.

En el acto la señora del médico Rivera hizo un lugar en el sofá en que estaba, pero tan estrecho, que Daniel habría tenido que sentarse sobre alguna parte del turgente muslo de la abundante hermana de Su Excelencia. Crimen político que estuvo muy lejos de querer cometer, y prefirió una silla al otro extremo del sofá, junto á Manuela.

Mercedes no retrocedió, sin embargo. Se levantó, tomó una silla, se sentó al lado de Daniel, y su primer saludo fué darle un fuerte pellizco en un brazo, diciéndole al oído:

—Se ha hecho el que no ha visto, ¿no?

—He visto que está usted muy buena moza, señora—le contestó Daniel creyendo darle lo que buscaba. Pero quería más.

—Desde ahora le digo una cosa.

—Hable usted, señora.

—Que quiero que me acompañe cuando nos vayamos. Porque hoy desco hacer rabiar á Rivera yendo con un buen mozo; porque es celoso como un turco; no me deja ni respirar. Yo le he de contar todo esto, ahora cuando nos vayamos.

—Tendré mucho honor, señora.

—Bueno. Hablemos fuerte ahora para que no se fijen.

Manuela reclinaba su brazo en uno de los dos del sofá, y Daniel había elegido la silla que se juntaba con el ángulo en que estaba la joven, é inclinándose un poco, podía conversar con ella sin ser oído de los demás. Así lo hizo y le dijo:

—Si alguien gozare la felicidad y el honor de un interés especial por usted, señorita, esta casa sería un rival peligroso.

—¿Por qué, señor Bello? — contestó Manuela con candidez.

—Porque la numerosa concurrencia diaria que hay en ella, distraería mucho la imaginación de usted.

—No—contestó Manuela con prontitud.

—Perdón, señorita; yo tengo el atrevimiento de poner en duda esa negativa.

—Y, sin embargo, he dicho la verdad.

—¿Cierto?

—Cierto: yo hago por no oír, y por no ver.

—Es una ingratitud, entonces—dijo Daniel sonriendo.

—No, es una retribución.

—¿De qué, señorita?

—¿Cree usted que mi silencio, ó mi displicencia les puedan disgustar?

—¿Y cómo no creerlo?

—Entonces, yo les retribuigo el disgusto que ellos me causan con estarme hablando siempre de una misma cosa, que, por otra parte, yo no quisiera oír nunca.

—Pero hablan del señor Gobernador; de la causa que es común á todos; hablan por el entusiasmo que los anima.

—No, señor Bello, hablan por ellos mismos.

—¡Oh!

—¿Lo duda usted?

—Me sorprende, á lo menos.

—¡Porque usted no ocupa mi triste lugar todos los días!

—Bien puede ser por eso.

—Éche usted la vista sobre cuantos aquí hay, y á excepción de usted, yo no sé cuál de los que están esta noche en mi presencia, ha venido con otro fin que darse valimiento de federal á mis ojos, para que yo se lo repita á tatita.

—Sin embargo, ellos sirven fielmente á nuestra causa.

—No, señor Bello, ellos nos hacen mal.

—¿Mal?

—Sí; porque ellos hablan más de lo que debieran, y quizá no obran con la buena fe que yo quisiera para la causa de mi padre. Además, ¿usted cree que yo estoy contenta con estas mujeres y estos hombres que nos rodean?

—Cierto. Usted tiene más talento que todos ellos.

—No hablo de talento; hablo de educación.

—Comprendo que deba mortificarla á usted mucho la ausencia de otra sociedad.

—Hasta mis primeras amigas me han abandonado.

—La época, quizá.

—No, es esta gente, cuya sociedad tengo que aceptar porque tatita lo quiere. Creo que es usted la única persona de calidad que me visita.

—Sin embargo, aquí veo personas muy distinguidas.

—Pero que se han empeñado en hacerse peores que las que no lo son, y lo han conseguido.

—¡Es terrible cosa!

—Me fastidian, señor Bello. Paso la vida más aburrida de este mundo. No oigo hablar sino de sangre y de muerte á estos hombres y á estas mujeres. Yo sé bien que los unitarios son nuestros enemigos. Pero ¿qué necesidad hay de estarlo repi-

tiendo á cada momento con esas maldiciones que me enferman, y sobre todo, con la expresi3n de un odio que yo no creo, porque toda esta gente es incapaz de pasiones? ¿Qu3 necesidad, adem3s, de venir aqu3 mismo á atormentarme la cabeza con estas cosas, impidiendo as3 que se me acerquen las personas de mi sexo, 3 los amigos que yo quisiera?

—Es cierto, se3orita—dijo Daniel con el tono m3s sencillo del mundo.—Es cierto; á usted le hacen falta algunas j3venes de su edad y de su educaci3n, que la distraigan y le hagan olvidar un momento los sobresaltos en que vive en esta 3poca terrible para todos.

—¡ Oh, c3mo ser3a feliz entonces !

—Conozco una mujer cuyo car3cter se armonizar3a perfectamente con el de usted, la comprender3a y la quer3a.

—¿ S3 ?

—Una mujer que simpatiz3 con usted desde el primer momento que la vi3.

—¿ De veras ?

—Que no hay un d3a que no me haga alguna pregunta relativa á usted.

—¡ Oh ! ¿ y qui3n es ?

—Una mujer que es tan desgraciada, 3 quiz3a m3s que usted misma.

—¿ Tan desgraciada ?

—S3.

—No ; no hay en el mundo ninguna m3s desgraciada que yo—dijo Manuela exhalando un suspiro y bajando h3medos sus ojos.

—Usted siquiera no es calumniada.

—¿ Que no soy calumniada ?—exclam3 Manuela alzando su cabeza y fijando sus ojos resplande-

cientes sobre Daniel.—Es lo único que yo no les perdonaré á los enemigos de mi padre: que hayan hecho pedazos mi reputación de mujer, por espíritu de venganza política. ¡Y qué calumnia, Dios mío!—exclamó Manuela llevando la mano á sus vivísimos ojos.

Las conversaciones de los grupos eran tan animadas, que el diálogo de los dos jóvenes no era advertido, sino espiado de vez en cuando por las miradas de doña María Josefa y de Mariño.

—El tiempo ha de desvanecer todo eso, amiga mía—dijo Daniel con un tono de voz tan insinuante y tierno, que Manuela no pudo menos de darle las gracias con una mirada dulcísima.—Pero el tiempo es, por el contrario, el mayor enemigo de la persona de quien hablamos.

—¿Cómo? Explíquelo usted.

—El tiempo le hace mal, porque cada instante que pasa agrava su situación.

—¿Pero qué hay? ¿quién es?—preguntó la joven con una prontitud propia de su carácter impaciente y vivo.

—La calumnian políticamente. La hacen aparecer como unitaria y la persiguen.

—¿Pero quién es?

—Amalia.

—¿Su prima de usted?

—Sí.

—¿Y la persiguen?

—Sí.

—¿Por orden de tatita?

—No.

—¿De la policía?

—No.

—¿Y de quién?

—Del que la persigue.

—¿Pero quién puede perseguirla?

—Uno que se ha enamorado de ella, y á quien ella desprecia.

—Y...

—Perdón... y hacen valer la federación y el respetable nombre del Restaurador de las Leyes como instrumento de una venganza innoble é interesada.

—¡ Ah! ¿quién es? ¿quién es el que la persigue?

—Perdón, señorita, no puedo decirlo todavía.

—Pero yo quiero saberlo para decirlo á tatita.

—Alguna vez lo sabrá usted. Pero tenga usted entendido que es persona de gran influencia.

—Tanto más criminal entonces, señor Bello.

—Lo sé.

—Una cosa.

—Hable usted, señorita.

—Quiero que traiga usted á Amalia.

—¿Aquí?

—Sí.

—No vendrá.

—¿No vendrá á mi casa?

—Es algo excéntrica y se hallaría muy mal entre tan numerosa concurrencia, como la que rodea á usted, señorita.

—La recibiré sola... pero no, yo no tengo libertad para estar sola.

—Además, ella teme un insulto desde que su casa ha sido registrada.

—¡ Pero es inaudito!

—Además también, ella ha dejado su linda quinta de Barracas por algunos días; y á pesar del retiro en que vive, está inquieta, sobresaltada.

—¡Infeliz!

—Usted, sin embargo, podría hacerle un gran servicio.

—¿Yo? Hable usted, Bello.

—Una carta de usted que ella pudiera enseñarla á quien se presentase sin orden del señor Gobernador.

—¿Y habrá quién ose hacerlo sin orden de tatita?

—Lo han hecho ya.

—Bien, escribiré mañana mismo.

—Yo me atrevería á pedir á usted, que al escribir esa carta, recordase que todos deben guardarse bien de tomar el nombre del general Rosas y de la federación para cometer injusticias é inferir insultos.

—Bien, bien, comprendo—dijo Manuela radiante de alegría, por encontrar una ocasión en que poder hacer sufrir el amor propio de aquéllos que la incomodaban á todas horas.

—Nuestra conversación, que yo sostengo con tanto placer—continuó Manuela,—se prolonga demasiado para no despertar celos en toda esta gente á quien yo tengo que atender sin distinción de personas, según la voluntad de tatita.

—Sus deseos de usted son órdenes que yo respeto. Pero ¿me promete usted no olvidar la carta?

—Sí; mañana mismo la tendrá usted.

—Bien. Gracias.

Manuela no se había equivocado: el diálogo con Daniel empezaba á despertar celos en aquella especie de perros hambrientos de alguna sobra del banquete federal á que asistían todas las noches, y cuya reina bacanal debía ser Manuela, la

pobre víctima de la loca ambición del que le dió la vida.

La noche estaba fría, pero Garrigós empezaba á sudar desde la frente, cubierta por la máscara de la hipocresía, hasta su cuello sumergido dentro de su inmensa corbata; tal era cuanto había perorado aquel discípulo de fray Gerundio de Campazas; y toda la concurrencia esperaba que Manuela acabase su conversación particular, para irse á su casa á referir á sus allegados las palabras, las sonrisas, las acciones con que habían sido honrados por la señorita doña Manuelita Rosas y Ezcurra.

En efecto: no bien Daniel se volvió á Mercedes, y Manuela á la esposa de Mariño, cuando sucesivamente fueron llegando á despedirse de ella cuantos allí había, haciendo cada uno un cumplimiento á su modo. El uno le hacía un juramento de morir por ella y por su padre, el otro le ofrecía una cabeza, aquél unas orejas, y más de uno le ofrecía trenzas de las salvajes unitarias; todo para cuando llegara el día de la venganza de los federales.

XI

DE CÓMO EMPEZÓ PARA DANIEL UNA AVENTURA DE FAUBLAS

Por más de un momento Daniel llegó á creer con toda buena fe que se hallaba de veras en el infierno. Se puede imaginar, pues, lo que oiría en-

tre aquellas gentes, cuya sociedad buscaba Rosas para su hija.

Manuela, aunque acostumbrada á este coro, se ruborizaba, sin embargo, de que Daniel oyese aquel lenguaje que se le tributaba como homenaje debido á su posición. Pero con esa elocuencia que aquél poseía en sus miradas, dióle resignación por varias veces, acabando de convencerla de que había en él una remarcable superioridad sobre los otros.

La sala quedó al fin despejada, y la señora doña Mercedes Rosas de Rivera levantóse para retirarse. Y con aquella su candidez característica le dijo abrazándola:

—Conque, hijita, me voy, y me llevo á Bello para hacer rabiar á Rivera.

Manuela fingió sonreírse.

—No me deja, mujer—continuó la primera,— está como nunca. Anoche hasta me pellizó; pero yo, nada... le he de hacer rabiar, hasta que deje de celarme.

—¿Conque se va usted, tía?

—Sí, hijita, pues, hasta mañana.

Y Mercedes imprimió sus labios y sus rubios lunares en la pálida mejilla de su sobrina.

—Adiós, Manuelita. Descanse usted—le dijo Daniel dándole la mano, y con una expresión tan dulce y consoladora, que, tocada la sensibilidad de aquella desgraciada criatura, sus ojos se anublaron de lágrimas al quedarse completamente sola en su salón.

Mercedes, entretanto, enlazó su brazo al de su compañero, y ambos atravesaron el gran patio, salieron á la calle del Restaurador, y doblaron luego hacia el Correo.

La noche estaba fría. El pobre Daniel iba en cuerpo, pero el calor de la rabia que llevaba al verse tomado por asalto, le impedía felizmente echar de menos su capa.

—No, no vayamos tan ligero—dijo Mercedes.

—Como usted quiera, señora—contestó Daniel.

—Sí, vamos despacio, y ¡ojalá que encontrásemos á Rivera!

—¡ Sí, sí, ojalá!

—¡ Cómo rabiaría!

—¿ Es posible?

—¡ Toma!

—¿ Y, por supuesto, que me la quitaría á usted?

—¡ Qué! vea usted. Voy á contarle una cosa.

La otra noche me encontró cuando venía de casa de Agustina con un mozo. Me vió, y atravesó á la vereda de enfrente. Yo, que lo conocí en el acto, ¿ qué le parece á usted que hice?

—Lo llamaría usted.

—¡ Qué! Nada. Me hice la que no le había visto. Empecé á caminar y doblar calles. Casi perdí un zapato que se me había enchanclado. Pero, nada; siempre doblando calles, y Rivera sigue que sigue, por la vereda de enfrente. Yo conocía que venía ardiendo, y dale; á propósito lo hacía: hablaba despacio, me paraba de cuando en cuando, me reía de repente, hasta que al fin llegamos á casa, después de haber andado más de una hora, con Rivera por detrás. Allí fué la buena; gritó hasta que más no pudo; pero al cabo tuvo que venirse á las buenas; se hincó, me besó la mano, y después...

—Y después quedarían las paces hechas, como entre dos buenos esposos—le dijo Daniel interrumpiéndola, y persuadido ya de que lo mejor

era sacar un alegre partido de la conversación con aquella original criatura. La más original, sin duda, en la familia de Rosas, donde todos los caracteres tienen alguna novedad; la más original pero la menos ofensiva, y la de mejor corazón. Con ese apellido, tan histórico desgraciadamente, ninguna mujer ha obrado el mal; y ningún hombre ha dejado, más ó menos, de hacer sentir los arranques de su carácter despótico.

—Y después quedarían las paces hechas, como dos buenos esposos—había dicho Daniel.

—¡Qué! ¡no! después se fué á acostar á su cuarto.

—¡Ah! ¿tienen ustedes cuarto aparte?

—Hace más de dos años.

—¿Sí?

—Y es por eso cómo le hago rabiar. Yo paso unas soldades terribles, pero no cedo. Porque, mire usted, yo soy una mujer de pasiones violentas. Tengo una imaginación volcánica, y no he encontrado todavía quien me comprenda.

—¿Pero, señora, y su marido de usted?

—¿Mi marido?

—Pues, el señor Rivera.

—¡Marido, marido! ¿Pero hay cosa más insoportable que un marido?

—¿Es posible?

—No hay nada más prosaico.

—¡Ah!

—Más material.

—¿Sí?

—Jamás la comprenden á una.

—¡Pues!

—Además, Rivera es tonto.

—¿También?

—Pues, como todo hombre de ciencia.

—Así es.

—¡Oh, si fuera un poeta, un artista, un joven de pasiones ardientes!

—¡Ah, entonces!

—¡Ah! yo soy muy desgraciada, muy desgraciada; yo que tengo un corazón volcánico y que comprendo todos los secretos del amor.

—Cierto; es una desgracia ser como usted es, Mercedes.

—Así se lo digo todos los días en su cara.

—¿A quién?

—A Rivera, pues.

—¡Ah!

—Se lo digo, sí, y á gritos.

—¿Lo que me ha dicho usted á mí?

—Y mucho más.

—¿Y él, qué le dice á usted, señora?

—Nada. ¿Qué ha de decirme?

—¿Y no le hace á usted algo?

—¡Qué! si no puede hacer nada.

—¡Es muy bueno ese señor Rivera!

—Sí, es muy bueno, pero no me sirve. Yo necesito un hombre de imaginación ardiente, un hombre de talento. ¡Oh, un hombre así, para que nos enloqueciésemos juntos!

—¡Santa Bárbara, señora!

—Sí, que nos enloqueciésemos, que estuviésemos juntos todo el día, que...

—¿Qué más, señora?

—Que nos encerrásemos, aunque Rivera se enojase, y allí compusiéramos versos y leyésemos juntos todas mis obras.

—¿Ah, es usted autora?

—¡Pues no!

—¡ Superior !

—Estoy escribiendo mis memorias.

—Magnífico.

—Desde antes de nacer.

—¡ Cómo ! ¿ escribía usted sus obras antes de nacer ?

—No ; cuento mi historia desde esa época, porque mi madre me refirió que desde que estaba embarazada de cinco meses, ya le saltaba en el vientre, hasta el extremo de no dejarla dormir. Nací llena de pelo, y desde que tuve un año, ya hablaba de corrido. No hay pasión porque no haya pasado en el curso de mi vida, y tengo un cajón de la cómoda lleno de cartas y rulos de pelo.

—¿ Y el señor Rivera no anda por ese lado ?

—¡ Toma ! cuando le quiero hacer rabiar, y él está viendo la calavera...

—¿ Qué ?

—Sí, pues, hombre. Una calavera vieja que tiene en su cuarto, y en la que se pone á estudiar no sé qué cosas.

—¡ Ah !

—Pues como le decía : cuando lo siento en su cuarto, ¿ sabe lo que hago ?

—Vamos á ver.

—Entreabro la puerta de su cuarto para que me vea por la rendija, y yo abro la cómoda y empiezo á sacar las cartas y á leer en el primer renglón de cada una :

Mi querida Mercedes.

Idolo de mi vida.

Mi adorada Merceditas.

Merceditas de todo mi corazón.

Incomparable Mercedes.

Merceditas, luz de mis ojos.

Mi Mercedes, estrella de mi vida.

Rubiecita de toda mi alma,

Y, en fin, un millón de cartas, de cuando era soltera, que sería nunca acabar si las dijera.

—¿Y hasta qué época ha llegado usted de sus memorias?

—Ayer he empezado á describir el día en que salí de cuidado por primera vez.

—¡Importante capítulo!

—Es una de las curiosidades de mi vida.

—Pero, señora, eso es muy común.

—¡Qué! si fué una cosa asombrosa. Imagínese usted que salí de cuidado haciendo versos y sin conocer el trance en que estaba.

—¡Admirable constitución!

—Así tuve mi primer hijo, y la mitad es en verso y la mitad en prosa.

—¿Quién, el niño?

—No, la obra, pues: las memorias.

—¡Ah!

—Sólo este tonto de Rivera no les quiere dar mérito.

—Será un hombre frío.

—¡Como la nieve!

—Material.

—¡Como una piedra!

—Sin espíritu.

—¡Por supuesto!

—Prosaico.

—¡Ni leer sabe los versos siquiera!

—Un hombre sin corazón.

—¡Diga usted que es un tonto, y lo ha dicho todo!

—Pues bien, diré con el debido permiso de usted, que su marido es un tonto.

—Eso es. Pero mire usted, asimismo lo quiero. Todas las mañanas él mismo va al mercado y

se viene con cuanto sabe que á mí me gusta. Me despierta dándome palmadas, y me echa en la cama todo cuanto trae. Después, si el pobre se enoja alguna vez, se viene á las buenas.

—Es una excelente condición.

—No tiene más, sino lo que le he dicho. No sirve para nada; y yo necesito un hombre frenético, un joven de talento, varonil, que no me deje un solo instante.

—Señora, vamos, que ya estamos cerca—dijo Daniel viendo que su compañera acertaba cada vez más el paso.

—Sí, vamos. Le voy á leer á usted algo de mis memorias.

—Perdón, señora, pero...

—No hay pero que valga.

—Ya es muy tarde, señora.

—No, no, si no ha de haber venido Rivera todavía.

—Dispense usted, Merceditas; me es imposible.

—Sí, sí; ha de entrar.

En este momento llegaron á la puerta de la casa.

—Otro día.

—No, ahora.

—Me esperan en casa.

—¿Es alguna cita?

—No, señora.

—¿No es mujer?

—No, señora.

—Júremelo.

—Doy á usted mi palabra.

—Entonces entre.

—No puedo, lo repito, señora, no puedo.



—¡Ingrato!

Daniel dió una docena de furiosos golpes con el llamador, á fin de que vinieran cuanto antes á sacarlo del trance en que se hallaba.

—¡Pero qué! ¿de veras no entra usted? ¿Desprecia usted la lectura de mis memorias?

—Otro día, señora.

—Bien, pero ese día será mañana.

—Haré lo posible.

—Mire, hay un pato que dejó Rivera para cenar; entre, vamos á comérselo.

—Señora, si yo no ceno nunca.

—¡Entonces, mañana!

—Puede ser.

—Bien; voy á tener listos los capítulos más interesantes de mis memorias.

—Buenas noches, Merceditas.

—Hasta mañana—contestó ella.

Y Daniel echóse, no á andar, sino á correr, luego que se cerró la puerta, y quedó en su casa la hermana de Su Excelencia el Restaurador de las Leyes, mujer todavía fresca, de hermoso busto y de un color alabastrino, pero de un carácter el más romántico posible, sirviéndonos de una expresión de aquella época, usada para definir todo lo que salía del orden natural de las cosas. Y mientras nuestro héroe sigue corriendo y riéndose como un muchacho, no podemos menos de pasar con el lector, á ciertos días anteriores á éste, para poder tomar y seguir el hilo de esta historia.

XII

EL DESPERTAR DEL CÚRA GAETE

Aquel día tan fatal para don Cándido Rodríguez, en que vió frustrada su tentativa de embarque clandestino, y en el momento en que se acercaba á la casa de Daniel, destilando agua todavía de sus empapadas botas y calzones, su discípulo acompañaba hasta la puerta de la casa al presidente de la *Sociedad Popular Restauradora*, que había venido en solicitud de una representación federal que la *Sociedad* debía dirigir al Ilustre Restaurador de las Leyes, ofreciéndole de nuevo *sus vidas, honor y fama*, durante la espantosa crisis que provocaban los inmundos, traidores, asquerosos unitarios. Representación que le fué ofrecida por Daniel en el acto, con un calor y una elocuencia federal, que dejó atónito al hermano de aquel enojadizo don Jenaro, que retribuía con leñazos el respetable nombre de Salomón, con que querían honrarlo los muchachos; la representación le debía ser enviada al siguiente día.

Y lleno de seguridad de que su nombre, después que firmase ese memorable documento, pasaría de generación en generación, á recibir los aplausos de la más remota posteridad, se despedía de su joven amigo, decidido á darle también el honor, vida y haberes, como modelo que era del

más acendrado federalismo. Y se despedía de él, cuando llegaba el muy respetable secretario privado de Su Excelencia el Gobernador delegado.

—¡Daniel!—exclamó don Cándido tomando del brazo á su discípulo.

—Entremos, mi querido maestro.

—No, salgamos—le contestó, queriendo retenerlo en el zaguán.

Pero Daniel lo asió del brazo y muy amablemente lo introdujo en la sala.

—¡Daniel!

—¿Sabe usted, señor, que me asustan la entonación de su voz y el modo de mirarme?

—¡Daniel! Estamos perdidos.

—No, todavía.

—Pero nos perdemos.

—Es posible.

—¿Y no eres tú quien ha preparado esta suerte impía, calamitosa, adversa, que pesa y gravita sobre nosotros?

—Puede ser.

—¿Y sabes lo que hay?

—No.

—¿Pero no te lo dice la conciencia?

—No.

—¡Daniel!

—Señor, yo estoy de buen humor esta tarde, pero parece que viene usted á quitármelo.

—¿De buen humor, y pendiente está sobre tu cabeza, y sobre la mía, que es lo peor, la ensangrentada guadaña de la negra parca?

—Lo que me pone de mal humor, no es eso, porque ya lo sé, sino que usted no me dice lisa y llanamente lo que hay; que va á emplear media hora de circunloquios, ¿no es verdad?

—No, oye.

—Oigo.

—Seré rápido, violento, súbito en mi discurso.

—Adelante.

—Tú sabes que soy secretario privado del ministro, ahora Gobernador delegado.

—Estoy.

—Voy todas las mañanas y escribo lo que hay que copiar, aunque con trabajo; pues has de saber que la escritura, la buena escritura, pertenece únicamente á la edad juvenil, ó más propiamente dicho, á los treinta años, pues que antes de esa época de la vida el pulso está muy inquieto, y después, la vista está muy débil y poco flexibles los dedos; efecto es todo esto de la sangre que, según dicen, corre con más ó menos celeridad, según los años en que está el hombre, y según la edad, aunque en mi opinión...

—¡Santa Bárbara bendita! Me va usted á endilgar una disertación.

—Retrogrado.

—Bien.

—Me circunscribiré.

—Mejor.

—Esta mañana, pues...—y don Cándido hizo á Daniel la relación de cuanto le había ocurrido en casa de Arana, en el convento y en el muelle, empleando una buena media hora en unos doscientos adjetivos y un buen par de decenas de episodios. Daniel oía, meditaba y formaba su plan con aquella rapidez de percepción y de cálculo que le conocemos.

—¿Conque se incomodó mucho con la cosa del sonambulismo?—preguntó á don Cándido con los

ojos fijos en el suelo, y su mano jugando maquinalmente con su barba.

—Mucho; primero estaba perplejo, indeciso, fluctuante; después se irritó y...

—¿Y miraría sucesivamente al señor don Felipe y á usted durante esa perplejidad de que usted habla?

—Sí, puso una cara que me parecía de un loco.

—(Dudaba... Es criminal y es ignorante, luego, es susceptible de superstición.)

—¿Qué estás hablando entre dientes, Daniel?

—Nada, estoy sonámbulo.

—¿Y no es terrible?

—¿Doña Marcelina le ha dicho á usted que el cura Gaete queda durmiendo la siesta?

—Sí.

—¿Qué hora sería?

—De las tres y media á las cuatro.

—Son las cinco y cuarto—dijo Daniel mirando su reloj.

—Y que había comido con las sobrinas de doña Marcelina.

—Entonces ha bebido mucho—continuó Daniel como para sí mismo.

—Y bien, ¿qué dices? ¿Qué hacemos?

—Salir y andar de prisa—dijo Daniel levantándose y pasando á su alcoba, donde tomó sus pistolas y su capa.

Volvió á la sala y dijo á don Cándido:

—Vamos, señor.

—¿Adónde?

—A salvarnos de la persecución de Gaete, porque estos no son momentos de vivir con gente á las espaldas.

—¿Pero adónde vamos? ¿Corremos acaso algún peligro?

—Vamos, señor, ó de lo contrario, esta noche ó mañana tiene usted que habérselas con el cura Gaete y con dos ó tres de sus amigos.

—¡Daniel!

—¡Fermín! cierra; si alguien viene, que estoy ocupado.

Y Daniel, después de dar esta orden á su fiel criado, se embozó en su capa, y, con don Cándido arrastrado magnéticamente, enfiló la calle de la Victoria, dobló hacia Barracas, luego hacia el Este, después de andar algunas cuadras, y fué á salir á la plaza de la Residencia, en los momentos en que el sol se ponía.

—Daniel—dijo don Cándido con tono melancólico y voz trémula,—nos aproximamos á la calle de Cochabamba.

—Justamente.

—Pero, ¿y si nos ven de la casa de esa mujer estrafalaria que habla con todas las tragedias en la boca?

—Mejor entonces.

—¿Qué es lo que dices?

—Que vamos á esa casa.

—¿Yo?

—Usted y yo.

—No, no dirá la historia que allí murió don Cándido Rodríguez.

Y nuestro amigo dió un golpe con su caña de la India en el suelo, y girando luego media vuelta á la derecha, se disponía á volver por el camino que había andado.

Daniel, sin desembozarse, lo tomó del brazo fuertemente y le dijo:

—Si usted se vuelve, Gaete estará con usted esta noche; si usted escapa de Gaete, mañana lo mandarán á usted á Santos Lugares. Si usted me sigue y no hace otra cosa que amplificar cuanto yo haga y cuanto diga, usted está salvado entonces.

—¡Pero tú eres el diablo, Daniel!—dijo don Cándido, abriendo tamaños ojos y mirando á su discípulo.

—Puede ser. Vamos.

—¿Yo?

—Vamos —repitió Daniel sacudiendo el brazo de don Cándido y clavando con sus brillantes ojos rayos tan fijos y firmes sobre las débiles pupilas de aquel su esclavo de voluntad, que, como á un golpe galvánico, aquella masa, inerte en su albedrío, siguió al joven sin responder una palabra.

A pocos minutos de marcha, Daniel y su compañero llegaron á la puerta de doña Marcelina en la calle de Cochabamba, como sabe el lector.

La puerta tenía abierta una de sus hojas, y en el pequeño patio no se veía á nadie; la calle estaba desierta.

El joven tomó la hoja de la puerta y la cerró, quedando él y don Cándido en la calle. Después de cerrada, tocó suavemente el picaporte.

Nadie salió.

Volvió á llamar un poco más fuerte, y entonces el ruido de un crujiente vestido de seda le hizo conocer que se acercaba la dueña de aquella solitaria mansión.

La puerta entreabrióse, y doña Marcelina, toda desprendida y en desorden sus espesos y denegridos rizos, asomó su redonda y moreniza cara, en quien la expresión de la sorpresa puso su sello al

ver á los huéspedes que acababan de tocar á las puertas de su edén.

Pero la inspiración dramática no se cortaba jamás en aquella hija de la literatura clásica, y su estupor no le impidió la aplicación de un verso de la Argia :

—Solo, sin armas,
¿Qué pretendéis hacer? Volved al campo.

—¿Se ha despertado Gaete?— preguntó Daniel.

—Sus miembros fatigados
Gozan del sueño la quietud sabrosa.

—respondió doña Marcelina.

—Adelante, pues—dijo Daniel, empujando suavemente á doña Marcelina y arrastrando á don Cándido en el momento en que pasaba por su mente la idea de emprender la carrera.

—¿Qué hacéis, temerario?—exclamó doña Marcelina.

—Cerrar la puerta.

Y en efecto, corrió el cerrojo.

La fisonomía de Daniel tenía en aquel momento la expresión de una resolución vigorosa.

Doña Marcelina estaba estupefacta.

Don Cándido creía llegada su última hora, y una especie de cristiana resignación empezaba á inundar su alma.

—¿Cuáles de las sobrinas de usted están en casa?

—Gertruditas solamente; Andrea y las otras acaban de salir.

—¿Dónde está Gertrudis?

—Está peinándose en la cocina, porque el cura

está en el aposento, y yo estaba en la sala reclinada en mi lecho.

—Bien. Usted es una mujer de talento, doña Marcelina; y con una sola mirada de su brillante imaginación abarcará todo el cuadro que va á desenvolverse á sus ojos, ó más bien á sus oídos, porque usted lo oirá todo desde la sala.

—¿Pero habrá sangre?

—No: usted me dará su opinión después, como literata. Quiero en el zaguán hablar con Gertruditas, cuando me disponga á salir.

—Bien.

—Traigo algo para ella y para usted.

—¿Pero adónde va usted á entrar?

—A ver á Gaete.

—¿A Gaete?

—Silencio.

Y Daniel tomó de la mano á don Cándido y entró en la sala, mientras doña Marcelina se fué á hablar á su Gertruditas.

La sala estaba casi en tinieblas, pero á la débil claridad de la luz crepuscular que entraba por la rendija de un postigo, el joven se acercó á éste, lo abrió y pudo entonces elegir el objeto que deseaba; éste no era otro que la inmensa colcha de zaraza del enorme «lecho» de doña Marcelina, en que acababa de estar «reclinada».

Daniel tomó la colcha, dió una punta á don Cándido y le hizo señas para que la torciese á la derecha mientras él lo hacía á la izquierda.

Don Cándido creyó con toda buena fe que se trataba de ahorcar al reverendo cura, y á pesar de todo el peligro que corría viviendo su enemigo, la idea de un asesinato le cuajó la sangre. Daniel, que lo adivinaba todo y estaba en todo, se son-

rió, y tomando la colcha ya torcida, miró á don Cándido y puso su dedo índice sobre los labios. En seguida acercóse á la puerta del aposento, y el ronquido áspero, sonoro y prolongado con que salía el aire pulmonar por la entreabierta boca del cura Gaete, le convenció de que allí se podía entrar sin muchas precauciones de silencio, y entró, en efecto, con don Cándido pegado á su levita.

Entreabrió uno de los postigos que daban al patio, y á la débil claridad de la tarde distinguió al cura de la Piedad, tendido sobre un catre de lona, boca arriba, en mangas de camisa, cubierto con una frazada hasta medio cuerpo, y durmiendo y roncando á pierna suelta.

Tomó una silla, colocóla muy despacio á la cabecera, entre el catre y la pared, hizo señas á don Cándido de pasar á sentarse en ella, y luego que vió que su maestro había obedecido maquinalmente, como lo estaba haciendo todo, puso él otra silla en el lado opuesto. En seguida dió á don Cándido, por encima del dormido, una de las puntas de la colcha torcida, haciéndole seña de que la pasase por debajo del catre. Obedeció don Cándido, y en diez segundos Daniel dejó perfectísimamente bien atado al dignísimo sacerdote de la federación; atado por la mitad del pecho contra el catre, pero de tal modo, que las puntas del nudo venían á quedar del lado en que el joven iba á sentarse.

Hecha esta operación, se acercó á la ventana y dejó apenas la suficiente luz para que los ojos que iban á abrirse, distinguiesen los objetos; dió en seguida una de sus pistolas á don Cándido, que la tomó temblando; le dijo al oído que repitiese sus palabras cuando le hiciese señas, y se sentó.

Gaete, roncaba estrepitosamente, cuando Daniel exclamó con voz sonora y hueca :

—¡ Señor cura de la Piedad !

Gaete dejó de roncar.

—¡ Señor cura de la Piedad !

Gaete abrió con dificultad sus abotagados ojos, dió vuelta lentamente su pesada cabeza, y al ver á Daniel, sus párpados se dilataron ; una expresión de terror cubrió su rostro, y á tiempo de querer levantar la cabeza, exclamó don Cándido del otro lado :

—¡ Señor cura de la Piedad !

Es imposible poder describir la sorpresa de este hombre al dar vuelta hacia el lugar de donde salía esa nueva voz, y encontrarse con la cara de don Cándido Rodríguez. Por un minuto estuvo volviendo su cabeza de derecha á izquierda ; y, como si quisiera convencerse de que no soñaba, hizo el movimiento de incorporarse, sin precipitación, como dudando, pero la banda que estaba atravesada sobre su pecho y sus brazos, le impidió levantar otra cosa que la cabeza, que inmediatamente cayó otra vez sobre la almohada. Pero esto no era todo : al tiempo de descender la cabeza, Daniel puso la boca de su pistola sobre la sien izquierda, y don Cándido, á una seña del joven, puso la suya sobre la sien derecha ; y todo esto sin hablar una palabra, sin hacer un gesto, y sin moverse cada uno de su posición.

El cura cerró los ojos, y una palidez mortal cubrió su frente.

Daniel y don Cándido retiraron las pistolas.

—Señor cura Gaete—dijo el joven,—usted ha entregado su alma al demonio, y nosotros, á nom-

bre de la justicia divina, vamos á castigar al que ha cometido tamaño crimen.

Don Cándido repitió las últimas palabras de Daniel, con una entonación y énfasis á que él quería dar todos los visos de sobrenaturales.

Un sudor abundante y frío empezó á correr por las sienas del cura Gaete.

—Usted ha jurado asesinar á dos personas que se nos parecen; y antes de que usted cometa ese nuevo crimen, vamos á mandarlo á los infiernos. ¿Es verdad que usted ha formado intención de asesinar á esos dos individuos, juntándose con tres ó cuatro de sus amigos?

El cura no respondía.

—Responda usted.

—¡Responda usted!—dijeron Daniel y don Cándido, poniendo otra vez las bocas de sus pistolas sobre las sienas del cura.

—Sí; pero yo juro por Dios...

—¡Silencio! No nombre usted á Dios—dijo Daniel cortando la voz trémula y hueca del espantado cura, cuyo semblante empezó á cubrirse de un color rojo, salpicándosele la frente de manchas amoratadas.

—¡Apóstata, renegado, impío, tu hora ha llegado; mi poderosa mano va á descargar el golpe!—exclamó don Cándido que, habiendo sorprendido que ya no había peligro quería portarse como un héroe.

—¿De dónde iba usted á sacar los compañeros con quienes pensaba cometer ese crimen?—preguntó Daniel.

Gaete no contestó.

—¡Responded!—gritó don Cándido con voz sonora.

—¡ Responded !—gritó Daniel al mismo tiempo.

—Iba á pedírselos á Salomón—contestó el cura sin abrir los ojos y con voz cada vez más trémula.

Su respiración comenzaba á hacerse difícil.

—¿ Qué pretexto iba usted á darle ?

El cura no respondió.

—Hable usted.

—¡ Hable usted !—repitió don Cándido, poniendo de nuevo su pistola sobre la sien de Gaete.

—¡ Por Dios !—exclamó, queriendo incorporarse, y volviendo á caer sobre la almohada.

—¿ Tiene usted miedo ?

—Sí.

—Pues usted va á morir—dijo don Cándido.

Un rugido, acompañado de un sacudimiento de cabeza, se escapó del oprimido pecho de aquel hombre ; su sangre empezaba á afluir copiosamente á su cerebro.

—Usted no morirá si se convence de que jamás se ha encontrado en esta casa con las personas á quienes quiere perseguir—dijo Daniel.

—¿ Pero y ustedes quiénes son ?—preguntó el cura abriendo los ojos y volviendo con dificultad de uno á otro lado la cabeza.

—Nadie—dijo Daniel.

—Nadie—repitieron maestro y discípulo.

—Nadie—suspiró Gaete volviendo á cerrar los ojos y sufriendo una fuerte convulsión en todos sus miembros.

—¿ No comprende usted lo que le ha pasado y lo que le está pasando ahora mismo ?

Gaete no respondió.

—Usted está sonámbulo, y su destino es morir en ese estado el día mismo en que intente hacer

el menor daño á las personas que cree estar viendo.

—Sí—exclamó don Cándido,—estáis sonámbulo, y moriréis sonámbulo, de muerte horrible, desgarradora, cruenta, el día que penséis siquiera en las respetables personas á quienes teníais sentenciadas. La justicia de Dios está pendiente sobre vuestra cabeza.

Gaete apenas entreoía. Un segundo sacudimiento convulsivo indicó á Daniel que un ataque apoplético estaba cercano de aquel miserable; y desatando entonces el nudo de la colcha que le oprimía el pecho, hizo una seña á don Cándido y ambos salieron en puntas de pie: Gaete no los oyó salir.

Doña Marcelina y Gertruditas lo habían oído todo desde la puerta de la sala, y trémulas estaban con la risa.

—Doña Marcelina—dijo Daniel en el zaguán,—su talento de usted es suficiente para adivinar cómo debe continuarse esta escena.

—Sí, sí; el sueño de Orestes, ó el de Dido con Siqueo.

—Justamente. Eso es lo que ha tenido: un sueño, y nada más.

—Gertruditas, esto es para usted—continuó Daniel poniendo un billete de 500 pesos en manos de la sobrina de la ilustrada tía, que lo tomó no sin oprimir ligeramente aquella mano de que tan á menudo recibían obsequios, sin que su hermoso dueño pidiese por ello ningún favor á los animados ojos de las cuatro sobrinas huérfanas y abandonadas en el mundo, como decía su respetable tía, en cuyas manos puso el joven otro billete del mismo valor, saliendo en seguida á la calle de Cochabamba.

Cuatro horas después de esta escena el cura Gaete tenía rapada á navaja toda su cabeza, sin sentir cuatro decenas de sanguijuelas que se entretenían en chuparle la sangre tras de las orejas y en las sienes; y cuatro días después el médico de Su Excelencia el Restaurador, y el doctor Cordero, no respondían aún de la importante vida del predicador federal.

Entretanto, Daniel estaba perfectamente libre de la persecución que lo amenazaba en esos momentos en que él necesitaba tanto de su seguridad, por su patria, por su querida y por sus amigos. Y como un cuerpo de reserva, en la noche de esa escena, le mandó al presidente Salomón su portentosa representación, advirtiéndole que había pasado toda la tarde ocupado en su importante redacción.

XIII

LA CASA SOLA

Siguiendo el camino del Bajo que conduce de Buenos Aires á San Isidro, se encuentra, como á tres leguas de la ciudad, el paraje llamado «los Olivos,» y también cuarenta ó cincuenta árboles de ese nombre, resto del antiguo bosque que dió el suyo á ese lugar, en donde más de una vez acamparon, en los años de 1819 y 1820, los ejércitos de mil á dos mil hombres que venían á echar á los Gobiernos, para, al otro día, ser echados á su vez los que ellos colocaban.

Los Olivos, sobre una pequeña eminencia á la izquierda del camino, permiten contemplar el anchuroso río, la dilatada costa, y las altas barrancas de San Isidro. Pero lo que sobre ese paraje llamaba más la atención en 1840, era una pequeña, derruida y solitaria casa, aislada sobre la barranca que da al río, á la derecha del camino, propiedad antigua de la familia de Pelliza, pleiteada entonces por la de Canaveri, y que era conocida por el nombre de la «casa sola.»

Abandonada después de algunos años, la casa amenazaba ruina por todas partes, y los vientos del Sudoeste que habían soplado tanto en el invierno de 1840, habrían casi completado su destrucción, si de improviso, y en el espacio de tres días no hubieran reparádola, y héchola casi de nuevo como por encanto, en toda la parte interior del edificio, dejándola sin ninguna compostura en todo su exterior.

¿Quién dirigía la obra? ¿Quién mandaba hacerla? ¿Quién iba á habitar esa casa? Nadie lo sabía ni lo interrogaba, en momentos en que, federales y unitarios, todos tenían que pensar en asuntos muy serios y personales.

Pero el hecho fué que las paredes, antes derruidas, quedaron en tres días primorosamente empapeladas, asegurados los tirantes, allanado el piso, nuevas las cerraduras de las puertas, y puestos los vidrios en todas las ventanas.

Y en aquella mansión, que todo el mundo conocía por el nombre de «casa sola,» habitada poco antes por algunas aves nocturnas, sobre cuyas cornisas abatidas resbalaban las poderosas alas de nuestros vientos de invierno, mientras que al pie de la barranca en que se levantaba, se quebraban

en las negras peñas las azotadas olas del gran río, confundiendo su salvaje rumor con el que hacían los viejos olivares mecidos por el viento, y apenas á tres cuadras de aquella solitaria y misteriosa casa; en ésta, decíamos, se veía ahora el sello de la habitación humana, y lo que es más, de la habitación humana y culta.

Las pocas y pequeñas habitaciones estaban sencilla, pero elegantemente amuebladas, y al áspero grito de la lechuza había sucedido allí el melodioso canto de preciosos jilgueros en doradas jaulas.

En el centro de la pequeña sala, un blanquísimo mantel de hilo cubría una mesa redonda de caoba, sobre la que estaban dispuestos tres cubiertos, y cuya porcelana y cristales reflectaban la luz de una pequeña, pero clarísima lámpara solar.

Eran las ocho y media de la noche, y la luna, llena y pálida, se levantaba de allá del fondo de las aguas, y por la mano de Dios, presentada al mundo.

Una franja de luz, desde el pie de la tierna viajera de la noche, atravesaba el río, y parecía, sobre su superficie movediza, una inmensa serpiente con escamas de nácares y de plata.

La noche era apacible. Las estrellas poblaban el azul del firmamento y una brisa sutil y perfumada en los jardines de nuestro Paraná, pasaba por la atmósfera, como el suspiro enamorado de las sílfides que vagaban en aquel momento entre los tiernos rayos de la luna, bebiendo el éter y jugando con la luz diamantina pero tenue de nuestros astros meridionales.

Todo era soledad y poesía; todo diáfandad y

calma en la Naturaleza, allí, á orillas de ese río, testigo tantas veces, y en este instante, de la tormenta desencadenada en las pasiones de todo un pueblo.

Las olas se escurrián muellemente sobre su blando y arenoso lecho, y por un momento parecía que el invierno había plegado sus nevosas y agostadoras alas; y en la brisa del Norte se respiraba un aliento primaveral.

Al pie de la barranca, que declinaba suavemente hasta la orilla del río, erguida sobre un pequeño médano, á pocos pasos del límite de las olas, una mujer contemplaba, extática, la aparición de la redonda luna saliendo muellemente de las ondas. La serpiente de luz venía á quebrar sus últimos anillos junto á aquella misteriosa criatura, y las aguas llegaban con respeto á derramar su blanca espuma en la arena en que se acolchonaba su delicado pie, con ese murmullo del mar tranquilo que parece el canto misterioso con que arrulla al genio del espacio cuando duerme quieto sobre su lecho de olas.

Los ojos de esa mujer tenían un brillo astral, y su mirada era lánguida y amorosísima como el rayo de la cándida frente de la luna.

Sus rizos, agitados suavemente por el pasajero soplo de la brisa, acariciaban su mejilla, pálida como la flor del aire cuando el sol la toca; y los encajes de su cuello, descubriéndolo furtivamente, dejaban ver el alabastro de una garganta que, lejos de esas horas primeras de la noche, habría parecido una de esas columnas del crepúsculo matutino, que se levantan, blancas y transparentes como el mármol de Carrara, entre los estambres dorados del Oriente.

Su talle, ceñido por un jubón de terciopelo negro, parecía sufrir con la resistencia á las ligeras corrientes de la brisa, y no doblarse como el delicado mimbre de la rosa; y los pliegues de su vestido obscuro, englobándose y desmayándose de repente, parecían querer levantar en su nube aquella diosa solitaria de aquel desierto y amoroso río.

Esa mujer era Amalia. Amalia, en quien su organización impresionable y su imaginación poética estaban subyugadas por el atrayente imperio de la Naturaleza, en ese momento, y bajo esa perspectiva de amor, de melancolía y dulcedumbre, salpicado el cielo por el millar de estrellas que, como un arco de diamantes, parecían sostener engarzada la transparente perla de la noche, cuando todos los síntomas hiemales habían huído bajo una brisa del trópico. Y el alma sensible y delicada de la joven, sufriendo uno de esos delirios deleitables, que oía y veía con su espíritu lejos del mundo material de la vida, sumergida en ese otro sin forma ni color, donde campean los espíritus poetizados en los vuelos de su enajenación celeste.

Ella no veía ni oía con los sentidos, y el leve rumor que de repente hicieron las pisadas de un hombre cerca de ella, no le hizo volver su bellísima cabeza del globo argentino que contemplaba en éxtasis.

Un hombre había descendido de la barranca. Sus pasos, precipitados al principio, se moderaron luego, á medida que fué aproximándose á la solitaria visitadora de aquel poético lugar.

Una especie de contemplación religiosa pareció embargar el ánimo de ese hombre, cuando, á dos

pasos de Amalia, cruzó sus brazos sobre el pecho y se puso á admirarla en silencio. Pero un suspiro hizo traición de repente á su secreto, y volviendo súbitamente la cabeza, la joven dejó escapar una exclamación de sus labios, á tiempo que su cintura quedó presa entre las manos de aquel hombre, arrodillado ante ella.

Ese hombre era Eduardo.

—¡ Amalia !

—¡ Eduardo !

Fueron las primeras palabras que pronunciaron.

—¡ Angel de mi alma, cuán bella estás así !— dijo el joven continuando de rodillas á los pies de su amada, mientras sus manos oprimían su cintura, y sus ojos se extasiaban en la contemplación de su belleza.

—Pensaba en ti—dijo Amalia poniendo su mano sobre la cabeza de Eduardo.

—¿ Cierto ?

—Sí, pensaba en ti ; te veía, pero no aquí, no en la tierra ; te veía á mi lado en un espacio diáfano, azulado, bañado suavemente por una luz de rosa, respirando un ambiente perfumado y embriagado de una armonía celeste que vibraba en el aire ; te veía en uno de esos instantes de éxtasis en que una fuerza sobrenatural parece desprenderse de la tierra.

—¡ Oh, sí, tú no eres de la tierra, alma de mi alma !—dijo Eduardo sentándose en el declive del pequeño médano y colocando á Amalia al lado suyo, su pie casi tocando las espumosas y rizadas ondas.

—Tú no eres de la tierra—continuó.—¿ No ves qué majestad, cuánta belleza sobre el pálido ros-

tro de la luna? pues hay mayor majestad, mayor encanto sobre tu frente alabastrina. ¿Ves esa luz que se diría se difunde bajo la bóveda del cielo? pues más bella es la luz de tus miradas, más tierna y melancólica que el rayo azul de estos diamantes de la noche. ¡Oh! ¡por qué no puedo remontarme contigo al más espléndido de esos astros, y allí, coronada de luz, llamarte la reina, la emperatriz del Universo! ¡Ah, cuánto te amo, Amalia, cuánto te amo! Con mis manos yo querría cubrir la delicada flor de tu existencia, para que los rayos del sol no ajaran su belleza, y con el aliento abrazado de mi pecho yo quisiera ausentar el invierno de tu lado...

—¡Eduardo, Eduardo!

—¡Cuán bella estás, Amalia!—Y Eduardo echaba á la espalda los rizos de su amada, para que todo su rostro fuese bañado por los rayos plateados de la luna.

—Eres feliz, Eduardo, ¿no es verdad?

—Luz de mi vida, yo no envidio á tu lado la existencia inefable de los ángeles... Mira: ¿ves aquel astro, el más brillante que tiene el firmamento? ¿Lo ves? ese es el nuestro, Amalia; esa es la estrella de nuestra felicidad, ella irradia y brilla y resplandece como nuestro amor en nuestras almas, como nuestra felicidad á nuestros propios ojos; como tu belleza irradia y brilla y resplandece en mi alma.

—¡No, no!...

—¡Amalia!

—¡No; es aquélla!—dijo la joven extendiendo su mano y señalando una pequeña y pálida estrella, que parecía pronta á sumergirse en el confín del río. Después, su espléndida cabeza se inclinó

sobre el hombro de su amado, y sus ojos se clavaron sobre el cenit azul del firmamento.

—¡Eduardo, Eduardo!—exclamó la joven con sus ojos fijos en las estrellas.

—Vivo para ti, Amalia.

—Tú me has reconciliado con la esperanza, Eduardo.

—Yo no envidio á tu lado la existencia inefable de los serafines, Amalia.

—Yo he conocido á tu lado que la felicidad no era un delirio de mi vida.

—Vivir para ti, Amalia.

—Respirar siempre, siempre un perfume de felicidad como ésta que nos embriaga.

—Beber tu risa.

—¡Oh! soy feliz, sí, feliz.

—Oír siempre de tus labios una palabra de cariño... Amalia, la esplendidez del día, la melancólica hermosura de la noche, el Universo entero desaparece á mis ojos cuando tu imagen me preocupa; y como tu imagen está fija y grabada sobre mi alma, sólo Dios y tú existís para mi corazón... tú me amas, ¿no es verdad? ¿tú aceptas en el mundo mi destino, es verdad?

—Sí.

—¿Cualquiera que sea?

—Sí, sí, cualquiera.

—¡Ángel de mi alma!

—Si eres feliz, yo beberé en tu sonrisa la ventura inefable de los ángeles.

—¡Amalia!

—Si eres desgraciado, yo compartiré tus pesares; y...

—¿Y? acaba.

—Y si el destino adverso que te persigue te

condujera á la muerte, el golpe que cortase tu vida, haría volar mi espíritu en tu busca...

Eduardo estrechó contra su corazón á aquella generosa criatura; y en ese instante, cuando ella acababa su última palabra inspirada por el raptó de entusiasmo en que se hallaba, un trueno lejano, prolongado, ronco, vibró en el espacio como el eco de un cañonazo en un país montañoso.

La superstición es la compañera inseparable de los espíritus poéticos, y aquellos dos jóvenes, en ese momento embriagados de felicidad, se asieron de las manos y miráronse por algunos segundos con una expresión indefinible. Amalia al fin bajó su cabeza, como abrumada por alguna idea profética y terrible.

—No—le dijo Eduardo sacudiéndose de su primera impresión.—No... esto habría sucedido de todos modos... es efecto del calor extemporáneo que hemos tenido en este día de invierno; nada más, Amalia.

Una sonrisa dulce y melancólica vagó por los labios de rosa de la joven, y un suspiro se escapó silencioso de su pecho.

Eduardo continuó:

—La tempestad está muy lejos, Amalia. Y entretanto, un cielo tan puro como tu alma sirve de velo sobre la frente de los dos. El Universo es nuestro templo, y es Dios el sacerdote santo que bendice el sentido amor de nuestras almas, desde esas nubes y desde esos astros; Dios mismo que los sostiene con el imán de su mirada, y entre ellos el nuestro... sí... aquella... aquella debe ser la estrella de nuestra felicidad en la tierra... ¿No la ves? clara como tu alma, brillante

como tu ojos, linda y graciosa como tú misma... ¿la ves, mi Amalia?

—No... aquélla—contestó la joven extendiendo su brazo y señalando una pequeña y amortiguada estrella que parecía próxima á sumergirse en las ondas del poderoso Plata, tranquilo como toda la Naturaleza en ese instante.

En seguida, Amalia reclinó de nuevo su cabeza sobre el hombro de su amado como una blanca azucena que se dobla al soplo de la brisa y se reclina suavemente sobre el tallo de otra. Sus ojos luego quedaron fijos sobre el diáfano cendal del firmamento.

Eduardo la contemplaba embelesado. Y las olas continuaban desenvolviéndose y derramando su blanca espuma, como pliegues vaporosos de blanco tul que se agitan en derredor del tallo de una hermosa, á los pies de esos amantes tan tiernos y tan combatidos de la fortuna; olas cuyo rumor se asemejaba al cerrar de un abanico cuando con mano perezosa lo abre y cierra una beldad coqueta.

—¿Por qué me separas tus ojos, luz de mi alma?—le dijo Eduardo después de un momento de silencio.

—Oh, no... Yo te miro... yo te miro en todas partes, Eduardo—respondióle la joven mirándolo con una sonrisa encantadora.

—Pero tú has cambiado, alma mía.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Te engañas, Eduardo; yo no cambio jamás.

—Esta vez, sí... hace un momento que radiabas de felicidad y de amor... y ahora...

—¿Y ahora?

—El brillo de esa felicidad se ha anublado.

—Es porque la felicidad es un cristal que se empaña de repente con nuestro propio aliento.

—¿Desconfías, acaso, de nuestra suerte?

—Sí.

—¿Por qué, mi Amalia, por qué?

—No sé... ¡qué quieres!... han empezado tan tristemente nuestros amores...

—¿Y qué nos importa todo eso si vivimos el uno para el otro?

—¿Y cuál es el instante que hemos tenido de tranquilidad desde que se cambiaron nuestras miradas?

—No importa; somos felices.

—¡Felices! ¿No está pendiente la muerte sobre ti? ¡oh! ¿y sobre mí, porque yo vivo en ti?

—Pero pronto seremos felices para siempre.

—¡Quién sabe!

—¿Lo dudas?

—Sí.

—¿Por qué, mi Amalia?

—Aquí, aquí hay una voz que me habla no sé qué, pero que yo interpreto tristemente—dijo Amalia poniendo la mano sobre su corazón.

—¡Supersticiosa!—dijo Eduardo tomando aquella mano que había estado sobre el corazón de su amada y llenó de besos.

—¿No es singular—continuó la joven,—no es singular que en el momento de hablar de una desgracia, en medio de esa aparente tranquilidad de la Naturaleza, un trueno haya retumbado en el espacio como una fatídica confirmación de mis palabras?

—¿Y por qué hemos de complicar á la Naturaleza en nuestra mala fortuna?

—No sé... pero... yo soy supersticiosa, Eduardo; tú lo has dicho.

Y una nueva sonrisa dulce y tierna pasó otra vez jugando por la preciosa boca de la tucumana, descubriendo sus bellos y blanquísimos dientes. En seguida levantóse, y dijo á Eduardo:

—Vamos.

—No todavía.

—Sí, vamos; es tarde, y Daniel puede haber llegado quizá.

Y Amalia, con esa superioridad regia que acompañaba todas sus maneras, atrajo á Eduardo suavemente hasta ella. La mano del joven rodeó la cintura de la bien amada de su alma, mientras el brazo de ésta reposaba sobre el hombro; y asidos de ese modo, los dos amantes empezaron á ascender la barranca, paso á paso, hablando con los labios y con los ojos, hasta que llegaron á la aislada y desierta «casa sola.»

XIV

APARICIÓN

Según las órdenes de Amalia, ninguna luz se veía en la casa. Las puertas de las habitaciones estaban cerradas, á excepción de las que daban al río, porque por ese lado era seguro que no pasaba nadie de noche.

A su entrada en la pequeña sala, Luisa vino á recibir á su señora, y el viejo Pedro asomó su

cabeza, por una ventana interior, para ver que volvía sin novedad la hija de su coronel.

—¿No ha venido Daniel?

—No, señora: nadie ha venido después del señor don Eduardo.

Pocos momentos hacía que la linda viuda y su gallardo amante conversaban, siempre de sus amores y de sus promesas para lo futuro, cuando Pedro, que vigilaba el camino desde una ventana de su cuarto á obscuras, se asomó á la puerta de la sala, y dijo:

—Ahí vienen.

—¡Vienen! ¿Quiénes?—preguntó Amalia sobresaltada.

—El señor don Daniel y Fermín.

—¡Ah! bien; cuidado con los caballos.

—Daniel es nuestro ángel custodio, Eduardo.

—¡Oh, Daniel, Daniel no tiene semejante entre los hombres!—dijo el joven con cierto aire de vanidad, al tributar aquel homenaje de justicia al amigo de la infancia.

Vivo, alegre, desenvuelto como siempre, Daniel entró en la sala de su prima, cubierto con un pequeño poncho que le llegaba al muslo solamente, atada al cuello una cinta negra sobre la que caía el cuello de su camisa, descubriendo su varonil garganta.

—Los amantes no comen, y esta bobería es una felicidad para mí—dijo, haciendo desde la puerta una cortesía á su prima, otra á su amigo, y otra á la mesa en que, como sabe el lector, estaban prontos tres cubiertos.

—Te esperábamos—dijo la joven sonriendo.

—¿A mí?

—Con usted se habla, señor don Daniel—dijo Eduardo.

—¡ Ah! ¡ muchas gracias! Son ustedes las criaturas más amables del mundo. ¡ Y cómo se habrán cansado de esperarme! ¡ Qué fastidiados habrán pasado el tiempo!

—Así, así—le respondió Eduardo, moviendo la cabeza.

—¡ Ya! Ustedes no pueden estar solos un momento sin fastidiarse... ¡ Pedro!

—¿ Qué quieres, loco?—dijo Amalia.

—La comida, Pedro—añadió Daniel, quitándose su poncho, sus guantes de castor, sentándose á la mesa y echando un poco de vino de Burdeos en un vaso.

—Pero, ¡ señor, eso es una impolítica! Se ha sentado usted á la mesa antes que esta señora.

—¡ Ah! Yo soy federal, señor Belgrano, y pues que nuestra santa causa se sentó sin cumplimiento en el banquete de nuestra revolución, bien puedo yo sentarme sin ceremonia en una mesa que es otra perfecta revolución: platos de un color, fuentes de otro, vasos, sin copas de champaña: la lámpara casi á obscuras, y una punta del mantel cayendo al suelo, como el pañuelo de mi íntima amiga la señora doña Mercedes Rosas de Rivera.

Amalia y Eduardo, que sabían ya la aventura de Daniel, dieron libre curso á su risa y vinieron á sentarse á la mesa, donde Pedro acababa de poner la comida, á las diez de la noche, en aquella casa en que todo era romancesco y extraño.

—Y bien; anteanoche te comprometiste con esa señora á hacerle ayer una visita y oír sus memorias. Según nos lo dijiste anoche, ayer faltas-

te á tu palabra de caballero; pero supongo que hoy habrás reconquistado tu buen nombre.

—No, mi querida prima—dijo Daniel, trinchan-
do una ave.

—Has hecho mal.

—Puede ser; pero no iré á casa de mi entusias-
ta amiga hasta no tener el honor de presentarme
en ella con Eduardo.

—¿Qué?—preguntó Amalia, frunciendo las ce-
jas.

—¡Conmigo!—exclamó Eduardo.

—Pues no créo que haya aquí otro que se llame
Eduardo.

—No pierda usted esa ocasión, señor Belgrano
—dijo Amalia con ese tono y ese gestito que em-
plean las mujeres cuando quieren decir á su que-
rido: Dios lo libre á usted de hacer tal cosa.

—Amalia, yo no he perdido el juicio todavía—
le respondió Eduardo.

—A fe de Daniel que es una desgracia: yo no
he conocido mucho juicio acompañado de mucha
suerte.

—¡Ah! ahora me explico tu excesiva fortuna—
dijo Amalia, queriendo vengarse de Daniel.

—¡Cabal! como dice el respetable presidente
Salomón; y si Eduardo tuviera menos juicio, sa-
bría aprovechar la poderosa protección que se le
presenta en la difícil situación en que vive; es
decir, haría una visita á la hermana del Restau-
rador de las Leyes, leería con ella sus memorias,
comería con ella antes que Rivera, se encerraría
con ella en la sala mientras Rivera comía, y des-
pués... y después ya no habría que temer de doña
María Josefa, ni de nadie.

—Vamos, Eduardo, aproveche usted.

—Amalia, ¿no conoce usted á Daniel?

—¡Quién sabe si él tiene motivos para hablar así!

—Eso es, prima mía, eso es: nunca se hacen propuestas sino cuando hay presunción de que serán aceptadas.

—¿Qué dice usted, Eduardo?

—Digo, Daniel, que me hagas el favor, por todos los santos del Cielo, de cambiar de conversación.

Amalia tenía una cara tan seria, y Eduardo había encapotado tanto su mirada cuando habló á Daniel, que éste no pudo menos de soltar una estrepitosa carcajada que desarmó á los jóvenes, haciéndoles conocer que se burlaba de ellos.

—¡Son impagables!—exclamó Daniel, riéndose todavía—Florenxia es menor que tú, Amalia; yo soy menor que Eduardo, y, sin embargo, Florenxia y yo tenemos más juicio que ustedes, sin comparación; apenas nos enojamos tres veces por semana; pero eso es calculado por mí para tener tres reconciliaciones.

—¿Pero le haces sufrir, entonces?

—Para hacerle gozar, Amalia; porque no hay felicidad comparable á la que sucede al enojo entre dos personas que se aman de corazón; y si yo consigo que ustedes se enojen tres veces por semana...

—No, no; gracias, Daniel, gracias—dijo Eduardo con tal viveza, que hizo sonreír de placer á aquella mujer querida, á quien quería ahorrarle la juguetona oferta de su amigo.

—Como quieras, yo no hago sino ofrecer.

—Y bien, Daniel, hablemos de cosas serias.

—Lo que será un prodigio en esta casa.

—¿Has sabido algo de Barracas?

—Sí; todavía no han asaltado la casa, lo que es una cosa prodigiosa en tiempo de la santa causa de los federales.

—¿Ha cesado el espionaje?

—Hace tres noches que no va nadie, lo que también es raro entre los federales; yo he estado esta mañana. Todo está en el mismo orden en que lo hemos dejado hace quince días. He hecho poner una nueva llave á la verja; y tus fieles negros que cuidan la quinta, duermen mucho de día para vigilar de noche; y si alguien va, se hacen los dormidos, pero ven y oyen, que es lo que yo quiero.

—¡Oh, mis viejos criados, yo los recompensaré alguna vez!

—Ayer los mandó llamar doña María Josefa; estuvieron con ella esta mañana temprano, pero los pobres no han podido decirle sino lo que saben; es decir, que no estás en la casa, y que ignoran dónde te hallas.

—¡Oh, qué mujer, qué mujer, Eduardo!

—No, no es de ella de quien debemos vengarnos.

—Una cosa, sin embargo, conspira en nuestro favor.

—¿Cuál?

—¿Cuál?—preguntaron con prontitud.

—La situación política. El ejército libertador está aún sobre la guardia de Luján, pero mañana 1.º de septiembre, seguirá sus marchas; Rosas no puede prestar atención sino á los grandes peligros, y nadie se atrevería á importunarle con chismografía individual; la persecución que se te hace, y la que continúa sobre Eduardo, es sim-

plemente parcial y en baja esfera; no hay órdenes de Rosas para eso; y la Mazorca y todos los corifeos de la federación no quieren tomar posición más determinativa hasta saber los resultados de la invasión. Así es que, desde el suceso del 23, no hemos tenido nada notable en los últimos quince días; pero esa desgracia fué ordenada por Rosas.

—Pero, ¿qué desgracia?—preguntó Amalia, llena de inquietud.

—Es un hecho horrible, característico de Rosas.

—Dílo, dílo, Daniel.

—Oye: un tal Ramos, cordobés, hombre pacífico, abstraído é insignificante en política, llegó á nuestra Buenos Aires el 21 del corriente, trayendo una tropa de carretas desde la campaña del Sur. Su mujer dió á luz, en la madrugada del 23, un niño muerto, quedando en un estado muy delicado. Ramos salió á la calle á hacer las diligencias para el entierro. Un comisario de policía lo detuvo en aquélla, fué con él á casa de Ramos, donde, sin consideración al estado de la familia, empezó el más minucioso é indecente rebusqueo, descerrajando muebles y sin perdonar los colchones de la enferma. Aunque nada halló, tuvo que cumplir sus órdenes. Intimó á Ramos que lo siguiese; salió con él y su partida; lo sacó de la ciudad y lo condujo á San José de Flores. Entonces le hizo saber que iba á morir, y que «Su Excelencia el Restaurador de las Leyes le concedía dos horas para ponerse bien con Dios.» Las dos horas pasaron y Ramos fué muerto á pistoletazos por la partida.

—¡Qué horror!—exclamó la joven, cubriéndolo

se los ojos con sus manos.—Pero, ¿y la mujer? ¿Qué es de esa desgraciada, Daniel?

—¿La mujer? Ha enloquecido, prima mía.

—¡Loca!

—Sí, loca, y morirá pronto.

Eduardo hizo señas á su amigo de que mudase de conversación. Amalia se había puesto excesivamente pálida.

—Cuando hayamos pasado esta época terrible —continuó Daniel,—y vivamos juntos, tú y Eduardo, mi Florencia y yo, entonces te diré, mi noble prima, cosas horribles que han pasado cerca de ti y que las ignoras. Es verdad que entonces seremos tan felices, que quizá no queramos hablar de desgracia ninguna. Vamos á beber por ese momento.

—Sí, sí.

—Sí, bebamos por nuestra dicha futura—contestaron Eduardo y Amalia, acompañando á Daniel con una copa de vino.

—Apenas lo has probado, Amalia, pero yo y Eduardo hemos hecho tus veces, y hacemos bien; el vino vigoriza, y dentro de un momento vamos á correr tres leguas por la costa de nuestro río.

—¡Dios mío! eso me inquieta—exclamó Amalia,—á estas horas...

—Hasta ahora hemos salido bien, y bien saldremos en adelante—dijo Eduardo.

—¿Y si esa confianza fuese demasiada?

—¡No, amiga mía, no! Los hombres de Rosas nunca andan solos, pero sus comitivas nunca pasan de seis ú ocho hombres.

—¡Pero ustedes no son más que tres!

—Justamente, Amalia, y porque somos tres, los mazorqueros necesitarían juntarse hasta el nú-

mero de doce; cuatro por uno; entonces la cosa podría ser dudosa—le contestó Eduardo con una confianza tal, que casi llegó á inspirársela á su amada; pero esto fué momentáneo: una mujer enamorada no duda nunca del valor de su amado, pero no quiere jamás que lo ponga á prueba, y Amalia le dijo prontamente:

—Sin embargo, ustedes evitarán todo encuentro, ¿no es cierto?

—Sí, á menos que no se le ocurra á Eduardo recordar un poco su viejo frenesí por la esgrima. Por no soportar yo el peso de la espada que él trae todas las noches, me dejaría dar con otra igual.

—Yo no uso armas misteriosas, caballero—le contestó Eduardo sonriendo.

—Así será, pero son más eficaces; sobre todo, más cómodas.

—¡Ah, ya sé! ¿Qué arma es esa, Daniel, que usas tú y con la que has hecho á veces tanto daño?

—Y tanto bien, podrías agregar, prima mía.

—Cierto, cierto, perdona; pero, respóndeme; mira que he tenido esta curiosidad muchas veces.

—Espera, déjame acabar este dulce.

—No te dejo ir esta noche sin que me digas lo que quiero.

—Casi estoy por ocultártelo entonces.

—¡Cargoso!

—Vaya, pues, ahí está el arma misteriosa, como la ha llamado Eduardo.

Y Daniel sacó del bolsillo de su levita y puso sobre la mesa una varilla de mimbre de un pie de largo y delgada en el centro, y en cuyos ex-

tremos había dos balas de hierro de seis onzas á lo menos cada una, cubierto todo por una red finísima de cuero de Rusia, sumamente espesa; arma que, tomada por una de las balas, se blandía sin quebrarse el mimbre, y daba un peso y una fuerza triple al otro extremo, al más leve movimiento de la mano.

Amalia la tomó al principio como un juguete, pero luego que comprendió todo su poder mortífero, la separó de sus manos.

—¿La has visto ya, mi Amalia?

—Sí, sí, guarda eso. Debe ser terrible un golpe dado con una de esas balas.

—Es mortal si se descarga sobre la cabeza, ó sobre el pecho. Ahora te diré su nombre: en inglés se llama *lifepreserver*; en francés *cassetête*; y en español no tiene un nombre especial, pero le aplicaremos el del francés que es el más expresivo, porque quiere decir, como tú sabes, *rompecabezas*. En Inglaterra esta arma es muy común; en una provincia de Francia la usan también, y Napoleón la hacía llevar en varios regimientos de caballería. Para mí tiene dos méritos: el uno haber salvado á Eduardo con ella; el otro, estar pronta para salvarlo otra vez, si llega el caso.

—¡Oh, no llegará! ¿No es verdad que no se expondrá usted, Eduardo?

—No, no me expondré; yo temo demasiado verme imposibilitado de volver á esta casa.

—Y dice bien, porque es la única de que no lo echan.

—¿A él?

—¡Toma! ¿Pues no lo sabes ya, mi querida prima? Nuestro respetable maestro de primeras

letras no lo echó á empujones, pero lo echó á discursos. Mi Florencia le dió hospedaje una noche, pero yo lo eché de allí. Un amigo nuestro quiso tenerlo dos días, pero su respetable padre no quiso hospedarlo sino día y medio; y por último, yo no he querido tenerlo sino dos veces, y con esta noche son tres.

—¡Pero he estado una en mi casa—dijo Eduardo con cierto énfasis.

—Sí, señor; es bastante.

Amalia se esforzaba en reirse, pero sus ojos estaban bañados en lágrimas. Daniel las percibió y dijo sacando su reloj:

—Las once y media: es preciso volvernos.

Todos se levantaron.

—¿El poncho y la espada de usted, Eduardo?

—Se los di á Luisa, creo que los ha llevado á una pieza interior.

Amalia pasó de la sala á la habitación contigua, y de ésta á otra; ambas sin ninguna luz artificial, alumbradas apenas por la claridad de la luna que penetraba á través de los cristales de las ventanas que daban hacia el camino de arriba, que pasaba entre los olivos y la *casa sola*.

Eduardo y Daniel se cambiaban algunas palabras cuando sintieron un grito de Amalia, y al mismo tiempo sus precipitados pasos hacia la sala.

Los dos jóvenes se precipitaban á las habitaciones, cuando las manos de la joven los detuvieron en el umbral de la puerta de comunicación.

—¿Qué hay?

—¿Qué hay?—preguntaron los dos amigos.

—Nada... no salgan todavía... no salgan esta

noche—los respondió Amalia, excesivamente pálido y descompuesto su semblante.

—¡Por Dios, Amalia! ¿Qué hay?—le preguntó Daniel con su impetuosidad natural, mientras Eduardo se esforzaba por entrar en las habitaciones oscuras, cuya puerta había cerrado Amalia y parándose delante de ella.

—Yo lo diré, yo lo diré, pero no entren.

—¿Pero hay alguien en esas piezas?

—No, nadie hay en ellas.

—¿Pero, prima mía, por qué has dado ese grito, por qué estás pálida?

—He visto un hombre arrimado á la ventana del cuarto de Luisa que da hacia el camino; creí al principio que sería Pedro ó Fermín, me aproximé para convencerme; y descubierta por ese hombre al acercarme á los vidrios, dió vuelta precipitadamente, se cubrió el rostro con el poncho y se alejó casi á la carrera, pero al separarse de la ventana, los rayos de la luna alumbraron su cara y lo conocí.

—¿Y quién era, Amalia?—preguntaron los dos jóvenes.

—¡Mariño!—exclamó Daniel, mientras Eduardo se retorció los dedos.

—Sí, él era, no me he engañado. No pude contenerme y di un grito.

—Todo nuestro trabajo está perdido—exclamó Eduardo paseándose precipitadamente por la sala.

—No hay duda, he sido seguido por él al salir de casa de Arana—dijo Daniel reflexionando.

En seguida el joven se asomó á la puerta que daba al río, y llamó á Pedro que acababa de salir de la sala con el servicio de la mesa.

El veterano se presentó en el acto.

— Pedro: durante comíamos, ¿dónde estaba Fermín?

— No se ha movido de la cocina después que guardamos los caballos en el cuarto caído.

— ¿Y ni usted, ni él han sentido cosa alguna en el camino, ó cerca de la casa?

— Nada, señor.

— Sin embárgo, un hombre ha estado largo rato, al parecer, contra las ventanas del aposento de Luisa.

El soldado llevó las manos á sus canos bigotes, y, fingiendo retorcerlos, se dió un fuerte tirón de ellos.

— Usted no lo ha sentido, Pedro. Eso ha podido suceder, pero es necesario mayor vigilancia en adelante; llame usted á Fermín y entretanto ponga el freno al caballo que él monta.

Pedro salió sin responder una palabra, y al instante entró el criado de Daniel.

— Fermín, necesito saber si hay hombres á caballo entre los olivos; y si no están ahí, quiero saber qué dirección acaban de tomar, y cuántos eran; si de allí han salido, no hará cinco minutos cuando tú llegues.

Fermín se retiró, y en el acto Daniel, Amalia y Eduardo, pasaron al aposento de Luisa, y abrieron la ventana, desde donde se descubría el camino y los cuarenta ó cincuenta árboles que aparecían á tres cuadras de la casa, como otros tantos fantasmas que visitaban aquel solitario paraje.

Pocos minutos hacía que estaban observando el camino en la dirección á los árboles, cuando Amalia dijo:

— Pero ¿por qué tarda en salir Fermín?

—Oh, está ya á muchas cuadras de nosotros, Amalia.

—Pero si no ha pasado, y sólo por aquí se va al camino.

—No, mi hija, no; Fermín es buen gaucho, y sabe que al animal que dispara no se le persigue de atrás; estoy seguro de que ha bajado la barranca, y que á tres ó cuatro cuadras ha subido y dado vuelta hacia los olivos por el camino de arriba... Allí está, ¿lo ves?

En efecto, á dos cuadras de la «casa sola,» oíllando el camino á la derecha y dejando un poco á la izquierda los olivos, se veía un hombre sobre un caballo obscuro que á galope corto seguía el camino; y un momento después se oyó la voz de ese hombre que cantaba una de esas melancólicas y espirituales canciones de nuestros gauchos, todas diferentes en la letra, y semejantes en la música.

Después se le vió parar el galope y tomar el trote hacia los olivos, siempre cantando. Perdióse luego entre los árboles, y pocos instantes después se le vió salir de ellos como una exhalación, repasando en un minuto el camino que había andado.

—Corren á Fermín, Daniel.

—No, Amalia.

—Pero mira, ya no se le ve.

—Lo comprendo todo.

—¿Pero qué comprendes?—preguntó Eduardo que carecía de ese talento de observación que poseía Daniel en tan alto grado, y que le había hecho conocer la ciencia del gaucho como la de la civilización.

—Lo que comprendo es que Fermín no ha en-

contrado á nadie entre los olivos, que se ha bajado, que ha buscado algún rastro, que ha encontrado frescas huellas de caballos que acaban de tomar la dirección que él lleva, y que sigue por ella á convencerse de su presunción.

En seguida volvieron á la sala, y no haría diez minutos que estaban en la puerta que daba hacia el río, cuando divisaron á Fermín que venía volando por la playa. Subió la barranca á trote largo y vino á desmontarse delante de la puerta.

—Ahí van, señor—dijo con esa indolencia característica del gaucho.

—¿Cuántos?

—Tres.

—¿Por qué camino?

—Por el de arriba.

—¿Has distinguido los caballos?

—Sí, señor.

—¿Conoces alguno?

—Sí, señor.

—A ver.

—El que iba delante es el picazo de galope trabado, que monta el comandante Mariño.

Amalia miró sorprendida á Eduardo y á Daniel.

—Bien: baja los caballos á la orilla del río.

Fermín se retiró llevando el suyo de la brida.

—¡Pero qué! ¿se van?—preguntó Amalia.

—Sin perder un momento—le respondió su primo.

—¿Y cómo la dejamos sola, Daniel?

—Fermín se quedará, y él y Pedro nos responderán de ella.

—Yo debo acompañar esta noche al jefe de día; y tú dormirás en mi casa.

—¡Dios mío, nuevos trabajos!—exclamó Amalia llevando sus manos á sus ojos, y oprimiendo sus párpados, como era su costumbre en los momentos en que sufría.

—Sí, nuevos trabajos, mi Amalia; ya esta casa no nos ofrece seguridad: será necesario buscar otra.

—Pero vamos pronto, Daniel—dijo Eduardo con una impaciencia tan marcada y una expresión tan dura en sus brillantes ojos de azabache, que Amalia creyó adivinar su pensamiento, y le asió la mano diciéndole:

—Por mí, Eduardo, por mí—con tal dulzura, con tal ternura en su mirada y en su voz, que Eduardo, por la primera vez, tuvo que desviar sus ojos de los de ella, para que el león no fuera fascinado por la maga.

—Descansa en mí, mi Amalia—le dijo Daniel imprimiendo un beso sobre su frente, como tenía de costumbre al despedirse de ella; de esa criatura tan bella, tan noble, tan generosa, y tan desgraciada al mismo tiempo.

Eduardo apretaba la mano de su amada, y al mismo tiempo Pedro le daba su poncho y su espada, renegando entre sí mismo de no haber podido saludar con su tercerola al que vino á espiar las ventanas de la hija de su coronel.

La despedida fué casi silenciosa: cada uno allí estaba animado de distintos deseos, de distintas emociones: Amalia sufría por verlos partir; Eduardo porque veía que cada momento se ganaba terreno Mariño; y Daniel porque no podía volverse dos hombres y velar por Amalia en el camino de San Isidro y por Eduardo en la ciudad.

Al pie de la barranca saltaron sobre sus caballos, y Fermín recibió orden de permanecer cerca de Amalia, hasta las seis de la mañana.

En seguida partieron á gran galope por el camino del Bajo, mientras Amalia los seguía con sus ojos, elevados al cielo cuando los hubo perdido de vista, buscando propiciar á la Divinidad con los sentidos ruegos de su purísima conciencia, bajo aquel magnífico y sagrado templo de la Naturaleza, que pocas horas antes había escuchado la expresión de amor de dos almas formadas por Dios, la una para la otra, y en el peligro á cada instante de ser separadas para siempre por la mano del hombre.

XV

EL JEFE DE DÍA

—Es inútil, Eduardo; vamos á reventar los caballos sin conseguir lo que deseas—decía Daniel, mientras que los caballos volaban,

—¿Y sabes lo que deseo?

—Sí,

—¿Qué?

—Alcanzar á Mariño.

—Sí,

—Pero no será.

—¿No?

—No lo conseguirás; y he ahí la razón por que me presto á tu capricho de que corramos como

dos demonios por este camino, á riesgo de rompernos la cabeza de una rodada.

—Veremos si lo alcanzo.

—Nos lleva veinte minutos.

—No tanto.

—Y más.

—Al menos, diez hemos reconquistado ya.

—¿Y si lo alcanzáramos?

—A Roma por todo.

—¿Qué?

—Que le busco pendencia y lo atravieso de una estocada.

—¡Magnífica idea!

—Si no es magnífica, á lo menos es terminante.

—¿Olvidas que son cuatro?

—Aunque sean cinco; pero son tres solamente: él y sus dos ordenanzas.

—Son cuatro: Mariño, dos ordenanzas, y yo.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Tú contra mí?

—Contra ti.

—Enhorabuena.

Tal era el diálogo de los jóvenes, mientras hacían volar sus poderosos corceles; y ya habían andado legua y media de las tres que tenían que recorrer, cuando Daniel, que empezaba á temer que á tal carrera saliera Eduardo con su loca idea, que era preciso evitar á todo trance, se aprovechó de la aparición de dos hombres á caballo que divisó hacia la derecha del camino, y que marchaban en la misma dirección que ellos.

—Vé allí; allá van tres hombres, Eduardo... á nuestra derecha... como á dos cuadras... ¿los ves?

—Pero no son tres, son dos solamente.

—No; he visto tres... es que están en línea con nosotros.

Eduardo no oyó más, y dió vuelta á su caballo en dirección á los jinetes que distaban como quinientos pasos. «Sesgaba,» pues, el camino, perdía tiempo, y era lo que quería Daniel, que siguió, siempre al lado de su amigo.

Los desconocidos, al ver á aquellos hombres que se venían sobre ellos á la carrera tendida, tiraron de las riendas á sus caballos, y esperaron lo que ocurriese.

Los jóvenes pararon sus caballos á cuatro pasos de ellos; y Eduardo se mordió los labios al ver que eran un pobre viejo y un muchacho, los que le habían hecho perder cuatro ó seis minutos de marcha recta; y sobre todo al comprender que había sido un artificio de Daniel.

Salir de su error, dar vuelta su caballo, y volver á tomar de nuevo la carrera, todo fué obra de un segundo.

Daniel, por ese cálculo frío con que sabía clasificar la importancia de los sucesos, equivocándose rara vez en su vida, tenía la seguridad de que no alcanzarían á Mariño llevándoles veinte minutos de delantera, en el corto camino de tres leguas; confiado en que el redactor de la *Gaceta* no era hombre de ir contemplando á la Naturaleza, sino de correr aprisa para dejar cuanto antes aquellos solitarios caminos, y ya casi sin temor ninguno, dejaba correr á Eduardo, persuadido de que no había otro inconveniente que el de dar una rodada, como lo había dicho.

Los caballos de Daniel eran superiores; de él era el que montaba Eduardo; pero al fin los po-

bres animales no podían andar tres leguas á la carrera tendida, y poco á poco fueron desobedeciendo á sus amos, y perdiendo su fuerza.

Seguían, sin embargo, incitándolos, cuando el ¡quién vive! de un centinela llegó súbito al oído de los jóvenes; estaban bajo las barrancas del Retiro, donde se hallaban acuartelados el general Rolón, un piquete de caballería, y media compañía del batallón de Marina que mandaba Maza, y que hacía la guardia del cuartel, pues que el batallón, como se sabe, había marchado el 16 de agosto para Santos Lugares.

—¡Gracias á Dios! ¡La patria!—contestó Daniel parando su caballo, al mismo tiempo que el de Eduardo, de cuya rienda dió un tan fuerte tirón, que al brusco y desigual movimiento del animal, casi saltó el jinete de la silla.

—¿Qué gente?—continuó el centinela.

—Federales netos—respondió Daniel.

—Pasen de largo.

Y ya volvía Eduardo á tomar el galope, cuando una ronca y vibrante voz les gritó:

—¡Alto!

Los jóvenes se pararon.

Una comitiva de diez jinetes descendía por la barranca del cuartel de Maza.

Tres de aquéllos se adelantaron á reconocer á los que venían por el camino del Bajo. Y examinándolos detenidamente estaban, cuando el resto de la comitiva llegó junto á ellos.

—Me debe usted un caballo, General—dijo Daniel con ese tono de confianza que sabía tomar en los momentos más difíciles, y con el que desarmaba al más malicioso y perspicaz, luego que cono-

ció al general Mansilla, que hacía ese noche el servicio de jefe de día.

—¿Usted por aquí, Bello?—contestó el General.

—Sí, señor; yo por aquí, después de haber andado más de una legua por la costa del río á ver si daba con usted, pues que no lo he encontrado en las inmediaciones de ninguno de los cuarteles de la ciudad. No hay más: me debe usted un caballo, pues que el mío ya no puede más, después de lo que ha corrido en su busca.

—Pero quedó usted en ir á casa á las once, y he salido á las once y cuarto.

—¿Entonces, yo tengo la culpa?

—Por supuesto.

—Bien, me confieso culpable, y no reclamo el caballo.

—Convenido.

—¿Y hay novedad, General?

—Ninguna.

—Pero yo le he pedido á usted que quiero ver á nuestros soldados en sus cuarteles.

—He empezado por los del Retiro, y nos faltan todos los demás.

—¿Y se dirige usted ahora?

—Al fuerte.

—¡A que están dormidos!

—¡Toma! alcaldes y jueces de paz, ¡hágame usted el favor, qué soldados!

—Bien, General, ¿qué camino va usted á llevar?

—El del Bajo, porque voy primero á la batería.

—Bien, nos encontraremos en la plazoleta del fuerte.

—Pero vamos juntos.

—No, General; voy á subir á la ciudad á acompañar á este amigo mío que pensó pasar la noche con nosotros, pero que se ha indispuerto.

—¡Toma! Si ustedes los mozos de ahora no sirven para maldita la cosa.

—Eso es lo mismo que yo le decía á usted esta mañana.

—No pueden pasar una mala noche.

—Ya usted lo ve.

—Bueno, vaya ligero, nos reuniremos en el fuerte; allí cenaremos.

—Hasta de aquí á un momento, General.

—Ande pronto.

Eduardo hizo apenas un saludo con la cabeza al general Mansilla, y subió con su amigo por la barranca del Retiro.

Diez minutos después, Daniel abría la puerta de su casa; entraba en ella con su amigo; y poco más tarde, volvía á salir solo, cerraba la puerta y montaba de nuevo en su caballo, en su ágil, nuevo y brioso caballo, el mejor de cuantos había en la poblada estancia de su padre.

Al pasar por el gran arco de la Recova, vió al jefe de día y á su comitiva que subían á la plaza de 25 de mayo, y volvieron á saludarse junto á los fosos de la fortaleza, donde entraron después de las formalidades militares.

La noche seguía hermosa y apacible; y en el gran patio del fuerte, y en los corredores de lo que fué en otro tiempo departamentos ministeriales, apiñados estaban, fumando y conversando, todos los alcaldes y jueces de paz de la ciudad, con sus tenientes y ordenanzas; la mitad del cuerpo de serenos y gran parte de la plana mayor;

componiendo todos un número de cuatrocientos cincuenta á quinientos hombres.

Toda esa heterogénea guarnición de la fortaleza era mandada esa noche por Mariño, según las disposiciones del general Pinedo, Inspector de armas.

Imposible es describir la sorpresa del comandante de serenos al ver á Daniel en compañía del general Mansilla, cuando lo creía en ese momento en la «casa sola,» á tres leguas de la ciudad.

Daniel no sabía que Mariño estaba esa noche á cargo de la fortaleza, pero ninguna sorpresa manifestó su semblante; y comprendiendo la de Mariño, delante de él, dijo al jefe de día:

—Esto es servir, General: el señor Mariño deja la pluma y toma la espada.

—Eso es cumplir los deberes, señor Belló—le contestó Mariño sin volver todavía de su sorpresa.

—Y esto es vigilancia. Todo el mundo está aquí despierto—dijo el jefe de día.

—Lo que no hemos visto en parte alguna—agregó Daniel, acabando con esto de perturbar la imaginación de Mariño, pues que, si Daniel había andado acompañando al jefe de día, no podía ser él á quien había seguido de lejos hasta la «casa sola,» tres horas antes; y quizá no sería Amalia aquella mujer que dió un grito en un cuarto á oscuras de esa casa. Así Mariño se perdía en conjeturas; y mientras el General conversaba con varios jueces de paz, yendo con ellos á una de las habitaciones altas, donde había una mesa con algunos fiambres y botellas, Mariño no pudo menos de preguntar á Daniel, con esa indiscreción

que acompaña siempre á los espíritus perturbados de improviso :

—¿Entonces, usted no ha paseado esta noche solo á caballo?

—Un poco.

—¡ Ah !

—Estuve hasta las siete en casa del señor Gobernador delegado, y antes de ir á juntarme con el general Mansilla, di un paseo por esos lados del Retiro,

—¿Por el Retiro, en dirección á San Isidro?

—¡ Pucs ! en dirección á San Isidro. Pero me acordé que tenía que hacer una diligencia por el Socorro, y dejé de repente mi paseo enviando la suerte de uno que iba delante de mí, y que siguió sin tener que hacer diligencias.

—¿Adelante de usted?

—Sí, en dirección á San Isidro por el camino de arriba—contestó Daniel con una candidez tal, que Mariño acabó de perder la cabeza, empezando á convencerse de que él mismo se había burlado á sí mismo.

—¿Qué quiere usted?—continuó Daniel—nosotros no tenemos un momento nuestro.

—Así es.

—¡ Oh, si yo tuviera el talento de usted, señor Mariño ! ¡ si yo supiera escribir como usted sabe ! mis desvelos entonces podrían ser útiles á nuestra causa ; pero ando de aquí para allá todo el día y toda la noche, y maldito lo que hago en beneficio del Restaurador.

—Cada uno hace lo que puede, señor Bello—contestó Mariño, en cuya alma, más torcida que sus ojos, ni la lisonja hacía impresión.

—¡ Cuándo estaremos en paz y veremos afian-

zados esos luminosos principios federales que usted propaga en la *Gaceta*!

—Cuando no haya ningún unitario, descubierto ni disfrazado—respondió el escritor federal.

—Eso es lo mismo que le decía yo esta tarde al señor Gobernador delegado.

En ese momento, un ayudante del jefe de día vino á llamar á Bello y á Mariño de parte de aquél.

Subieron.

De pie, en derredor de una mesa, doce ó catorce individuos tomaban una copa con el jefe de día. Pero, ¡cosa rara! era la tercera ó cuarta vez que vaciaban sus copas, y ningún entusiasta brindis federal había resonado bajo las bóvedas de aquel palacio, que escuchó en otros tiempos los brindis á la libertad y á la patria. Mariño llegó á tiempo de beber con ellos, y tampoco dijo una palabra.

—Vamos, Bello, ¿qué toma usted?—dijo el general Mansilla.

—Nada, señor, nada de comer; pero beberé una copa por el pronto triunfo de nuestras armas federales.

—Y la gloria eterna del Restaurador de las Leyes—agregó Mansilla; y todos cuantos allí había bebieron su copa, pero en silencio.

—¡Comandante Mariño!

—Pronto, señor—contestó éste acercándose al general Mansilla, que le dijo, separado de los demás:

—Haga usted que toda esta gente se acueste; la cosa puede ser larga, y no es bueno que se fatiguen tanto.

—¿Hago levantar el puente?

—No hay para qué.

—¿ Cree usted, General, que esta noche no haya novedad?

—Ninguna.

—¿ Se retira usted ya?

—Sí; voy á visitar otros cuarteles y me voy á dormir.

—Lleva usted un buen compañero.

—¿ Quién?

—Bello.

—¡ Ah, es una alhaja este muchacho!

—¿ De qué, General?

—No sé si es oro, ó cobre dorado, pero brilla—dijo Mansilla, sonriendo, y dando la mano á Mariño.

En seguida bajaron por la gran escalera, y mientras Mansilla se reunía á su comitiva para montar á caballo, Daniel se acercó á Mariño y le dijo:

—Lo envidio á usted, comandante: yo quisiera tener también algún puesto donde poder distinguirme.

—¿ Y sufriría usted por la federación los desvelos que sufro yo?

—Todo: hasta las murmuraciones.

—¿ Murmuraciones?

—Sí. Aquí mismo acabo de oír á algunos que criticaban algo de usted.

—¿ De mí?

—Decían que no ha venido usted á la fortaleza hasta las once de la noche, debiendo venir á las siete.

Mariño revolvió los ojos, y se puso colorado como un tomate.

—¿ Y quién decía eso, señor Bello?—preguntó Mariño con voz trémula de rabia.

—Eso no se dice, señor Mariño: se cuentan los milagros sin nombrar á los santos; pero hablaban de ello y sería bien desagradable que esto llegase á oídos del Restaurador.

Mariño se puso pálido.

—Habladurías—dijo.

—Por supuesto. Habladurías.

—Sin embargo, no repita usted esto á nadie, señor Bello.

—Palabra de honor, señor Mariño; yo soy uno de los hombres que más admiran el talento de usted, y tengo especiales motivos para estarle á usted grato, por el servicio que quiso prestar á mi prima.

—¿Y su prima de usted está buena?

—Muy buena, gracias.

—¿La ha visto usted?

—Esta tarde he estado con ella.

—He oído que se ha mudado de Barracas.

—No. Ha venido á pasar unos días á la ciudad, pero se vuelve pronto.

—¿Ah, se vuelve?

—De un día á otro.

—Vamos, Bello—gritó el general Mansilla ya de á caballo.

—Vamos, General; buenas noches, señor Mariño.

—Recomiendo á usted el olvido de estas habladurías, señor Bello.

—Ya no me acuerdo de ellas; buenas noches.

Y Daniel saltó en su caballo y salió de la fortaleza con el jefe de día, dejando á Mariño lleno de perplejidades y zozobra, sin poder clasificar bien á ese joven que por todas partes se le escapaba, y por todas partes se le entraba en sus negocios

privados, á quien odiaba por instinto, y de quien no podía tomar una sola prueba, una sola indiscreción para perderlo.

XVI

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

La comitiva de jefe de día tomó por la calle de la Reconquista, que conducía al cuartel del coronel Ravelo.

No eran más que las doce de la noche, pero la ciudad estaba desierta, pues sólo se veía en ella el bulto de los serenos en sus respectivos puestos, prontos á marchar á la fortaleza para reunirse con su jefe, á la señal de alarma; pero nada más. De aquel alegre y bullicioso pueblo de Buenos Aires, cuya juventud en otro tiempo esperaba con impaciencia la noche para dar expansión á su espíritu ávido de aventuras y de placeres, no quedaba ya un solo vestigio. Cada familia encerraba desde el anochecer á los padres y á los hijos; y la simple acción de pasear por las calles de Buenos Aires en la época del terror, después de las ocho de la noche, era lo bastante para hacer entender que había una gran seguridad federal en quien tal cosa hacía. Terrible escuela desde 1838, en que la juventud que permaneció en Buenos Aires, comenzó á aprender hábitos femeniles, aconsejados por esa falta de seguridad personal que hacía buscar entre las paredes del

domicilio la única garantía posible á los que temían á cada paso encontrarse con el puñal ó con el chicote de la Mazorca.

Ni siquiera el sueño venía en auxilio del inquieto y abrumado espíritu de los habitantes de esa infeliz ciudad. Los deseos eran demasiado vivos, y demasiado punzantes las impresiones del momento que atravesaban, para poder encontrar en el sueño el olvido de la vigilia. Y no bien las herraduras de la cabalgata del jefe de día resonaban en el empedrado de las calles, cuando alguna sombra se proyectaba desde una azotea, ó algún postigo de una habitación en tinieblas se entreabría para dar paso á una mirada inquieta y buscadora.

Un caballo á galope daba origen á imaginar un chasque que volaba á anunciar una traición, una victoria, una derrota.

Un ruido cualquiera, cuya explicación no se podía encontrar en el momento, era clasificado de cañoneo ó de tropel de gente armada.

Y para más de uno, la comitiva de Mansilla pareció acaso un escuadrón del general Lavalle que se había precipitado á la ciudad.

¿Era la causa política lo que ponía á los espíritus en esta irritabilidad nerviosa? Era más que eso: era la causa política y la causa individual lo que los sujetaba á ese penoso modo de existencia, porque á las opiniones de la causa común ligado estaba para cada individuo el azar de su propio destino.

Los federalistas, por principio, sabían bien que no había que temer individualmente del triunfo del principio unitario, porque tal principio no venía campeando, ni el jefe de la cruzada liberta-

dora venía á consumar venganzas de opiniones políticas. Mas ellos sabían que el caudillo llamado federal, los había precipitado á una vida de responsabilidades privadas, en las cuales ya no entraba la política sino la justicia; y temían.

Los hombres pertenecientes al club de la Mazorca, manchados con cuanto género de crímenes pueden conducir al cadalso, comprendían bien que eran millares de familias las que tenían descargado sobre ellos el anatema justísimo á que se habían hecho acreedores, porque sus insultos individuales no podían traer sino venganzas y castigos individuales: y á su vez, temblaban del triunfo de Lavalle.

Los que tenían un deudo en el ejército libertador recordaban que era una cuestión de sangre la que se iba á resolver á sus ojos; y temían de los combates.

Los que no habían dado jamás pruebas prácticas de su entusiasmo federal, motivo suficiente para la clasificación de unitario, sufrían la inquietud consiguiente á la incertidumbre de los sucesos pendientes; y temblaban por la patria y por ellos, al imaginarse una desgracia en el ejército libertador.

Y he ahí, pues, que toda la sociedad, de uno y de otro color político, sus clases, complicadas en la actualidad por las opiniones ó por las obras, por los parientes ó por los amigos, toda entera estaba conmovida y pendiente su espíritu del más leve incidente que ocurría.

Daniel, que marchaba al lado de Mansilla, percibía á menudo el movimiento de las ventanas, ó las sombras en las azoteas, y comprendía perfectamente cuanto acabamos de decir.

— Nuestra buena ciudad no duerme, General, ¿no nota usted que es cierto lo que le digo?

— Todos esperan, amigo mío — contestó el general Mansilla, de cuyos labios rara vez salía una palabra sin malicia, sin doble sentido ó sin sátira.

— ¿Pero todos una misma cosa, General?

— Todos.

— ¡Es asombrosa la mancomunidad de opiniones que reina bajo nuestro sistema federal!

Mansilla dió vuelta y miró furtivamente á aquella «alhaja», como él decía, y luego contestó:

— Especialmente en una cosa. ¿La adivina usted?

— Palabra de honor, que no.

— Hay una admirable mancomunidad de deseos de que esto se acabe cuanto antes.

— ¿Esto? ¿Qué es esto, General?

Mansilla volvió á mirar á Daniel, porque la pregunta era una estocada á fondo sobre sus confianzas.

— La situación, quiero decir.

— ¡Ah, la situación! Pero para usted no pasará nunca la situación política, general Mansilla.

— ¿Cómo así?

— Usted no es hombre para vivir en la vida doméstica; necesita usted los asuntos públicos, y, sea en favor, sea en oposición al Gobierno, habrá usted siempre de figurar en nuestro país.

— ¿Aunque entrasen los unitarios?

— Aunque entrasen. Hay muchos de nuestros federales que figurarán entre ellos.

— Sí; y algunos estarán en un puesto muy eminente, por ejemplo, en la horca; pero, en

fin, nosotros debemos estar siempre al lado del Restaurador.

El doble sentido de esa palabra no se le escapó á Daniel; pero prosiguió con una naturalidad infantil.

—Sí, él es digno de que ninguno le abandone-mos en este trance.

—No crea usted que es terrible; este hombre tiene mucha suerte.

—Es que representa la causa federal.

—Que es la mejor de todas, ¿no es verdad?— dijo Mansilla, mirando á Daniel.

—Así lo he aprendido en las sesiones del Congreso constituyente.

Mansilla se mordió los labios: él había sido unitario en el Congreso; pero Daniel tenía tal aspecto de sencillez, que el astuto viejo no pudo comprender bien si aquellas palabras eran ó no un sarcasmo.

Daniel continuó:

—Causa que nunca habrá de ser destruida por los unitarios. No hay que equivocarse: solamente los federales podrán dar en tierra con el general Rosas.

—Parece que tuviera usted cincuenta años, señor Bello.

—Es que me fijo mucho en lo que oigo.

—¿Y qué es lo que usted oye?

—La popularidad de que gozan algunos federales; usted, por ejemplo, General.

—¿Yo?

—Sí, usted. Sin los lazos de parentesco que lo unen al señor Gobernador, éste vigilaría mucho sobre usted, porque no debe ignorar la popularidad de que goza, y, sobre todo, su talento y su

valor. A pesar de que he oído que, hablando de esto alguna vez, en 1835, dijo que usted no servía sino para revueltas de á real y medio.

Mansilla acercó violentamente su caballo al de Daniel, y le dijo con una voz nerviosa:

—Son propias de ese gaucho bruto esas palabras; ¿pero sabe usted por qué las ha dicho?

—Por broma quizá, General — contestó Daniel con la mayor sangre fría.

—Porque me tiene miedo—dijo Mansilla apretando el brazo de Daniel, y adjetivando el nombre de Rosas con aquella palabra que debía ser pronunciada bien claro, para poder ser Rey de España, según decían los españoles, en su última guerra con los franceses.

Aquella brusca declaración era propia del carácter de Mansilla, mezcla de valor y de petulancia, de arrojo y de indiscreción. Pero la situación era tan grave, que no dejó de conocer pronto que había avanzado demasiado en sus confianzas con Daniel; mas era tarde ya para retroceder, y creyó que lo mejor sería arrancar iguales confianzas de su compañero de ronda, y le dijo con su astucia natural:

—Yo sé que si pegase un grito, tendría toda la juventud en mi favor, porque ninguno de ustedes quiere este orden de cosas en que vivimos.

—¿Sabe usted, General, que yo creo lo mismo? —le contestó Daniel, como si por la primera vez de su vida se le ocurriese tal idea.

—Y usted sería el primero en estar á mi lado.

—¿En una revolución?

—En... en cualquier cosa — dijo Mansilla no atreviéndose á pronunciar aquella palabra.

—Me parece que tendría usted muchos que lo siguiesen.

—¿Pero, vendría usted?—preguntó Mansilla insistiendo en arrancar alguna confidencia á aquel joven que acababa de ser depositario de una enorme indiscreción suya.

—¿Yo? Mire usted, General, yo no podría por una sencilla razón.

—¿Y cuál?

—Porque yo he jurado no asociarme á nada de lo que hagan los jóvenes de mi edad, desde que ellos en su mayor parte se han hecho unitarios, y yo sigo y profeso los principios de la federación.

—¡Bah, bah, bah!

Y Mansilla separó su caballo, queriendo convencerse de que Daniel no era sino un muchacho parlanchín, y sin peso ninguno en sus ideas, pues que aquel escrúpulo de amor propio no podía caber en un espíritu superior.

Daniel continuó, como si nada notase:

—Además, General, yo tengo horror á la política y me avengo mejor con la literatura y con las damas, como se lo decía esta tarde á Agustinita, cuando me pedía que le acompañase á usted esta noche.

—Así lo creo—contestó Mansilla con sequedad.

—¡Qué quiere usted! yo quiero ser tan buen porteño como el general Mansilla.

—¿Qué?

—Es decir, quiero acreditarme como él en el concepto de las buenas mozas.

El amor había sido siempre el flaco de Mansilla, como su fuerte habían sido siempre las tra-

moyas políticas; y Daniel le empezó á dar en el clavo.

—Pero esos tiempos ya pasaron—dijo Mansilla sonriendo.

—No para la crónica.

—Bah, ¡la crónica! ¿y qué sacamos con eso?

—Ni para la actualidad, si usted quiere.

—Eso no es cierto.

—Cierto. Hay mil unitarios que odian al general Mansilla, de envidia por la mujer que tiene.

—¿Es linda mi mujer, eh? ¡Es linda! —dijo Mansilla casi parando su caballo, y mirando á su compañero con un semblante lleno de satisfecha vanidad.

—Es la reina de las bellas; así lo confiesan hasta los mismos unitarios, y me parece, que si ha sido el último triunfo, ha valido por todos.

—Eso del último...

—Vamos, no quiero saber nada, General... yo quiero mucho á Agustinita, y no quiero oír que usted le hace infidelidades.

—¡Ah, mi amigo! si usted enoja y desenoja á las mujeres como á los hombres, usted tendrá en su vida más aventuras que yo.

—No entiendo, General—le contestó Daniel fingiendo la más perfecta sorpresa.

—Dejemos esto; ya estamos en el cuartel de Ravelo.

En efecto, habian llegado al cuartel donde dormian cien negros viejos á las órdenes del coronel Ravelo, y hecha la inspección de ordenanza, siguieron luego á visitar el cuarto batallón de Patricios, á las órdenes de Jimeno; y en seguida algunos otros retenes.

Pero ¡cosa singular! el champaña de la fede-

ración parecía no «fermentar» ya en el pecho de sus entusiastas hijos; pues que salían sin espuma las preguntas, las respuestas, las conversaciones todas, que tenían con el jefe de día los jefes á quienes se acercaba, y lo que allí pasaba, sucedía en todas partes y en todas las clases... Causa sin fe, sin conciencia, sin entusiasmo del corazón, que vacilaba y desmayaba al primer amago de sus adversarios políticos... sacerdotes sin religión, que besaban el suelo cuando el ídolo se columpiaba sobre su altar de cráneos.

Daniel lo veía y lo estudiaba todo, y se decía á sí mismo á cada paso:

—Doscientos hombres solamente, y toda esta gente se la entregaba atada de pies y manos al general Lavalle.

Eran ya las tres de la mañana cuando el general Mansilla se dirigió á su casa, en la calle del Potosí.

Daniel lo acompañó hasta aquélla. Pero él no quería que el cuñado de Rosas durmiese inquieto por sus confianzas, y le dijo, al llegar á la casa:

—¡General, usted ha desconfiado de mí, y lo siento!

—¿Yo, señor Bello?

—Sí; conocedor de que toda nuestra juventud se ha dejado fascinar por los locos de Montevideo, ha querido sondearme diciéndome cosas que no siente, porque yo sé bien que el Restaurador no tiene mejor amigo que el general Mansilla; pero felizmente usted no ha visto en mí sino patriotismo federal. ¿No es cierto?—preguntó Daniel fingiendo la expresión más tímida del mundo.

—Cierto, cierto—le contestó Mansilla apretándole la mano y sonriendo de aquel pobre y cán-

dido «muchacho» como él lo clasificaba en ese momento.

—¿De manera que contaré con la protección de usted, General?

—Siempre, á todas horas, Bello.

—Bien, entonces hasta mañana.

—Hasta mañana; gracias por la compañía.

Y Daniel dió vuelta á su caballo, riéndose y diciendo para sí mismo:

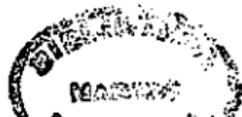
—No hubiera dado un diablo por mi vida, mientras tú creyese que yo tenía tu secreto; ahora me la has dejado rescatar, y no te he devuelto tu prenda: buenas noches, general Mansilla.

XVII

PATRIA, AMOR Y AMISTAD

Daniel entró en su casa y él mismo condujo su caballo al pesebre, porque no lo esperaba su fiel Fermín, y los otros criados nada sabían de las excursiones nocturnas de su señor; él despertó á uno, sin embargo, y le mandó que estuviese pronto para recibir órdenes.

Eran las cuatro de la mañana, y cuando entró en sus habitaciones, alumbradas por una mustia lámpara, echó de menos el fuego de su chimenea, porque el frío de la madrugada empezaba á ha-



cerse sentir con el rigor con que se mostró en el invierno de 1840. Pero no estaba Fermín, y ningún otro criado podía entrar en las habitaciones de Daniel.

El joven encendió una bujía, y lo primero que hizo, fué pasar al aposento en que dormía Eduardo, contiguo al suyo.

El sueño era agitado en aquella robusta organización, cuyo espíritu apasionado estaba combatido por tan distintas impresiones, después de cuatro meses; y en su hermoso semblante grabado estaba un ceño duro, revelador de las imágenes adustas que en aquel momento estaban quizá haciendo su estimulada imaginación.

Contemplólo Daniel largo rato; conoció que no hacía mucho tiempo que dormía, por lo poco que quedaba de la vela á cuya luz había estado leyendo un volumen de la Revolución Francesa. Vió en Eduardo la imagen palpitante y viva de la persecución y de la desgracia que sufría la juventud de la República; y elevándose más su espíritu á medida que las ideas se sucedían en él, llegó á creer que tenía delante de sus ojos una personificación de la actualidad, en cuya suerte podría estudiar el destino de la generación á que pertenecía.

Pálido, ojeroso, abrumados su espíritu y su cuerpo por el trabajo, la labor y la ansiedad continua, Daniel pasó á su bufete y se echó en su sillón.

Pero de repente, separando de sus sienes sus lacios y descompuestos cabellos, sentóse á su escritorio, y, tranquilo, con ese semblante sereno que se descubría en él cuando una alta idea lo preocupaba, sacó algunas cartas de un secreto de su

escritorio, leyólas, tomó la fecha de una de ellas, y escribió luego la siguiente, que leyó después con completa calma :

«Al señor Bouchet Martigny, etc., etc.»

«Buenos Aires 1.º de septiembre de 1840.

A las cuatro de la mañana.

»Muy señor mío : Están en mi poder sus cartas »del 22 y 24 del pasado, y la última me ha con- »firmado la lisonjera idea de que la noble causa »de mi patria encuentra prosélitos, no sólo en sus »hijos, sino también en los hombres de corazón, »cualquiera que sea la tierra de su nacimiento ; »y las solicitudes que me avisa usted haber sido »dirigidas por compatriotas suyos al Gobierno fran- »cés, sobre los asuntos del Plata, y en favor de »la causa argentina, son otros tantos títulos de »reconocimiento hacia esas excepciones nobles de »la Europa, que tan mal nos comprende y peor »nos quiere.

»Pero al pagar mi parte en esta deuda de gra- »titud, debo decir á usted con lealtad que, á la »altura á que han llegado los acontecimientos, »toda interposición que deba venir de Europa, fa- »vorable ó adversa á nuestra causa, no llegará á »tiempo de influir en los sucesos, porque las dos »causas políticas deben resolverse al influjo de »las armas, dentro de pocos días.

»Para mí, la situación encierra un dilema pre- »ciso y terminante á este respecto : ó la ciudad »es tomada antes de quince días, y entonces Ro- »sas está perdido para siempre ó el ejército liber- »tador se retira, y entonces todo se pierde por

»muchos años, de un modo que no ofrecerá posibilidad de nuevo incremento, ni aun con el auxilio de un poder extraño.

»Dar al general Lavalle todo cuanto elemento »sea posible, es lo único que aconseja la situación »actual; pero dárselo sin pérdida de hora, porque »del efecto moral que produzca una violenta invasión á la ciudad, más un ataque á los reducidos de Santos Lugares, puede resultar solamente »el triunfo de un ejército que no cuenta tres mil »hombres, con las dos terceras partes de caballería; que tiene por enemigo un poder fuerte doblemente en el número y que no puede, ni debe »contar con la mínima cooperación de los habitantes de Buenos Aires, sino cuando haga sentir el »ruido de sus armas y los vivas á la patria dentro »de las calles mismas de la ciudad.

»Este aparente contrasentido en un pueblo, cuya mayoría maldice las cadenas que lo oprimen, y »espera con toda la efusión de su alma la regeneración de la libertad patria, yo sé bien que los »unitarios se empeñan en separarlo de su consideración, porque ellos no quieren convenir en que el »pueblo de Buenos Aires no sea, en 1840, lo que en »1810: es un honroso error, pero es error al fin, y »pues que los hechos que están ya bajo el dominio »histórico, y que han acaecido en todo el norte de »la provincia, destruyen la mitad de las ilusiones »unitarias, y arguyen muy alto contra las que se »tienen fundadas en la ciudad, yo creo de una »innegable conveniencia no contar con otros recursos que los que tiene propios el ejército.

»Es imposible, materialmente imposible, establecer una asociación de diez hombres en Buenos Aires: el individualismo es el cáncer que corroe

»las entrañas de este pueblo. Ese fenómeno se
»explica, se justifica, puedo decir, pero no es
»tiempo de averiguaciones filosóficas, sino de to-
»mar los hechos existentes, buenos ó malos, y
»basar sobre ellos el cálculo de operaciones fijas.
»Y es sobre el hecho de la no revolución en Bue-
»nos Airés, sobre lo que debe calcular sus opera-
»ciones el ejército libertador.

»¿Sin más auxilios que los suyos propios, de-
»be, ó no, seguir sobre Rosas el general Lavalle?
»Tal es la cuestión que pueden proponerse algu-
»nos, especialmente la *comisión argentina*, que
»discurre tanto, aunque con tan poco buen éxito,
»desgraciadamente.

»Antes de resolverla, sin embargo, yo querría
»hacer entender al general Lavalle, y á todo el
»mundo, que el poder de Rosas no está en los
»esteros, zanjas, cañones y soldados de Santos
»Lugares: está en la capital, está en el fuerte.
»Puedo decir: Buenos Aires es la cabeza; todo
»lo demás no son sino miembros subordinados.
»Es de Buenos Aires de donde ha de partir la reac-
»ción en la corriente revolucionaria, que debe des-
»cender de ésta para surcar por toda la Repú-
»blica. Y en este caso el problema á resolver no
»es otro que si conviene ó no invadir la ciudad
»por alguno de los flancos de los campamentos de
»Rosas, y tomar posesión de ella, dejándolo á él
»dueño de la campaña.

»En la posición del general Lavalle, yo no va-
»cilaría en aceptar el primer caso, porque me
»asiste la convicción de que, si el ejército se re-
»tira, la cuestión se pierde y se pierde el ejército
»y en esa coyuntura, yo preferiría arriesgar esa

»inmensa pérdida sobre el único terreno que ofrece una posibilidad de triunfo.

»En la ciudad no puede haber resistencia; los »federales están abatidos por la simple incertidumbre de los sucesos, y la mitad de ellos, cuando menos, se pasaría de buen grado al general »Lavelle, para buscar con su traición á Rosas »una garantía futura.

»Mi carta anterior lo ha impuesto á usted »del pormenor de los acuartelamientos, tropa de »línea, etc., que hay en la ciudad, y si esta otra »puede contribuir á meditar sobre la idea que »aconsejo, habré conseguido mis deseos, pues no »dudo de que del examen de ella resultaría su »aprobación.

»Quiera usted, señor Martigny, aceptar, como »siempre, las seguridades de mi particular aprecio.—B.»

Daniel puso á esta carta un sello especial; púsole luego una dirección para Mr. Douglas, y la guardó en el secreto de su escritorio.

Luego, escribió la siguiente:

«Amalia: La visión no era otra que Mariño. »He conseguido intrigarle el espíritu. Cree y no »cree que me ha seguido y que ha dado contigo; »pero esa duda lo excitará más y querrá salir de »ella.

»De hoy en adelante mis pasos serán seguidos »más que nunca.

»No hay remedio: para las dificultades que nos »cercan, no hay otro camino que el de la temeridad, que es la prudencia de las situaciones difíciles.

»Es necesario volver á Barracas, y pronto.

»Dispónlo todo, y consérvate pronta á todas horas.

»Los sucesos se precipitan ya, y todo debe ser rápido como va á serlo el choque de nuestra desgracia ó nuestra fortuna.

»¡Dios vele sobre los buenos!»

Terminada esta carta, el joven escribió por último á su Florencia, y le decía:

«Alma de mi alma: Todavía soy feliz en el mundo, muy feliz, desde que, abrumado y causado de una lucha estéril, pero terrible, que tú no conoces todavía, tengo tu corazón para refugio de mi alma, tengo tu nombre para acercarme á Dios y á los ángeles, al escribirlo.

»Hoy he sufrido mucho, y mi único consuelo es la esperanza que tengo de que vas á prestarte á mis deseos: es necesario que persuadas á tu buena madre, que la decidas á su viaje á Montevideo; pero pronto, mañana si es posible. Yo lo facilitaré todo. Y si es necesario, para la tranquilidad de su espíritu, que seas mi esposa antes de la partida, mañana mismo nos unirá la iglesia, como ya nos ha unido Dios: para siempre.

»Sobre el Cielo que nos cubre, en el aire que respiramos, está hoy la desgracia, y quizá... ¡Quién sabe!... Todo es fatídico hoy... Yo no quiero tu mano, es decir, mi felicidad, mi orgullo, mi paraíso, en estos momentos; pero lo haré si es necesario para tu partida.

»No me preguntes nada. No puedo decirte sino que quisiera alzarte sobre los astros, para que el aire de estos momentos no rozase tu frente. No

»me pidas que te siga... No puedo... Frío como
»un cálculo, mi destino está hecho. Estoy clavado
»á Buenos Aires, y... pero nos hemos de ver
»pronto, dentro de ocho, dentro de quince días,
»á lo más. Es un siglo, ¿no es verdad? No im-
»porta; en la nube, en el aire, en la luz, tú me
»conversarás, Florencia, y yo recogeré tus pala-
»bras en el adoratorio de tu imagen: en mi alma.
»¿Me complacerás?

»Madame Dupasquier nada te niega.

»Y yo no te he pedido jamás nada sino por tu
»felicidad y por la mía.—*Daniel.*»

El joven cerró esta última carta, la puso en su
pecho, y esperó el día para darle dirección con las
otras.

QUINTA PARTE

I

SEPTIEMBRE

El primer día de septiembre de 1840 se extendió sobre el cielo de Buenos Aires, obscuro, triste, cargado de vapores, como si en su aparición ese fatal mes quisiera ofrecerse á los ojos de los mortales tal como se ofrecería en la posteridad al estudio del historiador: triste, sombrío, cargado de errores y profiado de la tormenta de sangre que debía estrellarse, romperse y diluviar sobre la frente argentina.

Todo era fatídico.

El ejército libertador había pasado cerca de un mes en pequeñas operaciones, marchando lentamente, tratando de conquistar con buenas proclamas y acciones de indulgencia unas simpatías que no era posible hallar en la campaña, en el número en que las buscaba el general Lavalle para vencer á Rosas.

El general López de Santa Fe, empezaba á obrar á retaguardia del ejército.

Don Vicente González y otros jefes de Rosas, por el flanco derecho.

Y á su frente el Dictador se atrincheraba en su campamento de Santos Lugares. Y, débil en los primeros días de la invasión, se hacía fuerte, moral y materialmente, por la lentitud de su enemigo.

La vista se dilataba en todos los horizontes tormentosos de la República. Pero el rayo que debía herir la cabeza de la libertad ó de la tiranía, no se forjaba en círculos tan lejanos, sino entre las nubes que se cernían sobre el espacio de Luján á Buenos Aires.

El general Paz contaba ya en Corrientes con un ejército de dos mil hombres, que disciplinaba con su pericia y habilidad exclusivas.

El gobernador Ferré juraba «sepultarse en las ruinas de su provincia antes que consentirla esclava.»

Las provincias de Córdoba, San Luis y San Juan, se inclinaban á entrar en la gran liga, y se negaban ya á dar al fraile Aldao los auxilios que solicitaba.

El general Lamadrid pisaba ya en el territorio de Córdoba.

Aldao escribía á Rosas, con fecha 8 de agosto, desconfiando de todo el mundo, «hasta de su sombra.»

Pero ¿qué importaba todo eso?

El gran problema estaba en Buenos Aires.

El triunfo ó la derrota general estaban pendientes del resultado de la expedición libertadora en la provincia de Buenos Aires.

Ante ese reto á muerte de los dos principios, de las dos espadas, en el estrecho palenque de Buenos Aires, la actitud de las provincias, cualquiera que fuese, y hasta la misma cuestión francesa, eran ya cosas secundarias é indiferentes para el resultado del duelo.

Lavalle y Rosas representaban los dos principios opuestos de la revolución.

Ya estaban frente á frente.

Su voz se oía.

Sus armas se tocaban. Y el que cayese debía arrastrar en su caída toda su causa, con todas sus ramificaciones, más ó menos extensas que éstas fuesen.

Y ante esta verdad, que los sucesos debían justificar más tarde, desgraciadamente, el genio de la política y de la guerra se manifestó rebelde, y se negó á inspirar en la cabeza del cruzado la idea de que el mundo no tenía más límites para la libertad argentina, que los que marca el plano de la ciudad de Buenos Aires. Spartacus mató su caballo antes de entrar en la batalla. Cortés quemó sus naves. Lavalle debió deshacerse de naves y de caballos.

Pero no fué así.

Rozándose con Rosas, todavía se pensaba en las provincias, todavía se pensaba en la Francia; sin calcular que si Lavalle retrocedía, Rosas se levantaba más alto que la cuestión francesa y que la liga provinciana; sin calcular que si Buenos Aires era tomada, ya no había punto de apoyo para el edificio de la tiranía en la República, ni vacilaciones en la cuestión internacional.

Entretanto, la pluma del romancista se resiste, dejando al historiador esta tristísima tarea, á des-

cribir la situación de Buenos Aires al comenzar los primeros días de septiembre.

A medida que pasaban las horas, se iba enervando la impresión del miedo que causó á los ro-sistas la súbita aparición de las armas libertadoras en la provincia. Y por un exceso brutal de cobardía, y de cuanto puede haber de infame en la historia de un partido político, ó de los instrumentos de un jefe de partido, la mujer comenzó á ser el blanco del encarnizamiento de bandadas de forajidos, bautizados con el nombre de federales.

Sin disputa, sin duda histórica, la mujer porteña había desplegado, durante esos fatales tiempos del terror, un valor moral, una firmeza y dignidad de carácter, y, puede decirse, una altanería y una audacia tales, que los hombres estaban muy lejos de ostentar, y que servía de punzante reproche á las damas exaltadas de la federación, y á los hombres corrompidos sobre los que se apoyaba la santa causa.

La linda cabeza de las gaditanas de la América pascaba alta, erguida; les parecía tan bien colocada sobre sus hombros, que creían ofenderla doblándola un poco al pasar por medio de los magnates de la época. Y el vestido modesto de la patriota, parecía plegarse y contraerse por sí mismo al ir á rozarse con la crujiente y deslumbrante seda de la opulenta federal.

Sus cabellos, trono en otro tiempo de la flor del aire, se rebelaban contra el repugnante moño de la federación: y apenas la punta de una pequeña cinta rosa se descubría entre sus rizos, ó bajo las flores de su sombrero.

Todo esto era un crimen. Y la misma moral que así lo clasificaba, debía inventar un castigo propio

de ésta, propio de sus jefes, propio de sus verdugos.

Bandadas de ellos, de distintas jerarquías y condiciones, empezaron á apostarse en las puertas de los templos, llevando cántaros con brea derretida y moños de coco punzó.

Estos trapos eran untados con brea, y á cuantas jóvenes salían del templo sin la gran mancha de la federación en la cabeza, tomábanlas brutalmente de la cintura, las arrastraban en medio de ellos, y sobre la cabeza linda y casta pegaban el parche embreado y la empujaban luego, entre algazara y risas federales; pues tenemos en todo que valernos de esta expresión que no se caía de los labios en la época que describimos.

A las puertas del colegio tiene lugar una de esas escenas á las once del día.

Una niña salía con su madre, y es arrebatada por algunos de los que allí esperaban á las señoras.

La joven comprende lo que se quiere hacer con ella, y en el acto se quita el chal que cubría su cabeza y la presenta á las manos de sus profanadores.

La madre que estaba contenida por otros, grita desesperada:

—Ya no hay un hombre en Buenos Aires para proteger á las señoras.

—No, mamá—dice la joven con la palidez de la muerte en su semblante, pero con una sonrisa del más profundísimo desprecio,—no, mamá, los hombres están en la guardia de Luján, donde está mi hermano. Aquí no hemos quedado sino las mujeres y los tigres.

La comunidad de la Mazorca, la gente del mer-

cado, y sobre todo las negras y las mulatas que se habían dado ya carta de independencia absoluta para defender mejor su madre causa, comentaban á pasear en grandes bandadas la ciudad, y la clausura de las familias empezó á hacerse un hecho.

Empezó á temerse salir á la vecindad.

Los barrios céntricos de la ciudad eran los más atravesados en todas direcciones por aquellas bandadas, y las confiterías, especialmente, eran el punto tácito de reunión.

Allí se bebía y no se pagaba, porque los brindis que oía el confitero, eran demasiado honor y demasiado precio por su vino.

Los cafés eran invadidos desde las cuatro de la tarde. Y ¡ay de aquél que se presentase en ellos con su barba cerrada ó su cabello partido! Un nuevo modo de afeitarse, que no conoció Fígaro, se empleaba con él en menos de un minuto.

El cuchillo de la Mazorca, que más tarde debía servir de sierra en la garganta humana, hizo su aprendizaje como navaja de barba y tijeras de peluquería.

El último crepúsculo de la tarde no se había apagado en los bordes del horizonte, cuando la ciudad era un desierto; todo el mundo en su casa; la atención pendiente del menor ruido; las miradas cambiándose; el corazón latiendo.

Lavalle.

Rosas.

La Mazorca.

Eran ideas que cruzaban, como relámpagos súbitos del miedo ó de la esperanza, en la imaginación de todos.

¡Ay de la madre que tenía un hijo fuera de su

casa! ¡ Ay de la amada que esperaba á su amante!

Un golpe en la puerta de la calle, y todos se precipitaban á las habitaciones interiores.

El corazón quería adivinar.

La imaginación lo extraviaba.

La realidad arrancaba un suspiro y una sonrisa.

Era un momento de calma, de transición á otro momento de inquietud, de zozobra, de miedo, que debía durar toda la noche, todo el siguiente día, y días y semanas todavía.

¿Qué ha sido de las familias de Buenos Aires? ¿Cómo se ha podido vivir en esta agonía latente, sin que esos espasmos de la sangre, sin que esas contracciones del alma y las arterias no consumieran la vida y no arrastrasen á la demencia ó al suicidio?

El sueño. Pero ni el sueño era permitido siquiera. Los serenos debían venir cada media hora á despertar á las gentes con un grito de muerte.

No. Ni Roma bajo los emperadores militares, ni antes de los excesos de sus más brutales tiranos: ni en la historia moderna de Inglaterra durante sus despotismos religiosos, la Francia durante sus reinados criminales, la España durante la hoguera, ofrecen el cuadro de una sociedad entera en la horrible situación de Buenos Aires, en los meses que describimos, en 1840.

Los tiranos en todas partes han perseguido un partido, una idea. Pero en ninguna han perseguido á la sociedad con una pequeñísima parte de la sociedad misma.

Las proscripciones pegadas en la puerta del Senado Romano, hacían saber siquiera quiénes eran

los que estaban bajo el anatema del odio ó de la venganza.

Pero en Buenos Aires ninguno era señalado, y todos estaban bajo el anatema.

La hoguera inglesa no hizo menos estragos que la española. Pero cada hombre sabía, en las creencias religiosas que profesaba, cuál era el destino que le cabía.

En Buenos Aires no había más medio de poder conocer ese destino, no había otro camino que condujese á la seguridad personal que convertirse en asesino, para libertarse de ser víctima. Y no se crea que la palabra asesino es empleada como un concepto hiperbólico, sino que materialmente era preciso asociarse á lo más corrompido de la Mazorca, y tener el cuchillo en la mano, matando ó pronto á matar.

En todas partes, la adhesión moral á la causa del poder, por más brutal y tiránica que fuese, ha sido naturalmente, una salvaguardia.

En Buenos Aires, no.

El antiguo federalista de principios, siempre que fuese honrado y moderado; el extranjero mismo, que no era ni unitario ni federal; el hombre pacífico y laborioso que no había sentido jamás una opinión política; la mujer, el joven, el adolescente, puede decirse, todos, todos, todos estaban envueltos, estaban comprendidos en la misma sentencia universal: ó ser facinerosos ó ser víctimas.

II

SANTOS LUGARES

Las primeras luces del alba se dibujaban sobre el Oriente, y la vista se fatigaba por definir los objetos informes que, aquí y allá, se le ofrecían en grandes grupos, en el campamento de Santos Lugares.

Eran centenares de carretas.

Montes de tierra á orillas de las zanjas que se habían abierto.

Cañones de batería.

Cerros de balas.

Cientos de carpas formadas de cueros, y desparramadas en el mayor desorden.

Caballadas, armas, soldados, mujeres, galeras, todo confundido y en el más completo desarreglo.

Y el toque de diana en los batallones, la corneta de la caballería, la algazara del cuerpo de Indios, la gritería de las negras, el movimiento de los caballos, el grito del gaucho enlazándolos, todo á la vez venía á formar un ruido indefinible, para que el oído, como la vista, se intrigase también.

El cuartel general estaba hacia el extremo derecho del campamento, en un gran rancho que, sin embargo, no hospedaba de noche al general en jefe.

¿Dónde dormía Rosas? En el cuartel general tenía su cama, pero allí no dormía.

En la alta noche se le veía llegar al campamento, y el héroe popular hacía tender su recado cerca de sus leales defensores.

Allí se le veía echarse; pero media hora después ya no estaba allí.

¿Dónde estaba? Con el poncho y la gorra de su asistente, tendido en cualquiera otra parte, donde nadie lo hallase ni lo conociese.

En el momento en que estamos, se desmontaba en el cuartel general, á cuya puerta tomaban mate multitud de jefes, oficiales y paisanos confundidos.

Aquel hombre, de una naturaleza de bronce, que acababa de pasar la noche con las mismas comodidades que su caballo, ó más bien, con menos comodidades que el animal, llegaba, sin embargo, fresco, lozano y fuerte, como si saliese de un colchón de plumas y de un baño de leche.

La expresión de su semblante era adusta y siniestra como las pasiones que agitaban su alma.

De poncho, con una gorra de oficial, y sin espada ni insignia alguna, pasó por medio de su corte, ó su estado mayor, ó lo que fuese, sin dignarse echarle una mirada.

Una gran mesa de pino estaba colocada en medio del rancho y cubierta casi toda ella de papeles manuscritos é impresos.

Veíanse allí tres oficiales de secretaría, pálidos, ojerosos, en un profundísimo silencio y sin hacer nada, y al general Corvalán con un grueso paquete de pliegos cerrados en la mano, entreteniéndose en leer y releer los sobres.

Levantáronse todos á la entrada de Rosas. Este quitóse su gorra y su poncho, tirólos sobre el catre, y comenzó á pasearse á lo largo de la habi-

tación; mientras, los escribientes y el edecán, á quienes no había saludado, permanecían de pie junto á las sillas que un momento antes ocupaban.

Inmediatamente apareció un soldado, y paróse en la puerta, con un mate en la mano. Allí quedó clavado.

Rosas continuaba sus paseos.

Al volver de uno de ellos, estiró el brazo, cogió el mate, tomó dos ó tres tragos, sin moverse, volviólo al soldado, y siguió sus paseos.

El soldado quedó en su mismo lugar con el mate en la mano.

Al cabo de dos ó tres minutos volvióse á repetir la misma escena, hasta que, habiendo sonado el aire entre la bombilla, el autómatá salió á renovar el agua.

Y los secretarios y el edecán permanecían de pie.

Y Rosas continuaba sus paseos.

Y el cebador del mate iba y venía.

Y esta pantomima duró por tres largos cuartos de hora, cuando menos.

En uno de esos paseos, paróse de repente junto á la mesa y dijo, con una cara muy alegre, á los escribientes, y como si sólo entonces reparase en ellos:

—Siéntense, no más.

Los escribientes se sentaron.

Luego, volviéndose á Corvalán, preguntóle como admirado:

—¡Qué! ¿había estado ahí?

—Sí, Excelentísimo Señor.

—¿Cuándo vino?

—Hará como una hora.

—¿Qué ha ocurrido en la ciudad?

—Nada absolutamente, Excelentísimo Señor.

—¿Están alegres?

—Sí, señor.

—¿Y Victorica, cómo está?

—Anoche lo he visto; está muy bueno, Excelentísimo Señor.

—Cuando lo vea, déle memorias. Como ayer no ha venido en todo el día, creí que se había muerto el gallego. ¿Y á don Felipe, lo ha visto?

—Sí, Excelentísimo Señor.

Y Rosas soltó una estrepitosa carcajada.

—¡Qué miedo tendrá el Gobernador delegado! Conque ¿no hay nada?

—Hace dos horas que han llegado por agua estas comunicaciones.

—A ver, traiga.

Rosas tomó los pliegos, los abrió, y luego de leer las firmas, se los tiró á uno de los escribientes.

—Lea—le dijo, y volvió á pasearse.

El escribiente leyó:

«Señor don Juan Manuel de Rosas.

Campamento general, abril, llanos de La Rioja.

Agosto 8 de 1840.

»Mi apreciado Gobernador y General.

»El 5 del corriente, á las 4 de la tarde, arribó á este destino don Lucas Llanos con sus apreciables correspondencias del 2 y del 18 del pasado; por ellas quedo impuesto de que usted se ha dignado acceder á las indicaciones de mi carta de 30 de junio sobre el vestuario, sables, etcétera, cuya remisión se activará, desde Córdo-

»ba, por el general Alemán, que, con motivo de ir por unos días á repararse de una enfermedad »que lo molesta...»

—Bueno; que se muera, y que se muera el fraile también. ¿No es esa la del fraile Aldao?

—Sí, Excelentísimo Señor.

—Extráctela luego. A ver; lea otra. ¿De quién es esa?

—Del comandante don Vicente González. Da cuenta de las marchas de...

—No le pregunto de qué da cuenta. Lea.

—Da cuenta de las marchas que ha hecho el cabecilla Lavallo los días 30 y 31 de agosto, y 1.º y 2 de septiembre.

—A ver; lea las marchas.

—«Día 30.»

—¿De qué?

—De agosto, dice antes—contestó el escribiente tartamudeando.

—Pero ahí también debía decirlo. A ver; póngale una nota á ese viejo bruto—dijo Rosas á otro de los escribientes,—diciéndole que otra vez ponga con más claridad las marchas del ejército de los salvajes unitarios.

—¿Le digo que escriba las fechas de las marchas?

—¡Váyase á un cuerno! Escriba lo que le digo. Siga usted.

El primer escribiente continuó:

«Día 30: como á las ocho y media de la mañana, carneó el ejército de los inmundos salvajes »unitarios, y luego marchó hacia la villa de Luján »y acampó cerca del pueblo, á las cinco y media »de la tarde, en la quinta de Marcó.

»Día 31: el cabecilla Lavallo ha dejado en la

»villa de Luján varias carretas y parte de la artillería, y lleva sólo dos obuses y dos piezas ligeras. En este día el cabecilla ha tenido junta de jefes y oficiales. No se sabe para qué.

»Día 1.º: el cabecilla permanece en el mismo lugar. Han salido dos escuadrones, el uno hacia Capilla del Señor, y el otro con dirección á Zárate.

»Día 2: á las nueve de la mañana se puso en marcha el ejército de los salvajes unitarios.

»A una leguá hicieron alto.

»A las doce volvieron á marchar los asquerosos unitarios.

»A la una y media hicieron alto.

»A las dos de la tarde volvieron á marchar.

»A las tres hizo alto todo el ejército.

»A las cuatro continuaron la marcha, y á las cinco y media pasaron el arroyo de la Choza.

»A las seis acamparon en los dos puestos de Ramírez, con cuyos ranchos hicieron fuego los salvajes unitarios.»

—No hay más—dijo el escribiente.

—Pasado mañana pueden estar en Merlo; mañana también—dijo Rosas, y empezó á pasearse más precipitadamente por el cuarto.

—¿Qué dice esa comunicación de López?—preguntó, deteniéndose de pronto, después de un rato de silencio.

—Que marcha sobre San Pedro.

El cebador de mate volvió á aparecer en la puerta del rancho.

—¿No hay ahí una carta sin firma?

—Sí, Excelentísimo Señor.

—A ver, léala toda.

El escribiente leyó:

«Montevideo, 1.º de septiembre de 1840.

«Excelentísimo Señor:

»Después de mi carta de anteayer no hay más novedad sino la que ha traído ayer un buque de guerra inglés que ha llegado del Janeiro, sobre la venida de un nuevo almirante francés, mandando la expedición que debe venir en auxilio de los traidores y desnaturalizados unitarios, que venderían su patria al extranjero, si no fuera el brazo poderoso de Vuestra Excelencia, que la está defendiendo solo contra tantos.

»Aquí los salvajes unitarios siguen en la más completa anarquía.

»Unos hablan pestes de Lavalle porque no avanza tan pronto como ellos quisieran. Otros...

—Vea qué bulla es esa, Corvalán. No; espérese. Anda á ver—dijo Rosas al soldado del mate; porque, en efecto, se sentía cierta algazara en el campo.

El soldado salió, y los escribientes y Corvalán quedaron perplejos.

—Siga no más—dijo Rosas al escribiente.

Este prosiguió:

»Unos hablan pestes de Lavalle...

—Ya leyó eso; no sea bruto.

El lector se puso pálido como la cera, y prosiguió:

»Otros gritan que no debe seguir adelante hasta que...

—¿Qué hay?—preguntó Rosas al soldado que entraba, mientras el escribiente rayaba con la uña la dicción en que había quedado pendiente la lectura.

—Nada, señor.

—¿Cómo nada?

—Es uno que vende dulces, y los compañeros dicen que es espía de Lavalle.

—Ha de ser, pues. ¿De dónde viene?

—No sé, señor; pero ha de ser de por ahí no más.

—Bueno; á los compañeros que hagan lo que quieran.

El soldado salió. Rosas hizo señas al escribiente para que continuase su lectura.

Prosiguió:

»... haya sublevado en su favor todas las simpatías del país. Y el cabecilla Lavalle debe estar sin saber qué hacer, porque cada uno le aconseja de distinto modo. Por lo que hace á Rivera...

El lector se detuvo de súbito á los horribles gritos, á los ayes que transían el alma y que eran exhalados á pocos pasos de allí, de Rosas: era que estaban degollando al vendedor de dulces, entre la gritería y alegría salvajes de los soldados y de la chusma, al ver la sangre y la agonía de la víctima.

Este infeliz se llamaba Antonio Fragueiro Calviño. Era viejo, de sesenta y tantos años, y de profesión vendedor de pastas, y que había ido escórrido á Santos Lugares á hacer comercio con su cajón de dulces, arrastrado fatalmente por su destino.

—Siga, pues—dijo Rosas con la mayor flemá.

»Por lo que hace á Rivera, no les ha de dar ningún auxilio, pues está deseando que se pierdan todos, no porque el pardejón no sea tan uni-

»tario como ellos, sino porque todos viven así, en
»la más completa anarquía.

»Todos los días llegan fugados de esa. Me consta que la mayor parte se embarcan por la costa de San Isidro en balleneras francesas que van á buscarlos; y me parece que ese punto es el que debe ser más vigilado.

»Mañana volveré á escribir á Vuecelencia como lo hago en todas las ocasiones que me es posible.

»La letra de cien onzas me fué pagada á la vista.

»Quedo haciendo votos por el tributo de Vuecelencia.»

—No hay más.

—Mire—dijo Rosas dirigiéndose á Corvalán,—usted se va á la ciudad, ¿no?

—Como Vuecelencia lo ordene.

—Tiene que hacer. Busque á Cuitiño y dígame que me han escrito de Montevideo que está dejando escapar por plata á los unitarios que se embarcan por la costa de San Isidro; que yo no lo creo, pero que no deje que los salvajes unitarios le estén sacando el cuero de ese modo; y que yo he de ir una noche de éstas á pasear por la costa.

—Muy bien, Excelentísimo Señor.

—Y cuente á los amigos, y á él también, todo lo que ha visto y oído por aquí... ¿Me entiende?

—Sí, Excelentísimo Señor.

—¿No está Maza ahí en la puerta?—preguntó Rosas al soldado que estaba con el mate, en el que, de cuando en cuando, tomaba Rosas algunos tragos.

—Ahí está—respondió aquél.

—Que venga.

Un instante después apareció Mariano Maza, jefe de un cuerpo llamado de la Marina: hombre que más tarde debía jugar un sangriento y repugnante papel en las guerras de Rosas.

Era entonces como de treinta y cinco años, de estatura regular, rubio y de fisonomía gatuna y siniestra, donde estaban dibujados francamente los instintos del mal y del vicio.

Presentóse con su gorra militar en la mano, delante del que tenía en su frente, tibias y en relieve, las manchas de sangre de su tío y de su primo hermano.

Rosas lo miró sin dignarse saludarlo, y le preguntó:

—¿No están en su cuartel unos que trajeron ayer?

—Sí, Excelentísimo Señor.

—¿Cuántos son?

—Son cuatro, Excelentísimo Señor.

—¿Cómo se llaman?

Maza sacó un papel de su bolsillo y leyó:

—José Yera, español.

—Gallego, diga.

—José Yera, gallego, y su hijo.

—Estos los mandaron de Lobos, ¿no?

—Sí, Excelentísimo Señor.

—¿Y los otros?

—Un tal Vélez, cordobés, y Mariano Alvarez, porteño.

—¿Esos son todos?

—No han traído más, Excelentísimo Señor.

—Bueno; fusílelos.

Maza hizo una profunda reverencia y salió; mientras que Rosas volvió á sus paseos.

Al cabo de cinco minutos se paró y dijo:

—Vaya no más, Corvalán.

El edecán se disponía á salir.

—¡Ah! lléguese á casa de María Josefa y dí-gale que haga lo que quiera. Que si son unitarios, no le importe de nada.

—Muy bien, Excelentísimo Señor.

—Mire; véase á Mariño y dí-gale...—La voz de Rosas y la atención de todos fué suspendida por la detonación de dos descargas sucesivas.

¡Yera y su hijo, Alvarez y Vélez, acababan de caer asesinados por el plomo de Rosas, como diez minutos antes había caído Calviño bajo el bár-baro cuchillo federal!

—Dígale, pues, á Mariño—continuó Rosas con la más inaudita tranquilidad—todo lo que hay por aquí; dí-gale, también, que parece unitario, por-que están muy flojos sus artículos.

Esto decía Rosas en los momentos en que la *Gaceta Mercantil* chorreaba sangre, azuzando á los lebreles de la federación al exterminio de todos los unitarios.

Y Corvalán, así cargado de comisiones, cada una envolviendo una muerte ó una desgracia, mon-tó á caballo con menos seguridad que la con que su nombre tenía de pasar tristísimamente á la posteridad, si no como un autor de crímenes, por-que en efecto no lo fué el general Corvalán, á lo menos como un modelo de sumisión y de obediencia pasiva al tirano á quien sirvió por tantos años.

Pero no bien su caballo había dado algunos pa-sos, cuando el cebador de mate lo alcanzó y lla-mó al edecán de parte de Rosas.

El viejecito se desmontó con trabajo, y trope-zando con su espadín y las charreteras bailándole,

volvió á la presencia de Rosas, mientras que el soldado iba á buscar un vaso de agua que había pedido el Dictador.

III

UN VASO DE SANGRE

—¿Ya se iba?

—Ya, Excelentísimo Señor.

—No; espérese. Siéntese.

Corvalán se sentó.

—A ver—continuó Rosas dirigiéndose á uno de los secretarios:—¿cuál es el legajo que trajeron ayer?

—Aquél, Excelentísimo Señor—contestó el secretario señalando uno inmenso que estaba sobre una silla.

—Desátelo.

—Ya está, Excelentísimo Señor.

—Bueno, saque una clasificación.

—¿Cuál de ellas, Excelentísimo Señor?

—Empiece por la primera. Búsquela.

El escribiente se puso á recorrer los papeles.

—Aquí está, Excelentísimo Señor.

—Lea.

Y Rosas volvió á sus paseos en la habitación,

mientras que el ordenanza permanecía de pie en la puerta con el vaso de agua en la mano.

El secretario leyó lo siguiente: (1)

CLASIFICACIONES DE 1835

Número 1.

General don Juan José Viamont, enemigo de los restauradores.

General don Nicolás de Vedia, sostuvo al Gobierno de Balcarce, y proclamó al pueblo con entusiasmo en contra del ejército.

General don Tomás Iriarte, éste nunca fué federal; sostuvo con encarnizamiento á Balcarce.

General don Gervasio Espinosa, éste fué federal, y se convirtió en enemigo por sostener al Gobierno de Balcarce, de quien recibió especiales consideraciones.

Coronel don Francisco Lynch, desertó del partido federal, y fué agente del ministro de la Guerra Martínez en buscar prosélitos que sostuviesen su causa inicua.

Coronel don Juan Pedro Luna, desde que regresó del ejército del Sur era un furioso en hablar con publicidad del General, y de todo individuo

(1) Entre los curiosos documentos inéditos que poseemos hoy de tiempo de la dictadura, se hallan las famosas «clasificaciones», de que tanto se ha hablado, y que comprenden nueve mil cuatrocientos cuarenta y dos individuos; comenzadas en 1835, y concluidas, parece, en 1844.

Quando escribimos la *Amalia*, en el destierro, nos referimos á ellas; pero, como se comprende, no poseíamos entonces los documentos. Hoy que está en nuestro poder, insertamos en el texto de la obra, que se conservaba inédita, una pequeñísima parte de ellos, para que se vean el orden y la prolijidad de esas tablas.—Buenos Aires, 1855.

que sostenía al partido federal; sólo una administración tan corrompida como la de aquella época pudo permitir tanta audacia sin contenerlo; en consecuencia tomó las armas; últimamente fué comprendido en la reforma, pasándolo al estado mayor inactivo, pero en el momento pidió su licencia absoluta y se le concedió.

Coronel don Paulino Rojas, unitario y lomo negro, está en el estado mayor inactivo.

Teniente coronel don Prudencio Torres, fué unitario «empecinado» y después federal y últimamente lomo negro.

Teniente coronel don Juan José Olleros, lomo negro empecinado; está reformado.

Sargento mayor don Manuel Torres, se singularizó en las elecciones de abril, y ha estado en contra de los federales; es oriental y pariente de Martínez.

Teniente coronel de milicias don Epitacio del Campo, fué federal y después lomo negro empecinado, se singularizó en las elecciones de abril; esto le valió llegar á jefe de policía, en cuyo destino hostilizaba á todos los federales que no eran de su facción.

Don Juan Manuel Canabery, lomo negro empecinado; tenía una protección decidida, y en consorcio de don Epitacio del Campo, hacían todos los remates del Gobierno, en lo que ganaron gruesas cantidades.

Don Juan José Bosch, fué federal y se convirtió en lomo negro, entusiasmado.

Teniente coronel don Manuel Gregorio Mons, español, lomo negro y ciego agente del general Espinosa.

Coronel don Bernardo Castañón, lomo negro y espía del Gobierno de Balcarce.

Coronel don José María Echauri, en todo como el anterior.

Mayor don Lorenzo Melgar, lomo negro empecinado; seducía á los paisanos y salía en todas las guerrillas, hasta que fué inutilizado por un lanzazo.

Mayor don Casiano Aparicio, lomo negro empecinado.

Don Federico Ebner, éste, siendo particular y extranjero, andaba con una partida hostilizando á los paisanos en los días de la revolución; fué comisionado por Balcarce para persuadir al general Izquierdo viniese con su fuerza á la ciudad, quien lo arrestó, y puesto á disposición del General del ejército, fué remitido preso á la Guardia del Monte.

Don Matias Aberastegui, era oficial de abastecedores; tomó las armas contra sus compañeros y sirvió de ayudante del general Olazábal.

Mayor don Martín Olazábal, lomo negro, tomó las armas.

Mayor don Jerónimo Olazábal, unitario y lomo negro.

Don Diego Vivar, éste trabajó con empeño en seducir á los milicianos del comandante Navarrete, por lo que fué arrestado y remitido á la Guardia del Monte.

Don Marcelino Carranza, unitario y lomo negro.

Teniente coronel don Benito Nazar, unitario y lomo negro.

Capitán don Mariano Bermúdez, está en el concepto de unitario, lomo negro, no ha servido en

el ejército de la federación; actualmente está encausado por haber muerto á un músico de patrios.

Mayor don José Gueselaga, lo fué del batallón de Defensorés, partidario del general Martínez, y lomo negro.

Mayor don Rufino Guati, unitario y lomo negro.

Teniente Coronel don Francisco Seguí, unitario y lomo negro.

Teniente coronel don Antonio Toll, en todo como el anterior.

Capitán de milicias don Pablo López, era federal, se volvió lomo negro y tomó las armas.

Capitán de milicias don Martín Amarilla, en todo como el anterior.

Capitán de milicias don Luis Casar, id., id.

Teniente coronel don Mariano Moreno, lomo negro; sostuvo con ardor al Gobierno de Balcarce.

Coronel don Juan José Martínez Fontes, en todo como el anterior.

Coronel don Nicolás Martínez Fontes, mandó el batallón «Río de la Plata»; estaba tan entusiasmado, que el día de las elecciones de abril formó la tropa en el cuartel y la proclamó diciendo que muriesen los absolutistas.

Don José María Zelaya, éste era federal, lo trastornó el ministro de Guerra Martínez (se dice que por intereses), pero él era su agente y panegirista.

Don Demetrio Villarino, era juez de paz de San Fernando y lo sedujo el comandante don Manuel Feliciano Fernández, por cuyo motivo lo depuso del cargo el General del ejército.

Don Juan José Maciel, era juez de paz de San Isidro, en todo como el anterior.

Coronel graduado don José María Escobar, lomo negro, no es bueno ni para amigo ni para enemigo.

Don Diego Piñero, fué juez de paz de las Conchas; partidario entusiasta de Balcarce.

Don Plácido Viera, éste, de particular, fué hecho en los días de la revolución de octubre sargento mayor de caballería de línea y anduvo con partida; se le recogieron los despachos por comprenderlo la resolución de la Honorable Sala.

Don José María Grimau, era corredor de número, y uno de los más exaltados en la revolución contra los federales.

Coronel don Rafael Ortiguera, lomo negro, pero moderado.

Don Pedro Echenagusia, siendo paisano se ofreció al Gobierno para formar una compañía para pelear contra los federales; no llenó su compromiso, pero recibió ocho mil pesos con cuyo dinero se quedó.

Capitán don Emilio Góndora, lomo negro, y estuvo hasta lo último con las armas en la mano.

Don Mariano Artayeta, era mayor de Lavalle, unitario empecinado y se presentó en los días de la revolución á tomar las armas contra nosotros.

Don Mariano Aquilino, era alcalde del cuartel 17; hizo primores en las elecciones á favor de la lista negra, y últimamente tomó las armas.

Coronel don Juan Coé, yerno de Balcarce, en los momentos de la revolución le dieron el mando del puerto.

Don Pedro Echagüe, lomo negro y espía del ministro Martínez.



Sargento mayor don Julián Martínez, hijo político del ministro Martínez, tomó las armas.

Coronel don Manuel Rojas, unitario y lomo negro.

Coronel don Román R. Fernández, lomo negro, trabajó con calor en las elecciones en contra de los federales.

Capitán don Mariano Quintas, unitario y tomó las armas.

Don Antonio Martínez Fontes, escribió contra los federales, actualmente está empleado en la aduana.

Don Dámaso del Campo, lomo negro y trabajó en las elecciones en contra nuestra.

Teniente coronel don Juan Santiago Wascalde, unitario acérrimo, actualmente está empleado en el parque.

Capitán don Bartolo Herrera, peleó contra los federales, está en el estado mayor activo.

Teniente coronel don Ramón Listas, unitario y lomo negro.

Mayor don Bartolo Fernández, lomo negro completo; se hizo notar por su encarnizamiento en las elecciones, y con las armas en los días del movimiento.

Teniente coronel don Amadeo Ibarrola, cuando estalló el movimiento del 11 de octubre se hallaba de comandante en Quilmes, donde lo había mandado días antes el Gobierno. Los patriotas lo sorprendieron esa misma noche, y después de arrestado lo pusieron en libertad, juramentándolo de que no tomaría las armas. Correspondió á esta generosidad con bajeza, y luego que se vió libre, las tomó de nuevo.

Sargento mayor don Félix Iriarte, unitario y lomo negro.

Sargento mayor don Ciriaco Otero, tomó las armas contra los federales.

Teniente coronel don Victorio Llorenti, estaba empleado en la inspección, y en los días del movimiento de octubre, como se había dado á conocer por su exaltación, lo colocó el general Olazábal de su segundo en el cuerpo de Patricios.

Mayor don Pedro Calderón, unitario y lomo negro.

Don Gregorio Silva, era juez de paz de la Concepción, lomo negro empecinado y agente del general Olazábal.

Don Eduardo Espinosa, era oficial de abastecedores, estuvo adentro con las armas en la mano; por eso fué arrojado del cuerpo.

Presbítero don Mateo Vidal; enemigo acérrimo de los federales, era el que sostenía en la sala de Representantes todas las disposiciones del Gobierno en aquella época, y dirigía al ministro de la Guerra Martínez.

Coronel don Angel Salvadores, lomo negro; estuvo con las armas en la mano al mando de un cantón.

Mayor don Ramón Carabajal, unitario y lomo negro.

BATALLÓN DE ARTILLERÍA

Clasificación de los jefes y oficiales.

Comandante don Juan Ceballos, obtuvo este empleo por el gobernador Balcarce después del 11 de octubre; lo ratificó Viamont; estuvo con las

armas en la mano. No ha hecho más servicios á la federación que la expedición á Córdoba:

Capitán don Martiniano Aparicio, unitario y lomo negro.

Capitán don Luis Arguero, lomo negro.

Teniente don Manuel Visetrez, unitario.

Ayudante don José Revol, lomo negro.

Teniente don Norberto Abrego, lomo negro.

Subteniente don Manuel Castañón, lomo negro.

Batallón Guardia Argentina.—Los jefes y oficiales, sin excepción, son federales y de toda confianza.

Regimiento núm. 1 de Campaña.—Los jefes y oficiales, sean de línea ó de las milicias que actualmente tiene, son federales y de confianza.

Relación de los lomos negros enemigos de los federales, y que se hallan ausentes fuera de la provincia.

Brigadier don Juan Ramón Balcarce, brigadier don Enrique Martínez, general don Félix Olazábal, coronel don Manuel Olazábal, teniente coronel don Manuel Feliciano Fernández, teniente coronel don Ignacio Ibarra, teniente coronel don Adriano Cardozo, mayor don Benito Olazábal, mayor don Marcelino Aguilar, capitán don Casimiro Garmendía, capitán don Marcelino Salinas, teniente de milicias don José Estanislao Bejarano, paisano; paisano Juan José Cano, guarda José Villoldo, guarda Pedro José Molina.

—No hay más, Excelentísimo Señor.

—Bueno; lea la segunda—dijo Rosas continuando su paseo,—y el escribiente leyó:

CLASIFICACIÓN

Número 2

Empleados civiles de todas clases que son muy marcados por sus opiniones.

DEPARTAMENTO DE POLICÍA

Comisarios.—Don Matías Robles, federal; don Angel Herrero, ídem firme; don Pedro Romero, ídem, ídem; don Lorenzo Laguna, ídem, ídem; don Pedro Chanteiro, ídem, ídem; don Isidoro López, ídem, ídem; don Hilario Abalos, ídem, ídem; don Juan José Castro, ídem, ídem; don Diego Ruiz, federal; don Manuel García, ídem; don Manuel Insúa, ídem; don Juan Manuel Serrano, ídem; don Pedro C. Chavarría, ídem firme; don Ciriaco Cuitiño, federal firme y sobresaliente; don Andrés Parra, ídem, ídem, ídem.

Comisarios en comisión.—Don Marcelo Aspítia, federal firme.

Oficial 2.º.—Don Pedro Romero, federal.

Oficiales de mesa.—Don Juan Moreno, federal; don Ramón Torres, ídem; don José María Zamorano, federal firme; don Francisco Plot, ídem, ídem; don Baltasar Agüero, insignificante é inasistente al servicio.

Oficiales escribientes.—Don Francisco A. Maciel, nuevo en el partido, con buena conducta; don Esteban Ojeda, ídem, ídem; don Francisco

Cámara, ídem, ídem, fué unitario; don Juan Victorica, demostró ser buen federal en la época de los renegados y continúa; don Manuel Ovella, español, unitario; don Angel M. Gómez se ignora su actual opinión y fué unitario.

Administradores de los carros fúnebres y de policía.—1.º Don Luciano Isla, federal; 2.º don Pedro Obrego, federal firme y neto.

Alcaldes del depósito de policía.—1.º Gregorio Guzmán, federal; 2.º Santiago Olivero, ídem.

Tesorero de policía.—Don Francisco Eyzaga, buen federal.

NOTA.—Entre los vigilantes hay muchos buenos federales; pero otros son enteramente desconocidos respecto de su opinión, y será preciso clasificarlos despacio, previos los informes convenientes.

Actuales jueces de paz en la ciudad.—Catedral al Norte, don Inocencio Escalada, federal; San Nicolás, don Julián González Salomón, federal firme y sobresaliente; Piedàd, don Antonio Viera, federal; Montserrat, don Manuel Maestre, ídem; Concepción, don José María Pintos, ídem; Socorro, don Gabriel Ferreyra, ídem; San Telmo, don Francisco Buzaco, ídem; Pilar, don Juan Ovalle, ídem; San Miguel, don José Moreno, ídem; Balvanera, don Mariano Lorea, renegado.

NOTA.—Hay un alcalde en esta última parroquia, llamado don Eustaquio Giménez, que tiene aptitudes, es hombre de bien y federal conocido.

Empleados del fuerte.—Don Pedro Salvadores, unitario y renegado; don Benedicto Maciel, pasa por federal, pero lo pasaba bien con los renegados y con el Gobierno subsiguiente: don Severo Belvis, renegado; don Mariano Balcarce, ídem; don Demetrio Peña, ídem y unitario: don José Ma-

ría Sagasta, ídem; don Gregorio Alagón, ídem, ídem; don Prudencio Gramajo, ídem, ídem; don Avelino Balcarce, renegado.

Ministerio de Guerra.—Oficial mayor don Mariano Moreno, renegado; don Juan J. Martínez Fontes, ídem; don José M. Agrelo, ídem; don Marcos Agrelo, ídem; don Luis Méndez, ídem; don Esteban Badlam, renegado; doctor don Mariano Herrera, unitario; don Pedro Díaz de Vivar, renegado; don Justo Balcarce, ídem.

Contaduría general.—Don Tomás Usús, unitario y renegado; don Antonio Marcó, ídem, ídem; don Mariano Javelera, ídem, ídem.

Archiveros.—Don Jerónimo Lasala, vive con todos; don Mariano Vega, renegado exaltado.

Colecturía.—Don Santiago Calzadilla, unitario; don Marcos Sauvidet, unitario; don Juan Araujo, renegado malo; don Antonio Martínez Fontes, renegado.

En el resguardo.—Don José M. Somalo, renegado; don José A. Echeverría, ídem; don José Guerreros, renegado exaltado y fué agente del gobierno de Balcarce; unos Peña, renegados; don N. Perelló, unitario y renegado.

Debe haber en el resguardo otros muchos renegados, según la opinión general.

Correos.—Don Manuel J. Albarracín, unitario; don Bonifacio Salvadores, ídem y renegado; F. Olayo Pico, unitario.

Institución de serenos.—Presidente, don José Olaguer, renegado, vive con todos.

Tesorero.—Don Felipe Botet, unitario muy renegado.

Ayudantes.—Don Juan Bautista Perichón, unitario; don Pedro Botet, renegado; don Antonio

José Larrosa, vive con todos; don José Alvarez, federal; don Ambrosio Correa, ídem; don José León Gutiérrez, ídem muy comprometido.

Serenos pertenecientes al partido de los renegados.—Pedro Espejo, Fermín Urain, José Pillao, Manuel Roxas, Juan Navea, Cosme Méndez, Vicente Gómez, Nicolás Martínez, José Alcolea, y unitario; Rufino Blanco, Manuel Sosa, Manuel Rubio, Gregorio Díaz, y muy malo en la época pasada; Domingo Lara, y unitario malo; Nicolás Blanco, Lorenzo Vose, José M. Cabot, Juan Ramón Díaz, José Ramos, Pedro Melo, Atanasio Romero, Luis Peredo, Francisco Rodríguez, Alberto Buráñez, José Isla, Vicente Montillo, Francisco Tixera, José M. Ordóñez, Julián Muñoz.

Individuos de todas clases.

Don Luis Vega, ex juez de paz el año 33, renegado exaltado.

Don José M. Zelaya, empleado en el parque, renegado.

Un empleado del mismo destino apellidado Velázquez, renegado.

Don Matías Aberasteguy, ex alcalde del cuartel número 9, renegado.

Don Martín Troncoso, ídem del número 13, renegado exaltado.

Don José Pico, ídem del 52, ídem, ídem.

Don Demetrio Villarino, ex-juez de paz de San Fernando, renegado.

Don Juan José Maciel, ex-juez de paz de San Pedro, renegado.

Don Juan Barrenechea, Rte., renegado.

Don Vicente Arraga, ídem, ídem.

Don Ireneo Portela, ídem, unitario.

Don Ignacio Martínez, ídem, renegado.

Don Pedro Trapani, ídem, ídem.

Don Baldomero García, vividor con todos los partidos y muy relacionado con los unitarios.

Doctor don Mateo Vidal, eclesiástico, renegado.

Don Francisco Silveira, canónigo, ídem.

Don Ramón Olavarrieta, cura, ídem.

Don Manuel Nazar, teniente cura, renegado y unitario.

Don José Albarracín, cura, renegado.

Don Mariano Brizuela, presbítero, unitario.

Don Bernardo José Campo, cura, ídem.

Abogados.—Doctor don Pedro José Agrelo, renegado; doctor don Valentín Alsina, unitario; doctor don Marcelo Gamboa, moderado; doctor don Pedro del Valle, renegado; doctor don Manuel Belgrano, unitario; doctor don Juan José Cernadas, renegado; doctor don Bernardo Vélez, unitario malo; doctor don Florentino Castellano, unitario renegado; doctor don Paulino Ibarbás, unitario; doctor don Rafael Macedo Ferreira, renegado; doctor don José Tomás Aguiar, ídem.

Escribanos.—Don Francisco Castellote, «unitario él, su mujer, hijos é hijas»; (1) «Agregado auxiliar» Antonio Fausto Gómez; don Manuel Covia, unitario, «del consulado;» don Marcos José Agrelo, unitario, escribano de número; don Teodoro Montaña, renegado; don Luis Castañaga, unitario incorregible; don Luis López, federal, «buen sujeto;» don Laureano Silva, ídem;

(1) Las palabras que en este documento van con comillas son anotaciones que en el original están escritas de puño y letra de don Juan Manuel Rosas.

don Miguel Mogrovejo, renegado ; don José María Jordán, unitario ; don Juan José Canaberis, procurador, renegado, «malo incapaz ;» José Joaquín Rubí, federal firme.

Médicos y cirujanos.—Los dos Almeida, unitarios moderados ; don Cosme Argerich, renegado ; don Pedro Carrasco, unitario ; don José Fuentes, federal ; don Fernando María Cordero, ídem firme ; don Andrés Dick, extranjero, federal ; don Juan Antonio Fernández, unitario ; don James Leppar, extranjero, no es unitario ; don Pedro Martínez, renegado ; don Pedro Rojas, unitario ; don Manuel Salvadores, ídem, renegado ; don Justo García Valdés, ídem, ídem ; don Benjamín Vieites, ídem, ídem.

Particulares.

Unitarios y federales renegados.—Don Mariano Fraguero, unitario ; don José Pérez, comandante, ídem ; don Manuel Arroyo y Pinedo, muy unitario ; don José Arroyo y Pinedo, ídem ; don Juan Fernández Molina, unitario ; don Ventura Arzac, ídem, malo ; don José María Arzac, impresor, renegado y malo ; don Pablo García, vago, ídem, ídem ; don Francisco Lavallo, unitario ; don Francisco Seguí, ídem ; don Joaquín Belgrano, ídem ; don Pedro Berro, ídem ; don Fidel Casati, ídem ; don Miguel Fernández, hermano de Manuel Feliciano, renegado ; don Carlos Lamarcá, unitario ; don José María Maldonado, ídem ; don Molino Torres Angel, ídem ; don Sebastián Ocampo, unitario exaltado ; don Carlos Reyes, ídem ; don Miguel Sánchez, ídem, muy exaltado ;

don Manuel Terri, empleado en el Banco, ídem ; don Marcelino Carranza, renegado ; don Manuel Carranza, unitario y renegado ; un joven Máximo Lara, muy renegado ; don Juan Manuel Canaveris, ídem, ídem ; don Benito Díaz, corredor, unitario renegado ; don Juan de Dios Padrón, ídem ; don Matías Aberastegui, ex-alcalde del cuartel número 9, renegado ; don Pedro Echenagusia, renegado malo, espía pagado por el Gobierno de Balcarce contra los federales ; don Manuel Vega, renegado malo y atropelló á algunos ciudadanos en la época malhadada de los renegados ; don José María Laines, unitario malo y renegado ; don Gervasio Armero, renegado y no hace honor al empleo de oficial de justicia que ejerce.

Federales de varias clases que pertenecen á la Sociedad Popular Restauradora y son comprometidos.

Don Martín Santa Coloma, sobresaliente ; don Pablo Hernández «representante, fortuna ;» don Sebastián Sárate ; don José M. Boneo, «b.» ; don José Aldao, «b.» ; don Ramón Bustos, «edecán» ; don Rafael Barrios, «bueno», «abastecedor» ; don Hilario Rodríguez, capitán de pardos, «empleado» ; don Miguel Planes, «b.» ; don Manuel Alarcón, «b.», «capitán» ; don Laureano Almada, «b.», «puesto verdura ;» don José Tomás Robledo, «b.», «capitán del 6 ó de la partida de Cuitiño ;» don Andrés Robledo, «b.», ídem, «capitán» ; don Bernardo Fuentes, «b.», «mercado» ; don Pedro Nolasco Contín ; don Andrés Cabo, «b.», «casa propia, en el puente, fortuna ;» don

Juan Merlo, «b.», «capitán»; don Manuel Bar-
barín, don Manuel Núñez; don Julián de León;
don José Antonio Reinoso; don Bernardino Ore-
llana; don Máximo Sosa, negro; don Silvestre
San Martín, negro; don Francisco Molina; don
José María Yedros, capitán pardo, «b.»; don José
Rodríguez, pardo, «b.»; don Daniel Capdevila,
negro, «b.»; don Mairano Castillo, «b.», «capitán
de milicia»; don Antonio Bonifas, marina, «b.»,
«en el servicio de la marina»; don Evaristo Idai-
ga; don Antonio Reyes; don Trifón Cárdenas, ofi-
cial; don Francisco Isar; don Antonio Reinoso;
don José Pintos, «b.»; don Vicente Funes; don
José A. Jiménez, «hacendado del N.»; don José
Domingo Montaña; don Juan Baleyja, «b.», cap.
M.; don Lorenzo García; don Martín Farías, del
resguardo; don Mateo Castañón; don Manuel
Burgos; don Angel Octan; don Francisco Esqui-
bando; don José M. Pita; don Manuel Aráoz de
Parra; don Ciriaco Gari (oficial de milicia); don
Felvo Briones, oficial militar; don Mariano
Soria; don Diego Obirson; don Antonio Miran-
da; don Juan Molina; don Pedro Satellán;
don Laureano Silva, escribano; don Cayetano
Laprida; don Juan José Olivera; don José
Serapio Gaona; don Máximo Taybo; don José
Tiburcio Sánchez; don José D. Farías; don
José Carrasco; don Francisco Farías, «b.»,
«capitán»; don Manuel Altolaquirre, pardo;
don Juan Balanzártegui, negro; don Manuel
Abrego; don José Gabriel Romero; don Pedro
Aberastegui; don Juan Fuentes; don Félix Pa-
dín, pardo, «b.», «verdulero»; don Roque Narbo-
na, negro; don Juan José Pérez de la Rosa, «bue-
no, oficial rebajado»; don Gregorio Sufrategui.

Otros federales, aunque no son de la Sociedad.

Don Bonifacio Huergo, don Manuel Rábago, don Miguel Oñederra, don Anselmo Farías, sobresaliente; don Domingo Eyzaga, «b.»; don Miguel Casal, excomisario; don Evaristo Pineda, corredor; don Simón Pereira, don José Vari, y otros muchos.

Respecto á los negros de la última clase, pueden considerarse federales prontos á sostener la causa más de las nueve décimas partes de ellos, y la otra se compone de algunos oficiales del cuerpo de Defensores que pueden ser clasificados á su tiempo, y de otros pobres ignorantes, alucinados por ellos.

—Se ha concluido, Excelentísimo Señor.

Entonces, deje ahí no más; vaya separando las otras para leerlas luego; pero mire, cuando vea unitarios en esos papeles, léame «salvajes unitarios.» Tome, Corvalán. Llévelas á María Josefa y dígale que vaya entresacando; que mañana le mandaré otras.

—¿Nada más, Excelentísimo Señor?

—Nada más.

Corvalán salió.

En ese momento tomó Rosas el vaso de agua de manos del ordenanza.

La puerta del rancho daba al Oriente, y los vidrios estaban cubiertos por las cortinas de coco punzó. El sol estaba levantándose entre su radiante pabellón de grana; y sus rayos quebrándose en los vidrios de la puerta, y su luz, tomando el color de las cortinas, venía á reflejar con él en

el agua del vaso un color de sangre y de fuego.

Este fenómeno de óptica llevó el terror á la imaginación de los secretarios, que, herida por la idea que acababan de comprender en Rosas, al mandar las clasificaciones á su hermana política, les hizo creer que el agua se había convertido en sangre, y súbitamente se levantaron pálidos como la muerte.

La óptica y su imaginación, sin embargo, se habían combinado para representar, bajo el prisma de una ilusión, la verdad terrible de ese momento. Sí; porque en ese momento bebía sangre, sudaba sangre y respiraba sangre: concertaba en su mente, y disponía los primeros pasos para las degollaciones que debían pronto bañar en sangre á la infeliz Buenos Aires.

IV

DONDE APARECE, COMO APARECE SIEMPRE, NUESTRO
DON CÁNDIDO RODRÍGUEZ

Si los capítulos anteriores han podido dar una ligerísima idea de la ferocidad de Rosas, también habrán hecho reflexionar, es probable, sobre el modo cómo se ocupaba de la defensa de su causa, frente al enemigo que invadía y amenazaba.

Hay resistencia en el espíritu para creer que en todo pensase Rosas, en los primeros días de septiembre de 1840, menos en una formal organización de defensa, en un plan de campaña, tan serio

siquiera como la situación que lo rodeaba. Y nada hay más cierto, sin embargo.

Rosas, jamás fué militar. Y en aquel conflicto no hizo otra cosa que amontonar hombres y cañones, carretas y caballos, en los estrechos reductos de Santos Lugares; esperándolo todo de la casualidad, del terror de sus enemigos, y del miedo en sus servidores, que parece haber sido la única táctica de ese hijo predilecto de una fortuna, la más siniestra para la humanidad, tanto en las guerras de 1840 á 1842, como en la que sostiene en la época en que estos cuadros se delinean.

Alistados á sus banderas, no faltaban algunos oficiales generales del tiempo de la Independencia, y como tales, viejos veteranos, que se habían criado entre los grandes planes militares y la disciplina severa, sirviendo á las órdenes de los primeros capitanes de aquella guerra gigantesca. Y las medidas de Rosas, como general en jefe del ejército, en aquellos momentos en que todos jugaban su porvenir, si no su vida, era la pesadilla diaria de aquellos soldados de la Independencia que no veían sino el absurdo y la ignorancia, ó la más completa apatía en las disposiciones del Dictador que revelaban una completa ausencia de las nociones más simples del arte de la guerra. Para ellos era incomprendible que sólo con rondas, para ver si hallaban algún unitario con armas; con visitas á los cuarteles, para no encontrar sino montones de hombres sin disciplina ni espíritu de soldado; y con hacinar enjambres de hombres y de animales en un estrecho campamento, se pudiese asegurar el triunfo, ó siquiera una resistencia regularizada, llegado el caso de un ataque serio sobre aquel punto, ó de una sorpresa á la ciudad.

Y ante semejantes planes militares renegaban de la suerte que los había puesto bajo el mando de aquel *bruto*, como le llamaban Mansilla, Soler, y otros que habían ceñido la espada desde los primeros días de la Revolución de América.

Pero, parece increíble: este mismo trastorno de lo natural, esa misma vulgaridad é ignorancia de Rosas, servían para que la fanática plebe de su partido, y muchos también que no eran plebe, dijese y creyesen que todo aquello que veían y los sorprendía era efecto del *genio* del Restaurador, que se escapaba á la penetración de los demás.

—El sabe lo que hace—decían.

Y sin embargo, la verdad era que el *genio* no sabía una palabra de lo que estaba haciendo, ó de lo que debía hacer, en orden á la defensa militar; y se lo llevaba un trabajo asiduo y laborioso, dentro de sí mismo, pensando y combinando los medios de satisfacer sus bárbaras venganzas en el caso de triunfar, que ya empezaba á ver como muy probable, sin más ciencia que sus instintos y su sagacidad, puramente orgánicos, puramente animales: ora combinando nombres para encontrar víctimas, ora combinando en su idea el medio de arrojar á la mendicidad la mitad de la población; nuevo y el más espantoso de sus delitos, que debía convertirse en ley dentro de pocos días.

Entretanto, y á medida que los sucesos se precipitan, el lector tendrá que acompañarnos, con la misma prisa que esos sucesos, á todas partes y con toda clase de personas. Y al llegar más pronto que Corvalán de Santos Lugares á la ciudad, y al recorrer sus calles, ora en largas longitudes, tristes, solitarias, lúgubres; ora teniendo que em-

pujar y codear para abrírnos camino por medio de una oleada de negras, viejas, jóvenes, sucias unas y andrajosas, vestidas otras con muy luciente seda, hablando, gritando y abrazándose con los negros, soldados de Rolón ó de Ravelo, mientras otras se despedían á gritos, marchando á Santos Lugares; ya teniendo que ampararnos en el umbral de una puerta, para que los caballos á galope, azuzados por el rebenque de la Mazorca que pasa en tropel haciendo que hace en el gran plan de defensa de su *genio*, no invada la acera y nos atropelle; ó ya, en fin, andando más de prisa para evitar las miradas curiosas que atisban por la rendija de un postigo entreabierto, donde se asoma una pupila inquieta y buscadora, queriendo interrogar hasta á las piedras para saber lo que pasa, qué fortuna se cierne en ese instante sobre la cabeza de todos, sobre el lecho del viejo, sobre la cuna del niño; para saber si el corazón ha de latir de miedo ó de esperanza todavía; si el sol ha de ponerse el último para ésta, ó el postrero para la terrible ansiedad que devora el espíritu y el cuerpo. Y corriendo, deslizándonos con el lector sobre esa ciudad cuyo piso tiembla, cuyo aire tiene olor á sangre, donde sobre las nubes no parece haber Dios, donde sobre el suelo no parece haber hombres, falta de todo, menos de la agonía del alma, las creaciones asustadoras de la imaginación y la lucha terrible de la esperanza, que se escapa ó se postra en el pecho, con la realidad, con la verdad, que subyuga y aniquila y mata esa esperanza misma: corriendo aquí y allí, de repente nos hallaremos con un personaje serio y tieso, que con su inseparable bastón va pasando por la puerta de la Sala de Representantes, con un aplor-

mo de piernas sorprendente, mientras que la vaguedad de sus miradas y su semblante, como bañado en agua de azafrán, nos harán creer por un momento que aquel hombre lleva una cabeza positiva, viendo en el rostro la antítesis de la seguridad que ostenta el cuerpo.

Era don Cándido Rodríguez.

Frente á la Sala de Representantes había en 1840 una pequeña fonda, que era el *Palais Royal* de toda la corte del genio, desde las ocho hasta las once de la mañana, desde las nueve hasta la una de la noche, en cuya puerta, un año antes, habían aprehendido al joven Alagón para convertirlo en una de las más tristes y lamentables víctimas de Rosas.

Eran las diez de la mañana.

Don Cándido llegaba ya á la puerta de la Sala de Representantes, cuando salían de la fonda una docena de personajes de la federación, haciendo un ruido infernal con sus inmensas espuelas.

Don Cándido no los miró con los ojos. Los miró y conoció con el oído. Y sin dar vuelta á la cabeza, ni precipitar sus pasos, se entró muy serio en la Sala de Representantes y empezó á subir la escalera que conduce al archivo.

El no iba á semejante casa ni á tal archivo. Era el ruido de las espuelas federales lo que había dado á sus piernas una nueva dirección, sin dar tiempo á su cabeza para la combinación de ninguna idea. Así es que, cuando se halló frente á frente con un oficial de esa oficina, no sabiendo qué decirle y no creyendo que debía pararse todavía, pasó por delante de él y siguió andando.

—Señor, ¿quería usted algo?—le dijo aquél.

—¿Yo?

—Sí, pues usted que se entra así no más.

—Mire usted, joven, esto es efecto de causas muy remotas y recónditas, que cuando el tiempo, ese amigo de la vejez é instructor de los jóvenes... el tiempo, ¡si usted supiera lo que es el tiempo!

—Señor, yo lo que deseo saber es qué busca usted—dijo el oficial, que empezó á creer que don Cándido era un loco, y no las tenía todas consigo al encontrarse solo en tan peligrosa compañía.

—Mire usted, yo, francamente, no quiero nada. ¿De qué familia es usted, mi distinguido señor?

—Señor, yo tengo que cerrar la puerta; hágame el favor de retirarse—dijo el joven, retrocediendo algunos pasos y dando la espalda á la puerta de salida.

—Tiene usted en su fisonomía la expresión del talento, de la asiduidad, de la labor; ¿en qué forma de letra escribe usted?

—Señor, hágame el favor de irse.

—De todos mis discípulos, porque ha de saber usted que yo he sido maestro de primeras letras de todo Buenos Aires. ¡Oh, y qué hombres he sacado! Unos son hoy diputados, comerciantes de primer orden, activos, hacendosos, infatigables; ¿conoce usted la casa de comercio que hay?...

Don Cándido alzó su caña de la India, como para apuntar en el aire la dirección á que iba á referirse, cuando el joven, creyendo que la alzaba para darle un palo, corrió á la puerta y dió un grito al portero, que felizmente no se hallaba en su puesto.

—¿Qué hacéis, joven imprudente, inconsiderado, ligero como todos los jóvenes?

—Señor, si usted no se va, yo empiezo á gritar.

—Bien, ya me voy, joven inexperto y alucinado.

Pero en lugar de dirigirse á la puerta, don Cándido se dirigió á uno de los balcones que daba frente á frente con la misma fonda, y el alma le volvió al cuerpo al ver que nadie había en la puerta de ésta.

Volvióse entonces y extendió su mano para despedirse del oficial del archivo, quien, no teniendo la mínima duda de que don Cándido acababa de escaparse de la Residencia, se guardó muy bien de poner su mano entre las suyas.

—Adiós, joven bisoño y nuevo en la escuela del mundo. Ojalá pueda pagar á usted y á sus respetabilísima familia el eminente é inolvidable servicio que acabo de recibir.

Y don Cándido bajó con toda su estudiada gravedad las escaleras, mientras el joven se quedó mirándolo y riéndose.

Pero no bien el maestro de primeras letras había llegado á la esquina de esa cuadra, andando siempre en dirección al Retiro, cuando otra comitiva federal doblaba del colegio hacia la fonda, y se encontró de manos á boca con don Cándido.

Este no bajó, saltó de la acera, y, con el sombrero en la mano empezó á hacer profundas reverencias.

Los otros, que tenían más ganas de almorzar que de saludar, y muy habituados que estaban á esa clase de cumplimientos, siguieron su camino, mientras don Cándido se quedó saludándolos hasta por la espalda.

Vertiginoso, latiéndole las sienes terriblemente, y sudando á ríos, dobló al fin por la calle de la Victoria en dirección al campo, y fué á entrar

por aquella puerta donde lo concieron nuestros lectores por la primera vez, y que no era otra que la de Daniel, como es bien probable lo recuerden.

Un momento después, nuestro desgraciado secretario entraba en la sala de su antiguo discípulo, á quien halló sentado en una cómoda silla de balanza, leyendo muy tranquilamente la elocuente *Gaceta Mercantil*.

—¡ Daniel!

—¿ Señor?

—¡ Daniel, Daniel!

—¡ Señor, señor!

—Nos perdemos.

—Ya lo sé.

—¿ Lo sabes y no nos salvas?

—De eso se trata.

—No, Daniel, no, no tendremos tiempo.

—Tanto mejor.

—¿ Cómo?—interrogó don Cándido, abriendo tamaños ojos, y sentándose en un sofá al lado de Daniel.

—Digo, señor, que en las situaciones difíciles lo mejor es acabar pronto.

—Pero acabar bien, querrás decir.

—O acabar mal.

—¿ Mal?

—Sí, pues, mal ó bien, siempre es mejor que vivir dando un brazo al bien y el otro al mal.

—¿ Y ese mal será?...

—Que nos corten la cabeza, por ejemplo.

—Que te la corten á ti y á todos los conspiradores. Pero no á mí, hombre tranquilo, inccente, manso, incapaz de hacer el mal con intención, con premeditación, con...

—Síntese usted, mi querido maestro—dijo Da-

niel cortando el discurso de aquél, que, á medida que hablaba, había ido deteniéndose.

—¿Qué he hecho yo, ni qué he pensado hacer para encontrarme, como me hallo, semejante á un débil barquichuelo en medio de las ondas y de las tempestades del Océano?

—¿Qué ha hecho usted?

—Sí, yo.

—¡Toma! Pues no es nada lo que usted ha hecho.

—Yo no he hecho nada, señor don Daniel, y ya es tiempo de que nuestra «sociabilidad» se separe, se rasgue, se rompa para siempre. Yo soy un acérrimo defensor del más ilustre de los restauradores de este mundo. Quiero hasta al último de la respetabilísima familia de Su Excelencia, como quiero y soy defensor del otro señor gobernador doctor don Felipe, de sus antepasados, y de todos sus hijos. Yo he querido...

—Usted ha querido emigrar, señor don Cándido.

—¿Yo?

—Usted; y éste es delito de lesa federación que se paga con la cabeza.

—Las pruebas.

—Señor don Cándido, usted está empeñado en que alguien lo ahorque.

—¿Yo?

—Y sólo espero que me diga usted si quiere serlo por la mano de Rosas ó por la mano de Lavalle. Si lo primero, lo complaceré á usted en el momento, haciendo una visita al coronel Salomón. Si lo segundo, esperaré tres ó cuatro días á que entre el general Lavalle, y en la primera oportu-

nidad le hablaré del secretario del señor don Felipe.

—¿Conque, entonces, yo soy hombre al agua?

—No, señor, hombre al aire será usted, si persiste en hablar tanta tontería como lo ha estado haciendo.

—Pero, Daniel, hijo mío, ¿no ves mi cara?

—Sí, señor.

—¿Y qué notas en ella?

—Miedo.

—No, miedo no, desconfianza, efecto de las terroríficas impresiones que me acaban de dominar.

—¿Y qué hay?

—De casa del señor Gobernador hasta aquí, me he encontrado dos veces con esos hombres que parecen... que parecen...

—¿Qué?

—Que parecen diablos vestidos de hombre.

—U hombres vestidos de diablo, ¿no es eso?

—¡Qué caras, Daniel, qué caras! Y sobre todo esos cuchillos que llevan. ¿Crees que uno de esos hombres sería capaz de matarme, Daniel?

—No me parece. ¿Qué les ha hecho usted?

—Nada, nada. Pero imagínate que me confundan con otro, y...

—Bah, dejemos eso, mi querido amigo. Usted me ha dicho que salió de casa de Arana para venir aquí, ¿no es eso?

—Sí, sí, Daniel.

—Luego, usted traía un objeto en su venida.

—Sí.

—¿Y cuál era, mi amigo?

—No sé; no quiero decirlo ya. No quiero más política ni más confidencias.

—Ahí, ¿luego era una confidencia política lo que venía usted á hacerme?

—No he dicho tal.

—Y apostaría que trae usted en el bolsillo de su levitón algún papel importante.

—No traigo nada.

—Y apostaría que, si á algún hermano federal se le antoja registrarlo á usted al salir de acá, por ver si lleva armas, y le encuentra el papel, lo despacha á usted en un abrir y cerrar.

—¡Daniel!

—Señor, ¿me da usted los documentos que me trae ó no?

—Bajo una condición.

—Veamos.

—Que no me exigirás que continúe faltando á mis deberes.

—Tanto peor para usted, porque Lavallo, no pasan cuatro días sin que esté en Buenos Aires.

—¡Y qué! ¿tú no responderías de los inmensos servicios que he prestado á la libertad?

—No, si usted se para en la mitad del camino.

—¿Y crees que entre Lavallo?

—Para eso ha venido.

—Mira; aquí entre los dos, yo también lo creo; y es por eso por lo que venía á verte. Ha habido un contraste.

—¿En quién? —preguntó Daniel con viveza, sonrojándosele un poco el semblante, donde en pocos días habían hecho un notable estrago las diferentes impresiones que invadían su alma.

Pálido, ojoso, desencajado, se parecía más ese día á un joven libertino que echa la vida y la salud por la puerta de los sentidos, que á un joven

que vive la vida del corazón y de la inteligencia.
—Toma, lee.

Daniel desdobló un papel que le dió don Cándido, y leyó:

«San Pedro 1.º de septiembre.

»Hace dos días que se presentó Mascarilla con mil hombres, á tomarnos el pueblo, que mostró una decisión extraordinaria, rechazándolo vigorosamente.

»Traía una pieza de cañón, ciento cincuenta infantes y como seiscientos jinetes. Atacó por dos puntos. Penetraron un momento hasta la plaza; pero fueron repelidos por nuestro vivísimo fuego. Las pérdidas pasan de cien hombres.

»Adjunto á usted copia de la comunicación que he recibido del General.

»Mañana le escribiré detalladamente. — *Juan Camelino.*

»Señor D...»

—A ver el documento á que se refiere—dijo Daniel después de un silencio de más de diez minutos, fijos sus ojos en el papel que tenía en la mano, mientras pasaban por su expresiva fisonomía visibles nubes de tristeza y desconsuelo.

—Toma—dijo don Cándido,—son los dos documentos de importancia que se han encontrado en una ballenera tomada anoche. Volando he sacado una copia para traértela.

Daniel tomó el papel sin oír á don Cándido y leyó;

«Ejército libertador, cuartel general en marcha,
agosto 29 de 1840.

»Al señor don Juan Camelino, comandante mili-
»tar de San Pedro.

»El General en jefe tiene la satisfacción de co-
»municar á usted, para que lo haga saber en el
»partido de su mando, que, por comunicaciones
»que se han interceptado, de don Félix Aldao, al
»tirano Rosas, se sabe que el estado de la opinión
»de los pueblos del interior es el más favorable á
»la causa de la libertad. Las provincias de Cór-
»doba, San Luis y San Juan, se han negado á
»dar á Aldao los auxilios que había solicitado. La
»provincia de La Rioja se ha alzado en masa con-
»tra la tiranía de Rosas, y ha armado una gruesa
»columna de caballería y ochocientos infantes. El
»general Lamadrid, que pisó el territorio de Cór-
»doba al frente de un ejército de bravos amigos
»de la libertad, vendrá pronto á apoyar las ope-
»raciones del ejército libertador.

»La división Vega dispersó completamente en
»Navarro, las fuerzas de milicias que había reuni-
»do Chirino. El ejército cuenta con un escuadrón
»de aquellas milicias.

»El General en jefe ha sabido que las milicias
»de la Magdalena se han sublevado, abandonando
»á sus jefes en el momento que les dieron la or-
»den de incorporarse al ejército de Rosas. La
»causa de la libertad hace rápidos progresos, y el
»General en jefe espera que bien pronto serán pre-

»miados los esfuerzos de los soldados de la patria entre los que ocuparán un lugar distinguido los bravos defensores de San Pedro.

»Hará usted saber las noticias que le comunico en el partido de su mando, en la seguridad de que el ejército libertador no imita el sistema de mentir con que el tirano intenta ocultar su crítica situación.

»Enviaré usted una copia de esta nota al juez de paz del Baradero.

»Dios guarde á usted.—*Juan Lavalle.*»

—¿Qué te parece?—preguntó don Cándido luego que Daniel hubo concluido la lectura del documento.

El joven no contestó.

—Se vienen, Daniel, se vienen.

—No, señor, se van—repuso éste; y estrujando el papel entre sus manos se levantó y empezó á pasearse en el salón, marcando en su rostro la impaciencia y el disgusto.

—¿Te has enloquecido, Daniel?

—Son otros los que se han enloquecido, no yo.

—¡Pero si han derrotado á López, mi estimado y querido Daniel!

—No vale nada.

—Si ya están en la guardia de Luján.

—No vale nada.

—¿No ves el entusiasmo ardiente, fogoso, tremebundo de que están animados?

—No vale nada.

—¿Estás en ti, Daniel?

—Sí, señor; los que no están en sí son los que están pensando en las provincias, revelando con eso que no confían en sus propios medios ni ven

la fortuna que se les presenta á dos pasos. ¡Fatalidad, raro destino el que persigue á este partido, y con él á la patria!—exclamó el joven paseándose siempre precipitadamente por el salón, mientras don Cándido le miraba estupefacto.

—Bien decimos entonces los federales...

—Que los unitarios no sirven para un diablo; tiene usted razón, señor don Cándido.

En ese momento, dos fuertes aldabazos se sintieron en la puerta de la calle.

V

PÍLADES ENOJADO

Don Cándido se estremeció.

Daniel cambió de fisonomía como si le hubiesen quitado una cara y puesto otra: antes visiblemente alterada y descompuesta, ahora tranquila y casi risueña.

Un criado apareció, y anunció á una señora.

Daniel dió orden de que entrase.

—¿Me iré, hijo mío?

—No hay necesidad, señor.

—Es verdad que yo no quisiera irme, sino esperar á que tú salieras para acompañarte.

Daniel sonrióse. Y en ese momento, una mujer que sonaba como si estuviese vestida de papel picado, con un moño federal de media vara y unos rulos negros, duros y lustrosos, sobre una cara redonda, morena y gorda, tal como si el médico

Rivera, marido de la rubia Merceditas, se hubiese vestido de mujer, apareció en la puerta de la sala.

—¡ Oh!—exclamó don Cándido.

—Adelante, misia Marcelina—dijo Daniel.

—¿ Ah, sois vosotros?

—Los mismos.

—Pílates y Orestes.

—Exactamente.

—Aqueste es Pílates—dijo doña Marcelina extendiendo la mano á don Cándido.

—Señora, usted es una mujer fatídica—contestó retirándose de doña Marcelina.

—No cabe en tus entrañas
Ni el amor ni la amistad, pecho de bronce.

—¡ Ojalá fuese yo de bronce todo entero!—repuso don Cándido suspirando.

—Especialmente el cuello, ¿ no es verdad, amigo mío?—observó Daniel.

—¡ Qué! ¿ Está sentenciada al sacrificio la cabeza de Pílates?

—No, señora; ni usted se meta á repetir semejantes barbaridades; yo no soy unitario, ni nunca lo he sido, ¿ entiende usted?

—¿ Y qué importa la cabeza?

—No importa la cabeza de usted que es... pero la mía..

—Y la vuestra, ¿ qué importa ante las hecatombes que ha presenciado el mundo? ¿ La cabeza de Antonio y la de Cicerón no fueron tiradas en el Capitolio, como me leía el inmortal Juan Cruz?

¿ No os llevaría la posteridad en sus alas?

—El Diablo debía llevársela á usted en sus cuernos.

—¿Veintitrés puñaladas no acabaron con César?

—Daniel, si esta mujer no es mensajera de Satanás, poco le falta. Es una mujer fatídica, es bruja, ó hija de bruja. Cada vez que nos hemos acercado á ella, ó á su casa, nos ha sucedido una desgracia. Como tu antiguo maestro, como tu viejo amigo, que tiene por ti estimación, cariño, simpatías, te pido, te mando, que despaches á esta mujer, que parece que anda con el Diablo prendido del vestido.

—Calla esa lengua con que en rudo alarde al sexo bello difamáis, cobarde.

—¿Bello? ¿Usted bella? y don Cándido apuntaba con el dedo á doña Marcelina.

—Señor don Daniel, ¿qué es eso?

—Echala, Daniel.

—¿En qué horrible celada caen mis pasos?

—Todo esto no es más sino que el señor es un poco excéntrico—dijo Daniel mirando á doña Marcelina, sin poder ya disimular la risa que le saltaba en el alma y en la cara.

—¡Ah! debe haber hecho sus estudios en la literatura inglesa!—exclamó aquélla, paseando una mirada despreciativa por toda la figura de don Cándido, que permanecía de pie á una buena distancia de su antagonista. Si hubiera, como yo, educádose en la literatura griega y latina, otra cosa sería. Le perdono.

—¿Usted sabe el latín y el griego, usted?

—No, pero conozco el fondo de esas lenguas muertas.

—¿Usted?

—Yo, hombre prosaico.

—Daniel, échala, hijo mío; mira que un loco hace ciento.

—¿Cómo? señor don Daniel, un hombre de la altura literaria de usted, en relación con seres tan vulgares, cuya muerte es, como su vida, oscura y silenciosa?... Pero no, vivamos en constante y lírica armonía. Los tres hemos pasado por terribles peripecias dramáticas. Vivamos juntos, y muramos juntos. He aquí mi mano—y doña Marcelina se adelantó hacia don Cándido.

—No quiero, déjeme usted—repuso don Cándido retrocediendo.

—Venid y ante las aras de la patria
juremos en unión salvar á Roma.

—No quiero.

—Doña Marcelina—dijo Daniel, que ya no podía tenerse de risa, y que sentía profanar con ella el tristísimo estado de su espíritu;—doña Marcelina, usted tiene algo que decirme; pasaremos á mi escritorio.

—Sí, entremos.

Misterios son de otro mundo,
cosas secretas de Dios.

—¡Cruz, Diablo! —exclamó don Cándido haciéndole la señal de la cruz, cuando doña Marcelina pasó con Daniel al escritorio.

—Ha llegado Douglas—dijo aquélla después de haber cerrado la puerta del escritorio.

—¿Cuándo?

—Esta madrugada.

—¿Y salió?

—Anteayer. He aquí la carta.

Daniel leyó la que le entregaba doña Marcelina, uno de sus correos secretos, como se sabe, y quedó pensativo en su silla por más de diez minutos; tiempo que empleó aquélla en reconocer los títulos de las obras que había en los estantes, sonriendo y moviendo la cabeza, como si saludase á antiguas conocidas.

—¿Podría usted dar con Douglas, antes de las tres de la tarde?

—Sí.

—¿Con seguridad?

—En este momento está durmiendo el intrépido marino.

—Bien, pues necesito que usted le hable.

—Ahora mismo.

—Y le diga que tengo necesidad de él antes de la noche.

—¿Aquí?

—Sí, aquí.

—Así lo haré.

—Fijemos hora: lo espero de las cuatro á las cinco de la tarde.

—Bien.

—No pierda usted el tiempo, doña Marcelina.

—Iré volando en alas del destino.

—No, vaya usted caminando, nada más; no es bueno en esta época hacerse notable, ni por andar muy de prisa, ni por andar muy despacio.

—Seguiré el vuelo de sus ideas.

—Adiós, pues, doña Marcelina.

—Los dioses sean con vos, señor.

—¡ Ah! ¿ cómo se halla Gaete?

—El hado lo ha salvado.

—¿ Se levanta?

—Todavía yace en su lecho.

— Tanto mejor para mi amigo don Cándido.

Adiós, pues, doña Marcelina.

Y mientras ésta salía del escritorio por la puerta que conducía á la sala, Daniel pasaba por otra, en el extremo opuesto, que conducía á su aposento, llevando en su mano la carta que había recibido.

Don Cándido se paseaba en la sala, cuando volvió doña Marcelina, y súbitamente le dió la espalda, y se puso á mirar un retrato del padre de Daniel.

Doña Marcelina acercóse hasta él, y le dijo, poniéndole la mano en el hombro al mismo tiempo:

—¿ Sabes tú padecer?

—No, señora, ni quiero saberlo.

—¡ Gaete vive!—continuó doña Marcelina ahuecando la voz.

La trompeta del juicio no hubiera hecho la impresión que esas dos palabras en el tímpano donde se estrellaron.

—Y me ha dado memorias para vos—prosiguió aquélla, siempre con la mano sobre el hombro de su Pilades.

—Señora, usted ha hecho pacto con el diablo para perder mi alma. Déjeme usted, déjeme usted, por amor de Dios.

—Os busca.

—Pues yo no lo busco á él, ni á usted.

—Está celoso como un tigre.

—Que reviente.

—Vos le habéis arrebatado el corazón de Gertrudis.

—¿Yo?

—Vos.

—Señora, usted está loca de atar, déjeme usted.

—Y moriréis bajo el puñal de Bruto.

—Si usted no se va, doy voces para que vengan y la echen.

—Y chorreará del hierro la sangre de vuestro protervo corazón.

—¡Santa Bárbara! ¡Daniel!

—Silencio.

—Usted es un espía de ese maldito cura. ¡Ahora lo comprendo, Daniel!

—¡Silencio! ¡no llaméis á Daniel!

—Y voy á hacer que la aten á usted con la soga del pozo. ¡Daniel!

—¡Silencio!

—No quiero callarme, no quiero; usted ha venido de espía.

Daniel entró en la sala, atraído por los descompasados gritos de don Cándido, y comprendiendo poco más ó menos lo que estaba pasando, preguntó con una cara muy seria:

—¿Qué víctima se inmola en sacrificio?

—Viene de espía, Daniel, viene de espía—dijo don Cándido señalando á doña Marcelina.

—¡Delira con las sombras de su crimen!—exclamó aquélla sonriendo, saludando con la mano á Daniel, y saliendo de la sala; mientras, su Pí-lades se esforzaba en persuadir á Daniel de que aquélla era una mujer espía de Gaete.

—Trataremos de eso, amigo mío, pero por aho-

ra no vuelva usted á gritar tan descompasadamente, á lo menos por un cuarto de hora.

Y el joven volvió á las habitaciones interiores.

—No es nada; era una escena entre dos personajes los más originales que he visto en mi vida, y que en otra circunstancia me harían gozar mucho —dijo Daniel al volver á su alcoba, y dirigiéndose al doctor Alcorta y á Eduardo, que estaban allí hacía largo tiempo.

Daniel, al separarse de doña Marcelina la primera vez, era á aquéllos á quienes había venido á buscar en su dormitorio, con la carta que había conducido monsieur Douglas, el contrabandista de unitarios, como se sabe ya.

Al entrar la primera vez, Daniel se había dirigido al doctor Alcorta, diciéndole:

—He aquí lo que acabo de recibir de Montevideo.

El doctor Alcorta tomó el papel, y leyó:

«París, 11 de julio de 1840.

»El vicealmirante Mackau ha sido nombrado
»para mandar la expedición del Río de la Plata,
»en lugar del vicealmirante Baudin. Partirá in-
»mediatamente. El señor Mackau, perteneciente
»á una familia distinguida de Francia, tiene la
»gloria de haber terminado las cuestiones que tu-
»vo Francia con Santo Domingo y Cartagena.

»Es notable por su intrepidez, y los que hayan
»leído la historia marítima de Francia, recordarán
»su bella acción de armas con la Critie, un buque
»de guerra inglés. En la guerra que desgraciada-
»mente existió últimamente entre la Francia y la
»Inglaterra, el señor Mackau, que apenas tenía



»diecisiete años, se hallaba á bordo de un bergau-
»tín de guerra francés en clase de guardia marina.
»La peste diezmo la tripulación del buque fran-
»cés, y no sobrevivió á sus estragos otro oficial que
»el guardia marina Mackau. Lleno de una noble
»satisfacción por hallarse mandando un buque de
»guerra francés, determinó confirmar la elección
»de la suerte por un ilustre hecho de armas. Pron-
»to se encontró con un buque de guerra inglés:
»era la «Critie». Después de un combate prodi-
»gioso, Mackau rindió al buque enemigo que es-
»taba mandado por un antiguo teniente de mari-
»na. Este pundonoroso marino fué á la presencia
»de su vencedor, y al considerar que éste no era
»sino un joven guardia marina de diecisiete años
»al mando de una tripulación diezmada por la
»peste, fué tan grande su pesar, que rindió la vida
»á la fuerza de su tormento.

»Su afectísimo, etc.»

—Todo se combina para que los sucesos mar-
chen á su fin, amigos míos—dijo el doctor Alcorta,
después de leer.

—Sí, á su fin, ¿pero cuál?

—¿No oyes que viene una expedición, Daniel?

—Que llegará tarde, y que entretanto inspira
las cartas que escriben al General desde Monte-
video para que no exponga su ejército y espere
esa expedición, que, ó no vendrá, ó si viene hará
que Rosas transija con los franceses, antes de
llegar las fuerzas al Janciro.

—¡Pero sería una infamia de parte de la Fran-
cia!—repuso Eduardo.

—En política no se miden las acciones por la
moral individual de los hombres, Eduardo.

—¿Y es positivo que le dan esos consejos al general Lavalle?—preguntó el doctor Alcorta.

—Sí, señor; se los dan los más de la comisión argentina, que no quieren esperar nada sino de un gran ejército.

—¡Ah, si yo fuera Lavalle!—exclamó Eduardo.

—Si fú fueras Lavalle, estarías loco. El General está contrariado por todos y por todo. La resistencia del comandante Penau á desembarcar el ejército en el Baradero, en vez de llevarlo á San Pedro, ha hecho que el General perdiese el tiempo y los caballos que lo esperaban en el primer punto. La hostilidad de Rivera le traba todas sus medidas hace un año. El alucinamiento de los doctores unitarios le hace concebir un mundo de esperanzas risueñas, de facilidades deslumbrantes, sobre las simpatías que hallará en la provincia, y el General viene y toca la realidad, y no halla tales simpatías. Un centenar de cartas contradictorias le llegan todos los días de Montevideo, á él, á sus jefes, á sus oficiales: que avance, que no avance, que espere, que no espere. No hay diez hombres que piensen del mismo modo. Y el General duda, vacila, teme marchar contra opiniones, respetables por el nombre que llevan, y marcha con lentitud, hoy distraendo sus fuerzas en perseguir á un caudillejo, mañana á otro, y estamos ya á 3 de septiembre y no ha llegado á una legua de Luján, y entretanto Rosas se repone moralmente, sus hombres van volviendo en sí del primer momento, y se acercará á la ciudad, quizá para verla y volverse ó quizá para que corra mucha sangre, que hace quince días, ocho días, se hubiera podido evitar—dijo Daniel con un acen-

to desconsolador y triste que impresionó visiblemente á sus amigos.

—Todo eso es la verdad, y este pueblo sufrirá toda la ira de Rosas, como la ha empezado á sufrir ya—repuso el doctor Alcorta.

—Sí, el pueblo, señor, el pueblo, cómplice hasta cierto punto de la bárbara tiranía que lo oprime, ha de pagar con su sangre, con su libertad y con su nombre, las vacilaciones de los enemigos armados del tirano y del egoísmo de los ciudadanos, indolentes á la suerte de su patria y á la suya propia. Correrá sangre, mucha sangre, si Lavallo se retira, y no habrá por muchos años que pensar en la caída de Rosas.

—Pero estamos hablando sobre conjeturas—repuso Eduardo.—Hasta ahora el ejército sigue sus marchas. Ya veremos mañana, pasado mañana, cuando más. Entretanto nuestro buen amigo cree como tú y como yo, que nuestro plan particular es excelente. ¿No es cierto?

—Sí; lo creo muy prudente, á lo menos—contestó el doctor Alcorta, á quien Eduardo había dirigido su pregunta.

—Eran dos ideas que debías comunicarle—observó Daniel.

—Lo sé todo ya. De lo primero, dudo.

—No, señor, no dude usted; verdad es que somos pocos: apenas he podido reunir quince; pero seremos quince hombres bien resueltos. La azotea que debemos ocupar, al mismo tiempo que servirá de punto de reunión, servirá eficazmente para despejar toda la calle del Colegio, si el General, como se lo ruego, invade por Barracas y suben sus fuerzas por la Barranca de Marcó, que es el punto más señalado. La posición que he ele-

gido es la mejor de toda esa larga y recta calle, y con veinticinco hombres más que me deje el General, yo le respondo de la retirada, si llega á haber necesidad.

—¿Armas?

—Tengo cuarenta y seis fusiles y tres mil cartuchos que he hecho comprar en Montevideo y que están ya bien seguros en Buenos Aires.

—¿La señal?

—La que me avisen del ejército, si se deciden á atacar.

—¿Las comunicaciones son seguras?

—Muy seguras.

—Bien, entonces apruebo con más razón la segunda idea, porque es preciso que estén ustedes desembarazados de asuntos domésticos, para toda eventualidad. Sólo temo el momento del embarco.

—Eso es lo de menos, doctor; no habrá riesgo. Acabo de mandar llamar á un agente mío para remitir por él una carta al comandante de un buque bloqueador, previniéndole y pidiéndole una ballenera armada, porque el único peligro sería encontrar alguna de las embarcaciones de la capitania que suelen recorrer las costas.

—Bien pensado.

—Le diré también que él mismo determine la noche, la hora y la señal con que me avisará desde á bordo.

—¿El embarco será por San Isidro?

—Sí, señor. Eduardo le habrá dicho á usted todo á ese respecto.

—Sí, ya.

—¿Y cree usted que madame Dupasquier se resista al viaje?

—Lo que creo es que no resistirá quince días más en Buenos Aires. Es una de esas enfermedades que no residen en ningún órgano, que están difundidas en la misma vida, y que la secan y la extinguen por horas. Es tan profunda la afección moral de esa señora, que le ha enfermado ya el corazón y los pulmones, y la consunción la mata. Pero el aire libre la va á volver á la vida, con la misma rapidez que la falta de él la está asesinando en Buenos Aires.

—¿Y ella está bien decidida?—preguntó Belgrano.

—Anoche convino en todo—contestó Daniel.

—Y hoy lo desea con ansiedad—agregó el doctor Alcorta,—y está conforme en que Daniel se quede. Lo ama á usted ya, amigo mío, como si fuera su hijo.

—Lo seré, señor, y no lo soy mañana, ahora mismo, porque ella se resiste. Es supersticiosa como toda mujer de corazón, y teme de un enlace contraído en estos tristísimos momentos.

—Sí, sí, es mejor que así sea. ¡Quién sabe cuál es la suerte que vamos á correr! Que se salven siquiera las mujeres—dijo el doctor Alcorta.

—Menos mi prima, señor. No hay medio de hacerla decidirse.

—¿Ni Belgrano?

—Nadie, señor—contestó éste, sobre cuyo corazón había ido á fondo la interrogación del doctor Alcorta.

—Son las dos de la tarde, amigos míos. ¿Van ustedes hoy á San Isidro?

—Sí, señor, á la noche, y regresaremos antes del día.

—;Cuidado, mucho cuidado, por Dios!

—Son ya nuestros últimos viajes, señor—dijo Eduardo;—tan pronto como se embarque madame Dupasquier, quedará vacía la casa de los Olivos.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana, señor.

—Hasta mañana, mi querido amigo.

Y los dos jóvenes abrazaron á su antiguo catedrático de filosofía, á quien Daniel acompañó hasta la puerta de calle.

VI

EL CONTRABANDISTA DE HOMBRES

Apenas se había retirado el doctor Alcorta, cuando se sintieron dos palmadas en el escritorio de Daniel, cóntiguo al aposento, como se sabe.

—Espera—dijo Daniel á Eduardo, y pasó al escritorio, algo sorprendido de aquella llamada en una pieza donde nadie entraba sin su orden.

—¿Ah, es usted, mi querido maestro?—dijo el joven encontrándose con don Cándido.

—Yo, Daniel, yo soy. Perdóname; pero es que viendo que tardabas, principié á sospechar que te habrías salido por alguna puerta secreta, excusada, que me fuese desconocida; y como de algún tiempo á esta parte huyo de la soledad... Porque has de saber, mi estimado Daniel, que la soledad afecta á la imaginación, facultad que, según dicen

los filósofos, sirve para el bien y sirve para el mal, razón por la cual yo prefiero la facultad de recordar que, según la opinión de Quintiliano...

—¡Eduardo!

—¿Qué hay?—contestó éste entrando.

—¡Cómo! ¿Belgrano aquí?

—Sí, señor, y á él lo llamo para que me ayude á oír la disertación de usted.

—¿De manera que esta casa es un horno de peligros para mí?

—¿Cómo así, mi respetable maestro? — le preguntó Eduardo, sentándose á su lado.

—¿Qué es esto, Daniel? Quiero una explicación franca, terminante, clara—prosiguió don Cándido dirigiéndose á Daniel, y separando su silla de la de Eduardo.—Quiero saber una cosa que fije y determine y establezca mi posición; quiero saber qué casa es ésta.

—¿Qué casa es ésta?

—Sí.

—¡Toma! Una casa como cualquiera otra, mi querido maestro.

—Eso no es contestarme. Esta casa no es como cualquiera otra. Porque aquí conspiran los unitarios y conspiran los federales.

—¿Cómo así, señor?

—Hace un cuarto de hora que has recibido en tu casa á una mujer espía de ese cura endemoniado que ha jurado mi ruina y mi exterminio, y ahora se me aparece en tus habitaciones interiores y recónditas este joven misterioso que huye de su hogar y anda de casa en casa con toda la apariencia de un conspirador emboscado y sigiloso.

—¿Acabó usted, mi querido maestro?

—No, ni quiero acabar sin decirte una, dos y

tres veces, que desde mi posición oficial, tan encumbrada y delicada, yo no puedo conservar relaciones con una casa para la que no se halla una perfecta definición gramatical. Y desde que no sé qué casa es ésta, quiero abstenerme de su mancomunidad y trato.

—Señor, usted ha almorzado con el diputado García—dijo Eduardo.

—No, señor, no he tenido el honor de almorzar con don Baldomero.

—Entonces con Garrigós.

—Tampoco, ni esto me parece del caso.

—Entonces la inspiración de ese estupendo discurso es puramente suya.

—Cortemos toda sociabilidad, señor Belgrano.

—Pero es, señor don Cándido—repuso Daniel,—que usted ha llamado conspirador á mi amigo, y esto me parece poco cortés entre colegas.

—¡Colegas! Yo he sido maestro del señor cuando era niño, inocente, tierno. Pero después...

—Después lo ha tenido usted oculto en su casa, mi querido maestro.

—Fué acción sin voluntad.

—Como quiera.

—Pero nunca he sido colega de usted para nada.

—Pero lo es usted ahora, señor don Cándido

—replicó Daniel.—¿No es usted secretario del señor Arana?

—Lo soy.

—Pues bien, el señor es secretario, en comisión, del general Lavalle.

—¡Secretario en comisión del general Lavalle!

—exclamó don Cándido, parándose gradualmente

y mirando á Eduardo con ojos que querían salirse de las órbitas.

—¡Pues!—prosiguió Daniel,—y como usted es secretario de Arana, y el señor es secretario de Lavalle, resulta que son ustedes colegas.

—¡Secretario de Lavalle! ¡y conversando conmigo!

—Y huésped de usted hace pocos días.

—¡Y huésped mío!

—Y agradecidísimo, por otra parte. Y tanto, que mi primera visita será para usted dentro de dos ó tres días, mi querido colega.

—¿Usted en mi casa? No, señor, ni estoy ni puedo estar en mi casa para usted.

—¡Ah! eso es otra cosa. Yo esperaba ir á visitar á mi antiguo maestro con algunos discípulos suyos que vienen en el ejército libertador, y que podrían servirle de garantía en las muy justas represalias que pensamos tomar con todos los servidores de Rosas y de Arana. Pero, si usted no quiere, cada uno es dueño de dejarse ahorcar.

—Pero, señor secretario—repuso don Cándido que verdaderamente se hallaba en una perplejidad lastimosa,—si yo no hablo en el caso de que estén aquí los bravos é impertérritos defensores de Su Excelencia el señor general Lavalle; sino... Daniel... habla por mí, hijo mío... yo tengo la cabeza como un horno.

—No hay nada que hablar, señor—repuso aquél,—todo lo ha comprendido su colega de usted. Todos nos entendemos, ó más bien, todos nos hemos de entender.

—Menos yo, mi querido Daniel, que bajaré al sepulcro sin entender, sin comprender, sin saber

lo que he hecho ni lo que he sido, en esta época calamitosa y nefasta.

—Usted es de los nuestros, señor don Cándido —repuso Eduardo.

—Yo soy de todos, sí, señor, de todos. Anoche mismo se me caían las lágrimas de los ojos cuando el señor don Felipe me dictaba ese tremendo preámbulo que va á dejar á todo el mundo en la miseria.

—Ah, sí, el preámbulo—dijo Daniel, picada su curiosidad, pero sin querer que don Cándido se lo conociese.

—¡Pues! ya tú has de saber de lo que se trata.

—¿Cómo no? desde ayer á la tarde. ¿Y no ha acabado todavía el preámbulo el señor don Felipe?

—No, hijo mío. Deben ser muchos los «Considerandos», según me dijo; pero no me dictó sino el primero; y ese quedó en limpio después del décimo ó undécimo borrador que me dictó Su Excelencia.

—¡Santa Bárbara! Casi se podría apostar á que lo sabe usted de memoria con tanto escribirlo.

—Poco más ó menos. Pero en substancia, se trata de quitarles á todos los unitarios sus bienes después que se haya triunfado de Su Excelencia el señor general Lavalle, de quien es digno secretario mi ilustre discípulo. Y por orden de Su Excelencia el señor Restaurador, se ha puesto á trabajar el preámbulo de la ley el Excelentísimo señor gobernador don Felipe Arana, para cuando llegue aquel caso, que no llegará, según las convicciones profundas que acabo de oír de mi honorable colega.

. Daniel y Eduardo se miraban, se hablaban con

las miradas, y la expresión del horror quedó en relieve sobre sus expresivos semblantes.

—Así es—prosiguió don Cándido,—que las lágrimas me corrían de hilo en hilo al considerar á tanta familia que va á quedar en la miseria, si por una casualidad, por un evento, por un azar, las armas refulgentes de la libertad no dan en tierra con estas cosas, en que nadie mejor que tú, Daniel, sabe y puede decir que yo no tengo ninguna parte activa, hija de mi voluntad, de...

Dos golpes en la puerta de la calle cortaron la palabra en los labios de don Cándido, y mientras los dos secretarios quedaban en el escritorio, Daniel pasó á la sala y abrió él mismo la puerta que daba al patio, para ver quién era, sin poder todavía dominar en su espíritu ni en su semblante la terrible impresión que acababan de hacerle las palabras de don Cándido. Pues que, á través de sus mal expresadas ideas, ambos jóvenes habían penetrado hasta el pensamiento de Rosas, y comprendió con horror el fin que se proponía el tirano, elaborando en secreto la medida con que pensaba arrojar á la última desgracia, al hambre, á todos sus enemigos, si triunfaba.

—¡Ah! ¿es usted Mr. Douglas?—dijo el joven á un individuo que ya estaba en el patio.

—Sí, señor—contestó aquél.—Me acaba de hablar doña Marcelina y...

—¿Y le ha dicho á usted que yo lo necesito?

—Sí, señor.

—Es cierto. Entre usted, Douglas. ¿Salió usted de Montevideo anteayer?

—Sí, señor. Anteanoche.

—Mucho alboroto, ¿eh?

—Todo el mundo se está alistando para venir-

se, y de aquí todos quieren irse—contestó el inglés, haciendo un movimiento con los hombros.

—¿De manera que se gana plata?

—No mucha. En el mes pasado he hecho siete viajes, y he llevado sesenta y dos personas, á diez onzas cada una.

—Ah, no es poco.

—¡Bah! Más vale mi cabeza, señor don Daniel.

—Sí cierto. Pero es más fácil «agarrar» al diablo que «agarrarlo» á usted.

El inglés soltó una carcajada.

—Mire usted, señor—dijo,—tengo muchas ganas de que me noten, por ver si me asusto. Porque para mí todo esto es una diversión. En España hacía el contrabando de tabaco, y aquí hago el contrabando de hombres.

Y el inglés se reía como un muchacho.

—Pero no pagan mucho—continuó.—Más me ha dado usted por los cajones que traje de Montevideo, que otros por salvarles la vida.

—Bien, pues, Mr. Douglas—dijo Daniel,—necesito nuevamente sus servicios.

—A la orden, señor don Daniel: mi ballenera, cuatro hombres que saben hacer fuego y remar, y yo que valgo por los cuatro.

—Gracias.

—Si hay que embarcar á alguno, he descubier-to otro lugar que ni el Diablo dará con los que allí se escondan.

—No, no hay que llevar personas. Primeramente, ¿cuándo piensa usted volver á Montevideo?

—Pasado mañana, si completo el número.

—Bien. No se irá usted hasta que yo lo avise.

—Bueno.

—Esta noche me llevará usted una carta á la escuadra bloqueadora.

—Muy bien.

—Me traerá usted la contestación mañana antes de las diez.

—Y antes también, si usted quiere.

—Mañana, á la oración, estará usted en su casa para recibir dos pequeños baúles que guardará usted en el sótano donde están dos cajones de armas. En esos baúles irán alhajas y objetos de señora, que usted mismo embarcará y llevará á bordo del buque que yo le designo, cuando me haya traído la contestación de la carta.

—Todo se hará así.

—¿Conoce usted bien la costa de los *Olivos*?

—Como esto—contestó el contrabandista abriendo su grande mano y mostrándosela á Daniel.

—¿Puede atracar una ballenera con facilidad?

—Según esté el río. Pero hay un puertito que llaman el *Saucc*, que, aunque haya poca agua, puede entrar una ballenera y esconderse entre las toscas, sin peligro ninguno. Pero ese está más allá de los *Olivos*, como á una milla.

—¿Y por los *Olinos*?

—Si el río está alto. Pero hay un peligro.

—¿Cuál?

—Que las dos falúas de la Capitanía recorren toda esa costa desde las diez de la noche.

—¿Las dos juntas?

—No. Generalmente se separan.

—¿Qué tripulación montan?

—La una ocho, y la otra diez hombres, y andan bien.

—Bueno, Mr. Douglas. Todo eso me era importante saber. Recapitulemos:

Que usted no se irá hasta que yo lo avise.

Que irá usted á la escuadra esta noche y traerá la respuesta de la carta que voy á entregarle, de las ocho á las diez de la mañana.

Que recibirá usted dos baúles mañana á la oración en su casa, y los embarcará y llevará usted mismo á la escuadra cuando yo se lo avise.

Precio convenido, el que usted ponga.

—Eso es lo mejor—respondió el inglés frotándose las manos,—eso es lo mejor. Así hablan los hombres. Ahora no me hace falta sino la carta.

—Va usted á tenerla—repuso Daniel levantándose y pasando á su escritorio mientras quedaba calculando el precio que pondría á todas sus comisiones el contrabandista de tabaco en España y de hombres en Buenos Aires.

Y no era él solo. Muchos eran los que se ocupaban de ese tráfico desde 1838 hasta 1842 en Buenos Aires. Y aunque ellos obrasen por el interés que les producía su arrojó, no es menos cierto que á ellos se debe la vida de centenares de buenos y patriotas ciudadanos que, sin la protección de ese inusitado contrabando, habrían caído bajo el plomo ó el puñal de Rosas.

Los más notables personajes de la emigración activa fueron salvados de Buenos Aires en las baleneras contrabandistas, y la juventud casi toda no salió de otro modo que como salieron Paz, Agrelo, etc.; es decir, bajo la protección de hombres como Mr. Douglas. Y hay que recordar un hecho bien explicativo por cierto, y es que, cuando la delación era tan pródigamente correspondida, y cuando no pasaba un día sin que las autoridades de Rosas la recibiesen de hijos del país, en todos esos extranjeros, italianos, ingleses, nor-

teamericanos, poseedores del secreto y de las personas de los que emigraban, sin ignorar la alta posición que muchos de ellos tenían en la sociedad—lo que habría importádoles una altísima recompensa de parte de Rosas,—no hubo uno solo que vendiese el secreto ni la confianza que se depositaba en él.

VII

EL JEFE DE RONDA

Dos días después de aquel en que Pílates había pasado por tanta agitación de espíritu y de cuerpo, en las calles, y en la casa de su amigo Orestes, es decir, el 5 de septiembre, Buenos Aires era toda confusión y anarquía en las ideas, en los temores y en las esperanzas; todo silencio y reconcentración en los enemigos de la dictadura, mientras los federales se hallaban en una agitación nerviosa que los ponía en continuo movimiento: era que desde las once se sabía que el ejército libertador estaba á una legua de la capilla de Merlo; y por consiguiente, que al otro día podía estar sobre Santos Lugares ó en la ciudad misma.

No se puede decir que la aproximación de los enemigos de Dios y de los hombres aumentase el personal de las fuerzas amontonadas en la fortaleza, en el cuartel de serenos, en el de Ravelo, etcétera. Pero, sí, puede decirse, que los religiosos

y humanitarios partidarios de Rosas se movían cada uno como cuatro, corriendo al galope de un lado al otro de la ciudad anunciándose recíprocamente la aproximación de Lavalle y haciendo espléndidos juramentos federales. Y aun cuando la crónica contemporánea no alcanzó á averiguar hasta qué punto tomaba parte el valor en aquella estrepitosa y movediza decisión, y hasta qué punto la tomaba el miedo, porque todos los extremos se tocan en la Naturaleza, y suelen proceder aparentemente de causas contrarias los mismos resultados, lo que hay de cierto es que muchos se movían, y gritaban mucho, siendo su punto de reunión general, después de fatigar sus caballos y sus pulmones, la casa del héroe vivo y de la heroína muerta; donde, á falta de uno, que se hallaba en Santos Lugares, y de la otra, cuyo paradero Dios lo sabe, estaba la que debía pagar por todos: esa pobre hija de Rosas, destinada á presenciar todo lo más repugnante de un sistema «perfecto» de relajación y de sangre, y á rozarse con cuanto había de repulsivo, de inmoral y de cínico en un sistema de cosas que había subvertido el orden natural de la sociedad, y alzado el barro de su fondo á la superficie, donde se sostenían inatos el crimen y la degradación de la especie humana.

Toda la cuadra de la casa de Rosas estaba obstruida por los caballos federales. Y como á ningún federal de esa especie podía faltarle cola, y como un recio viento del Sudeste enfilaba la calle, sucedía que las cintas de las colas federales y las plumas que coronaban sus frentes, agitadas por el viento y alumbradas por el sol clarísimo de septiembre, parecían de lejos espirales de

llamas enrojecidas saliendo de las puertas del infierno.

El gran corralón, los patios, la *Oficina*, toda la casa, á excepción de las habitaciones del Dictador, representaban un verdadero hormiguero.

Todo el mundo federal entraba y salía en aquella casa. ¿A qué? A cualquier cosa. Allí se había de saber, primero que en ninguna otra casa, el triunfo ó la derrota de Lavalle.

Había, sin embargo, una clase de vivientes que entraban en la casa de Rosas y buscaban la presencia de Manuela con un objeto exprofeso, sincero y real: las negras.

Uno de los fenómenos sociales más dignos de estudiarse en la época del terror, es el que ofreció la raza africana, conservada apenas en su sangre originaria, y modificada notablemente por el idioma, el clima y los hábitos americanos. Raza africana por el color. Plebe de Buenos Aires por todo lo demás.

Desde los primeros días de nuestra revolución, la magnífica ley de la libertad de vientres vino en amparo de aquella parte desgraciada de la humanidad, que había sido arrastrada también hacia el virreinato de Buenos Aires por la codicia y crueldad del hombre europeo.

Fué Buenos Aires la primera que en el Continente de Colón cubrió con la mano de la libertad la frente del africano, pues, donde estaba el agua del bautismo, no quería ver la degradación de la especie humana. Y la libertad, que así la regeneró y rompió de sus brazos la cadena de siervo, no tuvo en la época del terror ni más acérrimo, ni más ingenuo enemigo que esa raza africana.

Nada sería que hubiese sido partidaria de Ro-

sas ; hasta natural sería que hubiese soportado por él todo género de privaciones y sacrificios, desde que ninguno como él lisonjeó sus instintos, estimuló sentimientos de vanidad hasta entonces desconocidos para esa clase, que ocupaba por su condición y por su misma naturaleza el último escalón de la gradería social.

A las promesas, á las consideraciones, Rosas agregaba los hechos ; y las personas de su familia, los principales de su partido, su hija misma, por decirlo todo, se rozaban federalmente y hasta bailaban con los negros.

Nada sería, pues, en el estudio de esta época curiosa, ver esa parte de la plebe porteña entusiasta y fanática por aquel Gobierno, que así la protegía y la consideraba.

Pero lo que llama, sí, la atención y concentración del espíritu, y que deberá preocupar más tarde á los regeneradores de esa tierra infeliz, son los instintos perversos que se revelaron en aquella clase de la sociedad, con una rapidez y una franqueza inauditas.

Los negros, pero con especialidad las mujeres de ese color, fueron los principales órganos de delación que tuvo Rosas.

El sentimiento de la gratitud apareció seco, sin raíces en su corazón.

Allí donde se daba el pan á sus hijos, donde ellas mismas habían recibido su salario, y las prodigalidades de una sociedad cuyas familias pecan por la generosidad, por la indulgencia, y por la comunidad, puede decirse, con el doméstico ; allí llevaba la calumnia, la desgracia y la muerte.

Una carta insignificante, un vestido, una cinta con un estambre azul ó celeste, era ya una arma ;

y una mala mirada, una pasajera reconvención de los dueños de casa ó de sus hijos, era lo suficiente para emplear esa arma. La policía, doña María Josefa, cualquier juez de paz, comisario ó corifeo de la Mazorca, recibían una delación, en que figuraban comunicaciones con Lavalle, ó cosas semejantes, que importaban la ruina y el luto de una familia; porque el ser clasificado de unitario en Buenos Aires importaba estar puesto fuera de toda ley y bajo el imperio de todo insulto, de toda desgracia, de todo crimen.

El odio á las clases honestas y acomodadas de la sociedad era sincero y profundo en esa clase de color; sus propensiones á ejecutar el mal eran á la vez francas é ingenuas; y su adhesión á Rosas leal y robusta.

Desde que el Dictador marchó á Santos Lugares, y con él los batallones de negros que había en la plaza, las negras empezaron también por su cuenta á marchar al campamento, abandonando el servicio de las familias que quedaron entregadas á su propia asistencia.

Pero antes de salir de la ciudad se presentaban á bandadas en la casa de Manuela ó en la de doña María Josefa de Ezcurra, anunciando que iban á pelear también por el Restaurador de las Leyes. Y en el día que describimos no era pequeño el número de ellas que cuajaba los patios y zaguanes de la casa de Rosas, haciendo estrepitosa algazara al despedirse de Manuela y de cuantos había allí.

Era un día de jubileo en aquella casa, tan célebre en los fastos de la tiranía.

Doña María Josefa se había trasladado á ella desde las once; y á las ocho de la noche todavía estaba allí esperando algún otro chasque de Santos

Lugares que hiciese saber si Lavalle había pasado más acá de la capilla de Merlo ó si el ejército federal le había salido al encuentro y pulverizándolo bajo sus tremendas armas, y á los rayos del genio.

Ya era de noche.

De repente, el eco de un cañonazo lejano vino á herir el espíritu de todos.

Manuela se inmutó visiblemente. No era la causa política, era la vida de su padre lo que inspiró un cúmulo de sentimientos penosos en su corazón.

Por un largo rato la atención de todos se concentró en el oído; pero en vano.

Manuela buscaba con sus miradas alguien que pudiera decirle la verdad. Pero la joven conocía tanto á los que la rodeaban, que no se atrevió á interrogar á ninguno.

De improviso, un movimiento cuya impulsión venía del patio, se comunica hasta la sala, y todos vuelven sus miradas hacia la puerta en donde, á través de las nubes densas de humo de cigarro se pudo distinguir la figura del jefe de policía, y pudo percibirse su voz, que decía á cuantos le preguntaban:

—No es nada, no es nada; es el cañonazo de las ocho que tiran los franceses.

Manuela alivió con un suspiro á su oprimido corazón, y preguntó impaciente á Victorica, que se acercaba á saludarla:

—¿Nadie ha venido?

—Nadie, señorita.

—Por Dios, ¡desde las once no sé una palabra!

—Pero es probable que antes de una hora sepamos algo.

—¿Antes de una hora?

—Sí.

—¿Y por qué, Victorica?

—Porque á las seis mandé un comisario de policía con el parte del día al señor Gobernador.

—Bien, gracias.

—Estará aquí á las nueve cuando más.

—¡Ojalá! ¿Y cree usted, que estén muy cerca ya de Santos Lugares?

—No es probable. Anoche acampó Lavalle en la estancia de Bravo. A las diez y media de la mañana de hoy estaban á tres leguas de Merlo; y á estas horas se hallarán, cuando más, á una legua de ese punto; es decir á dos leguas de nuestro campamento.

—¿Y esta noche?

—¿Cómo?

—¿No se marcharán esta noche?—repuso Manuela pendiente de las palabras de Victorica.

—¡Oh, no!—contestó éste,—esta noche no marcharán, ni tal vez mañana. Lavalle trae poca gente, señorita, y tendrá que prepararla muy bien.

—¿Y á qué número ascienden las fuerzas de Lavalle? Dígame usted la verdad, yo se lo ruego—prosiguió Manuela que hablaba casi al oído del jefe de policía.

—¿La verdad?

—Sí, sí, la verdad.

—Es que no se puede preguntar así no más por esa señora; porque hoy es muy difícil encontrarla. Pero, según los datos que me parecen más seguros, Lavalle trae tres mil hombres.

—¡Tres mil hombres, y decían que apenas tiene mil!—exclamó la joven.

—¿No le dije á usted que no se encuentra á la señora verdad?

—¡Oh, es terrible!

—La engañan á usted en muchas cosas.

—Ya lo sé. En todo, y todos me engañan.

—¿Todos?

—Menos usted, Victorica.

—¿Y para qué engañar ahora?—repuso el jefe de policía con un brusco movimiento de hombros, que parecía decir: «Estamos jugando el todo, la hora ha llegado, y no tenemos á quien engañar, si no es á nosotros mismos.»

—Y tatita, ¿qué fuerza tiene? La verdad también.

—¡Oh, eso es fácil! El señor Gobernador tiene en Santos Lugares, de siete á ocho mil hombres.

—¿Y aquí?

—¿Aquí?

—¿Sí, en la ciudad, pues?

—Todos y ninguno.

—¿Cómo?

—Que según las noticias que nos lleguen del campamento mañana ó pasado mañana, hemos de tener un mundo de soldados, ó nos hallaremos con que no tenemos ninguno.

—¡Ah, sí, sí, ya lo sé!—repuso Manuela con viveza, al comprender lo que le pareció al principio una paradoja de Victorica. Ella sabía mejor que nadie el crédito que debía dar á las palabras de los seres envilecidos que la rodeaban; que sólo eran bravos con el puñal, sobre la víctima inerme.

—¿Y me dará usted las noticias—prosiguió,—en cuanto las reciba esta noche, si tatita no me escribe?

—No lo sé, señorita, porque ahora mismo parto

para la Boca, y he dado orden para que el comisario vaya en mi busca por ese lado.

—¡A la Boca! ¿Y no hace usted más falta en la ciudad?

—Yo creo, señorita, que no hago falta en ninguna parte—contestó Victorica con cierta expresión en el rostro, que hubiera parecido una sonrisa y que sin duda quiso serlo, si lo hubieran permitido aquellos músculos duros y rígidos que no se prestaban á otro movimiento que al de la expresión de las pasiones recias y profundas.

—¿Qué quiere usted decir, señor don Bernardo?—preguntóle Manuela algo seria; porque el carácter de aquella joven ya empezaba, naturalmente, á resentirse un poco de la regia autoridad de su padre, y á disgustarse al notar síntomas de desagrado en sus servidores.

—Quiero decir—contestó Victorica,—y lo mejor es decirlo con franqueza, que antes recibía las órdenes directamente del señor Gobernador; y desde hace tiempo las estoy recibiendo de otros, á nombre de Su Excelencia.

—¿Y cree usted que alguien se atrevería á tomar el nombre de mi padre?

—Lo que creo, señorita, es que no puede ir á Santos Lugares y volver, en media hora.

—¿Y bien?

—Y esta tarde, por ejemplo, recibí, á nombre de Su Excelencia, la orden de vigilar esta noche la costa hasta San Isidro; y un cuarto de hora ó media hora después, recibí contraorden, á nombre también del Restaurador, de hacer la ronda por la Boca.

—¡Ah!

—Y ya usted ve, Manuelita, que alguna de esas dos órdenes no es del señor Gobernador.

—Cierto. ¡Es bien singular!

—Para mí no ha habido épocas buenas ni malas en servicio del general Rosas, ni las habrá nunca. Pero no me anima la misma voluntad en servir á otras personas que obren por intereses particulares y no de la causa.

—Créame usted, Victorica, que he de hablar á tatita sobre esto la primera vez que me sea posible.

—Esta señora me da más que hacer que el señor Gobernador.

—¡Esta señora! ¿Qué señora?

—¿No ha comprendido usted que me estoy refiriendo á doña María Josefa?

—¡Ah, sí!—y sin embargo, Manuela no había comprendido tal cosa, porque poca atención prestaba, en efecto, á todo cuanto no fuera relativo á la situación que rodeaba á su padre en esos momentos.

—Esa señora—prosiguió Victorica,—tiene un especial interés en que se vigilen las costas para que no se vayan los unitarios; y si por mí fuera, los dejaría ir á todos.

—Y yo también—agregó Manuela con prontitud.

—Hoy me mandó orden de hacer espíar de nuevo una casa, donde yo sé muy bien que hasta las paredes son unitarias. ¿Pero qué sacamos con espíarla? Ni se me dice lo que se debe vigilar, ni qué haré si encuentro tal ó tal cosa.

—Ya.

—En seguida, orden, á nombre de Su Excelen-

cia, de andar tras los pasos de un muchacho alocado.

—¡ Es ocurrencia!

—Un muchacho que anda de aquí para allá como un saltimbanqui, y que en realidad no se le conocen más relaciones que federales.

—¿ Y quién es, señor Victorica?

—Una visita de aquí mismo.

—¿ De aquí? ¿ Y orden de perseguirlo?

—Sí, señorita.

—¿ Pero, quién es?

—Bello.

—¡ Bello!—exclamó Manuela, que sentía una sincera amistad por el joven.

—Sí, á nombre del señor Gobernador—prosiguió Victorica.

—¡ Oh, no puede ser!

—Sin embargo, así me lo ha dicho personalmente doña María Josefa.

—¿ Prender á Bello?—repuso Manuela,—vamos, repito que es imposible. Tatita no puede haber dado semejante orden. Bello es un excelente joven; es un buen federal, y su padre es uno de los amigos más antiguos del mío.

—No se me ha dicho que lo prenda, sino que lo vigile.

—Es quizá uno de los pocos hombres sinceros que nos rodean—agregó Manuela.

—A mí no me parece malo. Pero debo decir que tiene muchos enemigos, ó enemigos muy poderosos.

—Señor Victorica, no dé usted paso alguno contra ese señor, si no recibe orden expresa de tatita.

—Si usted lo dispone así...

—Así lo dispongo, no siendo dada la orden por Corvalán.

—Muy bien.

—Yo sé algo de esto, poco más ó menos. No hagamos que tatita sirva de pantalla.

—Bien, bien—repuso Victorica contentísimo de haberse vengado de doña María Josefa; y cual si quisiese recompensar á Manuela del buen rato que acababa de darle, le ofreció mandarle al comisario en el acto que llegase con las noticias del campamento.

—Pero pido á usted—agregó,—que, buenas ó malas las noticias que traiga, no pasen de usted, hasta que yo se las repita como es mi obligación.

—Se lo prometo á usted.

—Entonces, buenas noches, Manuelita.

Y el jefe de policía volvió á pasar por entre los grupos que poblaban la sala y el patio, sin que nadie se atreviese á detenerlo para pedir noticias, como hacían todos recíprocamente.

El asiento que dejó, no quedó vacío ni un minuto, pues un nuevo personaje de la época vino á dar á la joven anticipadas felicitaciones por el próximo triunfo federal.

Y mientras Manuela suplicaba á su nuevo interlocutor que saliese á pedir á las negras que no gritasen tanto en el patio, y les dijese que su padre las recibiría con mucho gusto en el campamento, doña María Josefa daba la mano, despidiendo á un personaje de gallarda estatura, como de treinta y ocho ó cuarenta años, de hermosos ojos, moreno, de espeso y negro bigote, y vestido con chaqueta de paño grana, pantalón negro con franja punzó, chaleco y corbata de este último

color, y que ostentaba una enorme divisa, y un no menos grande puñal á la cintura.

—Conque, temprano—le decía la cuñada de Rosas.

—Sí, señora, antes de las siete estoy en casa de usted á darle cuenta.

—Pero, si antes hay novedad, me manda avisar en el momento.

—Sí, señora.

—Yo he de estar aquí toda la noche, ó hasta que sepamos de Juan Manuel. Pero, mire, no le dé cuartel á ninguno. Ya sabe que todos los que se fugan se van á Lavalle.

—No hay cuidado—contestó aquél con una sonrisita que parecía decir: «No necesito de esa recomendación.»

—Victorica va á recorrer la costa desde el fuerte hasta la Boca—prosiguió doña María Josefa.

—Ya lo sé, señora; y yo voy á relevar á Cuitiño, que está haciendo la ronda desde la Batería hasta San Isidro.

—Eso es. Hay un ratón que ya una vez se escapó de la jaula, pero se me ha puesto que le hemos de hacer caer tarde ó temprano. Váyase de una vez. Ya sabe que para estas cosas yo hago las veces de Juan Manuel. Vaya, despídase de Manuelita, y hasta mañana.

Y el personaje que iba á relevar á Cuitiño se separó de la hermana política del Dictador: ese individuo era Martín Santa Coloma, uno de los principales corifeos de la Mazorca, cuyas manos quedaron, en 1840, bañadas en la sangre de sus defensores compatriotas.

VIII

LA BALLENERA

La noche estaba nebulosa, pero suave; el río tranquilo; una brisa fresca, pero dulce, picaba ligerísimamente las aguas que, en alta marea, cubrían las peñas de las costas y se derramaban sin rumor en las pequeñas ensenadas de sus orillas. Apenas de vez en cuando se dejaba ver una que otra estrella en el firmamento á través de los pardos celajes, como aparece una que otra esperanza en el cristal empañado de una alma desgraciada.

A las nueve de esa noche una embarcación había desprendídose del costado de una de las corbetas bloqueadoras, con un joven oficial francés, el patrón y ocho marineros.

En la primera hora la ballenera corrió á lo largo con su proa al Oeste cuarta al Norte, con su vela englobada, ligera y graciosa como una creación de la noche posada en el ala de la brisa, mientras que el joven oficial, envuelto en su capa, y tendido sobre el banco de popa, con esa indolencia característica del marino, sólo bajaba su vista de rato en rato, á ver una pequeña carta abierta á sus pies; y alumbrado por una linterna

á cuya luz echaba una mirada de vez en cuando á una rosa náutica que sujetaba el pequeño plano, mostraba luego con la mano, y sin hablar una palabra, la dirección que debía dar á la ballenera el patrón que dirigía el timón. Y á la luz también de esa linterna colocada en el fondo de la ballenera, se distinguían los fusiles de los marineros, colocados de babor á estribor.

Como al cabo de una hora, el oficial consultó su reloj, é hizo en seguida un examen más detenido de la aguja, del plano, y de la dirección de la ballenera; y mandó luego arriar la vela, y seguir á remo en la dirección que indicó, después de colocar bajo un banco de popa la linterna. La parte superior de los remos estaba envuelta en lona, y apenas se percibía el débil rumor de la pala en el agua.

Las luces de la ciudad se habían perdido completamente á la vista; y sólo, hacia la izquierda, se percibía la forma de la costa indefinible y negra, y que aparecía más y más elevada, á medida que la ballenera avanzaba con más rapidez al impulso de los remos, que antes al del paño.

Al cabo, el oficial dijo una palabra al timonero, y la ballenera viró un tercio más hacia la costa; y, á otra palabra del patrón, los marineros empezaron á tocar apenas con la punta del remo la superficie del agua, y la embarcación perdió más de la mitad de su marcha.

Entonces el joven se sentó en el piso de popa, tomó la linterna, observó con mucha atención la aguja y las indicaciones del plano, y después de un rato levantó su brazo, sin quitar los ojos de la aguja y de la carta.

A esta acción los marineros dieron, por una sola

vez, una impulsión inversa á los remos, y la ballenera quedó como clavada sobre las aguas en medio del silencio y de las sombras.

Estaban á una cuadra de la costa.

Entonces el oficial pidió dos sombreros á los marineros. Colocó la linterna entre los dos sombreros de hule, uno de cada lado, de manera que la luz se proyectase en línea recta, sin esparcir claridad en derredor suyo; y tomándola de este modo entre sus manos, se puso de pie y la levantó á la altura de su cabeza, con la luz en dirección á la costa.

Permaneció de este modo algunos minutos, mientras que la mirada de todos buscaba en tierra la correspondencia de aquel telégrafo misterioso. Pero inútilmente.

El joven movió la cabeza, y colocando la linterna en su lugar anterior, dió orden de seguir.

Cinco minutos después volvió á repetirse la misma operación con las mismas precauciones. Pero inútilmente también.

El oficial, ya con un poco de mal humor, volvió de nuevo á examinar la dirección que había tomado, y confirmado de que estaba en ella, de que estaba en el mismo paraje, al mismo rumbo que se marcaba en el plano, dió orden de marchar un poco más á tierra para salir de la sombra que formaba la barranca inmediata.

En efecto, á pocos minutos de marcha, la ballenera pasó por frente á un pequeño cabo, y como á dos cuadras de su anterior estación volvió á funcionar el telégrafo entre las manos del oficial.

No había pasado un minuto que aquella luz flotante despedía su rayo sigiloso en dirección á la tierra únicamente, cuando sobre la barranca in-

mediata brilló una luz, algo más viva que la que parecía requerirse por la luz marítima, que se rodeaba de tantas precauciones.

—Allí está—exclamaron todos los de la ballenera, pero con una voz apenas perceptible para ellos mismos.

La linterna subió y bajó entonces, por dos veces, en las manos del oficial, y la luz de tierra extinguióse en el acto.

Eran las once de la noche.

Como á las siete de esa misma noche, un carruaje conducido por Fermín, había parádose á la puerta de la casa de madama Dupasquier; y poco después subía á él aquella noble señora, pero subía pálida, macilenta, con la expresión de esas enfermedades, de esas tisis del alma que hacen mayores estragos, y más pronto, que las más crueles dolencias de los órganos; y á su lado subía su hija, linda como una promesa de amor, y pura y delicada como un jazmín del aire: eran dos mujeres del tipo perfecto de 1820, que podemos hacer llegar, si se quiere, hasta 1830. Porque la generación que se desenvolvió durante la revolución, tanto en hombres como en mujeres, en lo moral como en lo físico, ha tenido un sello especial que ha desaparecido con la época. Es curiosa, pero sería muy larga esa demostración. Y sólo diremos que de aquellas mujeres que hoy se perpetúan en los retratos ó en las tradiciones, no quedan sino los retratos y las tradiciones.

Inmediatamente el coche había tomado hacia la plaza, doblando por debajo del arco de la Recova, atravesando la plaza del 25 de Mayo, descendien-

do al Bajo, y tomando á gran trote con dirección al Norte.

Al pasar por el bajo de la Recoleta, ya muy de noche, dos jinetes habían salido al encuentro del carruaje, y luego de reconocerlo siguieron su marcha á dos pasos de él.

Más allá de Palermo de San Benito, lugar casi desierto en esa época y que muy pronto debía convertirse en la espléndida y bulliciosa morada del tirano, se vió á cuatro hombres venir en dirección opuesta.

En el acto los dos jinetes que lo escoltaban, prepararon las armas que llevaban bajo sus ponchos, y se dispusieron para lo que pudiera ocurrir. Pero felizmente no era gente de la Mazorca, y lejos de detener el carruaje, aquellos cuatro hombres pasaron haciendo grandes cortesías á los que iban dentro y á los que cabalgaban á su lado. Porque uno de los rasgos característicos de la época de Rosas era el afán de los hombres por saludarse unos á otros, aun cuando en su vida se hubieran visto la cara: originalidad que no puede explicarse de otro modo, que por el miedo que recíprocamente se tenían todos.

De cuando en cuando, y á pesar del aire de la noche, la misma madama Dupasquier mandaba á su hija que abriese uno de los postigos del coche para ver si venían sus amigos. Y cada vez que la joven cumplía esta orden, bien poco pesada para ella, como se comprende, unos ojos llenos de amor y de vigilancia divisaban su preciosa cabeza, y en el rápido vuelo de un segundo, uno de los jinetes estaba al lado del estribo, y un brevísimo diálogo de las más tiernas interrogaciones tenía lugar entre la niña y el joven, entre la madre y su hijo,

porque el joven, se entiende, no era otro que Daniel, el prometido esposo de Florencia.

En una de estas idas y venidas, Daniel, al llegar á su amigo, acercando mucho su caballo, y poniéndole la mano en el hombro, le dijo:

—¿Quieres que haga una revelación que á cualquiera otro le daría rubor hacerla?

—¿Acaso vas á decirme que estás enamorado? ¡qué diablos! Yo también lo estoy; no me avergonzaría de contarlo.

—No, no es eso.

—Veamos, pues.

—Que tengo miedo.

—¡Miedo!

—Sí, Eduardo, miedo. Pero es en este momento. En esta solitaria travesía. En el paso arriesgado que vamos á dar. Yo que juego mi vida á todas horas; que desde niño, puedo decirlo, he buscado la noche, las aventuras peligrosas, los pasos arriesgados; que he aprendido á domar el potro por el placer de correr un peligro; que he surcado las olas de nuestro río, más bravas y poderosas que el Océano, en un débil bote, sin motivo, sin interés, por sólo la satisfacción de verme frente á frente con la Naturaleza, en los momentos de sus salvajes jactancias; yo, que tengo fuerte el corazón y diestro el brazo, temblaría como una criatura siuviésemos en este momento un accidente cualquiera que nos pusiese en peligro.

—¡Pues es un lindo modo de ser valiente! ¿Para cuándo quieres el valor sino para los peligros?

—Sí, pero peligros para mí; no para Florencia, no para su madre. No es el miedo de perder mi vida. Es miedo de hacerle derramar una lágrima, de hacerla sufrir los tormentos horribles

porque pasaría su corazón, si nos rodease de repente un conflicto. Es miedo de que quedase sola, con su padre ausente, con su madre casi expirando, y sin mi apoyo en esta tormenta de crímenes que se cierne sobre nuestras cabezas. Es miedo por la desgracia del ser amado, que sólo sienten ciertos corazones, ciertos caracteres en la vida. ¿Me comprendes ahora?

—Sí, y lo peor es que me has inoculado ese miedo en que no había pensado, á fe mía: miedo de morir, no por morir, sino por los que quedan vivos. ¿No es eso?

—Sí, Eduardo; cuando uno tiene la conciencia de que es amado, cuando uno ama de veras, la vida se reparte, se encarna con otra vida, y al morir queda un pedazo de uno mismo en la tierra, y eso es lo que se siente.

—Pero, en fin, ya estamos cerca, Daniel; dentro de diez minutos estaremos allí. ¡Pobrecita! Tu Florencia siquiera viene con nosotros; pero ella, ella está sola desde ayer, ¡ah! ¡pensar que pasado mañana, que mañana tal vez, puede cesar esta horrible vida que llevamos! ¡Prófugos, parias en nuestro propio país, en nuestra misma casa!... Mira, Daniel, creo que cuando respire el olor á la pólvora, cuando sienta el primer escuadrón de Lavalle, y salgamos los veinte que ya somos, con nuestros fusiles, creo, te digo, que voy á empezar á tirar tiros al aire, por respirar pólvora, si esa canalla de Rosas no quiere que se los tiremos al pecho. ¿Crees que estén aquí pasado mañana?

—Sí—repuso Daniel,—ese es el orden de las marchas. Puede emprenderse el ataque pasado mañana; y es esa la razón por que he instado tanto por el viaje que se va á efectuar esta noche.

Me conozco. No valdría con Florencia en Buenos Aires, ni la mitad de lo que valdré solo en aquel trance.

—¡Y esta Amalia, esta Amalia no querer seguir las!—exclamó Eduardo.

—Amalia tiene más valor que Florencia, y otro carácter también. No habría poder humano que la separase de tu destino. Aquí estás tú, y aquí está ella; es tu sombra.

—No, es la luz, es la estrella de mi vida—repuso Eduardo con un acento de vanidad que parecía decir: «Así es el carácter que quiero en la mujer amada de mi corazón.»

—Ahí está la casa—señaló Daniel y se adelantó á dar orden á Fermín de poner el carruaje en la parte opuesta del edificio, luego que bajasen las señoras.

Un minuto después estaba aquél en la puerta de la «casa sola.» Pero ni una luz, ni una voz, y sólo el rumor de los árboles cercanos.

Sin embargo, no bien el carruaje y los caballeros pararon á la puerta, cuando ésta se abrió, y los ojos de los viajeros, habituados á la obscuridad desde hacía dos horas, pudieron distinguir las figuras de Amalia y de Luisa paradas en la puerta; mientras que por el postigo de una ventana asomaba la cabeza de Pedro, el viejo veterano, que custodiaba á la hija de su coronel, con la misma vigilancia con que veinte años antes guardaba su puesto y su consigna, en las centinelas avanzadas de los viejos ejércitos de la patria.

Madama Dupasquier bajó casi exánime, pues el viaje la había molestado terriblemente. Pero todo estaba preparado por la prolija y delicada Amalia; y después de tomar algunos confortati-

vos y reposar un rato, la enferma volvió á hallarse mejor. Además, la idea de que pronto iba á dejar de respirar aquel aire que la asfixiaba, y salvar á su hija, era el mejor tónico para su debilidad presente.

Según las instrucciones de Daniel, sólo había luz en el aposento de Amalia, cuya única ventana daba al pequeño patio de la casa. La sala, que servía de aposento á Luisa, y el comedor, cuyas ventanas daban hacia el río, y sus puertas hacia el camino, estaban completamente oscuras.

Florencia estaba más pálida que de costumbre; y su corazón latía con esa irregularidad que acompaña á las situaciones inmediatamente precursoras de un desenlace que se anhela y se teme. Un peligro inminente iba á correrse. Pero en el blando espíritu de la mujer no cabe el recuerdo de sí misma cuando peligran también la vida de su madre y la de su amante.

La joven sonreía á aquélla. Miraba tierna y amorosamente á su Daniel; y en el cristal bellissimo de sus ojos, una humedad celestial se desparrahaba.

Daniel salió; habló un buen rato con Fermín, y volvió luego diciendo:

—Van á dar las diez de la noche. Es necesario que vayamos á las ventanas del comedor, á esperar la señal de la ballenera, que no debe tardar. Pero es preciso que Luisa se quede aquí y que lleve la luz á la sala en el momento en que yo se la pida. ¿Entiendes, Luisa, lo que tienes que hacer?

—Sí, sí, señor—contestó la vivísima criatura.

—Vamos, pues, mamá—dijo Daniel tomando

la mano de madama Dupasquier.—Usted también nos ayudará á observar el río.

—Sí, vamos—contestó la aristocrática porteña con una sonrisa que mal cuadraba con su cada-
vérico semblante,—y he aquí lo que no se me
había ocurrido jamás.

—¿Qué cosa, mamá?—le preguntó con prou-
titud Florencia.

—Que yo tuviera que hacerme federal por un
momento, empleando mis ojos en espiar entre las
sombbras. Y sobre todo, no se me había ocurrido
que tuviese alguna vez que embarcarme por estos
parajes y á estas horas.

—Pero desembarcará usted en su coche dentro
de ocho días, señora.

—¿Ocho? ¡y qué! ¿costará tanto echar esta ca-
nalla de Buenos Aires?

—No, señora—repuso Eduardo,—pero usted no
vendrá de Montevideo hasta que vayamos todos
á buscarla.

—Y será el mismo día que no haya Rosas—
agregó Daniel, que fué compensado con una leve
presión de la mano de su Florencia, que no se
había desprendido de la suya desde que salieron
del aposento de Amalia, pues que ya estaban en
el comedor, sin más luz que la escasísima de la
noche que entraba por los vidrios que daban hacia
el río, en cuya dirección estaba fija la mirada de
todos.

A medida que pasaban los minutos por la rueda
del tiempo, la conversación se cortaba y se reanu-
daba con dificultad, porque una misma idea ab-
sorbía la atención de todos: era ya la hora, y la
ballenera no venía. Madama Dupasquier no podía
permanecer allí. El conflicto de las armas podía

tener lugar al otro día. Y se necesitaban tres por lo menos para combinarse de nuevo con la estación francesa.

—Tardan—dijo Amalia, que era quien conservaba más sereno su espíritu, porque no había nada que agitase, ni la felicidad ni el peligro de la muerte, á aquella naturaleza dulce, tierna y melancólica.

—El viento quizá—repuso Daniel buscando un pretexto que calmase algo la inquietud general, y en la que tomaba él la mayor parte.

De repente, Amalia, que estaba al lado de Eduardo, exclamó:

—Allí está—extendiendo su mano en dirección al río.

—¿Es?—preguntó Florencia levantándose y dirigiéndose á Daniel.

El joven abrió entonces la ventana, calculó la distancia de la casa á la orilla del agua, que se dejaba conocer por el rumor de las olas, y conociendo que la luz estaba en el agua, cerró la ventana y gritó:

—¿Luisa?

El corazón de todos latía con violencia.

Luisa, que había estado con su manecita en el candilero desde que recibió la orden, llegó con la luz antes que el eco de su nombre se extinguiese en el aposento.

Daniel puso la luz contra el vidrio, y después de haber percibido el movimiento convenido en la luz marítima, cerró los postigos y dijo:

—Vamos.

Florencia estaba trémula y pálida como el marfil.

Madama Dupasquier, tranquila y serena.



Al salir afuera de la casa, Daniel la hizo parar un momento.

—¿Qué se espera?—preguntó Eduardo que daba el brazo á Florencia, mientras madama Dupasquier se apoyaba en el de Daniel.

—Esto—dijo Daniel señalando un bulto que veía subir por la barranca.

Daniel dejó el brazo de madama Dupasquier y se adelantó.

—¿Hay alguien, Fermín?

—Nadie, señor.

—¿En qué distancia?

—Como á cuatro cuadras de un lado á otro.

—¿Se ve desde tierra la ballenera?

—Ahora, señor, porque acaba de atracar á las toscas; el río está muy crecido, y se puede subir sin mojarse.

—Bien, pues. ¿Recuerdas todo?

—Sí, señor.

—Mi caballo desde ahora mismo en la Peña Blanca, como á tres cuartos de legua de aquí. Bastante adentro del agua, para quedar cubiertos por la Peña Grande. Allí he de desembarcar dentro de dos horas. Pero con toda precaución monta á caballo ya y vete á esperarme.

—Bien, señor.

La comitiva ya estaba impaciente é intrigada por la demora de Daniel. Pero éste los tranquilizó luego y descendieron la barranca.

El aire de la noche parecía vigorizar á la enferma, pues caminaba con una notable serenidad, apoyada en el brazo de su futuro hijo.

Delante de ellos iba Florencia con Eduardo.

Y abriendo la marcha de la comitiva iba Amalia con la pequeña Luisa de la mano.

Por dos veces le había rogado Eduardo que tomase su otro brazo. Pero ella, queriendo dar valor á todos, contestaba que no; que era la señora feudal de aquellos parajes, y que debía siempre marchar delante.

Cubierta su espléndida cabeza con un pequeño pañuelo de seda negra, cuyas puntas estaban prendidas bajo la barba, sólo se distinguían el perfil de su hechicero rostro y sus ojos, en los que no faltaba una luz, ni entre las densas sombras de la noche.

En pocos minutos llegaron á la orilla del río donde la ballenera estaba atracada y aquietada por dos robustos marineros que habían saltado á tierra con ese objeto.

La embarcación había dado por casualidad con una pequeña abra del río.

Al acercarse las señoras, el oficial francés saltó á tierra con toda la galantería de su nación, para ayudarles á embarcarse.

Había un no sé qué de solemnidad religiosa en ese momento, en medio de las sombras de la noche, y en esas costas desiertas y solitarias.

Madama Dupasquier se despidió con estas solas palabras:

—Hasta muy pronto, Amalia.

Un unitario jamás se atrevía á decir, ni aun á creer, que Rosas se conservase ocho días más.

Pero Florencia, organización en que pocas veces había el consuelo de las lágrimas, sintió rotas al fin las fuentes de su corazón, y bañó con ellas los hombros y el semblante de su amiga.

Amalia lloraba dentro de su alma mientras que las imágenes más tristes y fatídicas cruzaban por su rica y desgraciada imaginación.

—Vamos—dijo al fin Daniel, y tomando á su Florencia de la mano, la separó de Luisa que lloraba también, y alzándola por su cintura de sfil-fide, la puso de un salto en la ballenera, donde ya estaba madama Dupasquier al lado del oficial.

Todavía un ¡adiós! se cambió entre Florencia, Amalia y Eduardo; y á una voz del oficial la ballenera se desprendió de tierra, viró luego hacia el Sur, y enfiló la costa con su vela tiriana desplegada, y sin las precauciones con que se había acercado un cuarto de hora antes. Seguía la costa con la intención de tomar más abajo un cuarto más de viento en su bordada al Este.

Amalia, Eduardo y Luisa, la siguieron con sus ojos hasta que se perdió entre las sombras.

Entonces posó Amalia su brazo en el hombro del bien querido de su alma, y alzó sus lindos y tranquilos ojos á contemplar los fragmentos de nubes que volaban entre las alas de la brisa, y que de vez en cuando dejaban ver aparecer los astros, mientras que Eduardo la contemplaba embelesado, rodeando con su brazo derecho su cintura.

Ocho minutos habrían pasado apenas, cuando una súbita claridad y la detonación de una descarga de mosquetería, en la costa, y hacia el lado en que navegaba la ballenera, vino á herir de súbito, y como un golpe eléctrico, los corazones de Amalia, de Eduardo y de la tierna Luisa.

IX

LA RONDA FEDERAL

Todavía Eduardo tenía vuelta su gallarda cabeza hacia la dirección de la descarga y las manos llevadas instintivamente á los bolsillos donde tenía sus pistolas, cuando la voz de Amalia interrumpió el silencio de aquel lúgubre recinto, exclamando :

—¡ Sube, sube, por Dios!—oprimiendo el brazo de su amado y queriendo arrastrarlo con sus débiles manos.

Eduardo, comprendiéndolo todo, y el peligro de que permaneciese Amalia un minuto más en aquel lugar, la tomó por la cintura con su robusto brazo, diciéndole :

—Sí, pronto, no hay que perder un momento—mientras que Luisa, prendida del vestido de su señora, quería darle apoyo también para subir ligero.

Apenas habrían caminado dos minutos, cuando una segunda descarga los detuvo maquinalmente á todos, haciéndoles volver la vista en la dirección que traía el sonido, y entonces percibieron claro,

aunque á larga distancia, una súbita claridad en el río, y el sonido de otra descarga.

—¡Dios mío!—exclamó Amalia.

—No, esa última es de la ballenera, que les contesta—repuso Eduardo, dejando ver sus dientes de alabastro en una sonrisa, mezcla de contentamiento y de rabia.

—¿Pero los habrán herido, Eduardo?

—No, no; es muy difícil; sube, hay otro peligro que evitar.

—¿Otro?

—Sube, sube.

A pocos pasos estaban ya en la casa, cuando se encontraron con Pedro, que venía atacando otra bala en su tercerola, y con su sable debajo del brazo.

—Ah, ya están aquí—dijo al verlos.

—¡Pedro!

—Señora, yo soy. Pero estas no son horas para que ande usted por estos lugares.—Era ésta la primera vez quizá que el buen viejo dirigía una reconvención á la hija de su coronel.

—Pedro, ¿ha oído usted?—le preguntó Eduardo.

—Sí, señor, todo lo he oído. Pero estas no son horas de que la señora...

—Bien, bien, ya no lo haré más, Pedro—dijo Amalia que comprendía todo el interés que sentía por ella aquel fiel servidor de su familia.

—Quería preguntar á usted, Pedro—prosiguió Eduardo, entrando ya en la casa,—si ha podido distinguir de qué armas son los primeros y los segundos tiros.

—¡Bah!—exclamó el veterano, cerrando la puerta y sonriéndose.

—¿Veamos, pues?

—La primera y la segunda descargas han sido de tercerola, y la última de fusil.

—Esa es mi misma idea.

—A cualquiera que tenga oídos se le ocurre lo mismo—repuso Pedro, que parecía estar de malísimo humor con todos por el peligro que acababa de correr su señora, y como para evitar más preguntas, se fué á encender luz en el aposento en que dormían Eduardo y Daniel cuando se quedaban en la «casa sola,» y que se hallaba en el otro extremo de las tres habitaciones de Amalia.

Cuando ésta entró en la sala y se quitó de la cabeza el pañuelo de seda que la cubría, Eduardo no pudo menos de sorprenderse al mirar la excesiva palidez de su semblante.

La jóven se sentó en una silla, afirmó el codo en una mesa y posó su frente sobre su blanca y delicada mano, mientras Eduardo había pasado al comedor, á obscuras, y abriendo la ventana, ponía toda su alma en el oído porque la densidad de las sombras era cada vez mayor y no se podía distinguir cosa alguna.

Nada se oía.

No parecía que la vida acabase de enviar tanta muerte un momento antes.

Cuando volvió á la sala, todavía permanecía Amalia en la misma actitud.

—Basta, mi Amalia, basta; ya ha pasado todo, y Daniel irá riéndose en este momento—le dijo sentándose á su lado y arreglando unas hebras de los lacios cabellos de su amada, que se habían descompuesto con la presión de la mano.

—¡Pero tanta bala! Es imposible que no hayan herido á alguno.

—Por el contrario; lo que es imposible es que haya llegado una bala de tercerola á cincuenta varas de la ballenera. Han visto su sombra en el agua y han tirado al acaso.

—¿Pero toda la costa está vigilada? ¿y Daniel? ¿cómo desembarca Daniel, Dios mío!

—Bajará á la madrugada, hora en que se retiran las patrullas.

—¿Y Fermín le ha llevado el caballo?

—Sí, señora—respondió Luisa que entraba con una taza de té para Amalia.

En ese momento Eduardo volvió á levantarse y á pasar al comedor para escuchar de nuevo por la ventana. Una idea hacía rato que estaba cruzando por su cabeza, y que era lo único que lo inquietaba.

Apenas haría tres minutos que estaba recostado contra la reja, cuando creyó percibir cierto ruido por el Bajo.

Un momento después ese ruido era más perceptible, y no podía dudarse ya de que lo originaba la marcha de muchos caballos.

De repente, el rumor de la marcha de la caballería cesó, pero pudo distinguirse el eco confuso de algunas voces al pie de la barranca. En seguida volvió á sentirse la marcha de los caballos.

—No hay duda—se dijo Eduardo,—esta es la patrulla que ha hecho fuego. Se ha parado al pie de la barranca, y probablemente han hablado de esta casa. No hay duda; van á dar la vuelta para venir por el camino de arriba. ¡Fatalidad, fatalidad! y el joven se mordió los labios hasta sacarse sangre.

Al entrar en la sala, Amalia, que leía tan bien en el semblante de su amado, comprendió que al-

guna emoción profunda lo agitaba, y ella misma le abrió el camino diciéndole en el estilo que hablaba con él, y el único que le consentía, cuando no estaban en ciertos momentos en que la poesía del amor les inspiraba un tratamiento más dulce y más íntimo:

—Hable usted, Eduardo: yo siempre tengo en mi alma la resignación esperando la desgracia.

—No; desgracia no—repuso aquél como avergonzado de que su amada hubiera notado en su semblante alguna expresión pasajera de temor.

—¿Y qué es, pues?

—Quizá... Quizá nada... una tontería mía—dijo el joven sonriendo, sacudiendo su cabeza y tomando el té que había dejado Amalia en su taza.

—No, no, algo hay, y yo quiero saberlo.

—Pues bien; lo que hay es que acaba de pasar una patrulla por debajo de la barranca, y que será probablemente la misma que ha hecho fuego sobre la ballenera. He ahí todo.

—¿Todo? bien; ya verá usted si he comprendido lo que usted ha callado. Luisa, llama á Pedro.

—¿Y para qué?—preguntó Eduardo.

—Va usted á oírlo.

El veterano apareció.

—Pedro—le dijo Amalia,—es posible que intenten asaltarnos esta noche, querer registrar la casa, ó alguna cosa así: cierre usted bien las puertas y prepare sus armas.

Eduardo quedó atónito de aquel valor y serenidad de su amada, admirándola en el santuario de su alma, conociendo que no era el valor de la organización, sino el valor del amor, elevado al grado de sacrificio. Porque en aquellos momentos una

resistencia armada, una resistencia cualquiera á la voz de los agentes de Rosas, era una sentencia infalible de muerte, ó de desgracias de todo género, y Amalia se lanzaba á afrontarlas tentando salvar al bien amado de su corazón.

—Ya está todo hecho, señora; tengo veinte tiros y mi sable—respondió Pedro.

—Y yo cuatro y el mío—dijo Eduardo levantándose súbitamente; pero más súbito todavía, y como si se hubiese cambiado un hombre por otro, volvió á sentarse y dijo:

—No, aquí no correrá sangre.

—¿Cómo?

—Digo, Amalia, que, en último caso, no merece mi vida que usted presencie una escena como la que hemos querido preparar imprudentemente, y que no daría, por último, sino la pérdida de todos.

—Pedro, haga usted lo que se le ha mandado—repuso Amalia.

—¡Amalia!—exclamó Eduardo tomándole la mano.

—Eduardo—replicó la joven,—yo no tengo nada en mi vida que no esté en la vida del ser que amo, y cuando el destino de él fuese de prisa á la desgracia, yo precipitaría el mío para que fuésemos juntos.

La joven no había acabado estas palabras melancólicas, expresión de su triste y enamorado corazón, cuando el galope de muchos caballos se sintió por el camino de arriba.

Eduardo se levantó sereno, pasó al patio donde se paseaba Pedro, y entró en su aposento. Se quitó tranquilamente el pequeño poncho que lo cubría aún, sacó sus pistolas de dos tiros que te-

nía en los bolsillos de su pantalón, examinó los cebos, y tomando luego su espada, salió al patio y colocóla desnuda en un rincón.

En ese momento, Amalia llegaba también al patio con la inocente Luisa pegada á su vestido, que por segunda vez le repetía:

—Señora, ¿quiere usted que rece?

—Sí, hija mía, anda á la sala y reza.

La noche había cubiértose con todo su ropaje de sombras y la tormenta se cernía sobre la tierra.

No bien había cambiado Amalia algunas palabras con Eduardo y con Pedro, cuando se sintió el rumor de voces cerca de la puerta, y luego los sables y las espuelas de algunos que se desmontaban; y entonces pasaron á la sala, cuya puerta daba al pequeño zaguán.

Al entrar, un espectáculo tierno y sublime los detuvo á la puerta: la vista de Luisa, hincada, con sus manecitas juntas en actitud de súplica, rezando delante al crucifijo de Amalia.

Parecía que se esperaba la última palabra de esa oración de la inocencia elevada á Dios, en medio de la noche y de los peligros, para comenzar la primera escena de aquel drama que presagiaba un terrible desenlace, puesto que, en el acto de levantarse la niña, y de entrar los que la observaban, una decena de recios golpes fueron dados en la puerta de la calle.

—Nuestro plan está ya concertado con Pedro —dijo Eduardo dirigiéndose á Amalia:—no abriremos, no responderemos. Si se cansan y se van, tanto mejor. Si intentan echar la puerta abajo, tendrán que trabajar mucho, pues es gruesa y

bien sostenida; y si lo logran, cuando los recibamos, estarán fatigados.

Los golpes se repitieron en la puerta, y en seguida empezaron á darlos en las ventanas de la sala y del comedor.

—Échenla abajo—dijo una voz ronca y fuerte que había sobresalido varias veces entre aquellas que acompañaban con un coro de palabras obscenas los golpes que daban en vano sobre la puerta y sobre las ventanas.

Pedro se sonrió, recostándose tranquilamente en la puerta de la sala.

—No se puede—dijeron muchas voces á la vez, después de haber hecho grandes esfuerzos, que se conocían por el crujimiento de los tablones que descansaban sobre dos gruesas trancas.

—Tiren sobre la cerradura—dijo la misma voz que se hacía notable entre todas.

Pedro se sonrió, dió vuelta la cabeza y miró á Eduardo, de pie con Amalia de la mano en el medio de la sala.

En aquel momento cuatro tiros de tercerola se dispararon en la parte exterior, y la cerradura vino á caer á los pies de Pedro, que con una serenidad admirable se dió vuelta, acercóse á Amalia y le dijo:

—Estos pícaros pueden tirar por las ventanas, y usted no está bien aquí.

—Es cierto—repitió Eduardo,—al aposento de Luisa.

—No; yo estaré donde estén ustedes.

—Niña, si usted no entra, yo la cargo y la encierro—replicó Pedro con una voz tan tranquila pero tan resuelta, que Amalia, aunque sorpren-

dida, no se atrevió á replicarle y entró con Luisa en el aposento.

Entretanto, Pedro y Eduardo fueron á colocarse entre las dos ventanas, quedando cubiertos por la pared.

Estas precauciones no fueron inútiles, pues apenas habían ocupado aquel lugar, cuando los vidrios saltaron en mil pedazos y algunas balas atravesaron la sala.

Pero afuera también tomaban sus medidas. Conocían bien que había gente en la casa, puesto que la puerta estaba cerrada por adentro y se veía luz por los agujeros que habían hecho las balas. Y esta resistencia á abrir los exasperaba más, á ellos que traían sable y tercerola y que, por consiguiente, eran agentes de la autoridad todopoderosa del Restaurador.

De repente, un golpe tremendo, un empuje casi irresistible, hizo rechinar los goznes y crujir los marcos de la puerta, que parecía pronta á saltar toda entera, pues hasta las paredes se conmovieron cual si las sacudiese un terremoto.

— ¡ Ah, ya sé, y para esto no hay remedio! — dijo Pedro saliendo del lugar en que estaba, amartillando su tercerola y dirigiéndose al zaguán, mientras que Eduardo, preparando también sus pistolas, iba á su lado con los ojos chispeantes, la boca entreabierta y apretando convulsivamente sus armas.

Amalia, que sintió y vió todo esto, ocurrido en menos de un segundo, iba á precipitarse del aposento, cuando Luisa se echó á sus pies y le abrazó las rodillas.

Un segundo golpe, sin vibración; pero pujante, á plomo, hizo estremecer de nuevo toda la casa,

y multitud de cascotes saltaron de los marcos de la puerta.

—No resiste otro—dijo Pedro.

—¿Y con qué demonios dan?—preguntó Eduardo trémulo de rabia y deseando que cayese la puerta de una vez.

—Con las ancas de dos ó tres caballos á un mismo tiempo—contestó Pedro;—así echamos abajo la puerta de un cuartel en el Perú.

En ese momento, porque toda esta escena era rápida como el pensamiento, Luisa, abrazada de las rodillas de Amalia, sin dejarla salir, le decía llorando:

—Señora, la Virgen me ha hecho recordar una cosa: la carta; yo sé dónde está; con ella nos salvamos, señora.

—¿Qué carta, Luisa?

—Aquella que...

—¡Ah, sí! ¡Providencia divina! Es el único medio de salvarlo. Tráela, tráela.

Y Luisa voló, sacó de una cajita una carta y se la dió.

Amalia entonces pasó corriendo á la puerta de la sala y dijo á Eduardo y á Pedro, que estaban en el zaguán esperando por momentos ver caer la de la calle:

—No se muevan, por Dios; oigan todo, pero no hablen ni entren en la sala.

Y sin esperar respuesta, corrió las hojas de la puerta, y volando á una de las ventanas, tiró los pasadores y abrió.

A este ruido, dejaron la puerta y se precipitaron á la ventana diez ó doce de los que estaban desmontados; y por instinto, por instinto federal, abócáron sus tercerolas á las rejas.

Amalia no retrocedió, no se inmutó siquiera, y con una voz entera y digna se dirigió á ellos:

—¿Por qué se asalta de este modo la casa de una mujer, señores? Aquí no hay hombres, ni riquezas.

—¡Eh, que no somos ladrones!—contestó uno, que se abrió camino por medio de los demás, hasta llegar á la ventana.

—Pues si es ésta una patrulla militar, no debía tratar de echar abajo las puertas de esta casa.

—¿Y de quién es esta casa?—preguntó aquel que se había acercado, parodiando la acentuación con que había marcado Amalia aquellas dos palabras.

—Lea usted, y lo sabrá. ¡Luisa, alcanza la luz!

El tono de Amalia, su juventud, su belleza, y el misterio de esa especie de seguridad y de amenaza que envolvían sus últimas palabras, acompañadas del papel que entregaba, en aquella época en que todos temían caer, por equivocación ó por cualquier cosa, en el enojo de Rosas, llevó sin esfuerzo la perplejidad á toda aquella gente, en cuyas cabezas no había entrado la sospecha de que en esa casa, por tantos años desierta, hubiese una mujer como la que veían.

—Pero, señora, abra usted—le dijo entrecortado el personaje que recibió la carta, y que no era otro en cuerpo y alma que Martín Santa Coloma al frente de su partida.

—Lea usted primero, y después abriré si todavía lo quiere—repuso Amalia, dando mayor firmeza y aire de reproche á la entonación de su voz, al mismo tiempo que Luisa, fingiendo valor como su señora, acercaba la luz á la reja entre una bomba de cristal.

Santa Coloma desdobló la carta sin quitar los ojos de aquella mujer que á la luz del fanal le hería la imaginación, como algo de encantamiento en aquel lúgubre y solitario lugar. Miró luego la firma de la carta y la sorpresa se pintó en su rostro, que no dejaba de ser varonil é interesante.

—Tenga usted la bondad de leer fuerte para que todos oigan—dijo Amalia.

—Señora, yo soy el jefe de esta partida, y con que yo lea es bastante—contestó aquél, y se impuso del contenido de esta carta, que el lector debe conocer también y que decía:

«Señora doña Amalia Sáenz de Olabarieta.

»Mi distinguida compatriota: He sabido con
»mucho disgusto que se han atrevido á incomodar
»á usted en su soledad, sin motivos, y sin orden
»de tatita, lo que es un gran abuso que él repre-
»ndería si lo supiese. La vida que usted lleva no
»puede inspirar sospechas á nadie, sino á los que
»toman el nombre del Gobierno para sus fines par-
»ticulares: usted está en el número de las perso-
»nas que más distingo, y le ruego, como una ami-
»ga, que me comunique al momento, si otra vez
»fuese usted molestada; porque, si es sin orden
»de tatita, como no lo dudo, yo se lo avisaré á él
»en el acto, para que no se abuse de su nombre
»otra vez.

»Crea usted que será un momento muy feliz
»para mí aquél en que pueda serle útil su obs-
»cuente servidora y amiga.—*Manuela Rosas.*

«Agosto 23 de 1810.»

—Señora—dijo Santa Coloma quitándose su sombrero,—yo no he tenido la intención de hacer á usted ningún mal, ni sabía quién vivía aquí. He creído que podrían haber salido de esta casa algunos de los que se han embarcado hace poco por esta costa, pues acabo de batirme con una ballenera enemiga muy cerca de aquí, y como no hay más casa que ésta...

—Vino usted á echarme las puertas abajo, ¿no es eso?—le interrumpió Amalia para acabar de dominar el espíritu de Santa Coloma.

—Señora, como no me abrían, y veía luz... pero, dispense usted. Yo ignoraba que aquí viviese una amiga de doña Manuelita.

—Está bien, ¿quiere usted entrar ahora y registrar la casa?—y Amalia hizo un movimiento como para salir á abrir.

—No, señora, no. Sólo le pido á usted el favor de permitirme que venga mañana á componer la puerta que quizá se ha estropeado.

—Mil gracias, señor. Mañana pienso irme á mi casa del pueblo, y esto no es nada.

—Yo mismo—prosiguió Santa Coloma,—voy á pedirle disculpas á doña Manuelita. Créame usted que ha sido sin intención.

—Todo le creo á usted, y no hay necesidad de disculpas; porque por mi boca nadie sabrá lo que ha ocurrido; usted se ha equivocado y eso es todo lo que hay—repuso Amalia endulzando su voz todo cuanto le era posible en su situación.

—Señores, á caballo; esta es una casa federal—gritó Santa Coloma á los suyos.—Vuelvo á pedir á usted perdón—continuó volviéndose á Amalia.—Buenas noches, señora.

—¿No quiere usted descansar un momento?

—No, señora, mil gracias; usted es la que debe descansar del mal rato que le he dado.

Y retirándose Santa Coloma, todavía no se ponía el sombrero.

—Buenas noches—dijo Amalia y cerró su ventana.

Un minuto después estaba desmayada sobre el sofá.

X

PRIMAVERA DE SANGRE

Ya los pájaros cantaban al asomar el día el himno misterioso de la Naturaleza á su Criador.

La golondrina volvía de sus calientes climas, y cruzaba rápida y sin destino, como las imágenes del delirio.

El duraznero ostentaba todo el lujo de sus estrellas color de rosas y violetas; y entre los glóbulos dorados de su flor se cuajaba el germen de su exquisito fruto.

El nardo se levantaba altivo, como la palmera del desierto; y á su pie la tímida violeta se escondía entre sus pabellones de esmeralda, lastimada por su punzante aroma.

El jacinto asomaba gracioso á respirar el aire primaveral que lo rizaba. Y la espléndida reina

de las flores abría su globo de púrpura para beber el llanto de la aurora, dejando herir su seno por el rayo del matutino sol, á cuyo influjo fermentaba el ámbar que encerraba; como la virgen que deja penetrar por su pupila la mirada ardiente que va hasta el corazón, y roba y bebe el primer soplo de amor, que un suspiro de la Divinidad puso en su seno.

Y sobre las hojas punzóes de la rosa, ó sobre la frente pálida de la azucena, la mariposa esparcía el polvo de oro de sus alas, y se remontaba luego á embriagarse de luz y de colores: imagen delicada y tierna de la mujer, cuando se abre la flor de su inocente vida, y vuela en el jardín de las ilusiones, derramando el oro de su imaginación sobre las flores fragantes de sus deseos.

Las olas comenzaban á descansar ya de su agitación en el rígido invierno que acababa, y se dormían sobre sí mismas, como reposan las pasiones sobre el mismo corazón que les dió vida. Los vientos de la Pampa plegaban su ala poderosa; y las templadas brisas de los trópicos se escurrían á la región del Plata, á conquistar el desierto palacio del invierno.

Toda la Naturaleza se regeneraba, se cubría de galas, respiraba esperanzas, y reflejaba poesía, como la amante abandonada vuelve á la radiantez de su belleza rebosando promesas y alegría, cuando el aliento del amante ausente viene de improviso á entibiar la frente marchitada por el frío glacial del abandono.

Al invierno «yermador», árido y triste, sucedía la creadora y alegre primavera. Y para toda la Naturaleza había una caricia, una sonrisa, una promesa... menos para el hombre.

La flor, el campo, el agua, las nubes y los astros que tachonan el manto celeste de Dios, todos recibían una mirada vivificadora, al abrirse el reinado de la opulenta primavera en las regiones del Plata... menos el hombre.

Su destino, frío como una cifra, adherido á su vida como el mármol al sepulcro, é incontrastable como el paso del tiempo, le empujaba de desgracia en desgracia, y sin otra esperanza que en Dios, cuya mirada aparecía envuelta entre las nubes, sin llegar al alma, y alumbrarla, en la terrible noche de su infortunio.

La primavera comenzaba para la Naturaleza. Pero ¡ay! el ámbar de la flor iba á extinguirse entre el olor de la sangre.

El campo iba á perder su manto de esmeralda con las manchas de sangre, que ni el pie de los años borraría.

El arroyo iba á llevar sangre en su corriente. La luz del día á encapotarse entre vapor de sangre. Y los astros que tachonan el manto celeste de Dios, iban á quebrar su tenue rayo sobre charcos de sangre.

Jugado estaba ya el destino de los pueblos del Plata. Su vida amarrada al potro de la tiranía, nueva Mazeppa, iba á desangrarse por largos años, rotas las carnes de la libertad, en las espinas de un bosque de delitos y de desgracias. Las tradiciones de la revolución, el destino de 1810, las promesas risueñas de 1825, los progresos intelectuales de la sociedad, la moral de educación y de raza, el carácter de los pueblos, su índole y su imaginación misma, todo iba á acabar de subvertirse bajo el más disolvente de los Gobiernos, bajo la más inmoral de las escuelas públicas: bajo

el Gobierno personal y tiránico, bajo el ejemplo de sus medios bárbaros. Un Gobierno tanto más funesto, cuanto que debía dejar inoculados en la sangre de una generación que se levantaba á la vida, los malos hábitos de los pueblos que nacen y se educan bajo el imperio de los déspotas, en que la dignidad humana es escarnecida; la obediencia irreflexiva y ciega, una condición de la existencia individual; y las ideas y los intereses sociales, plantas exóticas en el terreno de ese Gobierno.

La ausencia de todo espíritu de comunidad y asociación había conservado hasta entonces el mal Gobierno de don Juan Manuel Rosas, como había servido en gran parte á la anarquía que lo produjo. Y la prolongación de aquel Gobierno iba á acabar de ahondar ese mal generador, en la tierra virgen de una sociedad sin hábitos ni creencias todavía. De ese modo se preparaban para lo futuro funestos y terribles síntomas de resistencia á la reacción que apareciese contra ese orden de cosas, en que ya no habría que luchar contra el tirano, sino contra los resabios de la tiranía.

Rosas había triunfado sin vencer. Y desde entonces, todas las cuestiones lejanas que rodeaban el horizonte de su Gobierno, iban á ceder poco á poco, y por sí solas, en la pendiente de su fortuna, ó más bien, en el terreno de la fatalidad histórica; porque los cuadros históricos que ofrece al estudio la vida de los pueblos, ni quedan, ni se presentan incompletos nunca.

La República Argentina, como pueblo nuevo, había completado ya, en quince años, su epopeya de combates y de glorias, y puesto con su lanza el sello de su fuerza militar en la América, y de

su destino en el mundo, como pueblo. Con su último cañonazo había dicho la última palabra de sus primeras aspiraciones de 1810, y completado con el fuego de su pólvora la última luz del gran cuadro de su primera vida.

Le faltaba el segundo período de su revolución. Y aquí se chocaron entonces los grandes extremos del pensamiento: la innovación que creaba, la reacción que destruía.

Triunfante la última en sus primeros pasos, la lógica de la historia no podía fallar, y era necesario que se completase el gran cuadro de esa otra faz de la nueva nación. Y el crimen, el vicio, la relajación de todas las nociones del cristianismo, la subversión de todos los principios conservadores de la sociedad, el atraso, la estagnación y la indolencia, la inacción y la impotencia del pensamiento, el olvido de la tradición y una índole acomodaticia al nuevo orden de vida, todo debía contribuir á llenar el cuadro de la tiranía de Rosas, que no debió quedar incompleto, como no lo queda ninguna de las perspectivas históricas, que nacen sin esfuerzo de situaciones dadas y francas en la vida de las sociedades.

Y allá en los futuros tiempos, cuando el pensador argentino separe la hiedra que cubra la tumba de los primeros años de la patria, para encontrar las inscripciones sangrientas de sucesos y generaciones que rodaron en la tormenta de su juventud, y busque, frío y tranquilo, la ingenua filosofía de nuestra historia, no se pasmará, por cierto, de nuestra larga y pesada tiranía, expresión franca y candorosa del estado social en que nos encontró la revolución; pero sí bajará su frente, avergonzado de que la alta figura que haya de

dibujarse en el gran cuadro de ese episodio lúgubre de nuestra vida, sea la figura de don Juan Manuel Rosas. Porque lo más sensible para la historia argentina no será, por cierto, tener que referir la existencia de un tirano, sino que ese tirano fuese Rosas.

Rosas fué un tirano ignorante y vulgar. A ningún fin político iban sus pasos. Ninguna alta idea formaba el centro de sus acciones. Y tras su vida política no debía quedar sino un recuerdo repugnante.

Sólo el crimen fué sistemático en ese hombre. Pues ese tan ponderado sistema de su americanismo para repeler toda ingerencia europea entre nosotros, defendiendo constantemente la dignidad de la bandera azul y blanca, fué una larga mentira del Dictador, inventada para despertar en favor suyo las susceptibilidades nacionales; á lo menos la historia de sus propios actos así lo proclama.

Mucho antes de su jactancioso patriotismo americano, y en la edad en que el hombre es más susceptible de la ebullición de los sentimientos patrióticos, exagerados con frecuencia por el calor de la sangre y por los arranques impetuosos del carácter personal, Rosas habíase puesto de parte de los extranjeros y aplaudido un acto de piratería ejercido contra el pabellón nacional.

Después de la revolución de 1.º de diciembre de 1828, un hecho escandaloso fué cometido por el comandante M. de Venancourt, al mando de las fuerzas francesas en estas aguas, contra nuestra pequeña escuadra, asaltada en medio de la noche por las tripulaciones francesas. Don Juan Manuel Rosas, en armas ya contra la revolución,

se dirigió á M. de Venancourt aprobando su conducta y pidiéndole que retuviese la escuadra. (1)

Sin altura ni dignidad personal, confiaba su pe-

(1) El infrascripto tiene el honor de dirigirse al señor comandante de la escuadra francesa, para expresarle en su nombre y en el de todos los ciudadanos de la nación argentina el más sincero y justo homenaje de reconocimiento por los sucesos que han tenido lugar en estos últimos días respecto de la escuadra nacional que, á consecuencia de la insurrección del 1.º de diciembre, había caído en poder de dichos insurgentes. por haber puesto en libertad á los prisioneros detenidos á bordo, y otros pasos que demuestran claramente que los agentes públicos de la nación francesa han sabido reconocer al Gobierno legítimo de la República Argentina y obrar de conformidad con las relaciones de estrecha amistad que la República Argentina conservaba hasta el 1.º de diciembre con la nación francesa.

El abajo firmado ha tenido comunicaciones interesantes del señor Cónsul general de Francia, y le ha respondido de una manera satisfactoria. En definitiva, y hallándose el infrascripto general suficientemente autorizado por el poder soberano de la nación, para arreglar y disponer todo lo que se mire como necesario al restablecimiento de las leyes y de las autoridades legítimas de la provincia de Buenos Aires, requiere del comandante á quien se dirige:

En primer lugar, que la escuadra nacional tomada á los insurgentes no sea devuelta, sino que sea guardada á la vista y en seguridad; que se tomen los buques nacionales que se hallan en el Paraná; que se haga toda especie de hostilidades contra los que hoy mandan ilegalmente en Buenos Aires; que se permita al General infrascripto una entrevista que podrá tener lugar en la Ensenada; que se comuniquen todas estas resoluciones al Cónsul general, y para abrir una comunicación frecuente con el susodicho Cónsul general, el comandante de la escuadra facilitará los medios de comunicación necesarios á la Ensenada, donde el que firma pondrá á la disposición del comandante francés tanta carne fresca cuanto necesite diariamente para sus buques y para todos los demás que quiera proveer de ésta y que pueda desear el susodicho comandante.

El comandante general don Prudencio Rosas (hermano del General), se halla en la Ensenada, encargado de proporcionar al señor comandante de la escuadra todo cuanto necesite, y la misma orden se ha dado desde Quilmes hasta el Tuyú, y por todas las costas y puertos donde se hallen sus tropas, éstas están prontas á ejecutarlo.

El infrascripto tiene el honor de saludar, etc.—*Juan Manuel Rosas.*

(Esta carta fué conocida el 29 de diciembre de 1849, presentada á la Cámara de Diputados por M. Larrochejaquelein.)

queñez y su miseria á sus mismos subalternos, ordenando á los jefes militares, de oficio, que mintiesen en sus comunicaciones, aumentando el número de sus fuerzas. (1)

Pero hay algo más que esto. El cinismo del Dictador llegaba á tal punto, que él mismo, de su puño y letra, escribía las instrucciones para los correos que partían de Buenos Aires para las provincias y Bolivia, ordenándoles que por todo su camino fuesen diciendo: «Que S. E. trabajaba día y noche en sostén de la causa americana, que hasta las potencias extranjeras le tributaban respeto y admiración por su valor y por su genio, que por todos los paquetes recibía cartas y regalos de los Reyes, y que dentro de poco se iba á saber todo lo que él valía, etc.»

Capitanéó una de las épocas de la vida social, que con él, ó sin él, tenía por fuerza que desenvolverse en el naciente pueblo; y no se hizo célebre por haber organizado esa época, sino por haberla ultrapasado en sus impulsos reaccionarios; y no se hizo expectable, individualmente, sino por la ferocidad de su alma y por las infinitas circunstancias que los sucesos fueron eslabo-

(1) «El general edecán de S. E. don Manuel Corvalán, al comandante en jefe del número 2, coronel don Antonio Ramírez:

»S. E. encarga á V. S. que al comunicar noticias del número de que se compone la división, diga siempre el doble y que la mitad es de línea, y que esta noticia con especialidad la haga correr hacia el Sur de la campaña y hasta esta ciudad y, por último, por todas partes. Cuando se le proporcione oportunidad de escribir, sea para donde fuese, aun cuando sea al Norte, debe ahora V. S. hacer correr que tiene no consigo mil hombres, incluso quinientos de línea, y que viene en alcance suyo la división de Barrancas, compuesta de quinientas plazas de las tres armas, de línea y milicia, ardiendo todos por volar á acabar con los salvajes unitarios sublevados, viles esclavos de los asquerosos franceses.»

nando en torno suyo, debido en su mayor parte á causas que no recibieron creación ni impulsión de la cabeza de Rosas: como sucedió con la contramarcha del ejército libertador, que dejaba abierto el camino por donde la tiranía reaccionaria debía marchar hasta su última expresión en la República.

Sobre las tablas del tiempo, fué septiembre de 1840 el que jugó el destino de los pueblos del Plata, y, perdida la libertad, la primavera de la Naturaleza no fué sino la primavera de sangre de los argentinos.

Los sucesos que se precipitan, anudándolos con los sucesos anteriores que se conocen ya, nos van á dar á comprender todo lo que tiene de terrible y de lúgubre esa verdad.

XI

DE CUARENTA SÓLO DIEZ

En la noche siguiente á aquella en que la policía federal comenzó á hacer de las suyas en la «casa sola,» y en que Luisa recibió por premio de su oración una inspiración que los salvó á todos, varios hombres se habían ido reuniendo, desde las ocho de la noche, en un largo almacén de efectos por mayor, contiguo á una hermosa casa

de altos que dominaba casi toda la calle de la Universidad. (1)

Los que llegaban llamaban de un modo especial, y la puerta del almacén se abría para cerrarse en el acto.

Apenas, allá en el fondo, se distinguía la débil claridad de una luz, colocada tras una pila de cajones de vino, y en derredor de la cual iban juntándose los que llegaban. Y á pesar de la distancia que mediaba entre la calle y el fondo del almacén en que se hallaban, la conversación, aunque animada, se sostenía, sin embargo, en voz baja. Pero esta precaución se explicaba por la circunstancia de que la casa de altos, á que pertenecía el almacén, y con la cual se comunicaba por una puerta al patio, estaba habitada en esa época por una familia federal. Pero lo que sí sorprendía era ver que habían quitado de la parte interior de la puerta los efectos que había amontonados contra ésta y desclavado una gruesa tabla que cruzaba las hojas; y, por último, llamaba la atención, más que todo cuanto se ha descrito, una hilera de fusiles, puesta cerca de la puerta del patio, entre unos barriles de vino y la pared.

Todo este aparato, en aquel lugar, bajo tal misterio, á semejantes horas y en aquellos tiempos, era más que suficiente para que la muerte se dejase de andar revolviendo los cabellos de cuantas cabezas allí había.

—Las diez—dijo uno acercando su reloj á la vela de sebo que ardía sobre un candelero de metal, puesto en el suelo.

(1) En toda esta obra se usa, como es natural, la nomenclatura que tenían las calles en 1840, en que tienen lugar los acontecimientos que refiere.

—Mejor—repuso otro, levantándose y dando algunos pasos.

—Sí, cierto—agregó un tercero,—si no hubiera nada, ya lo sabríamos á estas horas.

—Yo creo que la entrada no será hasta la madrugada—observó otro levantándose también, pues que todos estaban sentados sobre cajones de vino, en rededor de la vela.

—Pero, ¿cómo es que no vienen los demás?

—Es que no sabemos cuántos somos.

—¿Te lo ha dicho Belgrano?

—No.

—Tampoco me ha dicho Bello el número de los que debíamos de reunirnos.

—¿Y qué importa el número?

—¡Toma, si importa! ¿Cree usted que con los que estamos aquí podemos hacer gran cosa?—repuso el que allí parecía el mayor de todos, no obstante que apenas representaba treinta y cinco años, teniendo en toda su figura un no sé qué de aire militar.

—Yo sé lo que ha de ser—dijo otro.

—¿Qué?—preguntaron varios.

—Que Bello y Belgrano han de haber señalado varios puntos de reunión en esta misma manzana, ó en la misma cuadra tal vez, y concertado la seña para el momento en que nos hagamos dueños de esta casa y nos subamos á la azotea como á casa nuestra, á pesar de los gritos que quieran dar sus dueños, si es que los federales tienen fuerzas para gritar dentro de algunas horas.

—Eso parece una explicación—repuso el personaje de aire marcial.—Porque—continuó,—no es que con diez ó doce hombres no podamos apagar los fuegos de todas las azoteas de esta calle.

desde el lugar en que nos vamos á colocar, en caso que haya quien quiera hacer fuego sobre Lavalle; sino que, si tenemos que salir á operar fuera de aquí, por cualquier accidente, entonces no bastamos los que somos.

—Yo, por ejemplo, haya ó no combate, me voy, con cuatro más que ya estamos convenidos, en cuanto pase la fuerza por esta calle.

—¿Ve usted? ya quedamos menos. ¿Y adónde diablos va usted?

—A casa de Rosas.

—¿Quiere usted prender á Manuela?

—No, por el contrario, trataría de defenderla si alguien quisiese insultarla.

—Y yo también.

—Y yo—dijeron algunos jóvenes.

—¿Pero entonces qué quiere usted hacer en la casa de Rosas?—repuso aquél, el más grave de todos,—¿cree usted que los rosinos se irán á esconder allí?

—No, no creo tal tontería.

—¿Y entonces?

—Los papeles.

—¡ Ah!

—Los papeles, eso es lo que yo quiero.

—Muy buen provecho le hagan á usted, amigo mío; pero me parece que los papeles, y la carabina de Ambrosio han de valer lo mismo.

—Para los militares, puede ser; para los escritores, no—contestó el joven de los papeles, algo picado.

—¡ Pues! y como vamos á deber á los escritores la caída de Rosas, justo es que ellos continúen la obra—repuso con aire burlón el que lo tenía de militar.

—Puede ser que no se equivoque usted.

—¡Por supuesto, un cañonazo de gacetas haría un estrago terrible en el campamento de Rosas!

—Eso ya es personal, caballero.

—Pero, señores, por amor de Dios—dijo otro que no había hablado todavía,—¿es posible que no podamos estar juntos cuatro argentinos, sin que nos pongamos en anarquía? ¿Todavía no hemos vencido á Rosas, y ya nos ponemos á disputar sobre si el elemento militar ha sido más poderoso para derrocarlo que la propaganda literaria?

—Es que...

Un golpe en la puerta interrumpió la respuesta y llamó la atención de todos, mientras se fué á abrir porque se había llamado del modo convenido.

Un instante después, Daniel y Eduardo estaban rodeados de los diez personajes que allí había.

Los dos jóvenes venían de ponchó y con grandes divisas federales en el sombrero. Pero ambos, y más especialmente Daniel, tenían en su rostro una expresión de dolor y de despecho, marcada por el pincel de la Naturaleza con toda la verdad y la elocuencia de sus obras maestras. Se leía, puede decirse, en la cara de aquellos jóvenes, todo cuanto pasaba en su alma en ese instante. Y tanto, que el presunto invasor á los papeles de Rosas ño pudo contenerse y les dijo:

—La cara de cada uno de ustedes es un boletín de Rosas, en que nos da cuenta de la derrota de Lavalle.

—No — contestó Daniel. — No, Lavalle no ha sido derrotado. Es más que eso:

—¡Diablo! El *más* no se me había ocurrido hasta ahora—repuso otro.

—Y, sin embargo, así es—replicó Daniel.

—Pero explicaos, con mil santos—exclamó el defensor de los militares.

—Nada más fácil, amigo mío—contestó Daniel.

Y prosiguió:

—Lavalle ha emprendido su retirada á las seis de la tarde de hoy, desde Merlo. Y á mi juicio esto importa la derrota de nuestra causa por muchos años, cosa que es de más importancia, sin duda, que la derrota de un ejército.

Un largo silencio sucedió á aquella declaración. Un frío glacial heló la sangre en el corazón de todos. Esa noticia era precisamente la que menos se esperaba.

Eduardo rompió el silencio.

—Sin embargo—dijo,—Bello no lo ha dicho todo. Es cierto que Lavalle ha contramarchado. Pero entiendo, según las mismas noticias de Daniel, que va á dar un golpe á López que le está incomodando su retaguardia, para volver después libre de ese inconveniente, á operar sobre Rosas.

—Claro está—repuso otro.—Ahora ya entiendo. Quiere decir que todo el susto que nos ha dado Bello, no tiene más fundamento que la demora del triunfo por algunos días.

—Indudable—dijeron todos.

—Cierto.

—Pensad como gustéis, señores —replicó Daniel.—Para mí, esto está concluido. La empresa del general Lavalle para tener éxito, debía obrar más sobre la moral que sobre la fuerza material

de Rosas. El momento se ha perdido. La reacción del espíritu vendrá en el numeroso partido federal, y repuesto de su primera impresión, será diez veces más fuerte que nosotros. Dentro de dos horas, en este momento mismo, el general Lavalle podía tomar á Buenos Aires. Mañana ya será impotente, López lo sacará de la provincia. Y, entretanto, Rosas levantará otro ejército sobre su retaguardia.

—¿Pero, cómo se sabe su retirada?—preguntó uno.

—¿Me creéis ó no? Si me creéis, evitad preguntas cuya respuesta á nada conducirá—contestó Daniel con sequedad.—Bástenos saber que hoy, 6 de septiembre, ha emprendido su retirada, después de haber llegado hasta Merlo, y que la noticia de la retirada la he recibido hace media hora.

—Bien; es preciso comunicársela á los otros.

—¿A cuáles otros?—preguntó Eduardo.

—¡Pues qué! ¿no hay en el barrio alguna otra reunión de nuestros amigos?

Daniel se sonrió de un modo cruel, puede decirse, pues que la ironía y el desprecio se dibujaron en su expresivo rostro.

—No, señores—contestó,—no hay más reunión que la presente. Hace quince días que tuve la palabra de cuarenta hombres para este caso. Después se me redujo á treinta. Ayer á veinte. Ahora os cuento y no hallo sino diez. ¿Y sabéis lo que es esto? La filosofía de la dictadura de Rosas. Nuestros hábitos de desunión, en la parte más culta de la sociedad; nuestra falta de asociación en todo y para todo; nuestra vida de individualismo; nuestra apatía; nuestro abandono; nues-

tro egoísmo; nuestra ignorancia sobre lo que importa la fuerza colectiva de los hombres, nos conserva á Rosas en el poder, y hará que mañana corte en detalle las cabezas de todos nosotros, sin que haya cuatro hombres que se den la mano para protegerse recíprocamente. Será siempre mentira la libertad, mentira la justicia, mentira la dignidad humana, y el progreso y la civilización mentiras también, allí donde los hombres no ligan su pensamiento, y su voluntad para hacerse todos solidarios del mal de cada uno, para congratularse todos del bien de cada uno, para vivir todos, en fin, en la libertad y en los derechos de cada uno. Pero donde no hay veinte hombres que unan su vida y su destino el día en que se jueguen la libertad y la suerte de su patria, la libertad y la suerte de ellos mismos, allí debe haber por fuerza un Gobierno como el de Rosas, y allí está bien y en su lugar ese Gobierno... Gracias, amigos míos, honrosas excepciones de nuestra raquílica generación, que tiene de sus padres todos los defectos sin ninguna de las virtudes. Gracias otra vez. Ahora ya no hay patria para mañana, como la esperábamos. Pero es preciso que la haya para dentro de un año, de dos, de diez, ¡quién sabe! Es preciso que haya patria para nuestros hijos siquiera. Y para esto, tenemos desde hoy que comenzar bajo otro programa de trabajo incesante, fatigoso, de resultados lentos, pero que darán su fruto con el tiempo. El trabajo de la emigración. El trabajo de la propaganda en todas partes, á todas horas, sin descanso. El trabajo del sable en los movimientos militares. El trabajo de la palabra y de la pluma donde haya cuatro hombres que nos escuchen en el exte-

rior, porque alguna de esas palabras ha de venir á la patria en el aire, en la luz, en la ola. Mi presencia todavía es necesaria en Buenos Aires por algunas semanas; pero la vuestra, no. Hasta ahora he tratado de ser el dique de la emigración. Ahora la escena ha cambiado, y seré su puente. Al extranjero, pues. Pero siempre rondando las puertas de la patria. Siempre golpeando á ellas. Siempre haciendo sentir al bárbaro que la libertad aún tiene un eco; teniéndolo siempre en lucha para gastarle su fuerza, sus medios, su terror mismo. He ahí nuestro programa por muchos años. Es un combate de sangre, de espíritu, de vida, en el que vamos á entrar. Aquel que sobreviva de nosotros, cuando la libertad sea conquistada, enseñe á nuestros hijos que esa libertad durará poco, si la sociedad no es un solo hombre para defenderla; que no tendrán patria, libertad ni leyes, ni religión, ni virtud pública, mientras el espíritu de asociación no mate al cáncer del individualismo, que ha hecho y hace la desgracia de nuestra generación. Abracémonos y despidámonos hasta el extranjero.

Las lágrimas corrían por el semblante de todos; pocos momentos antes tan llenos de esperanzas y de sueños de libertad y de triunfo, y un momento después sólo quedaba en aquel lugar de tantísimo desengaño el encargado de cerrar las puertas y de guardar las armas.

Al cerrar este capítulo, en el que la novela ha sido una verdadera historia, pues que tal reunión tuvo lugar, en efecto, en la noche del 6 de septiembre de 1840, con algunos de los incidentes que se han referido, queremos apoyar las palabras del héroe del romance sobre su gran tema

de «asociación», con lo que existe en Inglaterra en un solo ramo de las asociaciones inglesas, en ese imperio cuyo poder y grandeza no tienen otra base que la asociación en todo y para todo.

Sólo con espíritu y tendencias religiosas y humanitarias, existen en Inglaterra las siguientes sociedades :

Sociedad para preservar la vida de los hombres de toda clase de accidentes: del agua, del fuego, etc. Sociedad para garantir del incendio las vidas de las personas sorprendidas por esta calamidad. Sociedad para recoger á los náufragos. Sociedad para prevenir los malos tratamientos á los animales, brutalidades que hacen feroces á los hombres, y que hacen á los animales, nuestros auxiliares en la vida, un suplicio de los servicios que nos prestan. Sociedad para mejorar la suerte de los labradores. Sociedad para propagar la instrucción en las clases industriales. Sociedad para mejorar el estado sanitario en la capital. Sociedad para inspirar al pueblo el gusto del aseo, abriéndole, en los barrios populosos y pobres, casas de baños gratuitos, ó casi gratuitos, con lavaderos y con secaderos calientes, en donde la mujer indiferente, y el hombre sin ropa blanca de remuda, pueden, por dos sueldos, bañarse en agua tibia, lavar y secar su ropa y la de su familia. Sociedad para facilitar á los obreros y á los mercaderes al menudeo los medios de cerrar temprano sus talleres ó sus bodegones, y pasar la prima noche entretenidos en lecturas sanas, y entretenimientos domésticos útiles á sus costumbres y á su salud. Sociedad de templanza para prevenir en el pueblo el abuso de los licores embriagantes, y suprimir así la miseria y el embrutecî-

miento, consecuencia de la borrachera. Los miembros de esta sociedad, para dar ejemplo al pueblo, se abstienen ellos mismos del vino y de la cerveza, sujetándose á privaciones que sólo el sentimiento religioso puede explicar. Sociedad para la extinción del vicio, fundada por Wilberforce, el emancipador de los negros. Gasta sumas considerables para la propagación, por la prensa, de la moral y del sentimiento religioso en las clases pobres ó ricas de la Gran Bretaña. Sociedad para la tutela moral y religiosa de los hijos de los sentenciados y de las mujeres perdidas. Sociedad, con un inmenso capital, para la educación, mantenimiento y colocación de los hijos ilegítimos. Sociedad para recoger á las mujeres enfermas y las desechadas de casas sospechosas. Sociedad para la conversión de las prostitutas. Sociedad para el asilo de mujeres que, habiendo cometido faltas, quieran volver á la vida honesta y á las prácticas religiosas. Sociedad para ofrecer refugio á las mujeres y á las niñas expuestas, por su edad y por su escasez, á las tentaciones del vicio. Sociedad para la supresión de las casas infames. Sociedad para suministrar un hogar y procurar trabajo á las mujeres virtuosas, y á los sirvientes sin colocación. Sociedad para enseñar la religión y un oficio á las mujeres arrepentidas. Sociedad para la protección gratuita por las leyes á las mujeres perseguidas ó maltratadas por los que tienen autoridad legal sobre ellas, y que abusan. Sociedad de aprendizaje gratuito para los presos jóvenes castigados por delitos correccionales. Sociedad para la extinción del crimen por medio de la instrucción y de la propiedad, propagandas en las clases más habitualmente crimi-

nales. Sociedad para la reforma de las prisiones, y para la construcción, por subscripción, de prisiones correccionales y de casas de trabajo. Cinco ó seis sociedades para la reforma de las costumbres de las mujeres presas. Sociedad para apoderarse, á la expiración de la condena, de las personas castigadas por una primera falta, á fin de impedir las reincidencias, y ponerlas en el camino de las buenas costumbres y del trabajo. Sociedad para prevenir la mendicidad por medio de socorros inmediatos y continuos á domicilio. Sociedad para visitar regularmente las familias menesterosas de cada parroquia ó de cada barrio. Sociedad de informes para ilustrar la caridad privada sobre las personas que solicitan limosnas por medio de cartas. Sociedad para dar asilo de noche á los individuos que se encuentran desprovistos de alojamiento y de fuego durante el invierno. Sociedad para establecer dormitorios y cocinas económicas para los obreros que momentáneamente se hallan sin hogar. Sociedad para suministrar á las familias de obreros pobres el pan y el carbón á precio más bajo y sin ganancia para el vendedor al menudeo, en todos los barrios de Londres. Sociedad para el servicio de sopa substanciosa á los que sufren de hambre. Sociedad para buscar y visitar á todos los extranjeros, de cualquier religión que sean, y de cualquier país que procedan, para socorrerlos en su abandono. Sociedad para leer al pueblo la Santa Escritura. Para las viudas sin apoyo y sin recursos. Para los presos por deudas. Para los marineros estropeados ó inválidos, como cien sociedades más.



XII

LA LEY DEL HAMBRE

Es imposible dar á conocer, en los rasgos fugitivos del romance, la situación pública de Buenos Aires, después de la retirada del ejército libertador.

El espíritu no volvía en sí del pasmo que le había causado esa noticia; y una lucha febricitante entre la esperanza y el desengaño lo agitaba terriblemente. Todavía se esperaba, en cada semana, en cada día que pasaba, la vuelta del general Lavalle sobre Buenos Aires, después de haber triunfado de López. Y esta esperanza era sostenida por los periódicos y por las cartas de Montevideo, que llegaban de contrabando dos ó tres veces por semana.

Esos periódicos, escritos con una pasión y un entusiasmo, con una perseverancia y una imaginación que sólo se hallan en rarísimas épocas de la vida de un pueblo, caían como hierro candente en el espíritu que se enfriaba. Y sobre hechos falsos, sobre detalles inventados, sobre conjeturas irracionales, se formaban, sin embargo, en muchos una fe positiva, una esperanza robusta,

Pero todo caía vencido por el terrorismo.

Rosas, poseedor del secreto de su triunfo real, ya no pensaba sino en vengarse de sus enemigos, y en acabar de enfermar y postrar el espíritu público á golpes de terror. El dique había sido roto por su mano, y la Mazorca se desbordaba como un río de sangre.

La sociedad estaba atónita; y en su pánico buscaba en las más pueriles exterioridades un refugio, una salvación cualquiera.

En menos de ocho días, la ciudad entera de Buenos Aires quedó pintada de colorado. Hombres, mujeres, niños, todo el mundo estaba con el pincel en la mano pintando las puertas, las ventanas, las rejas, los frisos exteriores, de día, y muchas veces hasta en alta noche. Y mientras parte de una familia se ocupaba de aquello, la otra envolvía, ocultaba, borraba ó rompía cuanto en el interior de la casa tenía una lista azul ó verde. Era un trabajo del alma y del cuerpo, sostenido de sol á sol, y que no daba á nadie sin embargo, la seguridad salvadora que buscaba.

La mayor parte de las casas habían quedado sin sirvientes.

La ciudad se había convertido en una especie de cementerio de vivos. Y por encima de las azoteas, ó con salidas de carrera, los vecinos se comunicaban las noticias que sabían de la Mazorca.

Este famoso club de asesinos corría las calles día y noche, aterrando, asesinando y robando, á la vez que en Santos Lugares, en la cárcel y en los cuarteles de Mariño y de Cuitiño, se le hacía coro con la agonía de las víctimas.

La entrada de la Mazorca en una casa repre-

sentaba una combinación infernal de ruido, de brutalidad, de crimen, que no tiene ejemplo en la historia de los más bárbaros tiranos.

Entraba en partidas de ocho, diez, doce, ó más forajidos.

Unos empezaban á romper todos los vidrios, dando gritos.

Otros se ocupaban en tirar á los patios la loza y los cristales, dando gritos también.

Unos descerrajaban á golpes las cómodas y los estantes.

Otros corrían de cuarto en cuarto, de patio en patio, á las indefensas mujeres, dándoles con grandes rebenques, postrándolas y cortándoles con sus cuchillos el cabello; mientras otros buscaban, como perros furiosos, por debajo de las camas y cuanto rincón había, al hombre ó á los hombres dueños de aquella casa, y si allí estaban, allí se les mataba, ó de allí eran arrastrados á ser asesinados en las calles; y todo esto en medio de un ruido y un griterío infernal, confundido con el llanto de los niños, los ayes de la mujer y la agonía de la víctima.

En la vecindad el pánico cundía; ¡y sólo Dios sabe las oraciones que se elevaban hasta su trono por madres abrazadas de sus pequeños hijos, por vírgenes de rodillas pidiéndole amparo para su pudor, misericordia para sus padres, misericordia para las víctimas!

El terror ya no tenía límites. El espíritu estaba postrado, enfermo, muerto. La Naturaleza se había divorciado de la Naturaleza. La humanidad, la sociedad, la familia, todo se había desoldado y roto.

No había asilo para nadie.

Las puertas se cerraban al prójimo, al pariente, al amigo. Y la víctima corría las calles; golpeaba las casas, los conventos, las legaciones extranjeras y una mano convulsiva y pálida se le ponía en el pecho, y una voz trémula le decía:

—No, no, por Dios; vendrán aquí y moriremos todos. No. ¡Atrás, atrás!—y el infeliz salía, corría, imploraba, y ni la tierra le abría sus entrañas para guardarlo.

Los más leales y antiguos federales, ministros unos, diputados otros, generales, magistrados, todos temblaban. Nadie sabía si las cabezas estaban echadas al azar, ó si era un martirologio escrito, pasado á las manos de la Mazorca. El golpe no era súbito é instantáneo como las vísperas en Sicilia, como la San Bartolomé en París. No; duraba, se reproducía á sí mismo con una exuberancia de ferocidad espantosa, y el espíritu se aterraba y postrábase más, pendiente la vida en el martillo de cada hora, en el sol de cada día.

Pero el cuchillo no podía herir á toda la familia. La madre, el niño, la virgen, no morían. Centenares de hombres escapaban á la muerte, y todo esto dejaba incompleta la venganza de Rosas, y no podía ser así. Era necesario un golpe que diese sobre todas las vidas, sobre todos los destinos, y que hiriese el presente y el porvenir de todos.

Y en medio del llanto, del susto y de la muerte, á los reflejos del puñal de la Mazorca, leyó el pueblo de Buenos Aires el bárbaro decreto de 16 de septiembre de 1840, que arrojaba á la miseria, al hambre, á cuantos eran, ó quería Rosas que fuesen unitarios.

De un momento á otro, millares de familias pasaron de la opulencia á la miseria, reducidas á mendigar un albergue y un pedazo de pan, arrojadas de sus casas, y despojadas hasta de sus muebles y de los objetos más necesarios á la vida. Pues todo, «los bienes muebles é inmuebles, derechos y acciones de cualquiera clase, en la ciudad y en campaña», pertenecientes no digamos á los unitarios, á los que no eran sostenedores ardientes del tirano, cayeron bajo el imperio de la confiscación. (1)

(1) Hablando de esto mismo, el señor Valentin Alsina, redactor del *Comercio del Plata*, en sus importantísimas efemérides, dice así:

«¿Qué otra cosa son esas confiscaciones que un verdadero saqueo, con la diferencia de que Rosas ni pasa por las fatigas que el saqueador soporta, ni se expone á los peligros á que éste se expone?»

«La Convención nacional de Francia, amenazada por una coalición de reyes, y después de tentar inútilmente otros arbitrios para contener la emigración decretó la confiscación; pero la decretó con mesura: reglamentó su disposición y la limitó á los emigrados, y especialmente á la nobleza, que corría á engrosar la amenazante reunión de Coblenza. Del mismo modo, cuando en un país es aplicada, lo es sólo á los culpables, lo es con arreglo á una ley preexistente, por los tribunales, y previa la más amplia audiencia y el más solemne juicio, en que esa culpabilidad es declarada. Aun así, la confiscación penal en muy pocos países subsiste; mas la confiscación política, la aplicada indistintamente á los miembros de un partido, por sólo pertenecer á tal ó cual comunión política, ¡en ninguno! Eso no es confiscación: eso es latrocinio neto, saqueo puro.»

«En principios de agosto de 1840 invadió el general Lavalle la provincia de Buenos Aires; y en principios de septiembre ya emprendió su retirada, y entonces, alegando esa invasión, dispuso Rosas, el día 16, las confiscaciones; y así como en octubre siguiente dispuso las inolvidables matanzas y degollaciones de aquel mes de Rosas.»

«Todos los bienes, muebles é inmuebles, derechos y acciones de cualquiera clase, en la ciudad y campaña, pertenecientes á unitarios, es decir, á sus enemigos, sea cual sea su color político, son destinados por su decreto para premiar á sus soldados y reembolsar al tesoro de los gastos hechos con motivo de la invasión: como si desde antes de ésta esos soldados no estuvieran en pie, y esos gastos no hubieran sido los mismos. También son destinados, con una desvergüenza que asom-

· Ese solo decreto estaba destinado á envolver más desgracias y más lágrimas, que toda la serie de los delitos de Rosas.

En presencia de la muerte, la sociedad no pudo darse cuenta inmediatamente de toda la importancia de aquel estudiado acto de venganza.

Y mientras así temblaba y se sacudía convulsiva entre el puñal, el hambre, la desesperación y el terror, el ejército libertador, persiguiendo á López, se alejaba, y se alejaba para siempre; y el pueblo emigrado en la orilla oriental del Plata se echaba en los brazos de una nueva esperanza, con la llegada á Montevideo del vice-almirante

»bra, á indemnizar á los buenos federales de los quebrantos ó perjuicios que supone haberles causado el general Lavalle. ¡Calumnias indignas! Lavalle respetó completamente á las personas y las propiedades; y aun la mayor parte de las caballadas de que dispuso y de los animales que alimentaron su ejército, le fueron llevados espontáneamente por la multitud de patriotas que en la campaña había. Provocamos á los impostores rosistas á la justificación de aquella imputación. ¿Acaso Lavalle forzó á nadie á reunirse? ¿Acaso se ensañó contra algún enemigo armado, y menos aún contra los desarmados? ¿Frenó, persiguió, ó fusiló á alguno? ¿Ejerció algún acto de ferocidad? ¿Confiscó tampoco la propiedad de nadie? ¿Incendió ó destruyó? ¿Hizo exacciones forzadas ó impuso contribuciones? ¿Cuáles fueron, pues, esos supuestos perjuicios?

»Lo cierto es que todo eso no fueron sino pretextos y palabreo del decreto y, que Rosas, sin dar tales premios á sus soldados ni tales indemnizaciones á sus buenos federales, hizo entrar en sus arcas el producto de las confiscaciones, y lo dió á su antojo el destino que mejor le plugo. Uno de ellos fué el pago á ciudadanos franceses de las indemnizaciones que la Francia le obligó á reconocer en el tratado de Mackau, de 29 de octubre. Con el sudor de los enemigos de Rosas vió la Francia indemnizados á aquellos de sus nacionales que lo fueron por perjuicios resultantes de los excesos y locuras del mismo Rosas.

»Tanto menos puede justificarse el expoliatorio decreto con la invasión de Lavalle, cuanto que él comprende y se aplicó á todos los enemigos de Rosas y no meramente á los que la ejercieron, promovieron ó ayudaron dentro ó fuera del país, como en todo caso debió ser. El condenó á la indigencia á los unitarios en masa, por sólo el hecho de serlo, aunque nada hubiesen intentado contra Rosas, ni en el país ni fuera de él; es de-

Mackau, el 25 de septiembre, y que bien pronto debía disiparse.

Al llegar el señor Mackau á Montevideo, manifestó deseos de instruirse á fondo de la cuestión y de su estado; recibió prolijos informes, apoyados en documentos verídicos del señor Buchet Martigny; oyó los de multitud de personas particulares, que aparentaba escuchar con interés y atención; recibió en un documento, revestido de multitud de firmas, la expresión de los deseos é ideas de la población francesa de estos países; pero, con el pretexto de una prudente reserva, exigida por su posición, jamás manifestó abiertamente

» cir, el decreto se dirigía á penar una opinión. Así es que se aplicó, no solamente á los que invadieron ó se unieron á los invasores, no solamente á los emigrados, sino también á innumerables individuos pacíficos, sumisos, inofensivos, que no se habían movido de sus casas, contra los cuales no se invocaba ningún hecho determinado, sino el general: ser unitario.—El se aplicó á extranjeros que en nada se habían ingorido. ¡El se aplicó aun á señoras!

» Por otra parte: no se salvaron ni se tuvieron en cuenta los derechos de acreedores, socios, ó de cualquier otro tercero. ¡Fue una verdadera expoliación general de bienes, ejecutada de modo más arbitrario y brutal. ¿Cuál juez ó autoridad decidía quiénes fuesen los enemigos de Rosas ó estuviesen incurso en el decreto? Rosas y sólo Rosas. ¿Cuántos diligencias ó esclarecimientos precedían? Ninguno. ¿Qué se dejaba á los robados para sus necesarios alimentos? Absolutamente nada. Aunque los bienes perteneciesen á sus mujeres, hijos, etc., todo se les arrebatava; millares de seres inculpables é inocentes se vieron de una hora á otra hundidos en una miseria horrible. ¡Y cuántos desórdenes, cuánta desmoralización de todo género no han nacido de aquí! ¡Cuántas violencias personales no se ejecutaron! Señoras hubo á quienes, sin hipérbole ni exageración alguna, se las tomó materialmente del brazo y se las arrojó á la calle sin más auxilio que el vestido que las cubría. Y ¡felicidades si además no eran golpeadas ni azotadas.

» Así han atacado el derecho de propiedad esos saltadores que, no obstante, tienen la audacia de apellidarse á sí mismos restauradores y defensores de las leyes. Montesquieu, Daunou, Constant, Rossi, Thiers, Guizot y tantos otros publicistas venerados, bien pudieron excusar sus inmortales lecciones. Los restauradores del Plata son los destinados para iluminar al mundo sobre la verdadera doctrina social.»

la menor de sus ideas, ni al ministro de Estado del Gobierno oriental. Las palabras del almirante se redujeron siempre á éstas, ó parecidas: «Mi posición es muy delicada: mis simpatías por la causa oriental y argentina son muy vivas: sería preciso no tener corazón para no sentir las: haré por esa causa cuanto sea compatible con mis deberes.» A estas frases solía con frecuencia agregarse un medio no común en la diplomacia: la emoción y las lágrimas del almirante. (2)

Sin embargo de esta sensibilidad, el plenipotenciario francés dejaba entrever que, según sus instrucciones, ni á la República Oriental, ni á las tropas que estaban á las órdenes del general Lavalle, había reconocido la Francia por aliados, sino como auxiliares que la casualidad le había proporcionado.

Pero la emigración decía bien alto que los orientales argentinos tenían derecho á ser ayudados por la Francia hasta terminar su cuestión con Rosas, invocando la justicia, el honor y la conveniencia.

Antes de adoptar la Francia—decían,—el medio de las alianzas locales contra Rosas, antes que su Gobierno y sus Cámaras aprobasen, tan solemnemente como lo han hecho, el sistema adoptado por sus agentes, debió ella misma prever las consecuencias del compromiso en que entraba. Pero, después de formadas las alianzas, después de comprometidos los pueblos del Plata, sobre la fe

(1) Muchos ejemplos hubo de esto: lágrimas y emoción al recibir la visita del joven hijo del general Lavalle, á nombre de su madre: emoción muy notable al oír á uno de los señores encargados de presentarle la petición de los franceses; emoción también en una conferencia con el coronel argentino, D. F. Velasco. (Documentos de la época.)

de Francia, el tiempo de retroceder había pasado irrevocablemente; alta barrera de bronce quedaba levantada entre la Francia y Rosas.

En esta alianza, como en muchas otras, los poderes que la contrajeron iban á un fin común, aunque por diversos motivos é intereses. Buscaba la Francia un tratamiento justo para sus nacionales é indemnizaciones por daños á ellos causados: querían los orientales la destrucción de un poder que había atacado sus libertades y derechos, que los amenazaba constantemente, y que, desde muy atrás, hizo causa común con los enemigos de su tranquilidad interna; los argentinos, por último, buscaban el aniquilamiento, en su patria, de un sistema de explotación y de sangre; la destrucción perdurable del sistema dictatorial, ó de «facultades extraordinarias»: reacción vergonzosa y mortal contra la revolución americana; querían, por fin, asentar el imperio de la civilización y de las leyes sobre el sitio que manchaban la barbarie y la voluntad sangrienta de un solo hombre. En esto último tenían también interés, aunque indirecto, la Francia y el Estado Oriental; porque lo tienen la humanidad y la razón.

Pero el tiempo de las apreciaciones históricas que debieran guiar los procedimientos de la Francia en su política de estas regiones del Nuevo Mundo, no era aquél, por cierto. Y si las instrucciones del gabinete francés venían calcadas sobre aquella que entendía por su conveniencia en el Plata, todas las demostraciones y los llamamientos al honor y al deber, eran fuerzas impotentes para estorbarlo. Aquel tiempo era de hechos únicamente, y los hechos empezaban á encaminarse favorablemente á Rosas de parte de la Francia.

El almirante debía partir para Buenos Aires en los primeros días de octubre. Y allí se iba á jugar última esperanza de la época contra un nuevo triunfo para Rosas.

Pero aun cuando la última expresión de esa negociación fuese desfavorable al tirano, era importante á su vez para estancar la sangre en las venas abiertas de ese pueblo infeliz.

Los negocios franceses ya eran sólo esperanzas para los emigrados. Para el pueblo de Buenos Aires no había esperanza sino en Dios.

Las cárceles se llenaban de ciudadanos.

Las calles se teñían de sangre.

El hogar doméstico era invadido.

Las madres querían volver á sus entrañas á sus hijos. Cada mirada del padre sobre ellos era un adiós del alma, era una bendición que les echaba, temiendo á cada instante ser asesinado en medio de ellos.

Y el aire y la luz llevaban hasta Dios la oración íntima de todo un pueblo que no tenía sino la muerte sobre su cabeza.

XIII

EL TRAJE DE BODA

Era el 5 de octubre.

La ciudad, pintada toda de colorado, estaba cubierta de banderas: invención del Dictador para cada festejo federal. Ese día era el aniversario de

un dolor de muelas que privó, el año de 1820, entrar á la plaza con el cuerpo de milicias que mandaba, al ejército del general Rodríguez y que Rosas festejaba sin embargo, como un gran hecho militar, que su cuerpo se hubiese batido sin él.

Pero dejemos á la ciudad un momento; y desde la barranca de Balcarce, antes de descender contemplemos la Naturaleza un momento también.

La luz es un océano de oro en el espacio.

El firmamento está transparente como la inocencia.

El aire es suave y acariciador como el aliento de una madre.

Los prados están risueños y matizados con todos los colores, bajo la luz clarísima que los baña: es el manto de la esperanza extendido sobre la tierra, con toda su riqueza, con todos sus caprichos, como el cendal de las ilusiones sobre el alma enamorada de la mujer en su primera vida.

Todo allí es bello, suave y amoroso; es el contraste vivo con la naturaleza moral de la ciudad vecina.

Pero bajemos.

Hay una cosa más bella y amorosa todavía. Hay un contraste más vivo y más latente; una sofisticación de la fortuna ó de la desgracia; ó más bien, una bellísima ironía de cuanto está sucediendo en esos momentos: Amalia.

Amalia mintiendo felicidad, sin creerla ella misma.

Amalia, bella como nunca. Apasionada como el alma del poeta. Tierna como la tórtola en su nido. Derramando una lágrima del corazón sobre su propia felicidad, y feliz con su llanto. Misterio

de Dios y del destino. Presa disputada por la desgracia y por la dicha, por la vida y por la muerte.

Entremos.

El salón de la encantada quinta ha recobrado su elegancia y su brillo. La luz del sol, bañando, amortiguada por las celosías y por las cortinas, el lujo de los tapices y de los muebles; las nubes de ámbar que exhalaban las roeas y violetas entre canastas de filigrana, jacintos y alelías, entre pequeñas copas de porcelana dorada, y el silencio interrumpido apenas por el murmullo cercano del viento entre los árboles; todo hacía del salón de Amalia una mansión, al parecer destinada á las citas del amor, de la poesía y de la elegancia.

Allí no estaba la diosa de aquella gruta. Con su cabello destrenzado, pero rodeando en desorden su espléndida cabeza, vestida con un batón de merino azul obscuro con guarniciones de terciopelo negro, sujeto á su cintura por un cordón de seda, que hacía traición al seno de alabastro y al pequeño pie oculto dentro de unas chinelas colchadas de raso negro, la joven estaba en su tocador con su pequeña Luisa. Y estaba allí entre un mundo de encajes, de riquísimas telas y de trajes extendidos, unos sobre los sofás, otros sobre las sillas, y otros colgados en los espejos de los roperos.

Bella siempre, bella de todos modos, su fisonomía estaba más animada que de costumbre. El cabello de sus sienes levantado, la Naturaleza parecía hacer alarde de las perfecciones de aquella cabeza, de la que la imaginación no halla modelo sino en las imágenes bíblicas. Sus ojos, que parecían siempre alumbrados por una luz celestial que se escurría por la sombra aterciopelada de sus

pestañas como el primer rayo del alba por las sombras que aún bordan el Oriente, participaban también de la animación de su rostro.

Todo era extraño en ella.

En el momento en que nos acercamos estaba de pie delante de uno de sus guardarropas, en cuya puerta de espejo había colgado un magnífico vestido de blondas, con lazos de ancha cinta, blanca también, en la cintura y en las mangas.

Lo miraba. Tomaba la falda con sus dedos de rosa y la alzaba un poco como examinando mejor aquella nube, aquel vapor de un precio y de un gusto inestimables; mientras que la niña seguía todos sus movimientos, tocando y examinando también, cuanto tocaba y examinaba su señora.

—Este, Luisa. Este es el más elegante—dijo al fin Amalia mirando por todos lados el precioso vestido.

—Sí, yo creo que sí, señora. ¿Quiere usted probarse?

—Sí, pues. Dame un visito—y al decir esto, desató el cordón de seda de su cintura y se quitó el batón, descubriendo sus hombros y sus brazos, como tentaciones del amor, como prodigios de un artífice que debió enamorarse de su propia obra.

En dos minutos un crujiente visito de raso blanco cubría aquellas formas encantadoras, y era prendido sin dificultad á su leve cintura por las manos de la graciosa Luisa.

—El vestido ahora—dijo Amalia pasando, ligera como un fantasma, á pararse enfrente de un espejo de siete pies de altura, colocado desde el suelo; y el vestido pasó luego por su cabeza co-

mo una blanca nube brillantada por el sol. Y era una verdadera diosa, entre una nube cuando los encajes cayeron sobre sus brazos y su seno, y el transparente traje se dilató sobre el viso de joyante seda.

Una vez prendido á su cintura, Amalia ya no era Amalia, era una joven enamorada de las puerilidades del lujo y del buen gusto. Se miraba, se oprimía la cintura con sus manos, daba vuelta su preciosa cabeza para mirar su espalda en el gran espejo, ó se colocaba entre los dos roperos.

Luisa, entretanto, tocaba el vestido, le englobaba, y sus ojos estaban en un movimiento continuo, de la cintura al pie de su señora, de la cintura á los hombros, de los hombros al rostro.

—¡Magnífico, señora, magnífico!—exclamó al fin la niña, separándose algunos pasos como para verla de más lejos.

Pero, de repente, Amalia movió su cabeza, hizo un gesto con sus labios, y dijo:

—No; no me gusta.

—Pero, señora...

—No; no me gusta, Luisa. Este es más bien un vestido de baile. Además está corto de talle.

—No, señora, al contrario; está largo.

—Y grande de cintura.

—Le mudaré los broches en un momento.

—No; no me gusta. Despréndelo.

—Pues, señora, no hay otro más lindo—dijo Luisa desprendiendo el vestido.

—No importa, pero habrá otro más á mi gusto.

—Va usted á elegir el peor.

—No importa; déjame. Esto es un delirio como otro cualquiera, y hoy quiero tenerlo por la primera vez de mi vida, y, sin duda, por la última.

—¡Válgame Dios, señora, siempre pensando cosas tristes! Verá usted cómo en Montevideo va á todos los bailes, al teatro, á todas partes, y hemos de tener todos los días que hacer lo mismo que hoy—repuso Luisa, colocáando el vestido sobre una silla.

—No, Luisa, me basta con hoy. Hoy por todos los días de mi vida. Dámelo aquel otro vestido.

Y Luisa tomó de sobre un sofá un traje de moaré blanco, con tres guarniciones de fleco, formado del mismo género, con anchos encajes de Inglaterra en el pecho y en las mangas; tela de los más ricos tejidos de Francia, y de un valor mayor aún que el vestido de blondas.

Este traje, más regio y más ajustado al seno y á los hombros, dibujaba con más coquetería las formas encantadoras de Amalia, y mereció los honores de la contemplación por más largo rato que el primero.

Pero después, el mismo movimiento de cabeza y el mismo gestito, le dieron su pase, con satisfacción de Luisa, que no pudo menos de decir:

—¿Ve usted, señora? si no hay otro como el de encajes.

—No, Luisa; ninguno de los dos.

—Mire usted, señora, yo estoy segura de que él querría verla á usted con el primero.

—Me verá alguna vez, pero no hoy.

—Hoy, hoy.

—¿Y por qué?

—Porque es el más rico.

—¡Bah!

—Y porque es el que mejor le sienta.

—Eso es lo que no creo; y si lo creyese...

—¿Qué, señora?

—Me lo pondría.

—Pues ese es.

—Me lo pondría porque hoy es la primera vez de mi vida, que tengo la vanidad de querer estar bien, muy bien, Luisa.

—¿Nada más que muy bien?

—Y...

—¿Y?

—Y muy linda—dijo Amalia, poniendo sus manos sobre la cabeza de Luisa, cubriéndose de carmín sus mejillas, pasando relámpagos de sonrisa por sus labios, radiante de felicidad, y abochornada de su confesión.

—¿Y cuándo no lo está usted, señora?—dijo la niña tomándole las manos.

—Nunca.

—Siempre.

—Pero hoy quiero estarlo, Luisa, para él, para él solo. Es el día de su destino y del mío. ¡El día de nuestra felicidad y de nuestra separación! ¡De nuestra separación, Dios mío!—exclamó Amalia, cubriéndose los ojos con sus manos.

—Pero separación de ocho ó quince días, señora. Vamos: si usted va á llorar como esta mañana cuando se despertó, va usted á estar muy mal para la noche.

—No, no, Luisa, no es nada—exclamó Amalia abriendo sus magníficos ojos y sacudiendo su cabeza como para despejarla de las ideas que acababan de cruzar por ésta,—no es nada; dame otro vestido.

—¿Cuál?

—Aquél.

—¿El del sofá?

—Sí.

—¡ Ah! también es muy lindo; pero como el de encajes, no.

—¿ Volvemos?

—Hasta la noche le he de estar á usted diciendo que es el mejor.

—Eres porfiada, Luisa.

—Ya se ve que lo soy, pero es cuando yo sé que hago bien. Y verá usted; yo se lo he de contar mañana al señor don Eduardo; y...

—¿ Mañana?

—¡ Ah, sí, es verdad!

—Mañana cuando salga el sol ya estaremos separados.

—Pero, señora, ¿ y no sería mejor que esperase unos días á ver si esto pasa?

—No, Luisa, ni un minuto más. Por su viaje lo he anticipado todo, lo he preparado todo en mi alma, en mis aprensiones, y afronto hasta la profanación que se hace hablando de felicidad en estos momentos de duelo y de sangre para tantos. Que parta hoy mismo, con esa condición me caso. Yo iré después, cuando sea posible salir de este sepulcro de vivos.

—¡ Ah, qué día aquél que estemos todos juntos en Montevideo!

—Sí, en Montevideo—dijo Amalia doblando su cintura para que Luisa le prendiese el nuevo traje.

—Vea usted—prosiguió Luisa,—cómo se ha puesto buena la madre de doña Florencia en tan pocos días.

—¡ Oh, cuán contentas estarán pasado mañana!

—Pero aquí... vea usted, señora, ni los pajaritos cantan—y Luisa señalaba con su manecita las jaulas doradas de los jilgueros de Amalia, que

habían vuelto á su primera colocación después que dejó la «casa sola» y se volvió á Barracas.

—¡ Sí! ¿ has notado, Luisa? ¡ los pájaros no han cantado hoy!—exclamó Amalia volviendo súbitamente los ojos á las jaulas, y como fijándose en una circunstancia que no había recordado.

—¡ Válgame Dios, para qué le diría á usted tal cosa!

—Sí, bien... hablemos del traje... hoy no quiero creer otra cosa sino que soy feliz... ¿ te parece bien, Luisa?

—Espléndido, señora; pero no como el de encajes.

—¿ Ves? Este, éste es el que elijo.

—Y tiene usted razón. Después del de encajes no hay otro como éste—y Luisa se iba hasta el fin del tocador para ver de lejos á Amalia que se miraba, ora en el grande espejo, ora entre los dos de sus roperos, no ocultando en su rostro la satisfacción que sentía al haber hallado el traje que buscaba, y con el cual se presentará al lector algunas horas más tarde.

—Este, sin duda. Despréndelo, Luisa, pero con cuidado.

—Está ya, señora.

—Ahora otra cosa, Luisa—prosiguió Amalia volviendo á ponerse su batón de merino.

—Ahora veremos las alhajas, ¿ no, señora?

—No, Luisa; alhajas no.

—¿ Pero un collar, siquiera?

—No, en ese acto no se ponen alhajas, Luisa.

—Pues, señora: si yo me caso alguna vez, y tengo tan lindas cosas como usted...

—No te las pondrás. Anda á la sala y tráeme todas las rosas.

Un minuto después volvía Luisa con la canasta de rosas que vimos al entrar en la sala.

Las rosas eran el encanto, el tesoro de Amalia. Y cuando tomó en sus manos la canasta y aspiró una rosa que entonces se abría, sus ojos se entrecerraron, palideció su semblante, y palpitó su seno: era que el aroma de la flor estimulaba el aroma poético de su alma, y aquella organización, sensible y armoniosa, languidecía de placer y de amor al aspirar la fresca y purísima esencia de la rosa.

Puso luego el canastillo de filigrana sobre sus faldas, y á medida que tomaba y aspiraba y examinaba las rosas, una mezcla de porvenir y de pasado, de felicidad y de melancolía, conmovía su corazón, sin duda, pues que su rostro, antes radiante, había vuelto súbitamente á su habitual expresión de dulcísima tristeza.

Las flores eran el campo, el mar, y la luz en las horas crepusculares; ejercen sobre las almas poéticas y sensibles una influencia que se escapa al mecanismo de los sentidos, que el alma misma no la puede definir, pero que la siente y se avasalla ante ella. Es la religión verdadera de Dios, ejercida en el templo de la Naturaleza, por el sacerdocio del corazón humano.

Al fin Amalia pareció contenta de una de las rosas en que escogía, y la colocó en una copa de cristal dorado, sobre el mármol de su elegante tocador.

—Ahí están mis diamantes, Luisa—dijo al colocar la rosa.

Pero en ese instante, fuese por el demasiado diámetro del vaso, ó por la demasiada inclinación

de la flor, ésta cayó sobre el mármol y del mármol rodó al suelo.

Amalia se inclinó con rapidez para alzarla; pero, más rápida todavía, cruzó una sombra por su imaginación.

—¡Es singular!—dijo volviendo á colocar la rosa,—dos veces me ha sucedido esto, y las dos con una rosa blanca: el día en que le di mi corazón, y el día en que voy á darle mi mano... pero... vamos á otra cosa, Luisa—dijo aquella mujer que sostenía visiblemente una lucha tenaz en ese día con sus preocupaciones y con su espíritu; y ella misma tomó un cartón de sus roperos; se acercó á un sofá, y vació sobre él varios juegos de botines y zapatos que había hecho traer expresamente de París, todos de una delicadeza digna de la preciosa obra de la Naturaleza á que estaban destinados. Escogió unos botines delicadísimos, que parecían cortados para una niña de doce años; luego de separar algunos otros objetos destinados á su traje de boda, se acercó á sus pájaros, como arrepentida de haber estado tanto tiempo cerca de ellos sin tributarles una caricia.

Al acercarse y mover sus dedos entre los alambres dorados, uno de los jilgueros hizo vibrar una nota en su poderosa garganta, con un acento extraño, parecido más bien á un gemido que á las modulaciones naturales de esos coristas de la Naturaleza.

Amalia se impresionó visiblemente, y en vano agitaba las manos y movía las jaulas, acción á que sus pájaros correspondían siempre con su canto; en vano. Los jilgueros saltaban por todos los círculos de alambre, pero sin cantar y perezosos.

—¿Qué tienen los pajaritos, señora?—preguntó

Luisa sorprendida de lo que veía por primera vez.

—¡Están tristes!—contestó Amalia dando vuelta su cabeza hacia Luisa y empañado el cristal purísimo de sus ojos con una lágrima levantada por la imaginación de la fuente misteriosa de la sensibilidad de aquella alma tan tierna y combatida por la suerte, por ella misma;—¡están tristes!—prosiguió, y repentinamente, más triste que el acento con que acababa de pronunciar sus últimas palabras, se acercó á la ventana que daba al patio, descorrió las cortinas y alzó sus ojos al firmamento azul, siguiendo por largo rato una nube blanquecina que, como una pluma de las alas del céfiro, se deslizaba graciosa entre la luz del espacio.

—¡No puede darse un día más bello!—exclamó Amalia.—Todo está tranquilo, menos mi alma. ¿Qué hora es?

—Las tres de la tarde acaban de dar, señora.

—¡Faltan cinco horas!... Arregla todo eso, Luisa.

Y al pronunciar estas palabras, Amalia dejó caer las cortinas, sacudió su cabeza como era su costumbre cuando quería desechar ciertas ideas, y pasó de su tocador á su aposento, cerrando la puerta en pos de sí.

Con el movimiento de su cabeza, su cabello destrenzado y apenas sujeto por una pequeña peineta, resbaló, y sus hebras se extendieron como un espléndido manto sobre su espalda. La alcoba estaba apenas alumbrada por la escasa luz que venía de la antesala, pues las ventanas al patio estaban cerradas. Y así, bajo esa débil claridad, y entre el ambiente perfumado que se respiraba en aquellas solitarias habitaciones, Amalia se acer-

có á la pequeña mesa colocada junto á su lecho, y se arrodilló delante del crucifijo de oro incrustado en ébano, que otra vez hemos visto en ese mismo lugar.

De rodillas, suelto el cabello, descansando sus brazos sobre el borde de la mesa, y sus manos oprimiendo la cruz, bella como una Magdalena, sólo el Hijo de Dios que la escuchaba, sólo la mirada de Dios, derramada en el aire y en la luz del Universo, pudieron oír las sentidas palabras de aquella alma, y leer la verdad del sentimiento, de la fe y de la esperanza, en aquella purísima conciencia.

XIV

ASILO INGLÉS

Tenemos que retroceder con el lector para recoger ciertos personajes de esta historia, pocos días después de aquella noche de esperanzas y de desengaños para los diez jóvenes reunidos en el almacén de la calle de la Universidad.

En efecto, pocos días después de aquella noche, un coche tirado por dos briosos caballos enfilaba la calle de la Reconquista, con dirección á Barracas, y á poco rato paraba en la quinta del

señor Ministro de S. M. B., caballero Mandeville.

El carruaje no había dejado de llamar en su tránsito la atención de los que lo veían ó sentían; porque, en esos días de republicanismo federal, los coches se habían guardado, y la mayor parte de los caballos fué ofrecida al Restaurador, ó arriada federalmente. Y al parar el carruaje en la casa del Ministro inglés, no faltaron curiosos que abrieran los ojos para ver aquella novedad.

El cochero abrió la portezuela, y dos hombres bajaron.

Uno de ellos, sin embargo, quedó parado en el estribo vuelto el cuerpo hacia adentro, y empezó á cambiar este ligero diálogo con otro individuo que no se había movido del asiento delantero en que venía.

—¿Recuerda usted bien todo, mi querido maestro?—preguntó el que se había quedado medio afuera y medio adentro.

—Sí, Daniel, pero...

—¿Pero qué?

—¿Y no sería mejor saber si está el señor Ministro, antes de que partiera aislado y solo por estas lúgubres calles, á estas horas, y encerrado en este vehículo?

—Nada importa eso; si no está, lo esperaremos, y cuando usted vuelva, aquí nos hallará.

—¿Y si el Padre Guardián me preguntase?...

—Ya se lo he dicho á usted cien veces. No debe usted contestar directamente á ninguna pregunta. Si quieren ó no prestarse á lo que se les pide, cueste el dinero que cueste: eso es todo.

—¿Y por fuerza ha de ser sobrino mío?

—O hijo.

—¡Hijos yo, Daniel!

—O primo.

—¡Vaya!

—O ahijado, ó lo que usted quiera.

—¡Dios ponga tiento en mis manos!

—Y en su boca, mi querido maestro. Antes de una hora tiene usted tiempo de volver.

—¡Adiós, Daniel, adiós!

—Hasta de aquí á un momento, mi querido amigo,—y el joven cerró la portezuela é hizo una seña al cochero, que no era otro que Fermín, y partió al momento.

El señor Mandeville estaba en su casa, y Daniel y su compañero, en quien ya el lector habrá creído reconocer á Eduardo, fueron introducidos en el salón, donde encendían luces en ese momento.

El señor Mandeville no se hizo esperar mucho rato, porque nunca Buenos Aires hospedó un ministro europeo más afable y democrático que aquél, con cuantos se acercaban á su casa con las insignias de la época.

El Ministro llegó con su cara distinguida y fresca, á pesar de los años, su levita abotonada, sus puños de batista cayendo sobre sus blancas y bien cuidadas manos, y con esa difícil facilidad de maneras que sólo se adquiere en el roce continuo de la alta sociedad, dió la mano á Daniel y exclamó:

—¡Oh, qué felicidad! Nunca podrá usted imaginarse, señor Bello, cuánto honor y placer es para mí verlo á usted en mi casa.

—Señor Mandeville—contestó el joven apretando la mano que le extendía el diplomático,—yo nunca doy honor y placer, sino á cambio de

una gran ganancia en las mismas especies. Tengo la satisfacción de presentar á usted á mi íntimo amigo el señor Belgrano.

—¡Ah! el señor Belgrano. ¡Cuántos deseos tenía hace tiempo de conocer á este caballero! Es una dicha completa la que usted me da, señor Bello.

—La dicha es para mí—repuso Eduardo,—que mi nombre fuese conocido del señor Mandeville.

—¡Qué quiere usted, mi joven amigo! Ya yo soy viejo, y como me gusta tanto la sociedad de las bellas damas de Buenos Aires, allí aprendo de memoria todos los nombres distinguidos de la juventud.

—Cada palabra de usted es una amabilidad, señor Mandeville—contestó Eduardo, que buscaba inútilmente cómo entrar en ese juego exquisito de palabras galantes, que forman uno de los atributos especiales de la sociedad culta y de la diplomacia europea, y que no entraba en el carácter ni en los hábitos del joven.

—No, no, justicia nada más, señor Belgrano. Los viejos estamos siempre próximos á dar cuenta á Dios de nuestras acciones, y debemos esmerarnos en ser siempre justos y verídicos. Y, vamos á ver, ¿ha visto usted á Manuclita, señor Bello?

—Hoy no, señor Mandeville.

—¡Ah, qué criatura tan encantadora! Yo no me canso de hablar con ella y admirarla. Muchos creerán que mis visitas llevan un fin político cerca de Su Excelencia, y nada menos que eso: yo voy á buscar, cerca de esa espiritual criatura, algo que alegre mi espíritu tan aburrido con los

negocios. En Londres, misia Manuelita hacía furor.

—¿Y su padre?—preguntó Eduardo, sobre quien cayó como un palmetazo una mirada de Daniel.

—Su padre... el señor general Rosas... vea usted, en Londres...

—En Londres no gozaría de salud el señor Gobernador—dijo Daniel para salvar al Ministro del aprieto en que lo acababa de poner su amigo.

—¡Oh, el clima de Londres es detestable! ¿Ha estado usted en Europa, señor Belgrano?

—No, señor, pero pienso viajar algunos años por ella.

—¿Y pronto?

—No tan pronto como se nos ha venido el señor de Mackau—repuso Daniel queriendo darle ya otro giro á aquella insubstancial conversación.

—¡Cómo! ¿ha llegado ya el vicealmirante Mackau?

—¿No lo sabía usted, señor Mandeville?

—A fe mía.

—Pues ha llegado.

—¿Aquí?

—No; á Montevideo, anteayer á la una.

—¿Y lo sabe ya Su Excelencia?

—¿Y cómo cree usted que sabiéndolo yo no lo sepa el señor Gobernador?

—¡Ah! cierto, cierto. Pero es extraño que el comodoro no me haya comunicado nada.

—A la oración quedaba á la vista un bergantín inglés.

—¡Ah!

—El viento ha sido malo, señor Mandeville—

observó Eduardo,—y sólo á las cinco de la tarde se ha recibido la noticia por una ballenera.

—¿De suerte que estamos en la crisis?—dijo Mandeville jugando con sus uñas, como era su costumbre cuando se preocupaba de algo.

—Y no es eso lo mejor.

—¿Hay más?

—¡Friolera, señor Mandeville! Sabe usted que hasta ahora todos esperábamos ver llegar en actitud hostil al enviado francés, ¿no es así?

—Sí, sí, ¿y bien?

—Pues nada menos que llega con las más sanas y pacíficas intenciones.

—¡Ah, qué felicidad!

—Para nosotros.

—Para todos, señor Bello.

—Menos para la cuestión de Oriente.

—Sí, algo puede haber de eso.

—Un embarazo menos para la Francia es un embarazo más para la paz europea en estos momentos. Felizmente, las relaciones hoy existentes entre la Inglaterra y la Francia, nos garanten, hasta cierto punto, el resultado de la misión Mackau.

—El Gobierno británico no titubearía—observó Mandeville,—en ofrecer todos sus buenos oficios en esta cuestión.

—No quise decir eso—replicó Bello.—Quise decir que, si la Inglaterra tuviese interés en distraer algo la atención de la Francia con su cuestión del Plata, hoy se le ofrecería una brillante oportunidad. Precisamente venía yo hablando de eso con el señor Belgrano.

—Sin embargo... si las instrucciones del Barón de Mackau son de arreglar á todo trance

este negocio, confieso á usted que no veo cómo la Inglaterra podría estorbar el arreglo, en la hipótesis, puramente caprichosa, de que tuviere interés en ello.

—Aquí, no, pero en Francia podía estorbar la ratificación del tratado, puesto que llevará un vicio de nulidad que felizmente no lo echarán de ver en Francia, y que lo echaría á perder todo si el gabinete inglés lo hiciese conocer á la oposición francesa, y la trabajase en ese sentido. De ese temor precisamente venía yo hablando con Bello—dijo Eduardo, mientras que el señor Mandeville volvía sus inteligentes ojos de uno á otro de aquellos jóvenes, cuyo pensamiento verdadero quería penetrar y se le escapaba á cada momento.

—¿Y en qué estaría ese vicio?—preguntó Mandeville con ingenuidad.

—Nada menos que en la firma del señor Gobernador—contestó Daniel.

—¿Cómo?

—Que los unitarios que están en Montevideo han preparado una demostración al señor Mackau, que hasta cierto punto no deja de ser un fuerte argumento.

—¿Y es, señor Bello?

—Que la firma del señor Gobernador es falsa, mi querido señor Mandeville. Figúrese usted que ellos raciocinan de este modo: que aun cuando el señor Mackau traiga instrucciones para tratar á todo trance, no hay autoridad con quien tratar en la República Argentina; porque el general Rosas no tiene poder, ni representación alguna para ajustar tratados á nombre de la nación argentina.

—Pero, es un poder de hecho—replicó el señor Mandeville,—y el plenipotenciario no tiene

que investigar su legalidad, sino reconocerlo y tratar con él.

—A ese argumento contestan los unitarios— prosiguió Bello,—que; si el almirante viniese á tratar con el señor general Rosas, como simple Gobernador de Buenos Aires, y con relación á esta sola provincia, entonces podía tratar con él, como el almirante Le-Blanc y el señor Martigny se habían entendido con el Gobierno de Corrientes. Pero que, viniendo á tratar con un Gobierno que represente en el exterior á la soberanía nacional, se encontraba con que este Gobierno no existía.

—Algo hay de eso, en efecto—contestó Mandeville con aire distraído.

—Los unitarios sostienen—prosiguió Daniel,—que las provincias argentinas nunca han delegado la facultad de entender en las relaciones exteriores, celebrar tratados, etc., en el Gobierno de Buenos Aires, una vez para siempre, sino especialmente en el Gobernador, cada vez que se elige uno en los períodos legales. Que el general Rosas, nombrado Gobernador por cinco años, el 7 de marzo de 1835, se recibió del mando el 13 de abril, y su término expiró en igual día de 1840, y que con él expiró también la delegación que tenía de las provincias; que, reelecto por igual período, sólo aceptó por seis meses; pero su reelección no producía *ipso jure* la continuación de aquel especial mandato, y que era indispensable que le fuese renovado. Pero que, lejos de serlo, le fué retirado explícitamente por los que se lo habían conferido.

—He leído algo de eso en los periódicos de Montevideo—replicó Mandeville, cada vez más pensativo.

—Es decir, habrá leído usted en los periódicos los documentos oficiales.

—No precisamente los documentos; á lo menos no lo recuerdo bien.

—Yo tampoco; pero creo que la Sala de Representantes de la provincia de Tucumán sancionó, el 7 de abril, una ley por la que retiraba la autorización que por parte de aquella provincia se había dado al general Rosas para mantener y conservar las relaciones con las potencias extranjeras. La Legislatura de Salta sancionó una ley igual en 13 de abril. El 5 de mayo, la provincia de la Rioja declaró, por ley, que ella reasumía las facultades que tenía conferidas al general Rosas para intervenir en las relaciones con las potencias extranjeras. Igual ley dictó la provincia de Catamarca, el 7 de mayo. En términos igualmente positivos se pronunció la provincia de Jujuy, el 18 de abril. Y por lo que hace á la provincia de Corrientes, no necesita otro documento que la misma posición que ha asumido. Así, pues, los unitarios demuestran que, de las catorce provincias que forman la República, siete han retirado al general Rosas la facultad de tratar en su nombre.

—¿Y el almirante Mackau estará en posesión de esos hechos?

—¿Y cómo dudarlo? Y si sus instrucciones lo conducen al extremo de tratar con el señor general Rosas, á pesar de su incapacidad legal, fácil es prever que en manos de la oposición francesa, ese vicio radical en la negociación, ó el tratado recibiría una repulsa, ó el ministro se hallaría en una posición muy embarazosa. Y yo estoy cierto de que, si en la política franca del Gobierno bri-

tánico pudiese caber el sacrificio de un amigo leal como la República Argentina, por el interés de embarazar la marcha del Gobierno francés, poco adelantariamos, señor Mandeville, con el tratado á que probablemente arribará el barón de Mackau. Pero yo estoy seguro de que el Gobierno británico no sacrificará las simpatías argentinas, ni por hostilizar al Gobierno francés ni por corresponder á la reacción que en el Estado Oriental va á operarse en favor de Inglaterra.

—¿Cómo, cómo, señor Bello?

—Quiero decir que, abandonadas por la Francia la República Oriental y la numerosa emigración argentina que hay allí, después de los compromisos anteriores, tan solemnes, es muy probable que, obrándose en el espíritu público una reacción muy desventajosa para la influencia francesa en estos países, por un movimiento consiguiente y lógico, las simpatías públicas se vuelvan hacia la Inglaterra, que fué tan leal en otra época en sus trabajos por la independencia oriental.

—Ah, sí, cierto. La independencia oriental es debida, hasta cierto punto, á los buenos oficios de la Inglaterra.

—Así es que—continuó Daniel,—perdida la influencia francesa en estos países, y llegado el caso en que peligrase la independencia oriental, la acción de la Inglaterra, no sólo sería eficaz, sino también un golpe habilísimo para conquistar á favor suyo todo el terreno perdido por la Francia en países tan llenos de porvenir como los del Plata.

—Señor Bello, usted sería un embajador peligroso para el general Rosas—dijo Mandeville, que no había perdido una sola palabra de cuantas pronunciara su interlocutor.

—Creo que mi amigo no ha emitido ideas suyas ni tenido tal intención—observó Eduardo mirando al señor Mandeville, sonriendo y mostrando sus blanquísimos dientes.

—Y tanto no he hablado á mi nombre, que estoy por creer que habré dicho una porción de desatinos al referir de memoria lo que dicen en Montevideo y que suelo leer en los periódicos.

—Señor Bello—dijo el astuto inglés,—ya no agradezco á usted tanto su visita, porque esta noche me quitará usted un par de horas de sueño, haciendo algunos apuntes para mí solo. Y para ir desterrando el sueño, tomaremos un poco de vino;—y él mismo sirvió de unas botellas colocadas en una mesa, y los tres, después de tomar un poco de Jerez, se pusieron á pasear de uno á otro extremo de la sala, con esa respetuosa familiaridad de los hombres de buen tono que ni se quedan atrás ni van más adelante de lo que es debido.

—Yo acepto el vino, pero no los apuntes—le había contestado Daniel.

—¿Me explica usted eso, mi querido señor Bello?

—Nada más fácil, señor Mandeville: en esta época no pueden hacer apuntes sino los ministros extranjeros. Nadie está libre de un enemigo, de una calumnia, qué sé yo. ¡Qué feliz es usted, señor Mandeville! Vivir en esta casa es como estar en Inglaterra.

—Son inmunidades recíprocas. La Legación argentina es la República Argentina en Londres.

—¿Y sabe usted que me sorprende una cosa, señor Mandeville?—dijo Daniel parando sus pasos y mirando al Ministro con una fisonomía la más sorprendida posible.

—¿Qué cosa, señor Bello?

—Que estando en Buenos Aires la Inglaterra, y habiendo tantos que caminarían mil leguas por alejarse del país en estos momentos, no hayan caminado algunas cuabras y llegádose á esta casa.

—Ah, sí, pero...

—Perdone usted; no quiero saber nada. Si hay algunos desgraciados cubiertos por la bandera inglesa en esta casa, es un deber y una humanidad de parte de usted, señor Mandeville, y yo no cometería la indiscreción de querer saberlo.

—No hay nadie: doy á usted mi palabra de honor, de que no hay nadie refugiado en mi casa. Mi posición es excepcional. Mis instrucciones son terminantes para observar la más completa circunspección. Con la mejor voluntad, yo no podría faltar á mis instrucciones.

—¿Entonces, ésta no es más que una casa como otra cualquiera?—le preguntó Eduardo con un tono de impertinencia que Daniel tuvo que bajar volando.

—Todos comprendemos su posición de usted, señor Mandeville. En estos momentos de efervescencia popular, nuestro mismo Gobierno no podría hacer efectivas las inmunidades de esta casa; y usted quiere evitar los conflictos diplomáticos que necesariamente tendrían lugar, si el pueblo olvidase los respetos de la Legación.

—Exactamente—contestó Mandeville con un contentamiento sincero, al oír que su mismo interlocutor lo salvaba del embarazo en que lo puso la brusca interrogación de Eduardo;—exactamente, y me he visto en la necesidad, en la dura necesidad, de negar el asilo de mi casa á varios que lo han solicitado, porque ni puedo responderles

de su seguridad, ni me es permitido obrar de modo que pueda traer más conflictos á este país, por cuyos habitantes tengo la más profunda simpatía, y con el cual mi Gobierno se esmera en mantener las más estrechas relaciones de amistad.

—Me parece, Daniel, que he sentido parar el coche á la puerta, y que ya es tiempo de dejar al señor Mandeville, que querrá salir á sus visitas de costumbre—dijo Eduardo que tenía punzóes hasta las orejas.

—No hay nada comparable, señor Belgrano, al placer que tengo en estar con ustedes.

—Sin embargo, mi amigo tiene razón, y es preciso que hagamos el sacrificio de separarnos del señor Mandeville y de su exquisito Jerez—dijo Daniel llenando dos copas, presentando una al señor Mandeville y saludándolo al tomar su vino, con una sonrisa la más cortesana de este mundo.

Un minuto después se despedían en la antecámara, quedando el señor Mandeville sin saber á qué habían venido aquellos jóvenes, qué eran positivamente, ni qué pensarían de él al retirarse.

XV

MÍSTER SLADE

A pesar de que el mal humor que dominaba á Eduardo lo había descompuesto de tal punto, que su despedida del caballero Mandeville había sido más bien una impertinencia que un saludo, su

oído, sin embargo, no lo había engañado cuando anunció á su amigo la llegada del coche.

En efecto, allí estaba, y dentro de él nuestro don Cándido Rodríguez, que aspiró una gran cantidad de aire de su oprimido pecho, al verse de nuevo en compañía de Daniel y Eduardo, cuando el coche partió, volviendo á tomar el mismo camino que había traído, según la instrucción que al subir había dado Daniel á su fiel criado.

Y no bien el carruaje comenzó á balancearse en el maldito empedrado de la calle de la Reconquista, cuando Daniel preguntó á don Cándido:

—¿A cuál de los dos?

—¿Cómo, Daniel?

—¿A Santo Domingo ó á San Francisco?

—Antes, es preciso que te imponga de todo, despacio, con pormenores, con...

—Todo lo quiero saber; pero debemos empezar por el fin, para dar órdenes al cochero.

—¿Absolutamente lo quieres?

—¡Sí, con mil bombas!

—Pues bien... ¿pero no te enojarás?

—Acabe usted, ó lo echamos del coche—dijo Eduardo con una mirada que aterró á don Cándido.

—¡Qué genios, qué genios! Bien, jóvenes fogosos, mi misión diplomática no ha tenido éxito.

—¿Quiere decir—prosiguió Daniel,—que ni en Santo Domingo, ni en San Francisco lo admiten?

—En ninguna parte.

Daniel se inclinó, abrió el vidrio delantero, dijo dos palabras á Fermín, y los caballos tomaron un trote más largo, siempre por la calle de la Reconquista en dirección á la plaza.

—Te diré, pues—prosiguió don Cándido,—hice

parar el carruaje en Santo Domingo, bajé, entré, me persigné, y caminé por el lóbrego y solitario claustro; me paré, batí las manos, y un lego que encendía un farol vino á mi encuentro. Le interrogué por la salud de todos, y pregunté por el reverendo padre que me habíais indicado. Me introdujo en su celda, y luego de los saludos y cumplimientos de costumbre, no pude menos de felicitarlo por aquella vida tranquila, feliz y santa que disfrutaba en aquella mansión de sosiego y de paz; porque habéis de saber vosotros, que desde mis primeros años tuve afición, tendencia, vocación al claustro; y cuando hoy me imagino que podía estar tranquilo bajo las bóvedas sagradas de un convento, libre de las agitaciones políticas, y con la puerta cerrada desde la oración, no puedo perdonarme mi descuido, mi negligencia, mi abandono. En fin...

—Sí, el fin; siempre el fin es lo mejor, mi querido maestro.

—Decía, pues, que en el acto establecí mis primeras proposiciones.

—En lo cual ya hizo usted mal.

—¿Pues no iba á eso?

—Sí, pero nunca se comienza por lo que se quiere obtener.

—Déjale que hable—repuso Eduardo arrellanándose en un ángulo del coche, como si se tratase de dormir.

—Prosiga usted—dijo Daniel.

—Prosigo. Le dije clara y terminantemente la posición de un sobrino mío, que siendo un excelente federal, era perseguido por emulaciones individuales, por envidia, por celos de algunos malos servidores de la causa, que no respetaban co-

mo debían la ínclita fama y honra del patriarcal Gobierno de nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, y de su respetabilísima familia. Hice, con elocuencia y entusiasmo, la biografía de todos los miembros de las ilustres familias del Excelentísimo Señor Gobernador propietario, y de su Excelencia el Señor Gobernador delegado; concluyendo que, por honor de estas ilustres ramas del tronco federal, la religión y la política estaban interesadas en evitar que se cometiese una tropelia contra el sobrino de un tío como yo, que había dado clásicas pruebas de valor y perseverancia federal; y que, por no distraer la atención de los señores Gobernadores y demás altos y conspicuos personajes, ocupados actualmente en la independencia de la América, pedía al convento de Santo Domingo asilo, protección y albergue para mi inocente sobrino, ofreciendo donar para limosnas una suma crecida, en oro ó en papel moneda, según lo que dispusieran los RR. PP. Tal fué en muy ligero extracto, el discurso con que abrí mi conferencia. Pero, y contra todas mis previsiones y perspicacia, el reverendo padre me dijo:

—Señor, yo quisiera poder ser útil á usted, pero no podemos mezclarnos en los asuntos políticos, y algo ha de haber cuando persiguen á su sobrino de usted.

—Protesto una, dos y tres veces—le respondí, —contra todo lo que pueda decirse de mi inocente sobrino.

—No importa—replicó.—Nosotros no podemos indisponernos con el señor don Juan Manuel; y lo único que podemos hacer es rogar á Dios por que proteja la inocencia de su sobrino de usted, si en verdad es inocente.

—Amén—dijo Eduardo.

—Así contesté yo también—prosiguió don Cándido,—levantándome y pidiéndole mil perdones por el tiempo que le había robado á su Paternidad. Y paso ahora á mi conferencia en San Francisco.

—No, no, no; basta de frailes, por amor de Dios; y basta de todo, y basta de la vida, porque esto no es vida, sino un infierno—exclamó Eduardo pegándose una recia palmada en la frente.

—Todo esto, mi querido amigo—repuso Daniel,—no es sino un acto, una escena del drama de la vida, de esta vida nuestra y de nuestra época, que es un drama especial en este mundo. Pero sólo los corazones débiles se dejan dominar por la desesperación de los trances difíciles de la suerte. Acuérdate de que éstas son las últimas palabras de Amalia. Ella es mujer, y ¡vive Dios, que tiene más serenidad que tú!

—Serenidad para morir es lo de menos. Pero esto es peor que la muerte, porque es la humillación. Desde ayer no se hace otra cosa que echárseme de todas partes. Mis criados me huyen; mis pocos parientes me desconocen; el extranjero, y hasta la casa de Dios, me cierran sus puertas, y esto es cien veces, un millón de veces peor que una puñalada.

—Pero tienes una mujer como ninguna, un hombre como nadie. Todavía el amor y la amistad velan por ti, y no todos cuentan con esto en Buenos Aires. Hace tres días que no tienes casa, ni tienes nada. Te han roto, saqueado y confiscado cuanto tienes, según ellos. Y sin embargo, he conseguido salvarte más de un millón de pesos. Y con una novia linda como un sol, con un amigo

como yo, y con una buena fortuna, no hay todavía motivos por qué quejarse tanto de la suerte.

—Pero ando como un mendigo.

—Dejemos de hablar tonterías, Eduardo.

—¿Adónde vamos, Daniel—observó don Cándido,—que veo nos acercamos al Retiro?

—Justamente, mi querido maestro.

—¡Pero estás en tu juicio!

—Sí, señor.

—¿No sabes que en el Retiro están el regimiento del general Rolón y parte de la fuerza de Maza?

—Ya lo sé.

—¿Y entonces? ¿quieres que nos prendan?

—Como usted quiera.

—Daniel, lo que yo quiero es que no nos sacrifiquemos tan pronto. ¡Quién sabe qué días felices nos esperan en el porvenir! Volvámonos, hijo, volvámonos. Mira que ya nos acercamos al cuartel. Volvámonos.

Daniel volvió á sacar la cabeza por el vidrio de lanterero, dijo unas palabras á Fermín y el coche dobló á la derecha; y en dos minutos estuvo á la puerta de la hermosa casa del señor Laprida, donde habitaba el cónsul de los Estados Unidos, el señor Slade. El gran portón de hierro estaba cerrado, y en el edificio, como á cien pasos de la verja, apenas se percibía una luz en las habitaciones del primer piso.

Daniel dió dos fuertes golpes con el llamador; esperó un rato, pero en vano.

—Vámonos, Daniel—decía don Cándido á cada momento, sin bajar del coche y sin quitar los ojos de los cuarteles, que á esas horas, cerca de las diez de la noche, estaban en el más profundo silencio.

Daniel volvió á llamar más fuerte aún, y al poco rato se vió venir, paso á paso, á un individuo hacia la puerta. Se acercó, miró con mucha flemma y luego preguntó en inglés:

—¿Qué hay?

Con el mismo laconismo, le contestó Daniel:

—¿Míster Slade?

El criado entonces sacó una llave del bolsillo y abrió la gran puerta, sin decir una palabra.

Don Cándido bajó inmediatamente, y colocándose entre Daniel y Eduardo, siguió con ellos los pasos del sirviente.

Este los introdujo en una pequeña antesala, donde les hizo señas de esperar, y pasó á otra habitación.

Dos minutos después volvió, y empleando el mismo lenguaje de las señas, les hizo entrar.

El salón no tenía más luz que la que despedían dos velas de sebo.

El señor Slade estaba acostado en un sofá de cerda, en mangas de camisa; sin chaleco, sin corbata y sin botas; y en una silla, al lado del sofá, había una botella de coñac, otra de agua y un vaso.

Daniel no conocía sino de vista al cónsul de los Estados Unidos. Pero conocía muy bien á su nación.

El señor Slade se sentó con mucha flemma, dió las buenas noches, hizo seña al criado de poner sillas y se puso las botas y la levita, como si estuviera solo en su aposento.

—Nuestra visita no será larga, ciudadano Slade—le dijo Daniel en inglés.

—¿Ustedes son argentinos?—preguntó el cónsul, hombre como de cincuenta años de edad, al-

to, de una fisonomía abierta y llana y de un tipo más bien ordinario que distinguido.

—Sí, señor, los tres—contestó Daniel.

—Bueno. Yo quiero mucho á los argentinos—é hizo señas á su criado de servirles coñac.

—Lo creo bien, señor, y vengo á dar á usted una ocasión de manifestarnos sus simpatías.

—Ya lo sé.

—¿Sabe usted á lo que venía, señor Slade?

—Sí. Ustedes vienen á refugiarse en la legación de los Estados Unidos, ¿no es eso?

Daniel se encontró perplejo ante aquella extraña franqueza; pero comprendió que debía marchar en el mismo camino que se le abría, y contestó muy tranquilamente, después de tomarse medio vaso de agua con coñac:

—Sí, á eso venimos.

—Bueno. Ya están ustedes aquí.

—Pero el señor Slade no sabe aún nuestros nombres—repuso Eduardo.

—¿Qué me importan vuestros nombres? Aquí está la bandera de los Estados Unidos y aquí se protege á todos los hombres, como quiera que se llamen—contestó el cónsul, volviéndose á acostar muy familiarmente en el sofá, sin incomodarse cuando Daniel se levantó y tomando y apretando fuertemente su mano, le dijo:

—Es usted el tipo más perfecto de la nación más libre y más democrática del siglo XIX.

—Y más fuerte—agregó Slade.

—Sí, y la más fuerte—continuó Eduardo,—porque no puede dejar de serlo con ciudadanos como los que tiene;—y el joven tuvo que irse al balcón que daba al río, para no hacer notable á los demás la expresión de su sensibilidad y su do-

lor comprimidos, que brotó súbitamente de sus ojos.

—Bien, Mr. Slade—continuó Daniel,—no somos los tres los que veníamos á pedir asilo, sino únicamente aquel caballero que se ha levantado, y que es uno de los jóvenes más distinguidos de nuestro país, y que se ve actualmente perseguido. No sé si yo también tendré que buscar más tarde esta protección, pero por ahora sólo la buscábamos para el señor Belgrano, sobrino de uno de los primeros hombres de la guerra de nuestra Independencia.

—¡ Ah, bueno! Aquí están los Estados Unidos.

—¿ Y no se atreverían á entrar aquí?—preguntó don Cándido?

—¿ Quién?—y al hacer esta interrogación, el señor Slade frunció las cejas, miró á don Cándido, y luego se rió.—Yo soy muy amigo del general Rosas—continuó.—Si él me pregunta quiénes están aquí, yo se lo diré. Pero si manda sacarlos por fuerza, yo tengo aquéllo,—y señaló una mesa donde había un rifle, dos pistolas de tiro y un gran cuchillo,—y allí tengo la bandera de los Estados Unidos—y levantó su mano señalando el techo de la casa.

—Y á mí para ayudarle á usted—dijo Eduardo, que volvía de la ventana.

—Bueno, gracias. Con usted son veinte.

—¿ Tiene usted veinte hombres en su casa?

—Sí, veinte refugiados.

—¿ Aquí?

—Sí, en las otras piezas y en el piso de arriba, y me han hablado por más de cien.

—¡ Ah!

—Que vengan todos. Yo no tengo camas ni con

qué mantener á tanta gente. Pero aquí están la casa y la bandera de los Estados Unidos. (1)

—Bien, nada, nada nos faltará. Nos basta sólo la protección de usted, noble, franco y leal descendiente de Washington, porque yo también aquí me quedo—dijo don Cándido alzando su cabeza y dando con el bastón en el suelo, con tal seriedad y decisión, que Daniel y Eduardo se miraron y no pudieron contener una carcajada, lo que obligó á Daniel á dirigirse en inglés al señor Slade para darle una idea de la persona y del carácter de su maestro. Y esta ligera relación llevó de tal modo el buen humor al espíritu del sencillo Slade, que no pudo menos de echar él mismo un poco de coñac y beber con don Cándido, diciéndole:

—Desde hoy está usted bajo la protección de los Estados Unidos, y si lo matan á usted, he de hacer que arda Buenos Aires.

—Yo no acepto esa hipótesis, señor cónsul; y preferiría que Buenos Aires ardiese primero, no que primero me matasen y después ardiese.

—Vamos—dijo Daniel,—todo esto no es sino

(1) En algunas de las publicaciones de la época se encuentra la torpe y calumniosa acusación á este noble ciudadano de los Estados Unidos, de que vendía la protección que daba. Esto es falso é ingrato. El señor Slade era pobre. Acababa de enviar á su familia á los Estados Unidos por no poder sostenerla en Buenos Aires; y se encontró de repente con ciento y tantos huéspedes en los meses de septiembre y octubre. Y como absolutamente no tenía con qué mantenerlos en más de cuarenta días que allí estuvieron, se hizo suscripción entre los asilados para dar al mayordomo lo necesario para la comida de tanta gente. Y muchos había allí que nada dieron porque nada tenían que dar. El señor Slade no recogió un real de la protección que dispensaba, y en todo el cuerpo diplomático y consular nadie hubo que fuese una sombra siquiera del noble y generoso proceder del cónsul de los Estados Unidos.

broma, mi querido señor don Cándido: usted tiene que volverse conmigo.

—No, no iré, ni tienes ya derecho ninguno sobre mí, pues estoy en territorio extraño. Aquí pasaré mi vida, cuidando de la importante salud de este hombre benemérito, y á quien amo ya entrañablemente.

—No, señor don Cándido, vaya usted con Daniel—repuso Eduardo,—recuerde usted que tengo que hacer mañana.

—Es inútil, no me voy. Y desde este momento quedan cortadas todas nuestras relaciones.

Daniel se levantó, y llamando aparte á don Cándido, tuvo con él un diálogo vivísimo, para reducirlo á volver al coche. Pero todo habría sido inútil, si el joven no hubiese mezclado á las amenazas la promesa de dejarlo en completa libertad para volver á los Estados Unidos, tan pronto como le hiciese conocer algo que necesitaba saber de casa del Gobernador delegado.

—Por último—decía don Cándido al terminar sus condiciones,—será condición expresa que dormiré esta noche en tu casa, y mañana, si mañana mismo no me vengo á esta hospitalaria y garantida mansión.

—Convenido.

—Señor cónsul—prosiguió don Cándido volviéndose á Mr. Slade,—no puedo tener desde esta noche el honor, el placer, la satisfacción de ver sobre mi cabeza el ínclito pabellón norteamericano. Pero voy á hacer cuanto de mí dependa por estar aquí mañana.

—Bueno—contestó Slade.—Yo no lo he de entregar á usted, sino muerto.

—¡Qué demonio de franqueza tiene este hombre!—dijo don Cándido mirando á Eduardo.

—Vamos, amigo mío—dijo Daniel.

—Vamos, Daniel.

Míster Slade, se levantó con pereza, se despidió en inglés de Daniel, y dándole un abrazo á don Cándido, le dijo:

—Si no nos vemos más, espero que nos conoceremos en la otra vida.

—¿Sí? pues no me voy, señor cónsul—y don Cándido hizo un movimiento para volverse á sentar.

—Son bromas, mi querido maestro—repuso Eduardo.

—Vamos, vamos que es tarde.

—Sí, pero son bromas que...

—Vamos. Hasta mañana, Eduardo.

Y los dos jóvenes se dijeron elocuentes discursos en el largo y estrecho abrazo que se dieron.

—Para ella—fué la última palabra de Eduardo al oprimir á su amigo y separarse de él.

El mismo criado que los había introducido, los condujo hasta la puerta de la calle; y al abrirla le preguntó don Cándido:

—¿Y siempre está cerrada esta puerta de calle?

—Sí—le contestó el criado.

—¿Y no sería mejor tenerla abierta?

—No.

—¡Qué demonio de laconismo! Conózcame usted bien, amigo, ¿me conocerá usted para otra vez?

—Sí.

—Vamos, señor don Cándido—dijo Daniel subiendo al coche.

—Vamos. Buenas noches, honrado criado del más ilustre de los cónsules.

—Buenas noches—contestó el criado, y cerró el portón.

XVI

DE CÓMO DON CÁNDIDO RODRÍGUEZ ERA PARIENTE DE CUITIÑO

A las ocho de la mañana de uno de los últimos días de septiembre, el maestro de primeras letras de Daniel sorbía á grandes tragos espumoso é hirviente chocolate en una enorme taza de porcelana, mientras que su discípulo arreglaba, doblaba y sellaba papeles, teniendo ambos en sus rostros las señales de haberse pasado en vela toda la noche.

—Daniel, hijo, ¿no sería bueno que nos recostásemos un rato, un momento, algún tiempo?

—Ahora no, señor: más tarde. Todavía necesito de usted un momento.

—Pero que sea el último, Daniel; porque decididamente hoy me voy á los Estados Unidos. Sabes que hace cinco días que le he dado mi palabra á ese honrado y benemérito cónsul, de pasar á residir en su territorio.

—Es porque no sabe usted lo que hay—dijo Daniel sellando un paquete.

—¿Lo que hay?

—O lo que puede haber en el territorio.

—No, á mí no me engañas. Todavía anoche; mientras escribías, he leído cinco tratados de derecho de gentes, y dos manuales diplomáticos, en los capítulos que tratan de las inmunidades de los agentes públicos y de las casas de su residencia. Y sabes, Daniel, que hasta los coches son inviolables, de lo que he deducido que podré pasear, seguro, en el coche del benemérito cónsul, sin temor, sin zozobra, sin peligro, sin...

—Vamos á ver, mi querido maestro. Oiga usted bien lo que yo leo, y lea usted bien el original que me ha traído; y Daniel dió un papel á don Cándido y tomó otro.

—Este es el mío—dijo don Cándido.

—O más bien, el de don Felipe.

—¡Pues! pero pertenece á mi secretaria privada.

—Vamos á ver—dijo Daniel, y leyó como sigue:

*«Individuos que han entrado en la cárcel desde el
15 del presente mes de septiembre.»*

Día 15. Eustaquio Díaz Vélez, remitido por la policía.

Día 17. Pedro Longinoti, remitido por la policía.

Día 17. Lucas González, se ignora por quién.
(Se entregó á las once y media de la noche del

día 18 á don Nicolás Mariño, por orden verbal, y fué fusilado en su cuartel).

Al acabar estas palabras de la copia del diario que leía, Daniel sacudió su cabeza y llevó su mano derecha á los ojos, permaneciendo así largo rato.

—¡ Ah, Daniel, hasta el mismo don Felipe ha llorado al saber esta sensible pérdida!

—Al saber este horrendo asesinato, diga usted... pero sigamos.

«Día	18	Ramón Carmona.	por la policía
»	»	José María Canavari.	» »
»	»	Ventura Ocampo.	» »
»	21	Ezequiel Serna.	» »
»	22	Luis Fernando Otero.	» »
»	»	José Rico.	» »
»	»	Bernardo Testa.	» »
»	»	Gregorio Collazo.	» »
»	»	Luciano Lizarroaga.	» »
»	»	Juan Manuel Chaves.	» »
»	»	Santiago Eloísa.	» »
»	»	Bonifacio Aráoz.	» »
»	»	Mateo Vidal.	» »
»	»	Bernabé Márquez.	» »
»	»	Miguel Rodríguez Machado.	» »
»	»	Antonio Saldarriaga.	» »
»	»	Alejo Menchecha.	» »
»	23	Pedro Paulino Gasto.	» »
»	»	Ventura Buteler.	» »
»	»	Juan Lucas Thebes.	» »
»	»	Francisco Rodríguez.	remitido por la policía y preso por el presidente de la Sociedad Po- pular Restauradora á la disposición del superior Gobierno.
»	»	Demetrio Villarino	por la policía, etcétera, preso por el presidente de los serenos.
»	24	Segundo Benavente.	por la policía.
»	26	Ignacio Fuentes.	« »
»	»	Sandalio González.	» »
»	»	Francisco Aráoz.	» »

—Veamos los muertos—dijo Daniel doblando el papel que había leído y tomando otro.

—Deténte, espera, mi querido y estimado Daniel; dejemos á los muertos en paz.

—No, es la suma lo que quiero ver.

—La suma está aquí, Daniel: son cincuenta y ocho, en veintidós días.

—Eso es; cincuenta y ocho en veintidós días.

Y Daniel dobló estos papeles como los anteriores, y les puso su sello.

—Mira que se te quedan las marchas del ejército en Santa Fe.

—Hago esto de ellas, mi querido maestro;—y Daniel acercó el papel á la vela y lo quemó, y en seguida guardó todos los papeles en un secreto del escritorio.

Luego, tomó la pluma y escribió:

«Mi querido Eduardo: He estado ayer con Amalia desde la oración hasta las once de la noche; y está enferma. La sorpresa de nuestra visita anteanoche, y la ansiedad con que quedó al retirarnos, le han hecho mal. Y cuando yo mismo he reflexionado sobre mi condescendencia contigo, te confieso que me he criticado á mí mismo.

»La Mazorca continúa ensangrentándose. La cárcel, los cuarteles, y el campamento son teatros de muerte que se agrandan por momentos; y tengo motivos para creer que todo esto no son sino preparativos de los crímenes en escala mayor que se preparan para octubre.

»Todos hablan de esa casa, y se susurra que la atacarán. No creo, pero es necesario ponerse en todos los casos. Esta novedad ha llegado hasta oídos de Amalia. Quería, absolutamente, que tuviese lugar el matrimonio el primero de octubre, ya que tienes la resolución de no dejar el país hasta conquistar esa felicidad que tanto anhe-

»las. Pero yo le he hecho ver, que Mr. Douglas
»no puede estar aquí hasta el día 5, y ha tenido
»que resignarse á esperar.

»Todo está concluído, mi querido amigo. Yo
»esperaré, sin embargo, hasta el último momen-
»to, y entonces te llevaré á tu Amalia como he-
»mos convenido.

»He hecho ya todos mis arreglos, y espero á
»mi buen padre por momentos.

»No iré á verte hasta pasado mañana.

»Esta carta te la conduce nuestro querido maes-
»tro, que va determinado á no moverse de ahí;
»déjalo á tu lado.

»Te abraza.—*Daniel.*»

—Se ha dormido usted, señor don Cándido—
dijo el joven cerrando la carta que se acaba de
leer.

—No; pensaba, mi querido Daniel.

—Ah, pensaba usted.

—Pensaba que si la señora madre de nuestro
señor Gobernador propietario no se hubiese casa-
do con su digno esposo, es muy probable que no
hubiese tenido á su ilustre hijo, y que hoy no es-
taríamos pagando el amor conyugal de aquella
mal embarazada señora.

—Amigo mío, juro á usted que no se me ha-
bía ocurrido tal raciocinio—repuso Daniel ponien-
do su sello en la carta y dándosela á su maestro.

—Esta carta no tiene sobre, Daniel.

—No importa. Esa carta es para Eduardo,
guárdela usted bien.

—¿La llevo ahora mismo?

—Cuando usted quiera. Pero va usted á ir en mi coche, y todavía no está pronto.

—¡ Ah, bien, bien pensado!

Daniel iba á tocar un timbre, cuando llamaron á la puerta de calle, y al momento se presentó un criado, diciendo con una voz muy poco tranquila:

—El comandante Cuitiño.

Don Cándido se echó para atrás en el sillón y cerró los ojos.

—Que entre—dijo Daniel.—Serenidad, mi querido maestro—prosiguió,—esto no es nada.

—Ya estoy muerto, Daniel—respondió don Cándido sin abrir los ojos.

—Adelante, mi comandante—dijo Daniel levantándose y recibiendo á Cuitiño, mientras don Cándido, al sentirlo en el escritorio, por una reacción puramente mecánica, se levantó, abrió sus labios con una sonrisa convulsiva, y extendió sus dos manos, para tomar la de Cuitiño, que se sentó en el ángulo de la mesa en que maestro y discípulo habían pasado largas horas:

—¿ A qué hora recibí mi recado, comandante?

—Hará dos horas, señor don Daniel.

—¿ Y qué, está enfermo, que ha tardado tanto?

—No, señor, estaba en comisión.

—¡ Ah, ya yo decía! ¡ Cuando se trata del servicio de la causa; ojalá todos fuesen como usted! Y eso mismo le decía ayer al presidente; porque, si hemos de andar paso á paso, como el jefe de policía, es mejor que lo digamos claro, y no andemos engañando al Restaurador. Por mi parte, comandante, yo ya ni sé lo que es dormir. Toda la noche me la he pasado con este hombre cerrando *Gacetas* para mandar á todas partes el entu-

siasmo de los federales. Y hace poco, el señor—y Daniel señalaba á don Cándido, quien, poco á poco, iba volviendo en sí al saber que Cuitiño había venido por llamamiento de Daniel,—me observaba una cosa en que ya ha de haber usted caído, comandante.

—¿Qué cosa, don Daniel?

—Que vea si la *Gaceta* dice una palabra de usted, ni de los federales que exponen su vida á todas horas, por sostener la causa.

—¡Conque ni ponen los partes, siquiera!

—¿A quién los dirige, comandante?

—Ahora los dirijo á la policía, desde que el Restaurador está en el campamento. Demasiado que me fijo, señor don Daniel, y este hombre tiene mucha razón.

—¡Oh, señor comandante!—dijo don Cándido, —¿y quién no ha de extrañar el silencio que se guarda con un hombre de los antecedentes de usted?

—Y que no son de ahora.

—¡Por supuesto que no son de ahora!—repuso don Cándido.—Desde antes de nacer ya era usted acreedor al aprecio del público, porque el señor Cuitiño, padre de usted, pertenece á uno de los troncos más antiguos de nuestras respetables familias. Uno de los ilustres tíos de usted, mi benemérito señor comandante, fué casado, según lo he oído á mis mayores, con una de las primas de mi señora madre; por lo cual, siempre he tenido por usted simpatías de pariente, á la vez que nos ligan los estrechos y federales lazos de nuestra causa común.

—¿Entonces, usted es mi pariente?—le preguntó Cuitiño.



—Pariente y muy cercano—le repuso don Cándido.—Una misma sangre corre por nuestras venas, y nos debemos cariño, estimación y protección recíproca, por la conservación de nuestra sangre.

—Vaya, pues, si en algo puedo servirlo...

—¿Conque, comandante—dijo Daniel, interrumpiéndolo para que don Cándido no acabase por revelarse más,—conque ni los partes le publican?

—No, señor. Ahora mismo acabo de pasar el parte sobre el salvaje unitario Salces, y no lo han de publicar.

—¿Salces?

—Sí, pues; el viejo Salces. Ahora mismo lo acabamos de degollar.

Don Cándido cerró los ojos.

—Estaba en la cama—continuó Cuitiño,—pero de allí no más lo sacamos, y lo degollamos en la calle. El otro día pasé el parte, también, cuando degollamos al tucumano La Madrid. El jueves pasado degollamos á Sañudo y siete más, y tampoco han publicado esos partes. Por lo que hace á mí, tiene razón mi primo... ¿cómo se llama?

—Cándido—contestó Daniel, viendo que el dueño de ese nombre no parecía estar dueño de su vida.

—Pues decía, que tiene razón mi primo Cándido; y que ahora, cuando empiece la cosa en grande, no voy á dar cuenta á nadie.

—¡Y qué! ¿todavía está para empezar?—preguntó don Cándido con una voz que parecía salida, no de un pecho, sino de un sepulcro.

—Sí, pues. Ahora va á empezar lo bueno. Ya tenemos la orden.

—¿Directamente la ha recibido, comandante?

—Sí, señor don Daniel. Yo ya no me entiendo sino con el Restaurador. No quiero saber nada con doña María Josefa.

—¡Mire que lo ha molido!

—Ahora se ha agarrado con Gaetán y Badía y Troncoso; y siempre dale con Barracas; y siempre con aquel salvaje que se escapó, como si ya no estuviera con Lavalle.

—¡Conque hasta á mí me aborrecc esa señora!

—No, de usted no me ha hablado nada. Es á su prima á la que no quiere.

—Yo le he de contar algún día por qué, comandante.

—Hoy estaba encerrada con Troncoso, y una negrita de por ahí por la quinta.

—¡Mientras usted, comandante, se ocupa de los verdaderos servicios á la federación, veo de lo que se ocupa doña María Josefa!

—¡Pues! haciendo espiar mujeres.

—Por supuesto. La negrita ha de ser espía. ¿Qué quiere tomar, comandante?

—Nada, don Daniel, acabo de almorzar.

—¿Y no ha oído nada?

—¿De qué?

—¿Todavía no ha recibido cierta orden?

—No sé, pues.

—Por el Retiro.

—¿Por el Retiro?

—Sí, pues, la casa grande.

—¿La casa del cónsul?

—Sí.

—Ah, no. Orden, no, pero ya sabemos.

—¡Así!

Y Daniel juntó todos los dedos de su mano de-

recha y los alzó á la altura de los ojos de Cuitiño ; mientras que á don Cándido se le erizaron los cabellos, y los ojos se le saltaban de las órbitas, creyendo ver en Daniel al mismo Judas.

—Ya sé—contestó Cuitiño.

—¿Pero no hay orden?

—No.

—Mejor, comandante.

—¿Cómo mejor?

—Sí, yo sé lo que le digo, y para eso lo he llamado. Su primo es de confianza y está en todos estos secretos.

—¿Y qué hay, pues?

—Que no conviene todavía.

—¡Ah!

—Todavía hay pocos. Pero luego que empiece la buena, se ha de llenar la casa. Y allá para el 8 ó el 9... ¿me entiende?

—Sí, don Daniel—contestó Cuitiño radiante de una feroz alegría al comprender á Daniel.

—¡Pues! juntitos.

Don Cándido pensaba si estaría loco, pues no podía creer lo que estaba oyendo.

—¡Cabal!—contestó Cuitiño,—eso sería lo mejor. Pero falta la orden, don Daniel.

—¡Ah, sí, sin la orden, Dios nos libre! Pero yo ando en eso.

—Y Santa Coloma.

—Ya sé.

—Le tiene muchas ganas al gringo.

—Ya sé, comandante.

—Tuvo no sé qué pelotera con él.

—Sí, pues. De manera que, si yo consigo la orden, ¿ya sabe?

—Con toda mi partida, don Daniel.

—Y si Santa Coloma la consigue, ¿usted me lo avisa?

—¿Cómo no?

—Porque hay esto: es necesario que yo vaya, para evitar que, en medio del entusiasmo federal, vayan á tocar los papeles del consulado.

—¡ Ah !

—Porque entonces, sí, el Restaurador se enojaría por los compromisos que eso traería al país, ¿entiende?

—Sí, don Daniel.

—Pero, aunque Santa Coloma reciba la orden, yo soy de opinión que esperemos á que haya más ; allá para el 8 ó el 9.

—Cabal, pues es mejor.

—¡ Qué golpe, comandante !

—Todos lo estamos deseando.

—¿ De manera que todos lo saben ?

—Todos ; pero mientras no haya orden, no nos atrevemos á nada.

—Hacen bien ; eso es ser federal.

—Pero, ¿ sabe lo que hemos pensado ?

—Diga, comandante.

—Vamos á poner emboscadas alrededor de la casa desde esta noche.

—Bien pensado ; pero tengan cuidado de una cosa.

—¿ Qué ?

—No vayan á detener ningún coche. Paren no más que á los que vayan á pie.

—¿ Y por qué no los coches ?

—Porque pueden ser los del cónsul, y á éstos no se puede tocar.

—¿ Y por qué ?

—Porque son de él, y todo lo del cónsul está bajo la protección del Restaurador.

—¡ Ah !

—De manera que tocar al coche, es como tocar al cónsul.

—Yo no sabía.

—¿ Ve ? si siempre es bueno conversar. ¡ Vea el disgusto que tendría el Restaurador, si hiciéramos una barbaridad que le comprometiese en nuestras guerras !

—Ahora mismo voy á avisárselo á los compañeros.

—Sí, no pierda tiempo ; estas cosas son muy delicadas.

—Por supuesto.

—Así es que, nada sin orden.

—Dios nos libre, señor don Daniel.

—Y en cuanto haya la orden, haremos por esperar á que se junten más.

—Eso es.

—Entonces, quedamos entendidos, comandante.

—Bueno, don Daniel. Y yo me voy, no sea que vayan á atajar algún coche.

—Sí, véalos á todos.

—Conque, Cándido, si en algo puedo servirte, ya sabes que soy tu primo.

—Gracias, mi querido y estimado primo—contestó don Cándido, más muerto que vivo, levantándose y tomando la mano que le estiraba Cuiño.

—¿ Dónde vivés ?

—Hombre, yo vivo... yo vivo aquí.

—Bueno, te he de venir á ver.

—Gracias, gracias.

—Adiós, pues.

Y Cuitiño salió con Daniel, quien, al despedirlo en la sala metió la mano al bolsillo, y le dijo:

—Comandante, esto es para usted, son cinco mil pesos que me ha mandado mi padre, con orden de repartirlos entre los federales pobres, y yo le pido á usted que los acepte por mí.

—Vengan, don Daniel. ¿Y cuándo viene el señor don Antonio?

—Lo espero de un momento á otro.

—Mándeme avisar en cuanto llegue.

—Así lo haré, comandante; vaya con Dios y sirva á la causa.

Y Daniel volvió á su escritorio, tomó papel y se puso á escribir, sin reparar en don Cándido que lo miraba de hito en hito, con unos ojos en que el enojo hacía cierta mescolanza con la estupefacción, y trazó estas líneas:

«Eduardo, sé positivamente que todo lo que corre sobre asalto á la casa de Slade, no son sino palabras, pues no hay orden ninguna á este respecto. Pero es necesario que el cónsul haga avisar á los que han solicitado asilo, que por ningún motivo vayan á pie, porque la casa va á estar vigilada; pero que pueden ir en coche sin inconveniente alguno; siendo mucho mejor que vayan en el mismo coche del señor Slade.

»Adiós.»

—Ahora, mi querido maestro, en vez de una carta son dos.

Y Daniel alzó su mano para darle el billete.

Pero aquél le contestó:

—No, ¿ó acaso quieres envolverme en tu negra traición?

—¡Adiós mi plato! ¿ha perdido usted el juicio, mi respetable primo de Cuitiño?

—Primo del gran demonio deberá ser ese facineroso.

—¡Pero usted se lo ha dicho!

—¡Qué sé yo lo que digo; si yo creo que estoy loco, en este laberinto en que me encuentro, rodeado del crimen, de la traición y de la falsía! ¿Quién eres, dí? Defino tu posición. ¿Cómo hablas en mi presencia de atacar la casa donde voy á asilarme, donde está ese joven á quien llamas tu amigo, donde...

—¡Por amor de Dios, señor don Cándido! ¡que todo tenga que explicárselo á usted!

—¿Pero qué explicación cabe en lo que yo mismo he oído?

—Esto—dijo Daniel abriendo el último billete que no había lacrado, y dándoselo á don Cándido, cuya cara y cuyos ojos asustaban realmente.

—¡Ah!—exclamó después de leerlo dos veces.

—Esto, señor don Cándido es trabajar sobre el trabajo ajeno, es envolver á los hombres en sus propias redes, es hacerles perderse dentro sus propios planes, es hacerse servir de sus propios enemigos, es, en fin, la ciencia toda de Richelieu, aplicada á pequeñísimas cosas, porque no hay Rochelas ni Inglaterra entre nosotros, que si las hubiera, también se las aplicaría. Ahora, vaya usted y repose tranquilo en el territorio norteamericano.

—Vén á mis brazos, joven admirable, que me has hecho pasar el más cruel momento de mi vida.

—Venga el abrazo, y váyase usted en mi coche, ilustre primo de Cuitiño.

—No me insultes, Daniel.

—Bueno, hasta mañana; no, hasta pasado mañana. El coche está en la puerta.

—Adiós, Daniel.

Y el pobre don Cándido volvió á abrazar á su discípulo, que media hora después trataba de dormir, mientras don Cándido se paseaba, con la cabeza erguida, en el territorio de los Estados Unidos, como él decía, en tanto que Eduardo leía las cartas de su amigo.

XVII

EL RELOJ DEL ALMA

El lector tendrá á bien recordar ahora aquel lindísimo día, 5 de octubre, en que dejamos á Amalia arrodillada, conversando con Dios, después de haberla visto entre sus riquísimos trajes, tratando de elegir el que debía ponerse esa noche, en que iba á dar su mano al bien amado de su corazón. Y es en la noche de ese día cuando volvemos á Barracas, después de tener conocimiento de los sucesos descritos en los capítulos anteriores.

Pero antes, nos fijaremos en un coche que para á la puerta de una casa de pobre apariencia en la calle de Corrientes, y de donde sale, al momento, un sacerdote anciano que sube al carruaje y saluda á dos individuos que parecían esperarle en él. Los caballos partieron en el acto, doblaron por la calle de Suipacha, con dirección al Sur, y al cortar la calle de la Federación, el cochero tuvo que sofrenarlos para no atropellar á tres jinetes que venían de la parte del campo, sus caballos sin herrar, y con la apariencia de haber galopado buenas leguas. Uno de los caballeros parecía de alguna edad, y ser el jefe ó el patrón de los otros, por la distancia respetuosa que guardaban de él, y por el gauchesco lujo de su caballo.

Acababan de dar las ocho.

La calle Larga de Barracas era un desierto.

La mirada se sumergía en ella, y no hallaba un ser viviente, ni una luz, ni un indicio de vida, ni se percibía otro ruido que el de la brisa entre las hojas de los árboles. Parecía uno de esos parajes que escogen los espíritus de otro mundo, para bajar al nuestro, envueltos en sus chales de sombra: y donde corren, se deslizan, se chocan, ríen, lloran, cantan, tocan en los cristales, y se dilatan y se escurren, y sin forma ni color, rozan la frente, revuelven los cabellos, y con su soplo volcanizan la imaginación y se escapan; lugares rodeados de soledad y de misterio, en que el alma se sobrecoge y reconcentra, y un no sé qué de vago la oprime, imprimiéndose en el aire y en la sombra las mismas fantasías de la mente; espíritus que se ven, almas que corren, se alejan y se acercan, fantasmas que se levantan como la

espiral del humo, y se rarifican en el vacío, como la bruma, como el aire mismo; luces que, súbitas, se inflaman y se apagan, risas, gemidos que el aire trae, y cuyo eco cree conocer el alma, y más se sobrecoge, y más la oprime algo que no es propiamente el miedo vulgar, sino una especie de sueño en la vigilia, con algo que se acerca más á la muerte que á la vida, más á la obscura eternidad con sus arcanos, que al presente con sus peligros reales; ilusión del alma, y no de los sentidos, percepciones de la imaginación, en ciertos parajes, en horas especiales, y en circunstancias dadas...

Pero, en medio de aquella soledad, había una animación escondida, y entre esas tinieblas, un torrente de luz, oculto por los muros de la quinta de Amalia.

En el salón, los rayos de cincuenta luces se reflejaban en los espejos, en los bruñidos muebles, y en el cristal de los jarrones que rebosaban flores, y en cuyas labores, á los rayos de la luz y á la sombra de las flores, se descubría el brillo azul del diamante, la luz enrojecida del rubí, los desmayos del zafiro, la esplendidez de la esmeralda, y las coqueterías del ópalo.

El gabinete y el tocador estaban iluminados del mismo modo; y sólo el dormitorio de aquella solitaria beldad no tenía más luz que la de una pequeña lámpara de bronce velada por un globo de alabastro; porque el amor huye del ruido y de la luz. Hijo de los misterios de Dios, vaciados en el molde del corazón humano, busca también el secreto y el misterio en la tierra. La tarde en el mar, y el rayo de la luna al través de las hojas de los árboles, son los modelos de silencio y

de luz, que la adivinación del sentimiento más que el arte, sabe imitar para esconder el amor, cuando es esperado por los que arden en su celeste llama; y la alcoba de Amalia lo esperaba como el crepúsculo en el mar tranquilo, como la luna entre el bosque, como el corazón en el misterioso seno de la mujer.

Pero, como un contraste de la melancólica claridad del aposento, la belleza de Amalia, entre el torrente de luz de su tocador, resplandecía como la Vespertina entre el millón de estrellas de la noche.

Radiante de hermosura, de juventud y de salud, tipo perfecto del gusto y de la elegancia, acababa sus últimos adornos, de pie en medio de sus magníficos espejos.

Había algo en aquella mujer, que remontaba la imaginación en el ala misteriosa de las edades, y la transportaba á las criaturas de Israel. Y aquí un perfil de María, la hermana de Moisés; allí el ojo y la mirada de la tímida Ruth; allá el talle y las formas de la gentil Rahab; el cuello y la piel transparente de Abigail; las cejas como el arco del amor, y los cabellos como el manto de la noche, que daban sombra al rostro y á la espalda de Bethsabé; la gentileza y el lujo de la Reina de Sabá; y la noble frente de la esposa de Abraham. Y en medio de este conjunto de bellezas, transparente en el rostro la lágrima del alma, como Sara, la bellísima esposa de Tobías.

Luisa la contemplaba como enajenada.

Vestía un traje de gro color lila claro, con dos anchos y blanquísimos encajes, recogidos por ramos de pequeñas rosas blancas, con tal arte trabajadas que rivalizaban con las más frescas y

lozanas de la Naturaleza. Su cuello no tenía más adorno que un hilo de perlas que se perdía entre los encajes del seno mal velado, y suspendía un medallón con el retrato de su madre. Sus cabellos rodeaban, en una doble trenza, la parte posterior de su cabeza; y de allí, hasta cerca de las sienes, se abrían en rizos que besaban los hombros; y unas bandas de encajes de Inglaterra caían hacia la espalda, sostenidas por la rosa blanca que ella misma había elegido esa mañana. Un chal del mismo encaje, cuyas bandas caían como una tenue neblina sobre sus hombros, rebelde á su objeto, descubriendo el seno y la espalda que quería ocultar. Y la única alhaja que, á ruegos de Luisa, se había decidido á ponerse, era, en su brazo derecho, un brazaletes de perlas con un broche de zafiros.

No era tal ó cual cosa, era el todo; era ella misma la que absorbía la mirada, la que abstraía el alma y la fascinaba.

Sus ojos, sin rivales en el mundo, estaban más animados que de costumbre; y sus labios, como la flor del granado, tenían el brillo del rubí, mientras que el tenue colorido de las rosas de octubre había desterrado la palidez habitual de su semblante. ¿Era todo esto el efecto natural de esa fiebre insensible que se agita la sangre en las situaciones definitivas de la vida humana; ó era solamente la animación que obran en la mujer la luz y los espejos de un tocador, el resplandor de su belleza misma, y las imágenes caprichosas de la mente? ¡quién sabe! ¡La psicología del corazón de una mujer es toda arcanos, donde la mirada de la razón se pierde!... Un reloj dió las ocho de la noche: y desde el primer martillazo se habrían

podido contar los siguientes en los latidos del corazón de Amalia, al través de los encajes que cubrían su seno; y súbitamente, el granado de sus labios y la rosa de octubre de su rostro tomaron los colores de la perla y del jazmín.

—¡Se vuelve usted á poner pálida, señora, y tan luego, ahora que acaban de dar las ocho!

—Es por eso, precisamente—contestó Amalia, pasándose la mano por la frente, y sentándose.

—¿Porque son las ocho?

—Sí. No se qué es esto: desde las seis de la tarde, cada vez que siento dar las horas, sufro horriblemente.

—Sí, tres veces lo he notado. Eso es: desde las seis, ¿y sabe usted lo que voy á hacer?

—¿Qué, Luisa?

—Voy á hacer parar el reloj, para que, cuando dé las nueve, no se vuelva usted á enfermar.

—No, Luisa, no. A las nueve ya estarán aquí, y todo habrá concluido. Ya se ha pasado: no es nada—repuso Amalia levantándose y volviendo á sus colores anteriores.

—Es verdad, es verdad, ya vuelve usted á estar tan linda como antes; tan linda como nunca la he visto á usted, señora.

—Calla; anda y llama á Pedro.

Y, entretanto, Amalia desprendía de su seno el medallón con el retrato de su madre, y lo llenó de besos. Y apenas acababa de prenderlo de nuevo sobre el seno de su vestido, cuando volvió Luisa con Pedro, tan bien afeitado y peinado, con una levita abotonada hasta el cuello, y con aire tan marcial, que parecía tener veinte años menos, en aquel día en que iba á casarse la hija de su coronel.

—Pedro, mi buen amigo—le dijo Amalia,—nada va á cambiar en esta casa. Yo quiero ser siempre para usted lo que he sido hasta hoy; quiero que me cuide usted siempre como á una hija; y la primera prueba de cariño que quiero recibir de usted en mi nuevo estado, es la promesa de que nunca se separará usted de mí.

—Señora, yo... yo no puedo hablar, señora—dijo el viejo sacudiendo como con rabia su cabeza, ó como si con ese movimiento quisiera castigar las lágrimas que le inundaban los ojos y le entorpecían la palabra.

—Bien, me dirá usted un sí, solamente. Quiero que me acompañe usted á Montevideo la semana que viene, porque el que va á ser mi marido debe emigrar esta misma noche, y mi obligación es seguirlo en su destino; ¿vendrá usted, Pedro?

—Sí, pues, sí, señora, sí—contestó dándose aires de que estaba muy entero y podía decir muchas palabras.

Amalia se acercó á una mesa, abrió una caja de ébano, llena de alhajas, tomó un anillo y se volvió al antiguo camarada de su padre.

—Este anillo—le dijo,—está formado de cabellos míos, cuando era niña. No tiene más valor que ese, y por eso se lo doy á usted para que lo conserve siempre; mi padre lo usaba en el ejército.

—¡Toma, éste es, lo conozco, vaya si lo conozco!—dijo el soldado inclinando la cabeza y besando el anillo que había estado en las manos de su coronel, como si fuese una reliquia santa.

Los ojos de Amalia y de Luisa se anublaron de lágrimas en ese momento, en presencia de aquella

sensibilidad sin arte, sin esfuerzo, hija del corazón y de los recuerdos.

—Otra cosa, Pedro—prosiguió Amalia.

—Diga usted, señora.

—Quiero que sea usted testigo de mi casamiento. No habrá nadie más que usted y Daniel.

El soldado, por toda contestación, se acercó á Amalia, le tomó la mano entre las suyas convulsivas de emoción é imprimió en ella un respetuoso beso.

—¿Se han ido ya los dos criados de la quinta?

Desde la oración los despaché, como me lo previno usted.

—¿Entonces, está usted solo?

—Solo.

—Bien. Mañana repartirá usted estos billetes entre los criados, sin decirles por qué—y Amalia tomó de sobre la mesa un puñado de papeles de banco, y se los dió.

—Señora—dijo Luisa,—me parece que siento ruido en el camino.

—¿Está todo cerrado, Pedro?

—Sí, señora. Pero esta puerta de hierro que da á la quinta, yo no sé cómo es eso ...van dos veces, ya se lo he dicho á usted, que la he encontrado abierta por la mañana, cuando yo mismo la cierro y guardo la llave bajo mi almohada.

—Bien, no hablemos de eso esta noche.

—Señora—repitió Luisa,—siento ruido, y me parece que es un coche.

—Sí, yo también.

—Y ha parado—prosiguió Luisa.

—Es cierto. Ellos serán. Vaya usted, Pedro, pero no abra sin conocer.

—No hay cuidado, señora. Estoy solo, pero... no hay cuidado.

Y el veterano pasó del tocador al cuarto de Luisa, y atravesó el patio para ver quién llegaba á la casa de la hija de su coronel.

XVIII

EL VELO DE LA NOVIA

Amalia no se había equivocado, porque eran, en efecto, las personas que ella había esperado por tantas horas y con tanta angustia.

Desde su tocador sintió abrir la puerta de la sala, y al momento conoció los pasos de Daniel que venía por el gabinete y por su dormitorio.

—¡ Ah, señora—dijo el joven parándose en la puerta del tocador, y mirando á Amalia,—yo esperaba tener el placer de encontrarme aquí con una linda mujer, y me sorprende la felicidad de hallarme con una diosa!

—¿ De veras?—fué la respuesta de Amalia, con una sonrisa encantadora, acabando de calzarse un guante de cabritilla blanco, que parecía dibujado en su preciosa mano.

—Sí, muy cierto—repuso Daniel acercándose poco á poco á su prima y contemplándola con ojos

verdaderamente admirados, —y tan cierto, que creo ser esta la primera vez que he mirado á una mujer como miro á cierta otra, á quien...

—A quien yo escribiré tal novedad esta misma noche.

—Bien, y yo... yo... yo hago esto—y, á medida que hablaba, fuese acercando hasta que, tomando de súbito á su prima, le imprimió un beso en la frente, y saltando como un niño á cuatro pasos de ella, le dijo:—ahora hablemos con seriedad.

—Sí, ya es tiempo, atrevido—le contestó Amalia con su sonrisa celestial.

—Eduardo está ahí.

—Y yo aquí.

—Y yo también: porque ya no me falta sino casarme por ustedes.

—No sería conmigo.

—Y harías bien. Está el cura, y es necesario que no esté ni diez minutos.

—¿Y por qué?

—Porque para estar él es necesario que esté el coche á la puerta.

—¿Y bien?

—¿Y bien? Una partida puede pasar; el coche le llamará la atención; espiará; y...

—Ah, sí, sí... lo comprendo todo... vamos, Daniel!... pero...—y Amalia apoyó su mano en una mesa.

—¿Pero qué?

—No sé... quisiera reirme de mí misma, y tampoco puedo... no sé lo que tiene mi corazón... pero...

—Vamos, Amalia.

—Vamos, Daniel.

Y el joven tomó la mano de su prima, la enla-

zó de su brazo; pasaron por la alcoba y por la antesala, y llegaron al salón donde estaban de pie, mirando un cuadro, el sacerdote y Eduardo.

Este último vestía todo de negro y guantes blancos. Sobre su pálido semblante resaltaban más sus cabellos negros como el ébano, y sus hermosos ojos, rodeados de una sombra aterciopelada, que daba á su varonil fisonomía un tinte de poesía y de pesadumbre que parecía un contraste de artista.

Por bien templada que fuese el alma de aquel hombre, era imposible que donde hubiese corazón, hubiese indolencia para los grandes juegos á que se arrojaba su vida en esa noche. El matrimonio, que corta la vida del hombre, que separa el pasado del porvenir, que fija la suerte ó la desgracia del resto de la existencia; la separación del objeto amado al libar la primera gota de la felicidad apetecida; y, por último, la emigración, con la muerte cerniéndose sobre la cabeza, á cada paso que diese en los bordes de la patria, para decirles adiós, eran circunstancias capaces de dominar y oprimir el alma más acostumbrada á los golpes de hierro del destino, cuando todas ellas debían tener lugar en el pequeño círculo de pocas horas.

El y su Amalia se dirigieron un millar de palabras en su primera mirada.

Y el sacerdote que estaba instruido por Daniel de la necesidad de terminar brevemente aquella ceremonia, cuyos requisitos habían sido allanados de antemano por el joven, se preparó en el momento para el acto más serio, quizá, de su misión en la tierra: el que liga dos vidas y dos almas; el que santifica en el mundo una inspiración que sólo viene de Dios, y mezcla el nombre de

Dios, y el respeto de Dios, á lo más santo y más sublime del corazón humano, á la hebra imperceptible de luz que liga al ángel caído con la esencia de la divinidad que lo hizo: el amor.

El sacerdote acabó una oración, hizo esa pregunta, en cuya respuesta se sella el destino que va más allá, más allá de la tumba, y que no hay labio humano que la pronuncie sin sentir el calor del corazón latiendo apresurado. ¡Y luego, en nombre del Trino indivisible y eterno, Eduardo y Amalia quedaron unidos para la tierra y para el Cielo, porque las almas que Dios junta en la tierra, por inspiración purísima de su divino sople, si aquí se separan un momento, allí se juntan en el seno inefable de la inmortalidad!

Un suspiro desahogó el oprimido pecho, y en la presión de sus manos, en el rayo profundo de sus miradas, y en la sonrisa ingenua de sus labios, Amalia y Eduardo nadaron en espacios de ventura, atravesaron siglos de felicidad, y por primera vez el cristal de sus ojos fué empañado por una lágrima de ventura; y sus rostros, un momento antes tan pálidos, se sonrosaron de improviso con los relámpagos de su propia dicha.

No bien se hubo concluido la ceremonia, y mientras Amalia daba un beso á Luisa que lloraba, cuando Daniel se acercó á Pedro y le preguntó al oído:

—¿Su caballo de usted está en el pesebre?

—Está.

—Lo necesito por una hora.

—Bien.

Luego, tomando de la mano á Amalia y llevándola á un sofá de la antesala, mientras Eduardo daba las gracias al sacerdote, le dijo:

—El cura se va, y yo también.

—¿Tú?

—Sí, madame Belgrano, yo; porque estoy destinado á no estar quieto en un solo lugar, porque llegue á estar quieto, en Montevideo, su marido de usted.

—Pero ¿qué hay? ¡Dios mío! ¿qué hay? ¿no no nos has dicho que estarías con nosotros hasta el momento de embarcarse?

—Sí, pero por eso mismo tengo que salir un momento. Oyeme: sabes que el punto de embarco es en la Boca, por lo mismo que nadie puede pensarlo; pero hemos quedado con Douglas en vernos de las nueve á las diez, en una de las casillas de madera que hay en el puerto, por si acaso hubiese ocurrido alguna novedad que hiciese necesario cambiar algo el plan; y como el inglés es más puntual que un inglés, estoy seguro que antes de un cuarto de hora está en la casilla, porque ya van á dar las nueve. Dentro de una hora estaré de vuelta; y, entretanto, Fermín, que hace de cochero, va á llevar al cura, y volverá á caballo, con el mío del diestro para mi vuelta.

—¿Y para ir á la Boca?—preguntó Amalia que estaba pendiente de los labios de Daniel.

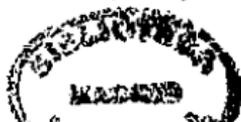
—No, cuando vayamos con Eduardo iremos á pie.

—¿A pie?

—Sí, porque pasaremos por entre las quintas de Somellera y de Brown, y después iremos por el Bañado, tan seguros como si estuviéramos en Londres.

—Sí, sí, me parece mejor—respondió Amalia, —pero irás con Fermín y con Pedro.

—No, iremos los dos, déjame hacer. Ahora es



necesario separarnos, porque no estaré tranquilo hasta que salga el coche de la puerta de tu casa.

—¿Llevas armas?

—Sí; vén á despedirte del cura.

Los dos volvieron al salón, y un momento después Amalia y Eduardo acompañaban hasta la puerta del zaguán al ministro de la Iglesia, que se exponía por su ministerio á todos los inconvenientes que en esos tiempos tenían esas horas y esos lugares solitarios.

Y, á la vez que los caballos del coche partían para la ciudad, y que Eduardo cerraba la puerta de la calle, salía Daniel por el portón, tarareando una de nuestras canciones de guitarra, ó más bien uno de esos «tristes», cuyo aire es, poco más ó menos, el mismo para todas las letras; cubierto con su poncho, y á galope corto, como el mejor y más indolente gaucho.

Al volver al salón, y cuando las luces iluminaron de nuevo la figura de Amalia, Eduardo no pudo menos de levantarse, con las dos manos de su esposa y amante entre las suyas, contemplándola embriagado de amor y encantamiento. Y luego la atrajo contra su seno, y, sin hablarle, sin poder hablar, la oprimió largo rato y bebió de su boca las sonrisas radiantes de felicidad que la inundaban, y de sus ojos los rayos del amor que se escapaban. Pero, de repente, un estremecimiento súbito, como el que produce el golpe eléctrico, agitó á la joven que se desprendió de los brazos de Eduardo, y, con la cabeza inclinada al pecho, y lentamente, atravesó la sala y el gabinete, y entró en su dormitorio, deteniéndose delante del crucifijo, interrogándole, ú orando con el alma en los labios.

Eduardo la había seguido sin volver en sí de su sorpresa, ó más bien, de su profunda perturbación, al notar el estremecimiento y la repentina palidez de su esposa.

—Pero ¡Dios mío! ¿qué es esto? ¿qué tienes, mi Amalia?—le preguntó al fin, tomándola de la mano y sentándola en el pequeño sofá del dormitorio.

—¡Nada, nada, Eduardo, nada, ya pasó... he sufrido tanto... supersticiones... los nervios; ¡qué sé yo! pero ya pasó.

—No, no, Amalia; ha habido algo especial; algo que no sé; pero que quiero saber, porque sufro más que tú en este momento.

—No sufras, pues: ha sido la campana del reloj; he ahí todo.

—Pero...

—No me preguntes, no me hagas reflexiones; sé cuanto me dirías; pero no lo he podido remediar; y toda la tarde he sufrido iguales impresiones al oír las horas.

—¿Nada más?

—Te lo juro.

Eduardo respiró como si se aliviase su alma de un enorme peso.

—Mi Amalia—le dijo,—cuando te sentí estremecer y huir de mis brazos, y te vi venir á refugiarte en Dios, una idea horrible cruzó por mi cabeza, y he sufrido en un minuto un siglo de tormento. Pensé ver en todo aquello una sensación de disgusto, una protesta de tu alma contra el lazo que acaba de ligarnos para siempre.

—¡Eduardo! ¿y lo has creído? ¡también esto, Dios santo!

—¡Perdón, mi Amalia, encanto angelical de mi alma, perdón... mi vida tan combatida, mi amor tan entrañable, la misma felicidad de este momento, precursora de la vida encantada que me espera á tu lado, todo conspiró é intrigó mi espíritu!... ¡perdón, perdón!

Y atrayéndola hacia su seno, levantando los rizos que vagaban desordenados sobre su frente, apagaba con sus besos las luces de sus ojos y contaba en sus labios los latidos de sus sienes.

Ella, entretanto, decía al bien amado de su alma:

—Esta es la primera vez de mi vida que yo he amado. Es ésta mi primera pasión, mi primer himeneo, mi primer día, mi primera dicha.

—¡Amalia!

—Desgracias, el silencio y la orfandad de mi vida, todo lo olvido, Eduardo. Hoy comienza mi vida por ti, en ti, para ti. Y si algo temía, si algo me retraía, era el miedo, esa visión terrible que me persigue siempre, haciéndome ver que en mi destino hay el veneno del infortunio, que mata, ó hace la desgracia de cuantos me aman; y si he cerrado mis ojos á mi estrella, es porque sólo con mi mano puedo comprar tu alejamiento de aquí. Sin eso, yo habría sacrificado esta felicidad que ahora me abrumba, estos siglos de ventura que vivo en este momento, por no tener el temor siquiera de originarte un minuto de mal... ¡¡¡mira si te amo!!!

—¡Oh, es mucha, es mucha felicidad para un solo corazón!...

¡Y la luz de la lámpara se amortiguaba; las hojas de la rosa blanca se desprendían y caían en-

tre los rizos de la joven, y el chal de encajes, envuelto al acaso entre los brazos de los dos, cubrió la frente de ambos... y era el velo de la novia... y era el cendal del amor y del misterio!...

XIX

EL TÁLAMO NUPCIAL

Cuando el reloj de la quinta daba las diez de la noche, Pedro abría el portón para que entrase Daniel, después de haber oído y conocido su canto en la lóbrega y solitaria calle Larga.

Y en ese momento también, una escena bien diferente tenía lugar á pocos pasos: era Amalia, que desde la primera vibración del reloj, había estremecidose con más violencia aún que en las veces anteriores, y refugiado su cabeza en el seno de su esposo, abrazándose á él instintivamente, como si el eco del metal fuese la voz fatídica del dolor, que le viniese á anunciar una desgracia en esa mitad de su vida, en esa su vida entera, que se llamaba Eduardo.

—¿Qué es esto, amado mío, esposo mío?—le preguntó al fin, derramándose de su mirada rayos de luz y de amor, sombras de pesadumbre y de inquietud,—¿qué es esto? ¡Es la primera vez de

mi vida que se obra en mi alma tal misterio, y á medida que pasan las horas, es más violenta y fuerte la impresión que siento! ¿Qué? ¿ni á tu lado puedo yo ser feliz?

—Ángel de mi alma, es tu imaginación y nada más. Oprimido de disgustos, tu espíritu se ha llenado de sombras, que se disiparán pronto al rayo de mi amor, á la adoración á que se consagrará mi vida, velando por tu felicidad y por tu calma. Es el aire, la luz de Buenos Aires, lo que enferma el espíritu y el cuerpo. Pero pronto estarás á mi lado, lejos de aquí.

—Sí, pronto, muy pronto Eduardo. Yo no puedo vivir aquí, y en ninguna parte podré vivir sin ti.

—Viajaremos juntos.

—¿Y por qué no desde esta noche?

—Es imposible.

—Lo dejaré todo. Luisa y Pedro me seguirán después.

—Es imposible.

—Llévame, llévame, Eduardo, ¿no soy tu esposa? ¿No debo seguirte á todas partes?

—Sí, pero no debo exponerte, luz de mis ojos.

—¿Exponerme?

—Cualquier incidente...

—¿Luego, tú te expones? ¡Por qué me engañan! ¿No me han dicho que hay la mayor seguridad posible?

—Es cierto, no hay peligro; pero quizás tengamos que permanecer en el río, dos, tres ó cuatro días.

—¿Y qué me importa, si los paso contigo?

—Amalia no alteremos en nada nuestro plan. Respetemos, de casados, todas nuestras prome-

sas de solteros. Si no vas con Daniel, antes de quince días irás sin él; porque á esa fecha se habrá concertado la paz con la Francia, y no habrá inconveniente ninguno para tu embarco. Acuérdate, bien mío, que voy á dejarte porque tú me lo mandas, y de que tú debes quedarte porque yo te lo ruego... Pero... siento alguien en la sala.

—¿Será Luisa?

—No; creo que es Daniel.

Y el joven besó la frente de su esposa y pasó al salón, donde se halló, en efecto, con su amigo.

Amalia, entretanto, llamó á Luisa y dispuso que Pedro trajese el té al gabinete, adonde pasó á reunirse con su esposo y con su primo.

—Dios nos protege, hija mía; todo está completamente listo y arreglado. Solamente que, en vez de esperar á la madrugada, Douglas fija la hora del embarco para las doce de la noche; es decir, dentro de dos horas.

—¿Y por qué ese cambio?—preguntó Amalia.

—Es lo que yo mismo no puedo explicarte; porque tengo tal confianza en la previsión y sagacidad de mi famoso contrabandista, que desde que él ha señalado esa hora, nada le pregunté, porque estoy cierto de que es la que más ha de convenir al embarco.

Eduardo tomó la mano de su Amalia y parecía querer transmitirle su alma en su contacto.

Daniel los miró con ternura y les dijo:

—El destino no ha querido corresponder á mis más vivísimos deseos: yo había deseado ver vuestra felicidad á la luz de la mía al mismo tiempo. Envueltos en unas mismas desgracias, yo había deseado que en una misma hora arrebatásemos á

la suerte un momento para nuestra común felicidad; y si Florencia estuviese á mi lado en este instante, yo sería el ser más venturoso de la tierra... pero, en fin, he conquistado ya la mitad de mis aspiraciones. La otra... Dios dispondrá.

Era tan profunda, tan exquisita, la sensibilidad de aquellos tres jóvenes, y se identificaba tanto en cada uno la suerte de los otros, que sus impresiones de felicidad ó de dolor, de ansiedad ó melancolía, se comunicaban con un magnetismo sorprendente; y en ese instante una lágrima fugitiva, pero brotada del fondo del corazón, empañó la pupila de todos. Pero Daniel, ese carácter especial para la dominación de sí mismo, esa alma de abnegación y generosidad, que lo sacrificaba todo á la felicidad de los que amaba, concibió que era una crueldad echar una gota de pesadumbre en la copa de felicidad, que apenas llegaba á los labios de aquellos dos seres tan combatidos de la suerte, y levantándose, y abrazándolos sucesivamente, les dijo:

—Vamos, vamos, estemos contentos estos instantes que nos deja el destino, y no pensemos sino en los días que vamos á pasar dentro de poco en Montevideo, ni hablemos de otra cosa que de ellos.

Pocos momentos después entró Pedro con la bandeja del té y fué á colocarla en una mesa del gabinete de lectura, que como se sabe, estaba entre el salón y el aposento, adonde pasó Amalia con su esposo y con su primo, habiendo antes dicho á Pedro que se retirase, pues nunca consentía que él la sirviese.

Antes de diez minutos Daniel había vuelto la alegría á sus amigos.

Fugaz, animador, espirituoso, voluble y gracioso en los giros de la conversación, era imposible resistir al sello que él le imprimiese.

Por último, sólo le faltaba hacerles enojarse, para darles el placer de que se reconciasen luego. Porque no hay nada más en armonía con las necesidades del corazón enamorado, que esos pasajeros enojos que preparan la reconciliación, y en ella, más impetuosa, la reacción de los afectos. Y así fué que, con una gran seriedad, tomando su segunda taza de té, dijo á su amigo:

—Ah, Eduardo, una cosa se me ha olvidado preguntarte: ¿qué hago de la cajita de cartas?

—¡La cajita de cartas!—contestó Eduardo, mientras Amalia se puso á mirarlo fijamente.

—¡Sí, pues!—repuso Daniel con la misma gravedad,—la cajita de cartas, donde creo que hay también cabellos de Amalia, por el color.

—¿Te has vuelto loco, Daniel?

—No, gracias á Dios.

—¿Y por qué disimula usted, caballero? ¿Qué cosa más natural que tener esos recuerdos y querer conservarlos?

—Te juro, Amalia mía, que en mi vida he tenido semejante caja, ni sé de qué cartas me está hablando Daniel. O está jugando, ó, repito, se ha vuelto loco.

—Pero, ¿por qué negarlo?—repuso Amalia rosada y fingiendo una sonrisa que abrumaba á Eduardo.

—¿Ves, Daniel, lo que sacas con tus bromas?—reconvino Eduardo que empezó á comprender el capricho de su amigo.

—De modo que...

—De modo que haces mal, porque ¿lo ves?

—¿Qué?

—Que Amalia ha retirado muy insensiblemente su silla del lado de la mía.

Daniel entonces soltó una carcajada, se levantó, tomó la mano de su prima, y poniéndola entre las de Eduardo: exclamó:

—¡Están impagables! Mi Florencia tendría más circunspección.

—No, no es cierto, tú no has mentido—repuso Amalia sin retirar su mano, y esperando y deseando que la acabasen de convencer.

Pero una nueva risa de Daniel, y una mirada de Eduardo, concluyeron por hacerle conocer la chanza caprichosa del primero; y la presión de su mano, y el rayo enamorado de su tiernísima mirada, le dijeron á Eduardo que la nube de celos se había evaporado. En ese instante ella y él se cambiaban el alma en las miradas, y en el calor de sus manos se transmitían la vida.

Pero en ese instante también la voz de Luisa vino á caer como un rayo en medio de los tres.

Era un grito agudo, horrible y estridente, al mismo tiempo que se vió á la niña venir despavorida por las piezas interiores, y al mismo tiempo también que se oyó un tiro en el patio, y una especie de tormenta de gritos y de pasos precipitados.

Y antes que Luisa hubiese podido decir una palabra y antes que nadie se la preguntase, todos adivinaron lo que había, y junto con la adivinación del instinto, la verdad se presentó ante ellos, á través de los vidrios del gabinete, en el fondo de las habitaciones por donde había venido la niña; pues una porción de figuras siniestras se precipitaban por el cuarto de Luisa al tocador

de Amalia. Y todo esto, desde el grito hasta la vista de aquellos hombres, ocurría en un instante tan fugitivo como el de un relámpago.

Pero con la misma rapidez también, Eduardo arrastró á su esposa hasta la sala, y tomó sus pistolas de sobre el marco de la chimenea.

Inmediatamente, porque todo era simultáneo y rápido como la luz, Daniel arrastró la mesa y la tumbó con lámpara, bandeja y cuanto tenía, junto á la puerta que separaba al gabinete de la alcoba.

—¡Sálvanos, Daniel!—gritó Amalia precipitándose á Eduardo cuando tomaba las pistolas.

—Sí, mi Amalia, pero sólo peleando; ya no es tiempo de hablar.

Y estas últimas palabras perdiéronse á la detonación de las pistolas de Eduardo, que hizo fuego, á cuatro pasos de distancia, sobre ocho ó diez forajidos que ya pisaban en la alcoba; mientras, Daniel tiraba sillas delante de la puerta, y á tiempo que otro tiro se disparaba en el patio, y un rugido semejante al de un león, dominaba los gritos y las detonaciones.

—¡Dios mío, han muerto á Pedro!—gritaba Amalia prendida del brazo izquierdo de Eduardo que no conseguía desasirse de ella.

—Todavía no—dijo el soldado entrando por la puerta de la sala, que daba al zaguán, bañado el rostro y el pecho, en la sangre que corría á ríos de un hachazo que había recibido en la cabeza, y tirando, al mismo tiempo que decía estas palabras, la espada de Eduardo, que vino á caer cerca del grupo que formaban todos en el gabinete, delante de la barricada improvisada por Daniel; y, mientras que con el brazo izquierdo se limpiaba

la sangre que le cubría los ojos, con la derecha, donde tenía su sable, trataba de cerrar la puerta de la sala.

La pluma, el pensamiento mismo, no puede alcanzar todos los accidentes de esta escena, en todo su movimiento súbito y veloz.

La voz de Eduardo que decía á su esposa asida de su brazo y de su cintura:

—Nos pierdes, Amalia, déjame, pasa á la sala, —no se oía entre el ruido y la grito infernal que venía del patio, del tocador, y de aquellos que entraban en el aposento, y uno de los cuales había caído á los pistoletazos de Eduardo.

El cristal de los espejos del tocador saltaba hecho pedazos á los sablazos que pegaban sobre ellos, sobre los muebles, sobre los vidrios de las ventanas, sobre las losas del lavatorio, en cuanto había, siendo estos golpes acompañados de una gritería salvaje, que hacía más espantosa aquella escena de terror y de muerte.

A los tiros de Eduardo, los que invadieron la alcoba, habían, unos retrocedido algunos pasos, otros parándose súbitamente, sin avanzar hacia las mesas y las sillas caídas delante de la puerta. Pero dos hombres se precipitaron en aquel instante en el aposento.

—¡ Ah, Troncoso y Badía! —gritó Daniel arrojando otra silla, parándose contra el perfil de la puerta, y sacando de su pecho aquella arma con que había salvado á su amigo en la noche del 4 de mayo; única que llevaba, y que era impotente en la desigual lucha que iba á trabarse.

Y cuando aquellos dos hombres se precipitaban como dos demonios, el uno con la pistola en la mano, y el otro con un sable, Eduardo alzó á

Amalia por la cintura, la llevó, la dejó sobre un sofá de la sala, y tomó la espada que le acababa de tirar Pedro. Y á éste, que venía de echar á la puerta de la sala el débil pasador que la cerraba, y quería hacer un esfuerzo para seguir á Eduardo al gabinete, le faltaron las fuerzas á los dos pasos, las piernas se le doblaron, y cayó, temblando de furor, delante del sofá en que quedó la joven. Allí se abrazó de sus pies, bañando con su sangre generosa á aquella criatura, á quien todavía quería salvar, oprimiéndola para que no se moviese.

Entretanto, el rayo no cae más rápido ni mortífero que el sable de Eduardo sobre la cabeza del bandido más cercano á la mesa y á las sillas caídas, entre los diez ó doce que, á la voz de sus jefes, asaltaban aquel débil obstáculo.

Y al mismo tiempo, Daniel alcanzaba el hombro de otro y le dislocaba el brazo de un golpe seco de su *cassetéte*.

—¡Tómale el sable!—le gritó Eduardo; mientras que Pedro, haciendo esfuerzos por levantarse, sin poderlo conseguir, porque estaba mortalmente herido en el pecho y la cabeza, sólo tenía fuerzas para oprimir los pies de Amalia, y voz para estar repitiendo á Luisa, abrazada también de su señora:

—¡Las luces, apaguen las luces, por Dios!

Pero Luisa no lo oía, y si lo oía, no quería obedecerlo, porque temblaba de quedarse á obscuras, si posible era sentir más terror que el que la dominaba.

Mas, los dos golpes certeros de Eduardo y de Daniel no sirvieron sino para atracr sobre ellos mayor número de asesinos, pues á la voz de uno de sus jefes vinieron los que estaban robando y

rompiendo en el tocador; cuando se lanzaron á las sillas y á la mesa, el mismo Eduardo, impaciente por aquellos obstáculos que impedían el alcance de su espada, con sus pies trataba de separar las sillas, y ya poco faltaba para que hubiese un camino expedito de la una á la otra habitación, cuando Daniel descargó su terrible maza sobre la espalda de uno de los que se agachaban á separar una silla del lado del aposento, y el bandido vino á ocupar el lugar que despejaba Eduardo.

— ¡Salva á Amalia, Daniel, sálvala; déjame solo, sálvala!—gritaba Eduardo, temblando de furor, menos por el combate que por el obstáculo que no podía remover con las manos, porque con su espada hacía frente á los puñales y sables que había del otro lado de ellos, mientras que temía tropezar y caerse si intentaba separarlos de los pies.

Todo esto habría durado como diez minutos, cuando seis ú ocho bandidos dejaron el aposento y se retiraron por el tocador, mientras que los restantes continuaban, á la voz del jefe que quedaba con ellos, tratando de separar los muebles caídos, pero con tal temor, que apenas habían separado dos ó tres sillas que no estaban al alcance de la espada de Eduardo.

Ninguno de los dos jóvenes estaba herido, y Eduardo, en el momento en que su brazo descansaba un segundo, dió vuelta la cabeza para ver á su Amalia, al través de los vidrios del gabinete, contenida por un moribundo y una niña y volviéndose á su amigo, le dijo en francés:

—Sálvala por la puerta de la sala; sal al camino, gana las zanjas de enfrente; y en cinco mi-

nutos yo habré roto todas las lámparas, pasaré por en medio de esta canalla, y te alcanzaré.

—Sí—le contestó Daniel,—es el único medio; ya lo sabía, pero no quería dejarte solo; ni lo quiero aún. Voy á ver de salvarla y vuelvo en dos minutos; pero no pases la barricada.

Y Daniel pasó como un relámpago á la sala, y á tiempo que tiraba una de las lámparas y uno de los candelabros de los dos que había encendidos, un tremendo golpe dado en la puerta de la sala hizo saltar el pestillo y abrirse las hojas de par en par, entrándose en tropel una banda de aquellos demonios, de que se rodeó un Gobierno nacido del infierno y maldito para siempre jamás en la historia de las generaciones argentinas.

Un grito horrible, como si en él se arrancasen las fibras del corazón, salió del pecho de la pobre Amalia, y desprendiéndose de las manos casi heladas de Pedro, y de los débiles brazos de su tierna Luisa, corrió á escudar con su cuerpo el cuerpo de Eduardo, mientras Daniel tomó el sable de Pedro, ya expirante, y corrió también al gabinete.

Pero, junto con él, los asesinos entraron, y, cuando Eduardo oprimía contra su corazón á su Amalia, para hacerle con su cuerpo una última muralla, todos estaban ya confundidos, Daniel recibía una cuchillada en su brazo derecho; y una puñalada por la espalda atravesaba el pecho de Eduardo, á quien un esfuerzo sobrenatural debía mantener en pie por algunos segundos, porque ya estaba herido mortalmente. Y en ese momento, en que era sostenido apenas en un ángulo del gabinete por los brazos de su Amalia, mientras que su diestra se levantaba todavía por los impulsos

de la sangre, y amedrentaba á sus asesinos ; cuando Daniel en el otro ángulo con el sable en su mano izquierda se defendía como un héroe ; en ese momento en que dos bandidos cortaban en la sala la cabeza de Pedro, unos golpes terribles se daban en la puerta de la calle. Luisa que había ganado el zaguán, despavorida, conoce la voz de Fermín, descorre el cerrojo, y abre la puerta.

Entonces un hombre anciano, cubierto con un poncho obscuro, se precipita gritando con un poncho obscuro, se precipita gritando con una voz de trueno, pero dolorida, como la voz que es arrancada del corazón por la mano de la Naturaleza.

—Alto, alto, en nombre del Restaurador!

Y todos oyeron esta voz menos Eduardo cuya alma, en ese instante, volaba hacia Dios, y su cabeza caía sobre el seno de su Amalia, que dobló exánime su frente y quedó tendida en un lecho de sangre junto al cadáver de su esposo, de su Eduardo.

En ese instante el reloj daba las once de la noche.

—Aquí, padre mío, aquí, salve usted á Amalia—dijo Daniel al oír la voz y conocer á su padre.

¡Y al mismo tiempo, el joven, que había recibido otra profunda herida en la cabeza, caía sin voz y sin fuerzas en los brazos de su padre, que con una sola palabra había suspendido el puñal, que esa misma palabra levantara para tanta desgracia y para tanto crimen!



ESPECIE DE EPÍLOGO

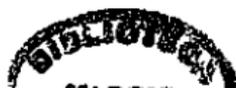
La crónica, que nos revelará más tarde, quizá, algo interesante, sobre el destino de ciertos personajes que han figurado en esta larga narración, por ahora sólo cuenta que al siguiente día de aquel sangriento drama, los vecinos de Barracas que entraron por curiosidad á la quinta asaltada, no encontraron sino cuatro cadáveres, el de Pedro, cuya cabeza había sido separada del tronco, y los de tres miembros de la Sociedad Popular Restauradora; y que allí estuvieron hasta la oración de ese día, en que fueron sacados en un carro de la policía, á la vez que eran robados los últimos objetos que quedaban en las cómodas, mesas y roperos.

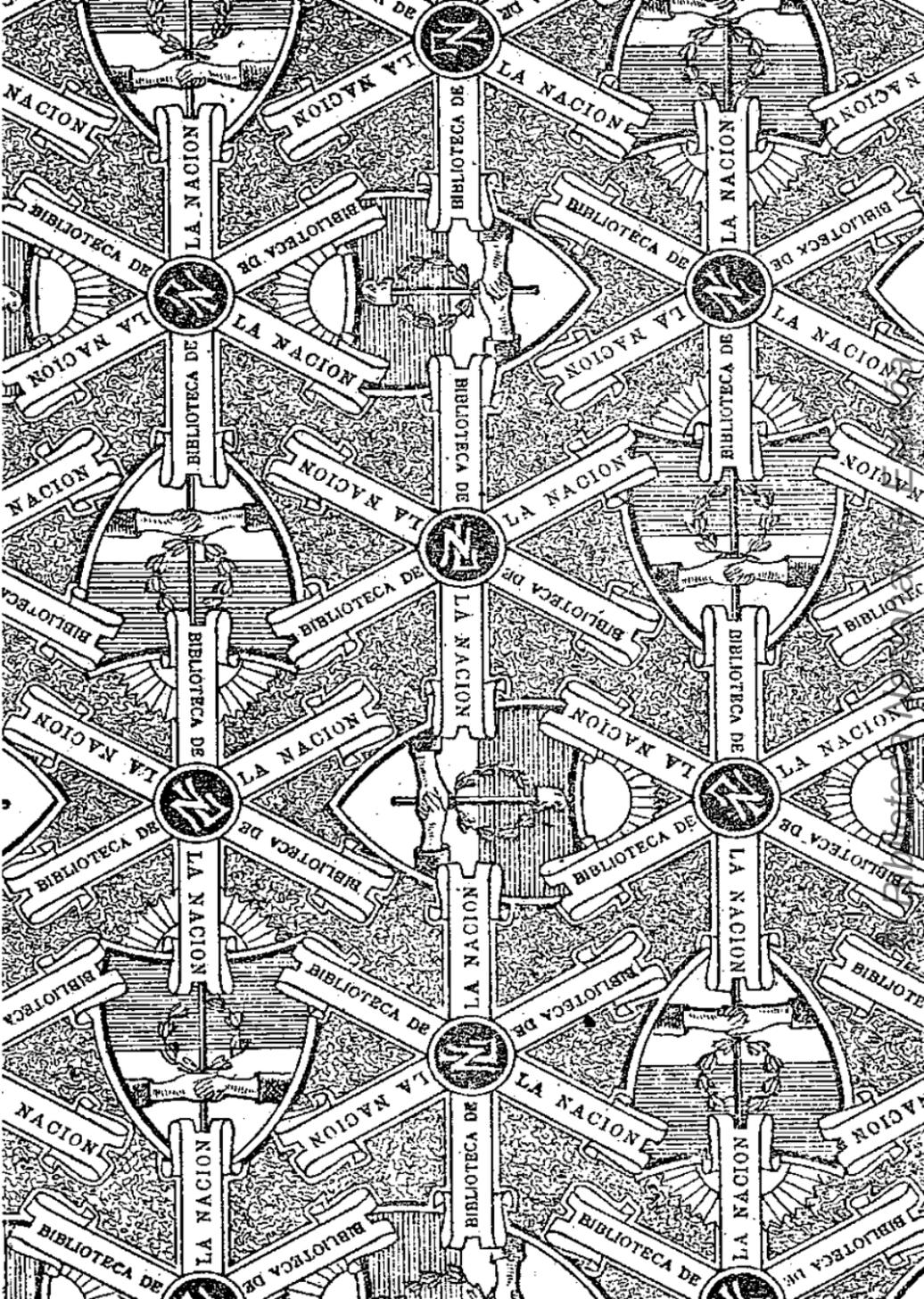
Se cuenta también, que don Cándido Rodríguez, después de la muerte del señor Slade, acaecida pocas semanas después de los sucesos que se acaban de conocer, fué obligado por un juez de paz á salir de la casa del consulado, porque, decididamente se resistía á dejar el territorio de la Unión,

aun después de la muerte del cónsul y de quedar la casa sin consulado.

Y de doña Marcelina, sólo se sabe que un día vino á proponerle su mano á don Cándido, como un vivo recuerdo de los peligros que juntos habían corrido; lo que don Cándido rechazó horrorizado.

FIN DEL TERCERO Y ÚLTIMO TOMO







1103040703

